
LA FIERA

WENCESLAO MONTOYA

Nota: Este libro se transcribió exactamente igual al original, respetando la ortografía y la redacción utilizadas en la época.

SOLO UNAS IMÁGENES EN LA BALANZA DE LA GUERRA

I

Pedregales: un recóndito paraje de Antioquia, sumido en los rigores de la guerra civil. Los nombres de Peralonso y Palonegro nos indican de cual de las cincuenta y dos guerras civiles que recorrieron a Colombia en el siglo XIX se trata: la Guerra de los Mil Días, con la que se da transición al siglo XX, marcando de paso con su signo de irracionalidad y violencia lo que vendría después para nuestro país. Entre escaramuzas de guerra, emboscadas de amor y rumores pueblerinos, se teje la novela *La fiera* de Wenceslao Montoya, reeditada ahora por la Colección Autores Antioqueños.

Publicada por primera vez en 1927, parece como si la realidad que describe no se hubiera esfumado con el tránsito, a veces apenas de farándula, de los años y los siglos. Ya las pasiones partidistas no nos agobian con la sangre que dejan en la memoria, pero es la misma sangre la que corre llamada por las mitologías triviales de la violencia, o por los cauces sombríos del desarraigo.

El general Alcides Troncoso, apodado *La fiera* —por su reputación de sanguinario, desmentida en la novela—, de filiación liberal, arriba en medio de la expectativa de los lugareños a Pedregal con el ánimo de mantener el orden público, ya que ha triunfado en el país dicho partido, y se temen agresiones por parte de los conservadores, liderados por el ignorante y ultramontano gamonal Miguel Racines. Así comienza la historia de las pasiones del general Troncoso, quien en aquel poblado encontrará el amor y la traición, todo envuelto en las páginas equilibradas y sobrias del médico Montoya. Inmejorablemente descrito, el maniqueísmo propio de la religiosidad popular exagera de modo gradual las pasiones de partidos en un país, retratado en pequeño, que tuvo partidos antes que nación, y militares antes que ejércitos.

El amor es, sin embargo, el hilo conductor de la novela: a su paso las élites pueblerinas de ambos partidos establecen reconciliaciones transitorias, la soledad de la guerra se ve aminorada por la fe en el futuro compartido de los sorprendidos enamorados, quienes casi siempre pertenecen a partidos distintos. Se trata, pese a todo, de un hilo frágil, hilo que se rompe en mil y una sutilezas, en rumores, en amenazas implícitas o en acciones funestas. El miedo derrota a la concordia y a la esperanza, tópico muy al uso en nuestra vida política contemporánea.

Cabe anotarse que es una novela en que los personajes superan con creces a la historia misma, en dos sentidos: en primer lugar rebasan por su limpieza y definición los avatares de la vida política descrita en la historia oficial, cuya manía por el heroísmo oculta con frecuencia las muy humanas miserias de los héroes

que pretende glorificar en libros de texto y monografías laudatorias; en segundo lugar, sobrepasan lo narrado, pues sus caracteres y la riqueza de su vida interior son, con mucho, más bellos e intensos que la predecible y monótona vida de la aldea en la que transcurre el relato.

Pero perfilamos un poco los temas y personajes de la novela.

II

La violencia: cotidiana, imperceptible. La guerra es una perpetua latencia. En el afuera, en una obscura capital que todos desconocen, las élites cultas jugando al dominio de las tácticas y de los territorios. En el interior de las personas, un muro de acero para la voz, un susurro clandestino de mujeres temerosas y hombres ebrios que ignoran, por exceso de trabajo o por defecto del mismo, la naturaleza de su laboriosa vida de sombras. Y planeando sobre el pueblo, la ignorancia mezclada con la política y la superstición —si acaso no son lo mismo—, la segregación, el señalamiento inveterado del otro: el liberal atrincherado en las mitologías del hereje, el conservador refugiado en la iconografía de la santidad, como si la herejía no fuera prescindir de los mitos, y la santidad olvidar los iconos del bien y del mal.

Pero la guerra, más que cañones y fusiles, es un estado de odio en la mirada, en la palabra. Habilidadosamente Wenceslao Montoya, haciéndose eco de las clásicas divisiones decimonónicas entre liberales y conservadores entretrojadas por una dialéctica retorcida, propia más de gramáticos que de políticos, divide el pueblo en cuatro grupos, igualmente ignorantes de la política e igualmente ostentosos en sus nombres: “Las cotorras”, grupo de mujeres conservadoras, antagonista de “Las zurriagueras”, conformado por mujeres liberales; “El sanedrín”, liderado por el ultramontano Racines, y “La democracia”, liderada por el tendero don Remigio. Es decir, al señalamiento partidista se añade la segregación de género, y hasta el mismo culto religioso, pese a ser referido a la misma fe cristiana, es maniqueo, llegando incluso a decirse que la excomunión sólo se levanta para aquellos que cambian de partido, en este caso, en beneficio del partido conservador. Aquí el arma más letal es el rumor, la misma arma que sigue haciendo imposible la vida civilizada en nuestro país, dado más al chisme que a la argumentación, al libelo más que a la diatriba. Porque es la cultura lo que distingue a la miseria inteligente de la simple miseria, y esta última jamás dejará de serlo por más que asuma el ropaje elocuente de las pasiones.

Poemas satíricos van, anónimos vienen, y en el medio, el indefinible don Jacinto que cambia de bandera según lo oriente su peculio, el correveidile, el fruto más execrable del miedo. Y la violencia intrafamiliar como un bajo continuo en la melodía de la guerra, violencia que obedece más a la lógica de los partidos, en tanto

que el mezclarse con alguien de otra filiación política es fuertemente castigado, que a la dinámica misma de las familias, tradicionales y pacatas por excelencia, características que aún hoy no ha perdido la familia antioqueña, nebuloso nudo de dependencias económicas, manipulaciones afectivas y cobardías soportadas en grupo.

Los partidos han cambiado, pero no la lógica del amigo-enemigo que permea la guerra. Ahora en su lugar el señalamiento, la delación y hasta la misma tortura, descienden del Olimpo de lo político para ser comensales frecuentes en la mesa de la desmemoria. Y ninguna moral acude en auxilio de las víctimas, ni la medida conciliadora de los hombres como el general Troncoso, ni la reflejada en los santorales interminables de vencedores y vencidos. En este sentido, la novela de Wenceslao Montoya no ha perdido ni un ápice de su vigencia.

III

Las mujeres: voces que no llegan a ser convicción. Divididas en partidos y en edades, dejan la escena política para los hombres, pero tras bambalinas, por vía de rumor inocente o de insidia manifiesta, tejen y destejen el fanatismo y la ceguera en esposos, hijos, nietos, amantes. Depositarias de una religión que no comprenden, dejan la verdad para la conveniencia, y las verdades a medias para la convivencia.

Dueñas del tiempo, lo miden en festejos, ceremonias, reuniones, mientras el tiempo de lo masculino es apenas un juego de dados, un vano azar de arengas, trabajos y alcoholes.

Las mujeres en la novela de Montoya juegan un papel preponderante: miden con su termómetro de horas los odios y los amores, inducen a sus amantes a la paz, o a sus esposos a la intransigencia; beatas y solteronas claman por un marido cariñoso o al menos por un marido, mientras las más jóvenes, ahitas de guerra, claman por la paz, al menos por la reducida paz doméstica en brazos de sus enemigos políticos, objeto de sus afectos.

Así Elisa, hija del conservador Racines, se enamora de Sepúlveda, militar liberal, quien le corresponde, y Laurita, la nieta de la muy azulada doña Juana, posadera del pueblo, entrega su corazón casi sin darse cuenta, en su adolescencia más inocente, al humano y en nada temible líder del ejército liberal, el general Troncoso. Pero nada es el amor entre los seres humanos cuando su realización se ve despojada de la mínima transparencia concedida al aéreo deseo: patrias y ejércitos, esas dos mitologías, nada saben de ese, el único mito verdaderamente fundacional que es el amor. Baste recordar que lo que llamamos patria es apenas el símbolo territorial de los intereses económicos, que en su origen acudieron a la demarcación, para

que ninguna idea extranjera, es decir, extraña, los pusiera en cuestión; y los ejércitos, pese a la aureola mística que ha rodeado la labor del guerrero, no son más que los instrumentos visibles de lo que es el poder: invisibilidad coactiva. Y entre ellos, el mito del amor, como esperanza, como resistencia.

Pero más allá de estos devaneos metafísicos están las mujeres marginadas: la sirvienta negra de doña Juana; Temilda, la concubina del general Troncoso; las mujeres indígenas. Todas ellas comparten una doble marginación de la vida política, primero por ser mujeres y segundo por ser de otra etnia o no gozar de un estado civil definido. Para ellas el ritmo del tiempo es otro, no sigue el ritmo de las pasiones sino el de las desposesiones, guerra y paz no existen en su horizonte discursivo, el día a día es toda la paz y toda la guerra a las que pueden aspirar a vivir, ya que no a protagonizar, y menos a definir. Mucho menos pueden aspirar a amar y ser amadas porque el amor, como viene siendo definido en Occidente, no es más que otro aparato ideológico del poder, casi que el traslado a lo imponderable de la realidad económica o lo que es lo mismo, un mecanismo de evasión de la miseria. Sus pasiones son las de la mera subsistencia. Paren sus hijos con dolor y ganan el pan con el sudor de su frente, pero no conocen, por estar fuera de la sociedad ordenada y jerárquica, nada de ese refinamiento culterano que llamamos lenguaje del corazón. En ellas habita la miseria que nos deshabita, son nuestro espejo.

IV

No debo extender más este prólogo. La riqueza de matices de la novela de Wenceslao Montoya, si quisiera ser al menos esbozada, requeriría de un espacio semejante al de su obra.

Los lectores, que doy fe de que existen, agradecerán la reedición de *La fiera*, por su actualidad, pero también por traer de regreso a este elusivo presente de lenguajes unificados y sin imaginación, ese lenguaje coloquial, ya casi desaparecido y del que encontramos en Carrasquilla, en Mejía Vallejo y en esta novela del médico antioqueño, pruebas claras de su riqueza poética y expresiva.

Daniel Jiménez Bejarano

Aparece nuevamente Wenceslao Montoya en el campo literario con otra hermosa novela, *La fiera*. Es como la primera, *Orgullo y amor*, vencedora en torneos de arte y muy acreedora al triunfo.

Montoya, médico distinguido, ha logrado arrancar momentos a sus labores profesionales para dedicarlos a la producción de obras en que explota con decidida vocación y con envidiable acierto el filón riquísimo de nuestras costumbres. Fuera más propicio el campo, no tropezaran nuestros literatos con los obstáculos que este medio incipiente opone a la difusión de sus escritos, y Montoya podría dedicarse exclusivamente a la tarea de escribir para el público.

Sus libros, admirablemente planeados desde la primera palabra, descubren al novelista de alto vuelo, al artista que sabe crear personajes con lineamientos precisos, destinados a vivir largo tiempo; personajes que, llegados a la vida en la mente del autor, hablan, dictan sus palabras, y éste las copia dejando correr la pluma sin vacilaciones, sin trepidar un instante, llegando a producirse así diálogos magistrales, trasuntos fieles de la realidad que vivimos. El escritor sólo deja de oírlos para describir el paisaje en que se mueven, para imbuirnos en la naturaleza en que respiran.

La fiera es una novela tendenciosa, porque esa *fiera* cuya historia de un momento nos presenta Montoya, aunque con referencia a tiempos que hoy miramos como distantes, es la aberración política, son los odios de partido, es esa embriaguez, inmensamente superior a la alcohólica, que tuerce el criterio moral, que trueca a los hombres bondadosos en crueles y desnaturalizados, que de una sociedad que debiera siempre ir unida para el bienestar general, forma círculos llenos de prejuicios, dedicados a despedazarse, cuando no con las balas homicidas, con la espada de las lenguas implacables.

En un centro estrecho de esta clase, en una reducida población, se mueven hombres y mujeres envenenados por el odio, sahiéndose mutuamente, haciéndose la vida insoportable con la delectación de quien cumple una misión sagrada.

Y en medio de tantos seres repulsivos cuando la *fiera* los domina, generosos y atrayentes cuando dan rienda a sus impulsos naturales, aparece una criatura angelical, llena de inocencia y de candor, la única incontaminada a quien la *fiera* no ha manchado el alma con su aliento corruptor. Es la víctima del holocausto, víctima de la envidia lacerante y víctima de la misma *fiera*.

La pintura de la vida parroquial no puede hacerse con mayor fidelidad. Personajes hay que infunden miedo desde su aparición en la escena; seres peligrosos que no se detendrán en luchas de palabras, en el mero recinto donde la chismografía y la difamación tienen su imperio; perros de presa listos a despedazar a quien se atraviese en su camino, creyendo que con ello hacen obra meritoria y cumplen el deber de trabajar por sus ideas, aunque de ellas tienen vacía la cabeza por su máxima ignorancia. Crispa los nervios el

gamonal que da de golpes a un desgraciado y se finge su víctima para someterlo a la infamia de la prisión; infunde horror el que cambia de ideas para seguir siempre la estrella que triunfa, logrero político que produce asco al querer granjearse siempre el favor del poderoso, o al tratar de sostener equilibrios imbéciles.

Sólo los que llegan al pueblo precedidos de una fama tenebrosa se muestran serenos en aquel hervidero de pasiones. Son los más odiados por unos y los más amados por los otros. Pero este amor dura poco; para ser amado en este campo de efervescencia pasional es preciso plegarse a las exigencias del copartidario, al odio de partido, enrolarse en las filas. Aquí no se admiten términos medios. El enemigo debe estar frente al enemigo, cualquier obstáculo que entre los dos se interponga debe ser destruido, y más odioso resulta para los que ayer lo amaban el que quiere conservarse independiente y digno.

Tal lo que sucede en la vida y tal lo que aparece en la novela. Todos los que llevamos algunas etapas de existencia hemos presenciado la misma comedia, la misma representación de los hechos que Wenceslao Montoya describe con sorprendente verdad; el mismo aire de tragedia que se respira en muchos pasajes del libro que con tanto deleite hemos leído. Hoy, en época de relativa calma, especialmente en nuestra tierra antioqueña, se experimenta cierto amortiguamiento en la locura política; pero antes, cuando las revoluciones se sucedían en serie que parecía interminable, el cuadro que ha recogido el novelista se veía en todos nuestros pueblos. La poesía política femenina tiene sus ejemplares en todos ellos. No son las estrofas recogidas por el autor de *La fiera* las únicas muestras que podían citarse de esta original y pedestre inspiración. Son páginas olvidadas que un día tuvieron su auge y produjeron desastrosos efectos: son eco de una historia de sangre y de dolores.

En nuestros días sólo la víspera de unas elecciones oímos mencionar los “sanedrines” y las “democracias”; unos cuantos “Buendías” echan sus peroratas para llamar a un pueblo, que no los oye, al ejercicio de sagrados derechos. Allí concurren algunos ciudadanos a divertirse con las palabras más o menos brillantes, más o menos fogosas, del orador, que no logra, sin embargo, despertar los odios y las pasiones de que parece poseído, en el alma de sus queridos conciudadanos. Esto ya es inocente, manso, risueño. “Las cotorras” son centros desaparecidos, de que apenas se conserva leve tradición. Pero en la época a que *La fiera* se concreta, tenía su trascendencia: era mantener el fuego cerca de la pólvora, una hoguera presta siempre a extender el estrago.

Es preciso leer la obra de Wenceslao Montoya, leer *La fiera*, es palpitante el interés de todas sus páginas; la atención se sostiene sin que decaiga en parte alguna; la diversidad de los tipos que nos presenta es admirable. La solterona inconforme con su suerte; la beata sacristana y la de otros tintes; las viejas

politiqueras de clásica intransigencia; la hermosa muchacha de viva imaginación que ve cambiarse sus odios en un amor que subvierte el giro de su pensar; los gamonales, directores de círculos, que se odian con insano furor, con entusiasmo, con calor desmedido; el general Troncoso, noble carácter en medio de la fama siniestra que cubre su nombre ante los adversarios; el apuesto capitán y demás oficiales del batallón; el medroso sacerdote, especie de don Abundio de Manzoni; el logrero político, y esa Laurita, en fin, inocente, pura, tímida, verdadera imagen de candor que tan pocas palabras pronuncia, Ofelia o Cordelia, no nacida en palacios, sin embargo; perfumada flor del pueblo en quien se concentra todo el interés de la novela y que culmina en el desenlace para dejar en el alma un acre sabor de lo que son las mezquindades del mundo y la barbarie de *La fiera*.

Leed este libro, que en medio de las diversas sensaciones que despierta, contiene grandes enseñanzas. Leedlo: vivid algunas horas la verdadera vida del pueblo; la variedad de cuadros, las hermosas descripciones que lo esmaltan, os harán gratas esas horas, y todo ello os llevará a la meditación, a una meditación saludable, capaz de comunicar tranquilidad a vuestros espíritus, si sabéis aprovecharla.

Es verdad que sorprende aquel sacudimiento fulminante de las sensaciones de Troncoso a la repentina vista de Laurita; que en las circunstancias en que ello se verifica, reviste cierto carácter de inverosimilitud; pero no puede decirse en absoluto que no sea éste uno de los misterios del corazón humano. Hubiéramos querido, con todo, que la escena estuviera mejor preparada, para buscar más acertadamente el proceso de la naturaleza, sin tocar en los límites de lo extraordinario.

También sería de desear un poco de más parsimonia en la descripción de algunos estados psicológicos, aunque, por lo demás, son perfectamente irreprochables en cuanto al lenguaje, galanura de estilo y corte artístico de la expresión.

En todo caso, a los que hemos experimentado en nuestras carnes la garra de *La fiera*, nos complace verla sujeta a las páginas de un libro, exhibida por todas partes tal cual es, sanguinaria, cruelísima, estúpida, brutal, cargada de maldiciones, y llevando sobre sus hombros el estigma de crímenes infinitos.

Quien así ha logrado exponerla —para baldón de los que a su yugo se someten complacidos— merece calurosos aplausos, y el triunfo que le auguramos —brillante y fecundo— en el campo de las letras.

Pedro P. Betancourt

LA FIERA

I

Pues sí, mis queridas —decía doña Juana, limpiándose con la manga de la no muy limpia blusa los residuos que el chocolate acababa de dejar en sus comisuras—, como les iba diciendo, sólo por un castigo de Nuestro Señor ha podido suceder que triunfaran los rojos.

—Tuavía no hay seguridad —replicó doña Segunda—. No hay que desconfiar de la misericordia de Dios. A don Miguel dizque le trajo un posta muy buenas noticias —agregó bajando la voz.

—¿Síir? —exclamaron en coro las otras señoras.

—¿Y qué noticias serán? —interpeló Venturita, que era la niña de la reu-nión, y que hasta entonces casi no ha tomado parte en el palique, por estar asomada a la ventana, en espera de quien no había quedado en venir.

—¡Demás que lo voy a decir a todo grito! —exclamó doña Segunda— Será porque no hay por todas partes espías y lambones, que corran a ponérselo en pico a los herejes. Si quiere saber algo, hágase p'acá y déjese d'estar en la ventana aparando moscas.

—Sí, Venturita —advirtió doña Juana—, hay que tener mucha prudencia. ¿No ve que tenemos q'estar más escondidos que los cristianos en las catatumbas?

—Catacumbas, mamá —corrigió Venturita riéndose.

—Vela, haciéndose la sabida. ¿No t'iacordás que en ese libro tan lindo q'escribió el chato Abrán dice qu'esas eran las tumbas de los cristianos? La palabra lo dice: catatumbas.

Doña Segunda, resentida al ver que, por asunto tan baladí, madre e hija habían olvidado por un momento las importantísimas noticias que tenía que comunicarles, se volvió hacia las otras dos señoras y empezó con aire misterioso:

—Pues como les iba a contar...

Doña Juana arrastró bruscamente su poltrona. Venturita, dando antes una última ojeada a la calle, se puso en dos saltos al lado de su madre.

—Yo no le he podido sacar bien a Jacinto —continuó doña Segunda en voz baja—. Como nos tienen tanta desconfianza a las mujeres, quizque por piconas... Pero, por lo que miha dicho, hay gato encerrao.

—¿Pero qu'es lo que t'iha dicho? —urgió doña Juana impaciente.

—Pues que no hay que perder la esperanza; que aunque ya los rojos se tomaron a Antioquia, puay no sé por onde vienen dos ejércitos conservadores muy grandes, y que cuando más desentendidos estén los rojos celebrando el triunfo, ¡pao! les caen encima y quedan los herejes como en trampa de chucha.

—¡Mi Dios lo permita! —imploran todas en coro.

—Y ai está la Virgen, que se les aguanosé la fiesta a todos estos negros rojos, que desde que triunfaron están que no hay quién los aguante —dijo Venturita, apretando los dientes—. ¿No han visto a las Cáceres y a las Valdeses con unos moños colorados que les arrastran? Parecen catiras.

—¡Niña! —protestó doña Juana escandalizada— no digás esas palabras.

—¿Y eso qué tiene de particular? A usted misma se lo he oído muchas veces...

—Pero yo soy una vieja y puedo decir cualquier cosa. Pero una niña como vos no debe mentar esas palabras.

—Eso es verdá: una niña no debe decir eso —repitieron a un tiempo las otras señoras, con cierto dejo de ironía que costó una mueca de rabia a doña Juana.

Venturita, que también entendió la velada burla, les volvió la espalda y fue de nuevo a ocupar su observatorio de la ventana. Las señoras siguieron cuchicheando.

La dueña de la casa y anfitriona del chocolate, doña Segunda, era de unos cincuenta años, morena, descarnada, seca de busto y con no escasos pelos de barba. No había conocido las dichas de la maternidad, por más que llevara treinta años de casada con don Jacinto, el cual, según las malas lenguas, no se había resignado a morir sin descendencia, y esparció la simiente por muy diversas veredas.

Doña Segunda, a falta de hijos a quienes mimar, dedicaba sus caricias a la perra Confianza, a sus frecuentes y numerosos cachorros y, sobre todo, a una lora, a la cual había enseñado, a costa de paciencia y de vino seco, a que articulara: ¡Viva Antioquia! Sus frecuentes iras de hembra fanática y madre frustrada desfogábalas con la negra cocinera y con el encerrador, muchacho de los que llaman *bobos-pillos*, que cuando estaba de buen humor y quería exasperar a doña Segunda, se obstinaba en contestar cada ¡Viva Antioquia! de la lora, con un ¡Viva Colombia!, a media voz.

Doña Juana era viuda y madre de varios hijos, de los cuales sólo vivían las dos hembras: Tránsito, casada y ya con familia crecida, y Venturita, solterona a la fuerza. Doña Juana tenía aproximadamente 56 años, era de baja estatura, un tanto obesa, escasa de dientes y abundante de arrugas y pecas. Era ultraconservadora, e intransigente, a tal punto, que el único novio en serio que le había resultado a Ventura, hubo de levantar el campo, a despecho de la chica, pues doña Juana se obstinó en que su futuro yerno había de protestar de las ideas liberales, como *conditio sine qua non* para entrar a la familia. Como semejante imposición era incompatible con el carácter de un hombre, el novio se marchó a otra parte, donde a poco se

casó en mejores condiciones, noticia que costó a Venturita muchas lágrimas y ataques. Doña Juana trató de consolarla diciéndole que no fuera malagradecida, que diera gracias a Dios que la había librado de caer en las garras de un enemigo de la religión y que estuviera segura que era mejor quedarse beata que casarse con un rojo. Y eso que a doña Juana no le habría venido mal un buen yerno que la sacara de apuros, pues, como era tan pobre, tenía que ganar el pan y lo necesario para el lujo y caprichos de Venturita, atendiendo a un hotelucho, donde lo mismo se alojaban de vez en cuando pasajeros de rumbo, como almorzaban los endomingados campesinos mondongo, envueltos y empanadas con chocolate.

A pesar de la pobreza y del oficio poco aristocrático de fondistas, doña Juana y su hija tenían su dosis de orgullo y ocupaban buena posición en la sociedad de Pedregales.

En cuanto al marido de Tránsito, no podía contar con su ayuda, pues era aún más pobre que ellas, trabajaba a puro jornal y no alcanzaba siquiera para las más urgentes necesidades de la familia. Doña Juana los auxiliaba, sobre todo los lunes, con los excedentes de empanadas y demás comestibles no consumidos los domingos por los parroquianos. Es verdad que muchas veces aquellos envueltos y empanadas vinagres, causaban a los panzudos nietos monumentales dolores de barriga y frecuentes excursiones "al campo", no obstante lo cual ellos esperaban la llegada del lunes con ansias de famélico, y durante el resto de semana no hacían más que llevar en los mugrientos dedos la cuenta de los días que faltaban para aquél de sus hartazgos.

Venturita pasaba de los treinta, y, aparte del pretendiente aquel rechazado por rojo, no había podido atrapar ningún otro que se resolviera a hacerse cargo de sus encantos. Y no los tenía muy escasos, pues aunque la boca era un poco grande y la nariz defectuosa, lucía en cambio hermosos cabellos y ojos, tez blanca, con una que otra peca, regular estatura, curvas incitantes, carnes prietas, si bien ya un poco exageradas y con visible tendencia a hacer de ella una respetable jamona.

Su carácter, de suyo un poco áspero, se había agriado más aún después de aquel su fracaso amoroso, y no perdonaba a las compañeras que le habían cogido la delantera, unciéndose ya al santo yugo, ni a las jovencitas, que a cada paso le birlaban sus soñadas conquistas. No obstante las continuas derrotas, permanecía firme en la brecha, resuelta a luchar hasta el fin para atrapar un marido, a condición, eso sí, de que no fuera negro ni liberal. Y eso que a veces, en las horas de mayor desencanto, lamentaba haber cedido a las imposiciones de su madre y formaba en lo interior planes de rebelión, para el caso poco probable de que volviera a presentarse algún pretendiente liberal.

Más de una vez había soñado dormida y despierta, durante la guerra, en ver llegar a su casa un grupo de arrogantes militares y que el más apuesto se enamoraba perdidamente de ella y a poco la conducía al pie de los altares, escoltados por los amigos y subordinados. Y aunque hubiera preferido que el arrogante militar

fuera de los de su partido, que tornaba vencedor en cien batallas, no se decidía, ni aun en sueños, a renunciar a él, si era de los contrarios.

Aunque doña Juana tenía buena cocinera, había domingos que no bastaban las dos y la hija mayor de doña Tránsito, para despachar a todos los afanosos campesinos, que pedían a gritos les dieran pronto el almuerzo. En estas circunstancias, doña Juana imploraba la ayuda de Ventura, que, rezongando bastante y después de ponerse sobre el traje dominguero un blanco delantal, iba distribuyendo por las mesas platos de mondongo, envueltos, empanadas y tazas de chocolate cuñadas de diversas parvas. Por cierto que a los maliciosos campesinos placiales mucho que ella les sirviera, para contemplar de cerca y a sus anchas, aquellas incitantes morbideces, pasadas de sazón.

Cuando algún pasajero de rumbo alojábase en la fonda, Ventura de ningún modo accedía a ayudar en aquellos menesteres; mostrábase bien ataviada en la sala y procuraba aparecer como si viviera en otra esfera muy alejada de aquella en que se movía su madre. Si por cualquier motivo —y ella siempre lo inventaba— entablaba conversación con el forastero, no cesaba de recalcar sobre los caprichos y manías de la vejez, de lo cual era prueba tangible su madre, que, sin necesidad ninguna, pues su padre les había dejado modo de vivir decentemente, se obstinaba en aquel oficio tan aborrecido de hotelera, sólo por acumular dinero, sin importarle que tal destino no estuviera de acuerdo con la nobleza de su sangre y la posición que ocupaban en la sociedad.

Otra de las señoras del conciliábulo era doña Anastasia, viuda que, no teniendo en su casa qué hacer ni qué manducar, repartía el tiempo en las casas pudientes, donde se comedia a ayudar en cualquier oficio, a trueques del propio sustento y de algo más que lograba atrapar a hurtadillas y llevaba a su casa, sepultado en el fondo de los monumentales bolsillos de la *funda* de fulilla, o en la bolsa como de didelfo que formaba la ropa sobre su deprimido busto.

La otra contertulia era Jacobita, solterona de cuarenta y cinco, beata ahora, pero que en sus mocedades había pelado más de una vez la pava, ocupaba actualmente el puesto de sacristana o inspectora del culto, nombre que ella prefería por más rimbombante. Aquel día andaba recogiendo flores para el altar, y habiendo encontrado en casa de doña Segunda suculento chocolate, y el plato, más suculento aún, de murmuración y política, hacía dos horas formaba parte del conciliábulo, sin cuidarse de que las flores se mustiaban en la canasta, en vez de estar perfumando el lugar Santo.

Don Jacinto, según decires de los que lo conocieron desde niño, era una buena persona. Servicial como ninguno, gustábale tener a todo el mundo contento. Nadie mejor que él para *hacerles alto* a los novios, inventarles conversadas, llevar de uno a otro discretas misivas. Placiale organizar paseos, fiestas, diversiones, fueran religiosas o profanas. Pero, eso sí, en tratándose de gastar platica salvaba la situación

con una habilidad digna de encomio. ¿Que había que darle trago a los músicos? Don Jacinto sacaba una moneda y con ella bien a la vista recorría los grupos, encabezando la colecta. Y no suspendía ésta sino cuando, según la cuenta mental que iba llevando, ya sobraba algo del valor de “la media”. Sacaba su moneda, y luego, a beber todos. Era muy justo que a él también le tocara trago, por el desempeño de su oficio. ¿Que iban a *hacer una vaca* para los gastos comunes de un paseo o parranda? Don Jacinto encabezaba siempre la suscripción con una crecida suma, la cual nunca salía de su bolsillo. ¿Que había que coleccionar fondos para Semana Santa, *cuarenta horas* o alguna otra festividad? Don Jacinto recorría casas y tiendas, solo o acompañado, inventaba cantarillas, nombraba comisiones colectoras en los campos, etc. ¿Pero dar él un real? No llegó el día. Curiosa aberración ésta de don Jacinto, quien era capaz de trabajar muy a gusto días enteros, para ayudar a cualquier buena obra, religiosa o laica, pero nunca contribuía para la misma con un real siquiera.

En política había sido un vividor. “Transigente”, llamábase él; *voltiarepas* apellidábanlo otros. Cuando López dio libertad a los esclavos, se valió de tan feliz acontecimiento para declararse su ferviente admirador y partidario decidido, según decía a voz en cuello. En los tiempos de Melo, aprovechó la unión transitoria de los partidos contra el dictador para formar parte de la guarnición de Pedregales y permanecer en equilibrio hasta ver cuál partido quedaba dominando. Al subir a la presidencia Mallarino, don Jacinto resultó ultraconservador y no cesaba de dar gracias a Dios, en compañía de los copartidarios, por lo que ellos llamaban “un beneficio patente de la Providencia, que había permitido la alzada de Melo, para que cayera ese asesino de Obando y subiera al poder la *buena causa*”.

Años más tarde, cuando la exposición de Manizales, quemó cohetes y reventó trago en las alegrías de los conservadores, lo cual no obstó para que después hiciera otro tanto con los liberales, cuando el triunfo definitivo de Mosquera. A los que le echaban en cara los festejos de la exposición, les contestaba riéndose:

—¡Hombres, no sean tan bobos! Si yo me alegré cuando eso, porque comprendí que la tal exposición era una parada de ese gallo Mosquera, pa comese a los conservadores. Y ya ven que me salió lo que pensaba. Es que aquí también hay canela —terminaba golpeándose la frente. Y para probar mejor su mosquerismo, recordaba que había sido uno de los primeros en hacer el viaje a Medellín, no más que por conocer a ese gallo.

Durante el gobierno del gran Berrío, don Jacinto procuró irse acercando mañosamente al grupo dominante; y en aquellos felices años de paz y de pasiones adormecidas, pudo intervenir varias veces en el manejo de la cosa pública, sin que nadie le preguntara por sus opiniones políticas. Y si algún conservador intransigente le echaba al rostro su mosquerismo, sacaba a lucir en contra las docenas de triquitraques gastados cuando la exposición, y aseguraba que él sí había ido a Medellín, pero no ha conocer ese “viejo

cumbamba de sapo”, “mascachochas”, sino a ver si de pronto había un grupo de calientes que, en defensa de la religión, se resolvieran a meterse en una hondura y despacharan para la eternidad a ese malvado.

Y ahora estaba don Jacinto en *mil aguas*, sin saber a qué atenerse. Mientras no dudó del triunfo de Antioquia, trasnochó mucho sirviendo en la guarnición de Pedregales y aun salió a caza de infelices, que fueran a los campos de batalla a ser carne de cañón. Pero, eso sí, marchar él a la pelea, nunca lo pensó siquiera. Y a quienes le decían que él, por ser hombre sin hijos, sí debía ir, les contestaba retorciendo el argumento:

—Por lo mismo que la pobre Segunda no tiene quién vea por ella, no la puedo dejar sola. Si tuviera hijos, los mandaba a todos a que le sirvieran al gobierno, o me iba yo. Pero siendo nosotros como dos ánimas lóbregas, ¿cómo la voy a dejar solita en grima y más en tiempo de guerra, que se cometen tantos abusos? Si de pronto, mientras yo esté por allá pe.liando, se entran los rojos, ¿quién hace respetar la casa?

Con la inesperada ocupación de Antioquia por las fuerzas liberales, el conservatismo de don Jacinto empezó a desteñirse, si bien las falsas y halagüeñas noticias que alimentaban todavía a los vencidos, no le permitían esfumarse del todo. Veíasele, sí, muy sonreído y confianzudo con los vencedores, sin que esto obstara para que a los copartidarios que le censuraban sus relaciones con los del otro grupo, les dijera “en mucha reserva”, que todo era con el fin de ver qué noticias o secretos podía pescarles, en favor de la *buena causa*. Indudablemente don Jacinto era todo un hombre, una buena persona, y de una elasticidad a prueba de ruptura.

* * *

Los cuchicheos de las señoras fueron interrumpidos por la llegada de don Jacinto, que penetró sofocado, arrojó el sombrero a una cama y, sin saludar, se dejó caer en una silla.

—¿Qué hubo, Jacinto? —interrogó ansiosa doña Segunda, mientras las otras guardaban un silencio de angustiosa espera— ¿Qué noticias hay? ¿Ya están muy cerquita?

—¿Quién? —replicó con furia don Jacinto.

—Pues esos batallones que venían a la carrera a caeles encima a los rojos...

—¡El diablo será el que les cae!

—¿Qué hubo, pues? ¿Se devolvieron?

—¡Qué demonios! ¡Si todo eran patadas d'ihogao! Esto ya se lo llevó el diablo, ¡*pa sécula!*

—¡Dios mío! —suspiró doña Segunda, acompañada del coro de amigas.

—¿Saben quién es el que viene p'acá a la carrera? A que no adivinan.

—¿Será el general Bastidas? —dijo doña Segunda, sintiendo que le volvía el alma al cuerpo.

—¿Qué va a venir a hacer aquí ese corrido, que se vendió en Manizales y Garrapatas?

—¿Entonces quién?

—¡El caricortao... con un batallón de rojos!

—¡Troncoso! —exclamaron a un tiempo todas, menos doña Juana, a quien la noticia había producido casi un desmayo y yacía en su poltrona, con los ojos desorbitados y los escuálidos labios temblorosos. Cuando pudo rehacerse un poco, logró articular:

—Era lo único que nos faltaba... Esto es una maldición de Dios... ¿Y qué viene a hacer aquí ese demonio?

—Vendrá a poner la iglesia de pesebrera, como lo ha hecho en otras partes —dijo la sacristana.

—O a robarse todo lo que encuentre y matar a los conservadores a palos, como acostumbra. En Jordán izque no dejó ni piedra sobre piedra —agregó doña Segunda.

—Y a sacase de las casas a todas las muchachas, pa ponerlas de catiras —remató doña Anastasia.

Venturita, que era la más serena de todas, se sobresaltó un tanto, temiendo por su juventud, pero no pudo dejar de sentir allá en su interior cierto cosquilleo agradable, cual si le anunciara la posible realización de sus sueños de aquellos días.

—Pero ¡Dios mío! —exclamó de nuevo doña Juana— ¿Qué vamos a hacer nosotras aquí con ese hombre tan malo, que seca hasta la yerba que pisa? Si dicen que's pior q'íun don Atilano, que saquió la santa ciudá de Roma, se llevó todas las monjitas, mató al santo Papa y cometió otro poco de crímenes, no me acuerdo cuándo...

—Sería Atila, mamá, y no Atilano —dijo Venturita, que no podía tomar tan por lo trágico la noticia de que pronto habría en Pedregales un batallón, con muchos oficiales pispos y coquetos.

—¡Dejá la bulla, so mechuda! —replicó furiosa doña Juana— Siempre has de estar con tus gracias y bobadas. Atila o Atilano, es lo mismo. Lo que había de hacer es ir viendo pa ónde pegamos a escondenos, que no nos encuentre aquí ese Judas.

—¿Que pa ónde nos vamos? Será que nos vamos pa la casa, que ya está muy tarde —repuso Venturita, cogiendo el pañolón.

—Te irés vos, so atolondrada. Yo pego ahora mismo a hablar con el padre Contreras, a ver qué me aconseja.

—Bueno, don Jacinto —dijo doña Anastasia después de largo silencio—, ¿y no hay riesgo de que esa noticia sea falsa? ¿Cómo la supo?

—¿Falsa? ¡Ojalá! Si tuve en mis manos la orden que mandan de Medellín pa que preparen cuarteles pal batallón, que llega dentro de tres o cuatro días.

—¿Y usted qué va a hacer, don Jacinto? ¿Pa ónde va a pegar? —interrogó la sacristana— Imposible que se quede aquí, pa que lo fusile o por lo menos lo apalé el caricortao.

—¿A mí por qué? Yo no le hecho mal a nadie ni me meto en política. Cabalmente que a Remigio se lo dije, que me tienen a la orden, pa serviles en lo que pueda. Por mi parte... que mande el que quiera... con tal de que tengamos paz y nos dejen trabajar. Yo no soy político ni he ofendido a nadie, pa que me fueran a hacer nada... En mi caballo va a entrar Troncoso: yo mismo se lo ofrecí a Remigio.

Las señoras se levantaron escandalizadas. El asombro selló todos los labios. Don Jacinto estaba loco, no quedaba duda. La terrible noticia le había trastornado el seso. ¡Prestar su caballo para que montara ese malvado de Troncoso! Eso no tenía perdón de Dios.

—Jacinto —gimoteó doña Segunda—, verás que te va a castigar mi Dios por esas cosas tuyas. No prestés tu caballo pa ese hombre. Ve q'eso es mucho pecao.

—Sí, don Jacinto— sentenciaron las otras, inexorables—, hasta descomuni3n puede tener.

Y cual si esto fuera una realidad, se apresuraron a salir de aquella casa, marcada ya con el estigma del Cielo.

Doña Segunda quedó hecha un mar de lágrimas. Don Jacinto trató de consolarla:

—No sias boba, Segunda, no llores. ¿No ves que si yo no ofrecía el caballo, arriesgaba a que me lo expropiaran del todo? ¡Mejor que todas estas viejas se vayan haciéndose cruces y no vuelvan aquí con sus habladurías! ¡Nos iba bien si los rojos llegan a saber todos los cuentos d'ellas! Hasta me le ponían espías a la casa, como lugar sospechoso. Si quieren hablar, que busquen otra parte. ¡Mi casa no es conversadero de nadie!

II

Acababa de pasar una de nuestras más terribles guerras civiles, que había dejado por doquiera ruinas, llanto, desolaci3n y muerte. Las pasiones políticas se habían exaltado hasta lo sumo y los odios y represalias mantenían a los pueblos en continua alarma.

En Pedregales los vencedores se desquitaban en los vencidos, de las humillaciones de doce años. Compartos, contribuciones, expropiaciones de cabalgaduras, ganado y comestibles; alegrías a diario, con su cortejo de *vivas* y *abajos*, a todo pecho, gritados de preferencia frente a las casas de los vencidos;

procesiones o desfiles cívicos, en los cuales se llevaban en hombros ora retratos de los jefes amigos, ya mamarrachos que representaban y ridiculizaban a los contrarios.

Los vencidos, por su parte, si bien por temor de mayores represalias aparentaban resignación con lo que Dios había dispuesto, en sus secretos conciliábulos desfogábanse a sus anchas y, alimentados por falsas noticias y falaces esperanzas, preparaban en silencio el plato de sus venganzas, para si de pronto, según decían con santa unción, “mi Dios permitía que se voltiara el Cristo y a los rojos se les aguanosara el triunfo”.

Los vencedores habían organizado una asociación o club que denominaban “La democracia” y celebraban sus sesiones al son de cornetas y tambores, con mucho reventar de cohetes y más reventar de trago. En ellas se desbarraba de lo lindo, se insultaba en todos los tonos a los contrarios, se hablaba mucho de libertad, progreso, civilización, derechos del hombre, etc.; se votaban proposiciones descabelladas, como la de erigirle un busto o estatua en pleno atrio de la iglesia al jefe que les había dado el triunfo, y la de cambiarle al pueblo el nombre de Pedregales por otro que recordara alguna de las principales batallas ganadas.

Los vencidos solían reunirse sigilosamente, ora en la casa cural, ya en la de don Miguel Racines. Como, según los enemigos, todos los que formaban el conciliábulo eran unos “fanáticos, fariseos, hipócritas, sepulcros blanqueados”, bautizaron aquél con el expresivo nombre de “El sanedrín”. Generalmente presidíalo el padre Contreras; pero, en realidad, el verdadero jefe era don Miguel, el gamonal más rico e influyente del pueblo, ignorante, avaro hasta la tacañería en veces, y pródigo exageradamente en otras. En efecto, era extremado en todas sus pasiones: en el amor como en el odio, en la generosidad como en la venganza. Así como al que caía en gracia era capaz de sacarlo de la miseria, establecerlo bien, hacerlo ascender en la escala social y favorecerlo constantemente con su amistad y protección, ¡pobre de aquél que por uno u otro motivo incurriera en su enojo! Cebábase en él hasta obligarlo a abandonar el pueblo o hundirlo en la miseria y el desprestigio.

Prueba de su generosidad y buenos sentimientos eran las muchas familias pobres a quienes dábales casa gratis, amén de una buena limosna en dinero cada ocho días; la multitud de empleados cesantes que por una recomendación suya, habían vuelto a colocarse bien, en el pueblo o en otra parte; los innumerables labriegos a quienes daba en sus fincas terreno para trabajar, sin cobrarles arrendamiento. En cuanto a la saña que gastaba con quien no le agradaba o de un modo cualquiera incurría en su enojo, basta, para apreciarla, referir a la ligera dos sucesos.

Un campesino cargado de hijos había abandonado su hogar, para ir a otro pueblo en busca de mejor jornal. Antes de partir, dejó sembrado de maíz el pequeño corral que rodeaba su choza. La mujer y los hijos,

acosados por el hambre, apenas el maíz empezó a “quemar cabello”, se apresuraron a comérselo y muy pronto terminaron con toda la *chocolera*. Ésta hallábase en la vereda cuyos diezmos había rematado en aquel año don Miguel. Saber éste lo ocurrido y montar en cólera, todo fue uno. Si aquella ladrona le hubiera dicho algo antes, no sólo no le hubiera cobrado diezmos sino que la socorrería en su miseria. Pero atreverse a *jartarse* toda la roza, sabiendo que él era el rematador, y sin pedirle permiso, era falta de respeto y acatamiento que merecía ejemplar castigo. Don Miguel trató mal a la campesina y la amenazó con darle cuenta de lo ocurrido al padre Contreras, para que no la volviera a admitir en la iglesia, no la confesara ni le bautizara los hijos. La mujer lloró y suplicó a don Miguel tuviera compasión de ella y de sus hijos y esperara un poquito a ver si su marido volvía o le enviaba recursos. Además, se comprometió a ir pagando cada ocho días algo a cuenta del diezmo, aunque para ello tuviera que morir de hambre.

El marido volvió y a su vez prometió a don Miguel pagarle todo, poco a poco. Pero la pobreza extrema en que se hallaba no le permitió cumplir lo prometido.

En aquellos días hubo en Pedregales Cuarenta Horas, con predicador traído de la Villa y confesores de diversas partes. Como era natural, el campesino quiso participar de las gracias espirituales de aquellos días. Por su desgracia, don Miguel lo vio cerca de un confesionario, e inmediatamente corrió a la sacristía y advirtió al padre Contreras que allí estaba buscando confesión uno que no pagaba diezmos. Aunque el padre, que conocía el asunto, no juzgaba que cosa tan baladí fuera razón suficiente para privar a un cristiano del beneficio de los ejercicios, no obstante, por no disgustar a don Miguel, llamó al culpado y le dijo que mientras no arreglara con éste el asunto de los diezmos, no podía confesarse.

El campesino, que era un tanto *rascapulgas*, se contentó con responder:

—Pues mi padrecito, yo tenía muy güenas intenciones de conjesame y tamién de pagale a don Miguel lo que le debo, apenitas mi Dios me socorra. Pero si ya toy descomulgao, porque la mujer y los hijos se comieron esas mazorquitas pa no morise d’ihambre, antonces mejor será despensioname d’iuna vez y pegar pal estanco, a ver si allá tampoco me reciben...

Y en verdad, aquel día el campesino, que había venido al pueblo a lavar sus pecados, se amarró, gracias a don Miguel, una *turca* más que regular, con gran escándalo de los fieles, que estaban en aquellos días consagrados a las verdades eternas.

Otra hazaña de don Miguel. Por cualquier motivo baladí tenía resentimiento con otro campesino, al cual cierto domingo mandó llamar a su oficina. El infeliz, que ignoraba haber ofendido a don Miguel, ni aun siquiera con el pensamiento, acudió solícito y complacido, a ver en qué podía servirle. Apenas entró, don Miguel la emprendió con él a puños, patadas e insultos, todo lo cual lo aguantó pacíficamente el campesino “por no jaltale al respeto a don Miguel”, según decía después.

Como el agresor se hubo fatigado y vio que la gente de la plaza empezaba a darse cuenta de lo que ocurría, salió a la puerta gritando:

—¿En este pueblo no hay autoridad? ¿Cómo es la cosa? ¿Atacan a uno en lo que es suyo y no hay quién lo defienda?

A estas voces cundió la alarma en la plaza y la indignación no tuvo límites. Brillaron al aire las hojas de machetes y peinillas, cientos de manos recogieron piedras del suelo y las turbas vociferantes se precipitaron sobre el infame que había atacado a don Miguel. El infeliz se dio por bien servido con que los policías se lo llevaran en volandas, apretándole el cuello más de lo debido y asestándole uno que otro cintarazo, para no morir linchado por toda aquella turba, que ansiaba lavar con su sangre la ofensa irrogada al gamonal.

Por delante de éste desfilaron durante el resto del día y parte de la semana, todos los que anhelaban congraciarse con él y que los absolviera de la fea mancha de no haber acudido a tiempo a defenderlo.

—Vea don Miguel —decía uno—, yo estaba en casa almorzando, cuando ese bandido lo atacó. Si hubiera estado cerquita... vea... es decir...

Y diciendo esto cerraba los puños, apretaba los dientes y entornaba los ojos, en un gesto de heroísmo y santa ira.

—Don Miguel —murmuraba otro—, ¿usted por qué no hizo un tiro, aunque fuera al aire? Así todos nos habríamos alarmado y corrido ligero a defenderlo. Pero figúrese, uno allá en esa venta tan envolatao... Cuando yo llegué, ya los comisarios llevaban pa la cárcel ese maula. Apenas alcancé a pegale un puño por detrás...

—Don Miguel, ¿vusté por qué dejó llevar tan ligero ese canalla a la cárcel? Si lo encierran aquí y nos dan tiempo a los amigos suyos de llegar... vea... había pagao las verdes y las maduras. ¡Rojo había de ser, ese hijo... !

Pero nadie tan afligido, contrito e indignado como el alcalde y los policías. Aquél, apenas éstos le entregaron el reo, hecho un nazareno por las manos de don Miguel y de sus defensores, pareció, por la mirada que les dio, reprenderles por haberlo traído vivo. Lo hizo poner de pies y manos en el cepo, no permitió se le llevara alimento, ni agua siquiera, y lo condenó a ocho días de cárcel. Y cuando hubo así cumplido su deber, se presentó, mohino y avergonzado, a don Miguel, a lamentarse de que, por estar persiguiendo un juego, en una calle extramura, no había podido acudir oportunamente a hacerlo respetar.

Pero como, a pesar de estas explicaciones y del ejemplar castigo aplicado al delincuente, don Miguel no desarrugó el ceño ni pareció inclinado a absolver al alcalde, ese día éste no comió, trató mal a su mujer, golpeó a los chicos que le pidieron el cuartillo dominguero, mandó a la cárcel a todo rojo pobre que se hubiera tomado siquiera un almuerco e hizo sentir a todo Pedregales el peso de su justicia y autoridad.

En cuanto a los policías, que a pesar de haber hecho lo posible, temían una *mocha* inminente, por la tardanza en acudir y la benignidad con el reo, estuvieron todo aquel día cabizbajos, hicieron rigurosa guardia a la sagrada persona de don Miguel, pasando cada momento por la acera, con las guarruscas medio desenvainadas y procurando que él los viera, pero sin atreverse ellos a mirar a la cara al olímpico señor que, para calmar un poco su justa indignación, apuraba a grandes tragos una botella de fino licor, regalo que acababa de enviarle el estanquero, para contribuir a su modo al general desagravio.

Don Miguel era, por derecho propio, el jefe de "El sanedrín". El de "La democracia" éralo don Remigio Guerra.

Hombre de pasiones violentas, capaz de hacer apalear a un subalterno, hasta quedar exánime, por cualquier nonada; dejar podrirse en la cárcel a un enemigo político, aunque fuera cercano pariente; contemplar impávido la carnicería de los combates y el fusilamiento de prisioneros; así como también de llegar a la casa sin pantalones o camisa, por habérselas dado en el camino a un pordiosero. Aunque había heredado algún patrimonio, la dipsomanía que lo dominaba y las prodigalidades sin cuento con los infelices, no le habían permitido aumentarlo, ni aun siquiera conservarlo. Hacía caso omiso de las reprimendas de don Jaime, su hermano rico, que trataba de convencerlo de que debía ahorrar algo para el porvenir. Tampoco le hacían variar de conducta los frecuentes sermones de su esposa, doña Patricia, santa y ejemplar matrona, la cual, a pesar de ser caritativa como la que más, alarmábase también a veces con la excesiva generosidad de don Remigio. Pero éste contestaba tranquilamente:

—¡Que l'ihace, Patricia, que yo le haiga dao mi cobija y mi ropa a aquel infeliz! Yo le quito otras a Jaime.

Don Remigio había militado en varias campañas, y dado verdaderas muestras de valor. Hasta poco antes de empezar nuestro relato había sido jefe civil y militar de Pedregales. Ahora, terminada la guerra, había sido nombrado Alcalde un recomendado suyo, y él se hallaba sin cargo oficial alguno. Sin embargo, era considerado como el jefe del liberalismo pedregalense, intervenía en todo y presidía las sesiones de "La democracia".

En aquella época de pasiones políticas exaltadas, el bello sexo de Pedregales no quiso quedarse atrás. Varias jóvenes conservadoras, de lo principal del pueblo, formaron una especie de sociedad secreta, para ver el modo de ayudar en la lucha a los suyos y hostilizar a los contrarios. Por derecho propio, en su calidad de hija de don Miguel, era reconocida como presidenta Elisa, muchacha bonita, inteligente, de carácter festivo y travieso, medianamente ilustrada para aquellos tiempos y aquel ambiente. Las otras socias eran Venturita, que aunque de escaso caletre, también se las daba de talentosa y leida; Berta, la más hermosa y abundante cabellera de Pedregales, tan exaltada y conservadora, que muchas veces había ofrecido cederla, para que

ahorcaran con ella a los liberales; y otras dos o tres muchachas, que en las reuniones no hacían otra cosa que apoyar servilmente todo lo que hacía o proponía Elisa.

Celebraban sus sesiones casi siempre en casa de la presidenta; algunas veces en otra parte. Todas sus actividades se reducían a componer versos chabacanos, con los cuales trataban de ridiculizar a los vencedores. Con motivo del cambio de gobierno, varios liberales, que antes trabajaban en diversas ocupaciones, fueron llamados a desempeñar puestos públicos. Y, naturalmente, cambiaron de indumentaria. Lo cual dio a Elisa y compañeras tema para versos jocosos e hirientes. Al nuevo Secretario le cantaban:

Señor don Rufo Grisales
Es usted muy ilustrado,
Ya no es el que antes arriaba
Desde aquí pal otro lado.

La sociedad democrática
Necesita una carpeta
para tender una mesa:
Dele usted su camiseta.

Los botines que se puso
Le están produciendo callo;
Cuando eran sus albarquitas
Sí le cantaba otro gallo.

Arréglese una varita
Con su guasco de arriador;
El rejo puede servile
Pa amarrarse el pantalón.

Otras veces las *poetisas* no se limitaban a ridiculizar a una persona sola, sino que hacían una especie de revista de todo el tren administrativo pedregalense. Una de las más notables producciones suyas y que la tradición ha conservado, aunque trunca, es la siguiente:

Si el diablo hiciera el favor
De venir a esta tierra,
Como regalo de honor
Le diera a Remigio Guerra.
Para completar el viaje
Y llenarle las guambías,
Le diera como encimita
A los hermanos Buendías.
Notario no necesita,
Porque no hace cambalache,
Pero que lleve a Torcuato
que será buen cachivache.

Si quiere Registrador
Le daré al viejo Juan Pablo
Pero si tuerce los ojos
Espanta hasta al mismo diablo.

El Alcalde tal vez fuera
Mejor que no se lo lleve:
Es tan bobo, tan cobarde,
Que de miedo hasta se... llueve

El juez no se lo regalo
Porque bebe hasta veneno,
Y de pronto en el camino
emborracha al compañero.

El Secretario tampoco
Debe ir todavía al infierno
Pa remendar las enjalmas
Lo necesita el gobierno.

No se escapaban de los embates las mujeres pertenecientes al bando opuesto. Una de las Cáceres, liberales hasta la médula, cantaba cierto día una canción en boga, en la cual, mezclábanse conceptos y versos amorosos con otros políticos. Decía así:

Volverán las errantes golondrinas
A tu balcón los nidos a colgar;
Volverán los valientes liberales
En Colombia las glorias a cantar.

Volverán de mi amor en tus oídos
Las palabras ardientes a sonar;
Y otra vez con el rémington a la espalda
A Bogotá la gloria a conquistar.

Oyola una de las asociadas, vecina suya, y como su numen poético era bastante escaso, llevó aquel tema a la próxima reunión, por no ser ella capaz de componer nada sola. Elisa se encargó de parodiar las estrofas y lo hizo a maravilla, según concepto de las compañeras. La parodia decía:

Volverán los cobardes liberales
A Corinto y Los Guamos¹ a robar;
Y otra vez como runchos en corrales²
Los piojos y las niguas rascarán.

Volverán de Dolores³ al oído
Las mentiras de Félix⁴ a sonar
Y otra vez con ajuar ya preparado
Con las piernas lavadas a quedar.

¹ Lugares en donde, durante la guerra, habían estado los liberales pedregalenses.

² Hacía alusión a una vez que cayeron prisioneros

³ La cantora Cáceres

⁴ Novio que la había burlado

Aunque todas estas producciones del club de “Las cotorras” circulaban anónimas y aparecían de la noche a la mañana debajo de las puertas o ventanas de los ofendidos, muy pronto se supo con certeza su procedencia, lo cual no es extraño tratándose de secreto entre mujeres.

En cuanto a las Cáceres y las Valdeses, principales familias liberales del pueblo, si bien mientras estuvieron por debajo aguantaron con relativa calma los desplantes de “Las cotorras”, una vez asegurado el triunfo, se desquitaban a sus anchas, insultando al grupo en general y a cada socia en particular, cada vez que había oportunidad para ello. Ellas fueron las que les acomodaron aquel nombre tan expresivo de “Las cotorras”, a despecho de doña Celsa, madre de las Cáceres, que insistía en que el que más les cuadraba era el de “guarichas conservadoras”. Pero predominó el primero, por consejo de las Valdeses, más moderadas que las Cáceres.

A su vez “Las cotorras”, viéndose ya bautizadas, decidieron hacer otro tanto con sus enemigas. En la escogencia del nombre también hubo divergencias, pues Ventura sostuvo debían llamarlas “catiras zurriagueras”, mientras Elisa, más culta y delicada, rechazó la primera palabra. Naturalmente primó la opinión de la presidenta, y las Cáceres y Valdeses fueron en adelante “Las zurriagueras”.

Los de “La democracia” encontraron muy pronto un modo muy expedito de vengarse de las burlas de “Las cotorras”. A cada nuevo anónimo que aparecía aumentaban como por encanto las contribuciones, compartos y expropiaciones a los parientes de las poetisas. Y si ellos eran tan pobres que no podía sacárseles nada, entonces con cualquier pretexto iban a dar a la cárcel por varios días. Don Remigio decía, entre furioso y festivo:

—Vamos a ver cuál se cansa primero: ellas de echar versos, o nosotros compartos.

Súpose esto en “El sanedrín” y cada socio se comprometió a hacer callar a su respectiva parienta cotorra. Y así sucedió. Hablase aun de que a varias les fue sacudido el polvo. Dijose, sobre todo, que la tunda que le atizó don Miguel a Elisa, tanto por ser la presidenta y poetisa principal, como porque sobre él habían caído las mayores represalias de “La democracia”, fue algo sensacional y de no olvidable recuerdo para la interesada. Y más para las Cáceres y Valdeses, que celebraron el hecho con mayor entusiasmo aún que el triunfo de su partido.

III

La noticia de la próxima llegada del general Troncoso con un batallón, se extendió por el pueblo y campos aledaños, con rapidez vertiginosa. Esa noche hubo sesión extraordinaria de las tres asociaciones. Hasta la de "Las cotorras", disuelta de hecho desde las tundas consabidas, resultó, sin previa convocación, reunida en casa de doña Juana.

A la sesión de "La democracia" asistieron, además de los empleados y demás liberales del pueblo, muchos campesinos entusiastas a quienes la fausta nueva había congregado. Entre ellos distinguíanse los hermanos Buendía, fanáticamente rojos, a la vez que, por una paradoja muy natural en gentes ignorantes, fanáticamente religiosos, con una fe que rayaba en superstición. Ricos y desprendidos en favor de cualquiera de sus dos fanatismos, tan gustosamente habían regalado grandes sumas para contribuir al triunfo de su partido, como las gastaban haciendo de alféreces en una fiesta religiosa, con nueve días de salves, tocadas por bandas traídas de la Villa, con predicador y cantores de la misma procedencia, con tres días de fiestas de plaza, acompañadas de su respectivo cortejo de juegos, borracheras y muertes. Valientes, como lo habían mostrado en varias campañas, fervientes adoradores de Baco, en cuyas aras quemaban el dinero sin contarlo, era muy apetecida su compañía por los gamonales del pueblo, que a su costa se embriagaban, sin tener más trabajo que elegir el licor de su gusto.

Por todos estos motivos, los hermanos Buendía, aunque campesinos e ignorantes, eran considerados como de los jefes del liberalismo pedregalense, especialmente en el campo donde vivían, a cuyos habitantes, todos liberales en aquel tiempo, arreaban en manada a votar en las elecciones o a los campos de batalla "a echar fruta", según decían ellos.

Como era sabido, don Remigio presidió la sesión de "La democracia", leyó en tono rimbombante la comunicación recibida, y puso en consideración de los asistentes el programa que había elaborado para la recepción de Troncoso y su batallón. Todo fue aprobado por unanimidad. Pero como a algunos se les hacía demasiado esperar hasta "el tope" para entregarse al jolgorio, se aprobó también otra proposición, que disponía se hiciera al día siguiente una procesión cívica, para celebrar la grata nueva del triunfo definitivo del partido y de la próxima llegada del general.

En tanto, ño Seferino Buendía, que no quería perder la ocasión de perorar, había tomado la palabra. Sus gritos destemplados despertaron a un borracho que hacía rato dormitaba en un rincón. Sintiendo en sus entrañas la sed devoradora del dipsómano, logró incorporarse, y así, a medio despertar, le preguntó a un vecino:

—¿Cómo es la cosa, pariente, aquí no se bebe?

El interrogado, que estaba pendiente de los disparates y barrabasadas de ño Seferino, le contestó sin mirarle:

—Yo no sé... como que no... Escuche el discurso.

—¡Maldita sea! —replicó el borracho tambaleándose— Entonces me voy. Así no la montan...

E intentó salir. Pero como los humos del alcohol que inundaban aún su cerebro eran demasiado densos, las piernas le flaquearon y hubo de volver a acurrucarse en el rincón. En ese momento el orador decía:

—Pa concluir propongo que pa jelebrar el trunjo de lojotroj y la venida del fefe, y tamién pa calentar el cuerpo, mandemoj agora mejmo, a cuenta mía, por un garrajón d'iguardiente y no lo tomemoj, manque jea a pico de botella, gu en mi totuma de cacho.

No había terminado el orador cuando el borracho, dando un salto que le costó ir a caer de bruces a la mitad del salón, gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Apooooooyo! ¡Viva don Seferiiiiino!

La concurrencia estalló en una carcajada y contestó el viva. Ño Seferino, emocionado con este triunfo de su elocuencia, se esponjó para gritar:

—¡Viva La democraaaaaajja!

—¡Vivaaaaaa!

—¡Viva el general Troncooooojo!

—¡Viiiiivaaaa!

—¡Viva el coronel don Remiiiiigio!

—¡Viiiiivaaaa!

—¡Viva el Batallón Raizaleño!⁵

—¡Viiiiivaaaa!

Mientras esto ocurría en "La democracia", "El sanedrín" celebraba también, aunque con la debida reserva, su sesión extraordinaria en casa de don Miguel, pues el padre Contreras había caído enfermo, a la sola noticia de la próxima llegada del malvado Troncoso, noticia que le dio, con lujo de detalles, corregida y aumentada, doña Juana, apenas salió de la casa de don Jacinto. Tampoco éste asistió a la reunión y dio como excusa el fuerte romadizo (entonces no se llamaba gripa cualquier catarro) que le impedía serenarse. Pero hubo indiscretos que llevaron al "sanedrín" la noticia de que don Jacinto andaba, muy envuelto en su bayetón, rondando por los lados de "La democracia", con manifiesta intención de que los miembros más conspicuos de ella lo vieran y se convencieran de que si bien no se atrevía a enrolarse resueltamente en sus filas, tampoco se hallaba en la de los contrarios.

En la sesión del “El sanedrín” se trató de la línea de conducta que se debía adoptar, en vista de la gravedad de la situación. Don Miguel, que era quien todo lo disponía, propuso e hizo aceptar los puntos siguientes: 1º Guardar y hacer guardar a “Las cotorras” la mayor prudencia, en hechos y en palabras, pues se sabía que Troncoso no se paraba en pelillos, si le hacían a él alborotar el carate. (Además, don Miguel tenía muy fresco el recuerdo de lo caro que le habían costado las cotorriles poesías.) 2º Prohibir rotundamente a las mujeres conservadoras abrir puertas o ventanas, hacer paseos, formar corrillos al salir de la iglesia (si acaso los rojos no cerraban ésta o la ponían de pesebrera), y, en suma, dar ocasión alguna para que los del batallón pudieran dirigirles la mirada y mucho menos la palabra. Esperaban, por otra parte, que el padre Contreras, en vista de las circunstancias, dispensara a las damas todas sus hermandades y devociones, inclusive la misa de precepto. Pero si aquello no sucedía, quedaban comprometidos los de “El sanedrín” y demás buenos conservadores, a no permitir que ninguna dama copartidaria fuera a la iglesia sola, sino bien escoltada por uno o varios hombres y cuidando de hacerlo lo más oculta y veladamente posible y volviendo en volandas a encerrarse en su casa, como lo hacía el santo Papa en el Vaticano, de miedo de los rojos italianos. 3º Se llamaría a cuentas a don Jacinto, y si se declaraba firme conservador, se le encargaría de que, valiéndose de que ya todos los consideraban como un *voltiao*, procurara penetrar en las intimidades de los enemigos y mantuviera a “El sanedrín” al corriente de todo lo que aquellos proyectaran. Esta combinación quedaría en absoluta reserva, de modo que no debían saberla los copartidarios no socios activos de “El sanedrín”, ni mucho menos las mujeres. Para mayor seguridad, los socios se comprometían a hablar lo peor posible de don Jacinto y llamarlo *voltiarepas* y cosas por el estilo, cada vez que hubiera ocasión propicia. 4º Por lo que pudiera ocurrir, pues todo había que temerlo de ese bandido Troncoso, debía procederse inmediatamente a esconder los vasos sagrados, ornamentos, candelabros y todo lo que tuviera algún valor. Los bienes de los particulares, cada cual vería el modo de ponerlos a salvo de las garras de Troncoso y su canalla ladrona y soldadesca. 5º Toda arma que hubiera en poder de un conservador debía ser llevada sin tardanza y con el mayor sigilo posible a casa de don Miguel, el cual aseguraba tener un escondite a prueba de sorpresas. Esto, para evitar que dichas armas, útiles en cualquier momento, cayeran en poder de los contrarios. 6º Para evitar mayores males, los conservadores debían “hacer de tripas corazón” y aparecer pacíficos y aun atentos con los enemigos, pero sin permitirles, eso sí, por ningún motivo ni bajo pretexto alguno, el acceso a sus hogares ni establecer relaciones, siquiera de amistad, con sus mujeres, hermanas o hijas. 7º Mandar la promesa de una espléndida fiesta al patrón del pueblo, si les alcanzaba del cielo la gracia de que la permanencia de Troncoso en él fuera de corta duración. La fiesta la celebrarían apenas desocupara el pueblo, dejando pasar apenas el tiempo necesario para que no quedara muy visible el motivo. Para tal fiesta don Miguel inició aquella misma noche la lista de alféreces, a cada uno

de los cuales señalaba la cuota con que debía contribuir. Olvidose, sí, de anotar con cuánto contribuía él, pero ninguno fue osado a preguntárselo ni a dudar de que sería indudablemente el más gravado.

Tomadas éstas y otras varias e importantísimas resoluciones, los miembros de "El sanedrín" fueron abandonando la casa del jefe, unos por la puerta y otros por el solar, usando las debidas precauciones para no correr el peligro de ser asesinados por las turbas de "La democracia", enardecidas por el garrafón y los discursos de ño Seferino y demás jefes conspicuos.

"Las cotorras", como ya se dijo, sin que mediara convocación alguna, se reunieron aquella misma noche en casa de doña Juana. Fue algo así como el instinto de conservación que hace que los polluelos, al sentir cerca al gavilán, se busquen y se junten, para prestarse mutuo auxilio. En efecto, la noticia de la próxima llegada al pueblo de un batallón de rojos, mandado nada menos que por esa fiera de Troncoso, era para atemorizar aun a más esforzadas heroínas que "Las cotorras", que temblaban por su pudor, juventud y belleza, en peligro inminente de ser víctimas de aquellos forajidos que habían cometido toda clase de fechorías en otras partes, según lo referían y comentaban sus parientes.

Las resoluciones tomadas por "Las cotorras" tuvieron muchos puntos de contacto con las de "El sanedrín". Muchas velas y novenas a los santos, para que las sacaran de aquel peligro indemnes de alma y cuerpo; propósito inquebrantable de no abrir las puertas y ventanas durante el tiempo que durara la invasión (sic); compromiso solemne de no corresponderle ni el saludo a ninguno de los oficiales, y mucho menos al caricortao; si por casualidad seguía habiendo misa y el padre no las dispensaba de asistir a ella, ir siempre de luto y lo más embozadamente posible, a fin de que no pudieran verles el rostro, y, además, para formar contraste con las rojas, que, indudablemente, se presentarían muy *arbolizadas*, con muchos moños, cintas y perendengues.

"Las zurriagueras" también tuvieron su reunión en morada de las Cáceres. Trabajo les costó a las muchachas disuadir a doña Celsa de que desde el día siguiente debían vestir únicamente de colorado, ostentar cinta roja con letrero, ir "al tope" junto con los hombres y, si era posible, dirigirle al general un par de discursos. En lo que si estuvieron acordes fue en llevar en el pecho un moñito rojo, arreglar arcos bien lindos en las esquinas que debía cruzar el batallón, arrojar al paso de éste canastas de flores rojas, brindarles a los soldados y oficiales un mundo de amables sonrisas y uno que otro ¡viva! a media voz, inventar muchos paseos, bailes y diversiones con la oficialidad. En otra cosa estuvieron muy de acuerdo las muchachas, aunque sin confesárselo unas a otras, y fue en hacer lo posible por *entablarse* con algún oficial bien pispo y que fuera de teniente para arriba, aunque sin llegar hasta el general, cima a la cual no alcanzaban sus amorosas ambiciones.

Al día siguiente de los trascendentales hechos narrados, celebrese la procesión cívica acordada por “La democracia”. Al son de la disonante música de un clarinete, un pistón, un bajo y un bombo, que constituían la banda del pueblo, la procesión recorrió algunas calles y luego le dio la vuelta a la plaza. Don Remigio iba delante, enarbolando en alto la bandera del partido; seguía todo el tren administrativo, desde el Alcalde hasta la barrendera del cabildo; luego, una especie de ataúd, en el cual aparecía una muñeca de trapo, ridículamente fea, envuelta toda en mugrientos trapos azules. Detrás del féretro iban los hermanos Buendía, al frente del “batallón raizaleño”. De trecho en trecho entonaban con voz aguardentosa los siguientes versos:

Ya se murió la conserva,
Ya la llevan a enterrar,
Entre don Remigio Guerra
Y don Claudino Aguilar

Murió Cosme Marulanda
En la plaza de Salamina
Al pie de un pomo dejó
la triste hilacha de vida⁶

Y otras lindezas por el estilo. Con los cantos alternaban los ¡vivas! que a todo pecho gritaban los hermanos Buendía y contestaba el “batallón raizaleño” y los demás concurrentes.

Lo más gracioso era que uno de los Buendías tenía un defecto de pronunciación que no le permitía articular bien las consonantes iniciales, y al gritar los ¡vivas!, los concurrentes, si bien se los contestaban, no podían contener la risa.

—¡Iva eneral ujiiiiiiillo!

—¡Vivaaaaa!

—¡iva eneral oncooooooso!

—¡Vivaaaaa!

—¡iva eemocaaaaaciaaaa!

—¡Vivaaaaa!

—¡iva atallón aizaleeeño!

—¡Vivaaaaa!

A pesar de las risas incontenibles que por todas partes se escuchaban, ño Cancio Buendía se obstinó en recitar. Al efecto, llegada la procesión frente a la casa de don Miguel herméticamente cerrada, ño Cancio entró rápidamente a una tienda, se acomodó un trago bien *acuerpao*, sacó taburete, se encaramó en él, y empezó con mucho entusiasmo:

Yo i un entierro asar
Y egunté ien urió,
Un ura e ontestó
Ese e an enterrar:
Ues o upo obernar:
y or u oca ambición,
Os etió evolución,
En a cual a ucumbió
Y otro obierno andó
E o ueran e enterrar.

Los aplausos y las risas retumbaron en toda la plaza. Ño Seferino, que no quería que toda la gloria fuera para su hermano, se le acercó rápidamente y, cogiéndole de un brazo, le gritó:

—Bajate, dejame dejir a yo el otro verjo.

—Yo ambién o uedo ecir —replicó ño Cancio, resistiéndose a bajar.

—No l'iaje, no jiaj angurrijo, que ya voj dijitej el otro —insistió ño Seferino, bajando por la fuerza a su hermano y trepándose él de un salto en el taburete. Tosió, miró a don Remigio y empezó:

Allí junto con la cruj
Y en medio de loj jirialej
Iban muchoj liberalej
Armadoj con arcabuj
Uno de ellos hijo fluj
En “Loj Chancoj” con Botella,
Ají lo quijo ju ejtrella
Puej todo el mundo lo jabe,
que Trujillo ej la gran nave
que a loj godoj atropella.

Hasta aquí la cívica procesión sólo había tenido detalles más o menos risibles. Pero un grupo de individuos, de las bajas capas sociales, completamente ebrios, resolvieron agregarle una nota ridícula y grotesca. Cuando ya la procesión estaba en la plaza, sacaron de una tenducha sucia y maloliente unas andas improvisadas, en las cuales iba un mamarracho fabricado de bagazo de caña y que, vestido con andrajosa ropa de mujer, semejaba una vieja. A su lado había una batea llena de estiércol de bestias y ganados. La vieja tenía en la mano una especie de mecedor. Los borrachos inventores del mamarracho, sacáronlo a la calle, a los gritos de "¡Revuelva, mi señora, la conserva, que se le quemal!" "¡Se le pasó de punto la conserva!" "¡Vea que se la derrama el general Troncoso!" "¡No se la coma toda, mi señora!" "¡Déjele siquiera un bocadito a los otros conserveros!" "¡No quedó ni el pegao de la tal conserva!" Todo esto, acompañado de estridentes risotadas, de palabrotas de color más que subido, de alusiones a personas conocidas del pueblo. Muy pronto la chiquillería tomó parte en la danza y empezaron a llover sobre las andas frutas de aguacate y de mango, cáscaras de plátano, excrementos desecados de animales, palos, terrones y piedras, con lo cual se introdujo espantoso desorden, y las andas, mamarracho y batea, rodaron por el suelo.

Don Remigio, que advirtió el desorden, se indignó por semejante exceso de grosería, e insinuó, o más bien ordenó al Alcalde, que castigara a los culpados. A la cárcel fueron a dar éstos, pero sólo por un rato, pues a la tarde ya se hallaban en libertad, libando a sus anchas y jactándose de la ocurrencia que habían tenido.

IV

Y llegó el general Troncoso, acompañado de su batallón y seguido de unas pocas mujeres, que figuraban como esposas de algunos soldados. Entre ellas llamaba la atención, por su belleza y porte distinguido, una que respondía al nombre de Temilda y a quien los hombres siempre trataban de señora, si bien las otras mujeres hacían alarde, en su trato con ella, de considerarla como igual. Y daban la explicación, por supuesto que *soto voce* y cuidando de que Troncoso no lo supiera: "¿Qué ventaja nos lleva a nosotras? ¿Porque tiene plata y la traen a caballo? Siempre somos iguales..."

Y en verdad que muy bien montada venía "la señora", y desde el primer día la alojaron en una casita, que para tal efecto había sido preparada en las afueras. Allí le llevaba la alimentación de una fonda el cabo Raigosa, que la acompañaba a la mesa y en algunas otras horas del día, con todo lo cual se pretendía hacerlo pasar como esposo de Temilda. Pero hasta el último soldado sabía que éste era el mejor trofeo alcanzado por Troncoso en sus campañas.

La recepción fue sencilla. Don Remigio y demás dirigentes, temiendo que los hermanos Buendía y las turbas los hicieran quedar en ridículo ante el general y aun salieran con groserías como la del mamarracho aquél, dispusieron que, como Troncoso y su batallón vendrían muy cansados, no habría más que un discurso, del cual se encargó el Secretario ex arriero. Cualquiera persona que con otra cosa resultara, sería conducida a la cárcel y pagaría tres días de arresto. Esta resolución chocó a los Buendía, que pensaban lucirse a la entrada del *fefe*. Don Remigio los apaciguó fácilmente, invitándolos a unos tragos, diciéndoles que todo era para evitar cosas ridículas, como las de aquellos *vagamundos* el día del desfile, y que los discursos que tenían preparados podían pronunciarlos en la próxima reunión de “La democracia”.

El orador oficial estuvo dos días con sus noches sin acudir a la oficina, encerrado en la casa, exprimiendo su cerebro, a fin de extraer un discurso digno de él y de las circunstancias. Por descuido imperdonable no se conserva copia de aquella notable pieza oratoria que hizo época en los anales del pueblo. Sábese, sí, que estaba calcada en la que un notable orador y jurisconsulto dirigió al jefe supremo, a su entrada en la capital. Algunos trozos eran copiados textualmente; otros, plagiados o parafraseados. La tradición ha conservado algunos trozos dispersos de aquel discurso con que el nuevo Secretario de Pedregales atormentó durante media hora los oídos de Troncoso y demás víctimas presentes. He aquí algunos de esos trozos:

“Cuenta la fábula mitológica que había un dios que convertía en oro todo cuanto tocaba; así vos, señor general Troncoso, habéis convertido en triunfos para la causa liberal, todos los campos donde se ha visto brillar la hoja de vuestra espada...”

—¡Viva el perdicador! —gritó una voz en medio de la multitud.

—¡Vivaaa! —contestó ésta entusiasmada.

Mientras se restablecía el silencio, el *perdicador* se limpiaba los labios con el pañuelo, y con el pie llamaba la atención del consueta. Pues ha de saberse que en aquellos tiempos no se usaba que el orador llevara en la mano papel alguno. Sobre todo en un pueblo, habría sido capital defecto de oratoria que no tuviera el discurso bien aprendido de memoria. Pero como ésta es frágil, detrás de la mesa o taburete del orador se colocaba otra persona, que iba leyendo para sí el discurso, y si aquel titubeaba, inmediatamente acudía en su auxilio. Con él pudo continuar el Secretario:

“Sí, excelentísimo señor general, vos habéis estado en mil batallas, peleando con millones de enemigos de la libertad, el progreso y la civilización; vos habéis tenido hasta que enfrentaros muchas veces con los monstruos del fanatismo, de la ignorancia y de la esclavitud, que se oponían a la redención de los pueblos y de los hombres esclavizados por el horroroso despotismo de los godos ultramontanos. Sois, pues, señor, un verdadero redentor...”

—¡viva edentor oncoooooo! —grito ño Cancio, que no podía por más tiempo refrenar su entusiasmo y el ansia de participar activamente en la manifestación.

—¡Vivaaa!

El orador tosió, paseó una mirada de triunfo por la multitud y continuó:

“Hay días que brillan como hilos de oro en el tejido de los años. Y este día es para nosotros, no como un solo hilo, sino como un vestido de oro. Por eso hoy el sol ha salido más temprano en Pedregales, como si él también hubiera madrugado a recibiros y daros la bienvenida con su rostro risueño y resplandeciente. ¡Y hasta parece que su disco refulgente estuviera hoy más grande y dilatado, como si fuera el único ojo del cíclope del cielo, dilatado y crecido de asombro ante el inmarcesible espectáculo de vuestra gloria!”.

—¡Viva don Rufo! —gritó ño Seferino, que no quería ser menos que su hermano en la apoteosis del héroe Troncoso.

—¡Vivaaaa!

—¡Viva el general Troncooooojo!

—¡Vivaaaa!

Hubieran seguido los vivas de ño Seferino, si don Remigio, temeroso de que el general se fastidiara por tanta demora, no le dijera muy sonriente:

—Ahora gritamos los vivas, compadre: oigamos el discurso.

En efecto, don Rufo sólo esperaba un poco de silencio para continuar:

“La aurora de la libertad ya ha aparecido por todos los cuatro puntos cardinales de la república. Y vos, señor general Troncoso, sois el abanderado de ella. Habéis recorrido de triunfo en triunfo muchos departamentos, haciendo en todas partes morder el polvo a los esbirros del despotismo y a los secuaces de la oligarquía, el oscurantismo y la esclavitud. Y ahora venís a honrar nuestro pueblo con vuestra magnánima presencia y a descansar entre nosotros de la fatiga del rudo y diario batallar. Bien pudieras decir como el poeta:

De Sur a Septentrión, do el hielo impera,
De polo a polo, el mar y tierra juntos,
Errante atravesé, suelto y ligero,
Mas canseme venciendo conserveros
Y vengo a reposar en otros puntos.

Bien se sabe que la estrofa es muy distinta y que para nada sería más impropia que para celebrar la entrada de un jefe vencedor. Pero al Secretario le pareció que venía como de perlas, cambiándole, eso sí,

varias palabras. Confiaba en su vena poética, digna de emular a la de "Las cotorras"; y, aunque es verdad que el dicho cambio le costó varios insomnios, quedó, según su autor, maravilloso y muy expresivo.

De la respuesta de Troncoso, si es que la hubo, no conserva la tradición ni una sola letra. ¡Lástima grande para la historia de la elocuencia militar en Colombia!

Los soldados fueron a parar a los cuarteles que se les tenían preparados. En cuanto a la oficialidad, no hubo que pensar por el momento en alojamiento alguno, pues los copartidarios, aun los menos pudientes, se disputaron el honor de sentarlos a su mesa y brindarles la hospitalidad de sus hogares.

Y llegó el primer domingo después de la "invasión", y con él las cavilaciones y torturas de conciencia de los católicos pedregalenses. Los hogares conservadores habían permanecido cerrados y sus moradores presa de la congoja, implorando el auxilio de los santos y temiendo que de un momento a otro sonara la hora de la matanza o al menos del saqueo. Pero como llegó el domingo sin que hubiera ocurrido nada anormal, aparte de algunos ¡muera! gritados frente a sus casas por paisanos ebrios de triunfo y alcohol, las timoratas conciencias de sanedrines, cotorras y demás congéneres halláronse en mil tribulaciones y dudas acerca de lo que debían hacer.

Todo dependía de lo que resolviera el padre Contreras, el cual, pretextando enfermedad, no había abierto la iglesia en toda la semana y permaneció en su lecho, casi enfermo de veras, por la angustia y sobresalto. En la madrugada del domingo, después de mucho meditar y pedirle a Dios le iluminara, el sentimiento del deber y su fe grande y sincera triunfaron sobre todos los temores, y con la decisión de un mártir de los primeros siglos del cristianismo, se dirigió al templo, dio el toque de *Ángelus*, y, poco rato después, el de llamada a misa.

El eco de las campanas fue como una voz de aliento para las tímidas reclusas. Puesto que el padre se había resuelto a abrir la iglesia y tocar misa, estaban en el deber de asistir a ella, aunque les costara la vida. Si los rojos las asesinaban, al menos morirían al pie del altar de Nuestro Señor y en compañía de su ministro, como los cristianos en las *catatumbas*. Palabras textuales de doña Juana, con las que trataba de infundirle ánimo a Venturita, que no temerosa, sino aperezada, se resistía a levantarse.

Tímidamente, calladamente, cautelosamente, fuéronse abriendo algunas puertas, en las cuales aparecieron hombres y mujeres, éstas muy embozadas, con aspecto más bien de fantasmas que de seres vivientes. Después de otro rato de vacilaciones, fueron desfilando hacia la iglesia, mirando siempre de reojo hacia el cuartel, donde ya se advertía el bullicio de la soldadesca y a cuya puerta se hallaba el centinela, haciendo mil monerías con el fusil, con la intención manifiesta de llamar la atención de los que pasaban.

Faltaba poco para empezar el santo sacrificio, cuando se oyeron en el cuartel toques de corneta y redoble de tambores. Poco después el batallón, mandado no por Troncoso sino por el capitán Sepúlveda,

avanzaba plaza arriba, en dirección a la iglesia en rigurosa formación, a paso marcial y con las armas al hombro. Los hombres que estaban en la puerta o todavía en el atrio, al ver aquello, fueron escabullendo el cuerpo como mejor pudieron, con el alma en un hilo. Las mujeres, apenas se dieron cuenta de lo que ocurría, prorrumpieron en alaridos de espanto, precipitáronse a la sacristía, invadieron las capillas, trepáronse al coro y al púlpito, asaltaron los confesionarios y los nichos de los santos. En la iglesia no quedaron sino las Cáceres, las Valdeses y otras pocas personas que sabían a qué atenerse. Las Cáceres vociferaban: ¡Fafaracheras! ¡Hipócritas! ¡Escandalosas! ¡Farsantes! ¡Se las comen los rojos, hasta en misa! ¡Sepulcros blanqueados! ¡Fariseas!

El batallón penetró en la iglesia y a un toque de tambor hizo alto, descargó las armas y quedó en actitud de espera y guardando respetuoso silencio. Pasó un cuarto de hora, que pareció un siglo, por la tensión nerviosa en que todos se hallaban, pues también los soldados se habían dado cuenta de la situación. Como la sacristía permanecía cerrada y el sacristán no aparecía por parte alguna a encender los cirios, Lola Cáceres no pudo contenerse más, se dirigió al presbiterio y con los nudos de los dedos dio golpes un poco fuertes en la puerta de la sacristía. Al fin el padre Contreras, que se hallaba rezando las oraciones de los agonizantes, acompañado de la multitud de beatas que habían invadido la sacristía, armándose de valor, se decidió a entreabrir la puerta.

—Padre —le dijo casi gritando Lola—, ya hace rato dieron las seis y el batallón está esperando la misa.

No nos demoren más.

—Dios manda huir del peligro, hija —contestó el padre muy conmovido.

—Pero ¿qué peligro, padre? Nadie le va a hacer nada. Son fafaracherías de todas estas escandalosas.

—Nos asesinan, hija, nos asesinan —replicó el padre, tratando al mismo tiempo de volver a cerrar la puerta. Pero Lola se lo impidió introduciendo medio cuerpo. Luego, encarándose con el padre, le dijo resueltamente:

—Fijese bien, padre, en lo que hace, para que después no le pese. Todos nosotros hemos venido a oír la misa, como cristianos. Y el batallón también. Pero si es que los liberales no cabemos en la iglesia y porque estamos aquí no la quiere decir, allá se lo haiga a usted. A su cargo vaya. Y si jurgan el avispero, no se quejen si las avispas los pican.

Y salió muy erguida, para ir a ocupar su puesto, que era posición estratégica desde donde recibía y retornaba las miradas del teniente Pareja, con quien hacía dos días se estaba tiroteando.

En tanto en la sacristía, cuya puerta había vuelto a cerrarse, los comentarios y la indignación se hallaban en plena efervescencia.

—Esta Lola, si pa lo que está buena es pa soldao —decía una beata—. Mejor sería que se pusiera calzones y se metiera al batallón...

—Sin ponérselos también se puede ir... como las otras... —modificó una, caritativamente.

—Vea, padre, ¡por la Virgen! —suplica una devota sollozando— No le haga caso a esa roja maluca. No salga, que lo matan. Están pautaos pa eso.

—Pero vieron esa descarada, atrevida, sacrílega, ¿cómo le manotiaba al padre, queriéndole hasta pegar? Roja había de ser...

—Mejor era que bregáramos a salirnos por estos solares, pa que escondiéramos siquiera al padre. Nosotras que semos pecadoras, merecemos cualquier castigo de Nuestro Señor. Pero él...

El sacerdote, después de un rato de meditar, tomó una heroica resolución que arrancó lágrimas, protestas y exclamaciones de las devotas.

—Rosendo, encienda los cirios —dijo al sacristán.

—Padre, ¡por Dios! ¿Sí va a salir? —interrogaron a un tiempo muchas voces angustiadas.

—Cumpló con mi deber. Si me asesinan, moriré sobre el altar, como Santo Tomás.

—¡Y nosotras también! —exclamaron ellas, súbitamente contagiadas de heroísmo y ansias de martirio. Mas, el instinto de conservación hizolas desistir un tanto de aquella santa resignación:

—¡Y también semos muy capaces de defenderlo, padre, hasta derramar la última gota de sangre — agregaron, al mismo tiempo que se armaban con lo que a mano había: escobas, candelabros, el hisopo para el agua bendita, la misma caldereta, las trancas de las puertas, etc.

Con la tardanza el batallón empezaba a impacientarse. Los soldados bostezaban de lo lindo. Los oficiales consultaban a cada momento el reloj y, para matar el tiempo, disparaban pupilazos a las Cáceres y a las Valdeses, únicas hembras visibles.

Al fin empezó la misa. El padre Contreras apenas si alcanzaba a medio articular las preces, pues el temblor habitual en él se hallaba ahora acrecentando por el miedo que lo embargaba. No le bastaban las veces que, aprovechando el *Dominus vobiscum*, podía ver lo que hacía el batallón, sino que a cada momento improvisaba un acceso de tos, para, con ese pretexto, volverse un poco de lado y mirar de reojo, no fuera que ya avanzaran hacia el presbiterio los verdugos que habían de inmolarlo.

Cuando llegó el momento de la consagración, él, que nunca había presenciado maniobras militares ni escuchado guerreros toques, al oír el movimiento de todo el batallón, el sonido especial de tambores y trompetas y el ruido especial de las armas al ser presentadas, creyó sinceramente llegada su última hora y que los herejes habían esperado el momento más solemne de la misa para perpetrar el sacrilego atentado. No obstante, permaneció firme en su puesto, y, más muerto que vivo, continuó el augusto sacrificio, el cual

terminó pronto, para consuelo y descanso de las muchas oyentes que llenaban confesionarios y nichos y que, habiéndose dado cuenta de lo ridículo de su situación no tuvieron más remedio que aguantar hasta el fin en posiciones forzadas y fatigantes.

Aquel domingo el mercado fue poco concurrido, pues muchos de los que huyeron al acercarse el batallón y de las que se refugiaron hasta en los confesionarios, esparcieron, para ver de sincerar su ridículo miedo, las más absurdas y contradictorias versiones:

Que cuando el padre había tocado la misa el hereje Troncoso ordenó al batallón que se colocara en el atrio y *afusilara* a todo conservador que intentara entrar a la iglesia.

Que los soldados se entraron con sombrero puesto y se pusieron a charlar y a reírse de las santas imágenes.

Que el padre había tenido que saltarse por unas tapias para librarse de que lo asesinaran.

Que Lola Cáceres se había *aventa*o hasta la sacristía, forzado la puerta, cogido de los gañotes al padrecito y obligándolo a salir al altar, para que los soldados se burlaran de él, le quitaran la sotana y le pusieran chaqueta de militar.

Que la negra Lola sí lo había sacado de los gañotes, pero no para que le quitaran la sotana, sino para que les dijera a los rojos una misa muy particular, llamada "la misa negra", dedicada al diablo y compuesta por un rojo más malo que Cain, que tenía un nombre parecido como a Luterio.

Que el padre se puso a decir la misa, pero la de verdad, la de los cristianos; y cuando los rojos vieron que no era la de ellos, sino que ya iba a alzar, montaron los carramplones, para acabar con todo; pero que en ese momento hubo un gran milagro y fue que en la hostia apareció el Señor, vuelto una lástima, de las heridas y aporreaduras. Todas las mujeres (exceptuando las rojas, por supuesto) habían visto patético el milagro. Hasta las que se hallaban en los nichos, detrás de la imágenes pudieron admirar el portento, apartando con mucha mañita los vestidos del santo que las ocultaba.

Que los rojos, al ver aquello, y, sobre todo, la cara tan brava y lastimosa que el Señor les hacía, no se atrevieron a matar al padrecito ni a interrumpir la misa y se salieron de la iglesia "como perros regañaos".

Que "el caricortao" se enojó tanto con los soldados, porque no cumplieron las órdenes dadas, que hizo apalea a uno de cada diez, a la suerte, y que después de apalearlos les sajaron todo el cuerpo y les untaron sal.

Que decían que cinco de los apaleados estaban en las últimas; y ya con miedo de la cuenta que tenían que darle a Nuestro Señor, se habían arrepentido de ser rojos y querían confesarse, pero como allá no se podía ni mentar aquéllo, se tuvieron que confesar escondido con el Santo Cristo que cayó al patio y que no se sabía si era obra de algún buen cristiano o llovido del cielo...

Pasados los primeros días de entusiasmo, en los cuales Troncoso y la oficialidad no tuvieron más que dejarse agasajar por los generosos copartidarios, fue preciso pensar en hotel para en lo adelante, pues no era el caso de seguir viviendo a costa de los pocos liberales pudientes del pueblo.

Consultado don Remigio sobre el particular, conceptuó que la fonda de doña Juana era la más decentica, y, en consecuencia, aconsejó al general le escribiera una carta, para suplicarle tuviera a bien servirles la mesa a él y a los principales subalternos.

Un rayo que hubiera estallado a los pies de doña Juana no le habría hecho el efecto que la dicha carta. La buena señora fue presa a la vez de ira, desesperación, miedo, repugnancia, horror, todo en grado superlativo. ¡Recibir ella en su casa y alimentar a esa gente, especialmente a esa fiera de Troncoso, que secaba hasta la yerba que pisaba! ¡No y mil veces no! Prefería que la descuartizaran, como ellos acostumbraban hacerlo. Sólo la desgracia de ser pobre podía exponer a una matrona como ella a la humillación de recibir semejante propuesta. Porque era un verdadero insulto, una infamia, un crimen, pretender aquello. ¿Troncoso en su casa y ella sirviéndole la mesa? ¡Virgen Santísima! Si no podía creer que hubiera gente capaz de pensar semejante disparate. Esto era un cataclismo. Sin duda el fin del mundo se acercaba, cuando tales cosas estaban sucediendo.

¡Dios mío! ¿Y si ese hombre lo que estaba buscando eran pretextos para acabar con los pobres conservadores del pueblo, empezando con ella, que bien se sabía era la más patriota de todos? Y si al negarse ella a alimentarlos, le quemaban la casita, después de entregarla al saqueo, como acostumbran hacerlo en todos los pueblos que ocupaban? Si fuera ella sola la víctima expiatoria, qué importaba: era muy capaz de quedarse en la miseria y aun de dar hasta la última gota de su sangre por la *buena causa*. Pero ¿y Venturita? ¡Virgen Santísima, mi Madre y Señora, favorecenos!

Doña Juana perdía todo su valor, ante la sola idea de ver a Venturita en las garras de aquellos facinerosos.

—¿Qué hago, Dios mío? ¡Iluminame, Virgen Santísima! Algún camino pa salir d'esta fatalidá — sollozaba la acongojada señora, mientras con la carta cogida solo de un extremo, con dos dedos de la mano temblorosa, cual si fuera reptil ponzoñoso u objeto nauseabundo, recorría la casa en busca de Venturita, que últimamente había cogido la costumbre de matar sus ocios de cotorra enjaulada, viendo a través de las rendijas de las cerradas ventanas, el ir y venir en la plaza de tanto oficial pispo y bien plantado.

—¡Ventura, Ventura! —exclamó doña Juana al hallarla— ¡Qué desgracia, miya por Dios, nos ha caído encima!

—¿Qué fue mamá? —interrogó Venturita, sin resolverse a separar el ojo de la rendija, pues se hallaba muy cerca el capitán Sepúlveda, atusándose con una mano el negro bigote y apoyando la otra en el pomo de la espada.

—Pero, ¿qué estás haciendo allí, so sinvergüenza? —gritó doña Juana, al comprender la importantísima ocupación de Venturita— ¿No sabés que a toda esa gente hay que aborrecela como a pecao mortal y ni siquiera alzala a ver? Te puede hasta castigar mi Dios, mandándote algún achaque malo que te acabe la vista.

Pero Venturita, como el chusco del cuento, estaba resuelta a arriesgar por lo menos un ojo, quizá los dos, pues no pareció haber oído a su madre. Ésta, furiosa, la cogió de un brazo y sacudiéndola violentamente, vociferó:

—¡Quitate d'íai si no querés que te dé una buena monda, so almártaga!

Pero ni por esas. Sólo cuando el capitán se hubo alejado, Ventura se dignó mirarla y preguntar, como quien no ha oído bien:

—¿Que qué mamá?

—¡Nada! —bramó doña Juana, pálida de ira— ¡Que por culpa tuya me manda Dios esta calamidá!

—¿Qué le pasó, mamacita? —interrogó zalamera Ventura, empezando a alarmarse por la cara de suprema angustia de doña Juana.

—Ve esto —replicó ella rompiendo a llorar y alargándole a su hija la carta de Troncoso. Pero al punto tuvo escrúpulos y la retiró antes de que pudiera tocarla.

—No, mejor es que vos no cojás eso en tus manos; yo te la leo.

Y la leyó, interrumpiéndose a cada momento para enjugarse los ojos y expulsar de las narices las lágrimas, que también por allí corrían en abundancia. Ventura, en el primer momento, también se sobresaltó con la inesperada propuesta; pero luego brilló en sus grandes ojos extraña alegría, dibujose en sus labios leve sonrisa y el corazón diole algunos vuelcos sospechosos.

—¿Y qué le contestó, mamá? —dijo con una calma que exasperaba a ésta.

—¡Qué le iba a contestar! Nada. Le dije al ordenanza que a la tarde le avisaba. ¡Pero qué camino cojo, María Santísima!

—Pero, mamá, ¿qué tiene de particular que les sirva la mesa? El que tiene tienda, que atienda. Ya que le dio por ser fondista, lo que se quiere es que venga gente...

—¿Estás loca, o es que me querés sacar de paciencia? ¡Que no tiene nada de particular que esos demonios, herejes, descomulgaos, entren a mi casa a que yo los atienda! Veneno se les volviera la comida.

¡No, no y no! Si no me queda otro camino, cierro del todo la casa y no vuelvo a vender ni un sancocho, manque nos muramos d'ihambre. Todo primero que recibir a esos malvados.

Venturita, que no era del mismo parecer, tuvo una inspiración.

—Mamá, ¿por qué no le consulta al padre Contreras, a ver qué le aconseja?

—Verdá —dijo doña Juana, lanzando un suspiro de alivio—. Ahora mismo pego p'allá.

Y desgredada como estaba y sin más demora que la precisa para limpiar con un trapo húmedo el tizne de brazos y rostro, salió disparada, sin acordarse siquiera de cambiar las arrastraderas por el calzado dominguero.

—Padre, ¡por Dios!, socórrame en esta necesidá —clamó dejándose caer en una poltrona de la casa cural.

El padre Contreras, acostumbrado a las ffaracherías de doña Juana, no se alarmó ni poco ni mucho. Después de terminar tranquilamente un salmo, cerró el breviario, dejando el índice entre las hojas, y se volvió hacia la visitante.

—¿Qué le sucede, doña Juana?

—¡Ay padre querido! Ilumineme qué debo hacer en este trance.

—¿Qué trance, mi señora?

Doña Juana abrió tamaños ojos. ¡Conque el padre no sabía lo ocurrido! Era increíble. Ella se imaginaba que las pretensiones de Troncoso de entrar a su casa y que ella lo alimentara, era algo tan sensacional, que nadie podía ignorarlo y que debía tener tan conmovida y consternada a la buena sociedad de Pedregales, como si se tratara del incendio de la iglesia o del robo de la Custodia.

—¿De modo que usted no sabe las propuestas de Troncoso?

—No, señora. ¿Propuesta de qué? ¿De matrimonio? —replicó riéndose el padre Contreras, que aquel día estaba de buen humor y a veces gustaba chancearse.

—No lo vuelva charla, padre, que la cosa es muy seria. Vea que ese hombre querer entrar a mi casa...

—¿De modo que acerté? ¿Y por cuál quiere entrar, por usted o por Venturita?

—Yo no vine a bobiar, sino a que me dé un consejo —dijo doña Juana impacientándose—. Vea esta carta. El padre la leyó y guardó silencio.

—¿Qué me aconseja, padre querido? —imploró la señora— ¿Qué hago en este trance?

El padre Contreras, desde la misa aquella, había depuesto gran parte de su temor y prevenciones contra Troncoso y compañeros, y bien que mirándolos siempre como a enemigos de Dios y de su Iglesia, se había ido convenciendo de que si en el calor de las batallas, en las embriagueces del triunfo y en los momentos de pasiones exaltadas, habían sido quizá crueles, malvados y antirreligiosos, en época de paz, sin

las carnicerías de los combates que hicieran aparecer en ellos la bestia humana y sin las represalias que trae consigo toda lucha, eran personas accesibles y tratables, cumplidos caballeros y, si no frequentadores de la iglesia y de los sacramentos, tampoco los comecuras y arrasaiglesias que les habían pintado. Así que no tardó en contestar:

—Pues recibirlos, señora. ¿No recuerda la obra de misericordia que dice: “Dar de comer al hambriento?” Y si es por plata... pues mejor: santo y bueno.

—¿Y no atraeré los castigos de Dios sobre mi casa? Si me parece que es como si fuera a recibir en ella una legión de demonios...

—No exagere, doña Juana, no exagere. Hay que tener caridad con el prójimo.

—¿De modo que usted me da permiso pa recibirlos y carga con la responsabilidad?

—Claro que sí. ¿No ve que si usted se niega a alimentarlos, pueden creer que es por hacerles la guerra o por consejo mío y entonces hasta incendian el pueblo y acaban con todos nosotros? Y pagamos justos por pecadores.

—¿Y qué hago con Venturita? —exclamó doña Juana, alarmada de nuevo ante el peligro inminente que iba a correr su muchacha con todos aquellos rojos malvados.

—¿Que qué hace con ella? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Le parece muy del caso que esos hombres vean y hablen a una muchacha decente como Venturita, ellos enseñaos a robase las mujeres pa ponerlas de...

—¡Ah! ya comprendo lo que usted quiere decir. Pues enciérrela en las horas en que estén ellos allá y sírvales usted sola, no vaya a suceder que todos se encaprichen de ella —replicó el padre, no sin cierto dejo de ironía ante la candidez de la señora, que creía a la jamona todavía capaz de inspirar amor a hombres tan avezados a habérselas con hembras.

VI

Y así fue ello. Desde que sonaban las horas de las comidas, que Troncoso y sus oficiales tenían muy bien reglamentadas, Venturita tenía que recluirse en las habitaciones interiores, adonde no llegaran ni las miradas ni las conversaciones de los odiados comensales. Si embebida en alguna ocupación no oía sonar la hora, doña Juana salía desalada de la cocina, llevando en la mano un platillo a medio enjuagar o un trozo de carne chorreando sangre, y le gritaba angustiada:

—¡Ventura, Ventura! Ya dieron las diez: corré ligero pal cuarto.

No resistió mucho tiempo la curiosa Venturita aquella rígida clausura. El “cuarto de los reblujos” tenía una puerta que daba frente al comedor. Doña Juana, claro está, la condenó echándole llave por dentro, aplicándole varias trancas y arrimándole, para mayor seguridad, los cajones de “corotos”. Pero como el cuarto tenía comunicación con las otras piezas interiores Venturita decidió utilizarlo, no para romper la clausura, sino para ver y oír lo que pudiera. Al principio se limitó a mirar por el hueco de la cerradura y a colocar en él, de vez en cuando, el oído, para ver de escuchar algo de las conversaciones, bien que lista para huir apenas oyera algunas de esas palabrotas, calumnias o blasfemias, que debían de ser el plato predilecto de aquellos demonios. Luego, pareciéndole muy estrecho el hueco de la cerradura, ensanchó suficientemente una de las rendijas de la puerta, valiéndose para ello de una pata de tijera, a falta de una navaja. Por aquella abertura, que disimulaba muy bien uno de los cajones de hilachas, podía ver y *reparar* con relativa comodidad a los que ocupaban el comedor. El ansia de ver de cerca y detenidamente al capitán Sepúlveda, le había dictado aquella acción, que, a saberla doña Juana, la habría calificado de horroroso pecado mortal, e inspirada indudablemente por el mismísimo Patas.

Con este punto de observación, Venturita casi olvidó el de la ventana que daba a la plaza, con gran satisfacción de doña Juana, que veía que su muchacha había dejado esas novelorías, embelecocos y tentaciones del enemigo malo. Ignoraba la buena señora que su hija pasaba las horas de las comidas muy a su gusto, devorando con los ojos al capitán, bien que tampoco dejaba de acariciar de cuando en cuando a los otros comensales. Exceptuado, eso sí, Troncoso, el cual, además del horror que le inspiraba por la fama de sus crímenes, le había parecido bastante feo, con ese color casi cobrizo, ese cabello lacio y esa cara señalada.

En cambio, el capitán hacía las delicias de Venturita. Mirándolo y remirándolo, sentía todo su ser inundado de inmensa ternura, humedecíanse los ojos, la respiración se aceleraba, el corazón golpeaba violentamente el pecho y hacía vibrar el opulento seno, recorrían sus carnes extraños estremecimientos, crispábase los nervios, poníanse erectos los folículos y vellos epidérmicos, subían a la garganta atropellados los suspiros, y todo el fuego de la sangre, todo ese fluido magnético de la pasión y del amor, acudían al rostro, encendían las mejillas, agitaban con rítmico vaivén las alas de la nariz y hacían temblar los carnosos labios, cual si toda aquella fiebre que consumía el alma y el cuerpo de Venturita, quisiera escaparse en un tropel de apasionados besos.

Para colmo de dichas, a Venturita le parecía que el capitán miraba insistentemente hacia la rendija y aun que bajo su espeso bigote dibujábase dulce sonrisa. Ya antes, cuando el observatorio de la ventana, había creído que aquél se detenía intencionadamente junto a ella, que tosía de un modo particular y clavaba

de vez en cuando penetrante mirada. Y ahora, estaba segura de que el capitán la veía, o por lo menos la adivinaba o presentía. ¡Dios mío! ¡qué dicha!

Y Venturita fantaseaba. No, ese hombre no podía ser malo ni rojo. Imposible. Si el rostro era espejo del alma, como decían los libros buenos y los padrecitos, el alma de Sepúlveda tenía que ser muy linda. Si se le veía en todo él lo bueno, lo querido, lo cariñoso, lo caritativo que debía ser. No era rojo, ella lo podía jurar. Si todos los rojos debían tener cara de condenados o demonios, como ese mechudo de Troncoso. Y la cara de Sepúlveda era más bien como de ángel, o, por lo menos, de santo. Y entonces, ¿por qué era oficial de los rojos? Aquí de las dudas, angustias y amarguras de Venturita.

Pero muy pronto su talento de cotorra descifró el enigma. Era una infamia de Troncoso. Sin duda lo hizo prisionero en algún combate y lo había puesto a escoger entre morir apaleado o seguirles sirviendo a ellos. ¿Y qué iba a hacer el pobrecito? La vida es tan amable. Y, además, quién sabe qué planes tendría el capitán. Quizás, haciéndoseles muy amigo, estaría bregando a saberles todos los secretos, para servirse de ellos en pro de la *buena causa*. Tal vez ya tendría a casi todo el batallón conquistado, para que se voltearan, amarraran al caricortao y se pronunciaran contra el gobierno hereje. En todo caso, rojo no era, no podía ser.

¿Sería solo? ¿Tendría padres vivos? ¿Habría tenido muchas novias? ¿Sería rico? ¿De nobleza no había qué dudar, pues se le veía en la cara! ¡Ah bueno poder conversar con él siquiera un ratico, para preguntar y saber hartas cosas! Hasta huérfano sería. Se le notaba en la cara cierta tristeza, como de quien no tiene nadie que lo cuide y lo quiera. ¡Ah falta que le hacía una buena mujer, bien querendona y contempladora! ¿Dónde le arreglarían la ropa? Su mamá debía haberse encargado también de eso. Con cuánto gusto ella, Venturita, pegaría los botones y tejiera los desgarroncitos en aquellas piezas que llevaran esas dos iniciales C. S. ¡Pacha podría hacer lo mismo con las del *caricortao* y su madre con las de los otros!

Sumida en estos pensamientos se hallaba Venturita, fija la mirada en Sepúlveda, cuando una sombra que cruzó por delante de la rendija eclipsó el sol de su dicha y la arrancó a su estático arrobamiento. Era doña Juana que, acabado de servir el almuerzo, iba a darle un vistazo, siempre temerosa de que volviera a las andanzas de avizarar a través de la ventana. Apenas tuvo Venturita el tiempo preciso para correr procurando no hacer ruido, de modo que su madre la hallara en la alcoba, absorbida en la lectura de un libro piadoso.

Y así pasaron algunos días, cada uno de los cuales acrecentaba en Venturita la loca pasión que había concebido y el anhelo de libertad que le permitiera entenderse directamente con el que ella, en sus ansias de solterona, creía su rendido y silencioso adorador. ¿Cómo habría sucedido que el capitán se enamorara de ella? Ventura no lo sabía, pero fácilmente hallaba explicaciones. Quizás la habría visto al entrar a misa o salir de ella; acaso la habría seguido y, al quitarse el pañolón, como acostumbraba hacerlo apenas entraba a la

casa, pudo él admirar todos sus encantos. Y quedó desde entonces locamente enamorado. Tal vez, llevado por esto, sería él quien insinuó a Troncoso la idea de alimentarse allí, buscando así el modo de poder hablarle. En fin, fuera de uno u otro modo, no había duda de que el capitán estaba enamorado de ella, como lo probaban las frecuentes pasadas por la acera, el detenerse algunas veces frente a la ventana, esa tos tan aristocrática, esas miradas que lanzaba, mientras se acariciaba el bigote. Y, sobre todo, ahora que comía en la casa, había escogido adrede en la mesa un puesto frente a la puerta del “cuarto de reblujos”, mirando con frecuencia hacia ella, tosía también algunas veces y sonreía de ese modo tan lindo y expresivo.

Con estos pensamientos, Venturita derretíase en mieles y contaba impaciente todas las horas del reloj, en espera de aquellas de sus éxtasis y más gratos sueños.

Los comensales llegaban a la fonda con regularidad de cronómetro y comían ávidamente, salpicando la comida con chistes, chanzonetas y anécdotas de la campaña. Troncoso, de suyo frío y reservado, tomaba poca parte en las conversaciones.

Debido al encierro de las conservadoras y más el de Venturita, ninguno de ellos se había dado cuenta de que en aquella casa existía una princesa encantada, que suspiraba, tiempo hacía, por el libertador, así fuera éste el aprincipado patojo de los cuentos de niños. Que si lo supieran, no habría faltado alguno que se decidiera a intentar al menos el asalto.

Como doña Juana servíales silenciosa y ceremoniosamente y permanecía lo menos posible en el comedor, por miedo de contaminar sus oídos impolutos con algunas de las palabras horribles, que juzgaba debían de ser el vocabulario predilecto de aquella gente, ellos charlaban a sus anchas, sin sospechar siquiera que otros ojos y otros oídos femeninos estaban en acecho.

—¿Qué hay, Pareja, de la negra Lola? ¿En qué toques van?

—No me la traten de negra, so bergantes. Morena sí es, pero de las lindas y gustadoras.

—Si nadie lo niega, hombre; no te sulfures.

—Más picaos... Como no han podido conseguirse ni una para pasar el tiempo...

—Qué vamos a conseguir, si aquí no se ve un alma. Las únicas muchachas que se dejan ver son las Cáceres y las Valdeses. Y de todas ellas no se hace un caldo. Exceptuando, por supuesto, a Lola, que siempre supe...

—Ya se la quisieran ustedes, así suplidorcita, no más.

—Claro que nos la quisiéramos. Pero como tú te anduviste adelante...

—¿Y por qué no se consiguen aunque sea una goda?

—¡Ojalá! ¿Pero d'íonde diablos la sacamos, si todas como que son monjas? No salen más que a misa y eso embrujadas, como espantos. Debían tener capellán en la casa, para que no pasaran trabajos.

—A propósito, Sepúlveda, ¿cómo va tu conquista? ¿Ya casi cae la plaza?

A Venturita le dio un vuelco el corazón, brillaron intensamente sus ojos y aguzó más el oído.

—Ahi vamos con ese sitio...

—Pero explícate: ¿avanzas o no?

—El enemigo empieza a ceder terreno y yo lo voy ganando palmo a palmo.

—¡Caramba! ¡Chócala, hombre! ¡Para más eres tú, que siquiera has empeñado batalla! ¡Sea enhorabuena! Los pobres de nosotros, que no tenemos ni una escaramuza.

—Bueno, pero hablando en plata blanca, dínos, ¿qué es lo que has ganado?

—El enemigo ha contestado los fuegos...

—¡Diablos! Eso ya es algo. ¿Y qué más?

—¡Casi nada!... Que ya dos veces ha entreabierto las aspilleras de la fortaleza.

—¡Caracoles! ¿Ha salido a la ventana?

—Tanto como salir, no... Pero por una rendijita...

Ventura, que al principio no había entendido el diálogo, por los términos que empleaban, al oír mencionar ventana y rendijita, creyó morir de felicidad. No la había engañado su corazón: Sepúlveda la amaba. ¿A quién más que a ella podía referirse aquéllo? Conteniendo los suspiros y tratando de aquietar los ímpetus de su corazón, que amenazaba traicionarla, aguzó más el oído para no perder palabra.

—Y si lo llega a saber el sultán, ¿cómo le va a ella?

—Ya veremos. Paciencia y barajar.

A Venturita le dio mala espina eso de que mencionaran un feroz sultán. ¿A quién se referían? Porque ella no tenía padre vivo, al cual respetar y temer. ¿Sería el padre Contreras el sultán? ¿O sería, ¡qué cruel pensamiento hería de pronto el corazón de Venturita! que la pretendida de Sepúlveda era otra, a cuyo padre, por bravo, trabajoso y altivo, lo llamaban los rojos el sultán? ¡Imposible! ¿Cuál podría ser esa otra que ya se había atrevido a entreabrir la ventana, para ver al capitán? Roja no podía ser, pues ninguna de las principales del pueblo tenía el padre vivo ni mantenían cerradas las ventanas. Debía de ser una goda. ¿Pero cuál? Indudablemente ella misma, y el sultán el padre Contreras, su confesor, o quizá su madre, a quien por esa seriedad y orgullo con que los trataba, le habrían puesto los militares ese apodo. ¡Eran tan cuartos, graciosos y chirriados esos tipos!

Venturita trataba de tranquilizarse, pero la duda volvía a clavarse en el alma, con ímpetu creciente. ¿La estarían ya traicionando las amigas? ¿Empezarían ya a quebrantar el pacto hecho de permanecer enclaustradas? ¿Cuál sería esa aborrecida, descocada, brincona, incumplida que, a pesar del compromiso, ya se descaraba a entreabrir la ventana?

Ante la perspectiva de una presunta rival, Venturita apretaba los dientes, clavaba las uñas en la puerta y ya la odiaba más que a las rojas Cáceres y aun que al mismo impío Troncoso.

—¿Qué opina, general, de las de Sepúlveda? Dizque muriéndose por una goda —dijo el teniente Pareja.

—Pues que con las mujeres nadie está seguro de no caer —replicó aquél lentamente, mientras jugaba con el cubierto. Y agregó:

—Como no le vaya a poner la condición de que se voltee...

—¡Eso sí que no, mi general! —protestó Sepúlveda— Mi liberalismo está sobre todo.

—¡Bravo! —exclamaron a la vez muchas voces, en tanto que Venturita sintió que le mataban una ilusión. ¡Con que sí era rojo y declaraba que por nada del mundo se voltearía! ¡Qué desencanto! Pero ¡quién sabe! Vivezas de él sería eso. Claro que no podía decir lo contrario. Hasta lo fusilaban. Tenía que fingir, hasta que cambiara la situación. Y, en último caso, si resultaba rojo de veras, pues también podía ser de los buenos... Siempre dizque había uno que otro menos malo.

—Pero te enamoraste sería del pañolón, que es lo único que se les ve cuando salen. Alguna tarasca será —dijo Pareja.

Venturita se ofendió de esta suposición, pues aún abrigaba la esperanza de ser ella la goda discutida.

—¿Tarasca? Ya te quisieras que tu morena picante fuera como ella —replicó Sepúlveda, tan ofendido como Venturita—. No le he visto más que los ojos, pero con eso hay: te aseguro que son matones.

A Venturita le pareció muy bien esta defensa que el capitán hacía de su dama, tanto más cuanto que ella conocía tener ojos hermosos.

—Pues te tendrás qué contentar con verle los ojos, cuando salga de misa; y después el bulto al través de la rendijita de la ventana, si acaso la vuelve a abrir. Porque lo que es hablarle, no hay riesgo. La tienen más encerrada que monja carmelita.

Venturita sintió que el pecho se le ensanchaba, que algo muy suave invadía todo su ser, galopaba en sus venas y arterias, danzábale en los ojos, golpeábale en las sienes, temblábale en los labios, estallaba en gratisimos suspiros y hacía la experimentar extraña euforia. Si estos pícaros oficiales parecían estar hablando de ella como ex profeso, para que los oyera. ¿Habrían comprendido que los espiaba? A ella sí le parecía que todos, hasta el vinagre de Troncoso, clavaba de vez en cuando ciertas miradas maliciosas en el observatorio que había improvisado con la pata de tijera. Sobre todo Sepúlveda, que le quedaba al frente, no apartaba los ojos de allá y sonreía tan pícaramente, mientras se acariciaba el negro bigote y aspiraba con deleite el humo del cigarro. No había duda de que hablaban de ella. Eso de los hermosos ojos, de verla a través de las

rendijas, de la imposibilidad de hablarle, porque la tenían encerrada como a monja, ¿a quién podía referirse sino a ella?

Pero, ¡qué prudencia la de aquellos hombres, especialmente la del capitán! Se contentaban con hablar de cosas tan decentes, sin ninguno propasarse a nada indebido. Y sabiendo que ella estaba en la casa y hallándose él tan enamorado y deseoso de hablarle, no le había dicho una sola palabra a doña Juana, ni al entrar o salir miraba siquiera de reojo los aposentos interiores. ¡Qué delicadeza y educación! No eran tan malos como decían los habladores. Tal vez en la guerra serían malos, pero en sana paz eran cumplidos caballeros y hasta buenos mozos, no se podía negar. Exceptuado, eso sí, Troncoso, a quien de ningún modo se podía tragar. Si su mamá no fuera tan trabajosa, tal vez ni tuviera nada de particular dejarse ver y echar de cuando en cuando un paliquito con Sepúlveda. ¡Era tan prudente y bien educado! No había que exagerar las cosas. En la guerra todos eran malos, tanto los rojos como los godos. Todos robaban, mataban, saqueaban, incendiaban, según sus necesidades y conveniencias. Todos cogían muchachas...

Aquí suspendió bruscamente Venturita el hilo de sus pensamientos, para no seguir aventurándose por ese escabroso sendero.

Los comensales se levantaron para marcharse. Troncoso, que poco había hablado, preguntó de repente:

—¿Y cómo saben que la muchacha es goda? ¿En qué la conocieron?

—Eh, mi general —replicó Pareja—, goda tiene que ser, viniendo de la cepa que viene.

Venturita contuvo el aliento y concentró todo su ser en los oídos, para no perder ni una sílaba.

—¿Hija de quién es?

Venturita tenía el alma en un hilo. En aquel momento se iba a decidir su suerte. Cerró los ojos y se apoyó en la puerta, para recibir la sentencia que, fuera buena o adversa, había de causarle una emoción difícil de dominar.

—De casi nadie —dijo Pareja—. ¡De don Miguel!

Venturita se desplomó en el suelo, sintiendo hielo en el alma y en el cuerpo. Con los ojos desmesuradamente abiertos, la respiración entrecortada, bañada en frío sudor y con un nudo que le apretaba la garganta, miraba con miradas de idiota hacia la puerta, cual náufrago que desde el peñón abrupto ve alejarse el bajel que había creído sería su salvación.

—¿Quién es don Miguel? —interrogó de nuevo Troncoso— Yo todavía no lo conozco.

—Nada menos que el jefe del “El sanedrín”, el godo más godo de los godos, el gamonal que maneja la godarria de todos estos contornos.

—Pues mucho cuidado, Sepúlveda —dijo Troncoso chanceándose—. Por las mujeres han sucedido siempre las mayores desgracias y traiciones en el mundo. Por unas faldas David hizo matar a uno de sus mejores oficiales, Sansón se dejó cortar el pelo, Antonio traicionó a Roma. No nos vaya usted a resultar conservero por darle gusto a la hija de don Miguel.

—Ya lo dije, mi general, que hasta allá sí no llevo —replicó Sepúlveda picado porque, aunque fuera en broma, se pusiera en duda su lealtad a las ideas liberales—. La mujer que me quiera, será dueña de mi corazón, pero no de mi cerebro. Y si intenta mandar también en éste, perderá el dominio de aquél.

—¡Bravo! —gritaron los camaradas, saliendo en tropel— ¡Buena esa Sepúlveda! ¡Revolaste, viejo!

Venturita apenas si oyó las palabras de Sepúlveda. Y maldito lo que le importaba ya el oír. Si hubieran sido dichas como para ella, sabría ya a qué atenerse. Pero siendo otra la goda pretendida por Sepúlveda, allá se lo hubiera si se resolvía a corresponderle a un malvado hereje, que tan malas intenciones mostraba ya. Porque en Venturita, por un milagro indiscutible, acababa de obrarse extraña transformación. Rasgado el velo que por un tiempo había ensombrecido los ojos de su alma y de su cuerpo, volvía a ver aquellos hombres en toda su repugnante fealdad física y moral. Sepúlveda ya no tenía cara de ángel o de santo, aunque, a la verdad, Venturita tampoco lograba vérsela de diablo. En cuanto a Troncoso, ese engendro del mal, que con sus preguntas había hecho derrumbarse tan pronto el castillo de sus ilusiones, veíalo ahora como rodeado de llamas, hediendo a azufre y con todos los rasgos del mismísimo Satanás.

Cuando doña Juana, despachados los comensales, entró al cuarto, halló a Venturita, no leyendo o bordando, sino con la faz demacrada, los ojos humedecidos y congestionados, la mirada vaga.

—Camine, Venturita, a almorzar, que ya esa gente se fue.

—No tengo ganas de almuerzo —replicó displicente.

—¿Está enferma? Es por la aguantada. Como aquellos hombres se demoraron tanto hoy, charlando y gritando como locos... ¡Jesús me valga! ¡A qué cosas se ve uno expuesto en la vida! ¿Cuándo hubiera pensado yo que me tocaría servile a gente de esa calaña? ¡En amor de Dios vaya! Yo no le puse cuidao a lo que hablaban, por no oír sus inmoralidades y blasfemias contra la religión. Pero sí me pareció qu'estaban hablando mal de alguna de aquí, porque todo era "goda por aquí, goda por allá; que los ojos de esa goda, que las rendijas de la ventana", y otro poco de cosas que no entendí. Pero eso no nos importa a nosotras. Se sabe qu'ellos siempre han de vivir calumniando a las mujeres honradas y virtuosas. Camine, miya, a almorzar.

—Ya le dije que no quiero nada, mamá —replicó Ventura, de pésimo humor.

—Es por la debilidad. ¿Le traigo un güevito tibio o un ponche? ¿Tendrá fiebre? —agregó doña Juana, acercándose y tocando con el dorso de los dedos el cuello y la frente de Venturita.

—Si está fría como un granizo —exclamó alarmada—. Voy a hacele unas plantillas pa que coja calor.

—No me haga nada, que no necesito. Déjeme quieta —protestó Venturita, que hacía heroicos esfuerzos por no estallar.

—¿Pero qué es lo que tiene, hija, por Dios? —inquirió doña Juana consternada, al ver el aire de suprema angustia de aquella.

—Es que no puedo aguantar más, mamá —estalló al fin Venturita, rompiendo a llorar.

—¿No podés aguantar qué? ¿Estás con el cólico? ¿Por qué no habías dicho ligero? Corro a hacerte una bebida de apio y perejil.

—No m'está doliendo nada. Es que no puedo aguantar más este encierro...

—¿Que no qué? —exclamó doña Juana escandalizada y separándose bruscamente de su hija, como si temiera que hubiera perdido el juicio.

—Que no tengo vocación de monja, pa vivir así entre cuatro paredes —rugió Venturita zapateando de rabia, ansiosa de descargar en su madre toda la ira que hubiera querido saciar en la odiada rival.

—¿Y qué es lo que querés, pues, malagradecida? ¿Ai no vas todos los domingos a misa y estás aquí libre todo el santo día, pa voltiar por toda la casa? ¿O lo que querés es dejate ver d'estos demonios y charlar con ellos? No faltaba más pa mi desgracia. ¿Cómo las otras no dicen nada y se mantienen escondiditas en sus casas? Será vos por más niña...

—¡Qué l'ihace que esté quedada! —bramó Venturita, herida en lo más sensible de su alma femenina— Usted tiene la culpa, que por trabajosa no me ha dejao casar con ninguno... Y ahora quiere tenerme encerrada como monja.

—¿Que no t'he dejao casar con ninguno? ¿Porque te libré de la desgracia de casate con un rojo hereje? ¡Ah malagradecida, ingrata, mala hija! De rodillas debías servirme toda la vida, pa pagame ese bien que te hice. ¿Cuándo me he opuesto a que le correspondás a don Laureano, un hombre tan bueno, tan conservador y hasta platudito? ¡Decí a ver! Pero vos t'has hecho de mialma... Por linda que sos, pa despreciar un partido tan bueno.

—Sí... muy bueno... pa usté, que por ai la van de viejos trabajosos. Cásese usted con él, siempre que lo quiere tanto. ¿Yo pa qué un viejo chuchumeco, lambeladrillos?

—Esos ya de experiencia son los que salen buenos maridos y contempladores. Mejor que sea buen cristiano, mejor. Y, además, que tal vez poco durará, y algún modito de vivir nos quedaba. ¿Te parece malo que mi Dios nos socorriera y no tuviéramos qué trabajar pa comer? Ya ves las consecuencias de ser pobres: tener que llegar al extremo de serviles a esos rojos malucos, arriesgando uno hasta perder su alma. Pero es que no hay cosa más cierta que el perdido busca el monte.

Venturita guardó silencio, pero no consintió en almorzar ni desarrugó el ceño. Hubo momentos en que llegó a pensar que quizás su madre tuviera razón y que debería casarse con el vejete platudito, en vez de estar esperando novio muchacho, con riesgo inminente de eterna soltería. Hasta un buen desquite fuera de la mala jugada que le había hecho Elisa, casarse ella primero y deslumbrarla con el lujo que le diera don Laureano. Estos pensamientos duraban poco en la mente de Venturita, pues muy pronto otros se enseñoreaban de ella. ¡Valiente gracia haría ella casándose con ese viejo, sin quererlo ni gustarle, sólo por un despecho! ¿Ni qué desquite de Elisa ni qué ofensa para ella podía ser que otra se casara con un viejo chuchumeco? ¿Qué papel haría don Laureano al lado del capitán, ni qué lujo podría darle aquél que no lo eclipsara Elisa, si quería, siendo la más rica del pueblo? ¡No y no! Que se fuera pa la porra el vie-jo Laureano con su platica. Bien casada o bien quedada. Con viejo, ni riesgo...

Doña Juana, después de dar una vueltecita por la cocina, volvió a reanudar la filípica:

—Yo no sé por qué salís ahora con esas de que no podés aguantar el encierro. ¿Cómo todas las otras están cumpliendo el compromiso de no salir sino a misa y no dejarse ver ni saludar a los incrédulos? ¿O es que vos tenés corona?

—Aténgase que lo están cumpliendo. Ello sí... tan bobas.

—¿Que no lo están cumpliendo? ¿Cuándo has visto alguna en la calle o en conversa con esos hombres? ¡A ver, decí a ver, so lengüilarga!

—Pero se asoman a la ventana...

—¡Mentira! ¡Embustera! ¡Calumniadora! ¿Te parece que todas son como vos, brincona, descocada, que a pesar de mis regaños te pasás viendo a esos hombres por las rendijas de la ventana? Siquiera que no te volví a coger en esas, porque ve... te había mondao a palos.

Venturita miró instintivamente hacia su observatorio de los últimos días, por el cual casi había abandonado el de la ventana. Por fortuna doña Juana no se dio cuenta de nada, y prosiguió:

—Ya ves que se cumplió lo que te dije el día que te encontré vigiando pa la plaza, que mi Dios te podía castigar. Y te castigó. Nuestra madre Eva, por la novelería de ver la manzana, cayó en el pecao. Y lo mismo te pasó a vos: por habete puesto a mirar esa gente, se te metió el diablo adentro y te tiene así...

—Y a las que se han asomao a la ventana, a coquetiales a los rojos, ¿cómo no se les mete el diablo?

—¡Jesús, María y José! ¡Venturita, por Dios, escupí esa herejía! ¿Cómo te ponés a calumniar de ese modo a la gente? ¿Que les coquetean a los rojos? ¡Dios mio! esta muchacha está loca. Bien lo dije yo, que la entrada de esa gente a mi casa me iba a traer los castigos del Cielo. El padre tiene la culpa, que me aconsejó los recibiera. ¡Venturita, hija querida, arrepíentase de todos esos testimonios...!

—Sí... sí... la verdá... —repetía Venturita en el colmo del despecho, sin hacer caso de los aspavientos de su madre— ¡Hipócritas que son! ¡Tan comprometidas a no dejarse ver de los rojos y ya les están pelando los dientes! ¡Ah descaradas, brinconas, saltatapias, Ca...!

—¿Pero quién te metió eso en la cabeza, Ventura, por Dios?

—Yo sabré. ¿Y a que no sabe cuál es la más descocada de todas? Adivine... Pues la tal Elisa...

—¡Creo en Dios Padre! ¡Callá la boca, lengüilarga, que te puede hasta caer un rayo o podrísete la lengua! ¡Qué tal que Elisita y don Miguel llegaran a saber las calumnias qu'estás levantando! ¡Castigo de mi Dios, castigo de mi Dios! Te vas a tener que confesar el domingo y pedile perdón de rodillas a Elisita y suplicale que no le vaya a decir nada a don Miguel.

—¿Yo por qué voy a pedirle perdón, si es la verdá? Ni le vuelvo a pisar su casa a esa hipócrita, descocada, traicionera. Es que porque tienen plata creen que pueden hacer lo que les dé la gana...

—¡Callás esa jeta o te hago callar! —vociferó doña Juana, quitándose una arrastradera. Mas como Ventura, fuera por miedo, malicia o debilitamiento, había entornado los ojos y dejado caer la cabeza en el respaldo del asiento, las maternales entrañas se conmovieron, y doña Juana, calzándose nuevamente la alpargata, y tratando de ayudarla a levantarse, le susurraba entre sollozos:

—Camine, Venturita, por la Virgen, recuéstese un ratico en la cama, a ver si se compone. Fue que con la aguantada se le debilitó el cerebro y por eso está así como loca... Yo voy a preparale un alimentico...

VII

No había mentido Sepúlveda, ni eran calumnias las palabras de Venturita, que tanto escandalizaron a doña Juana. Con el correr de los días y la conducta correcta observada por el batallón, la prevención había ido amainando un tanto. Y la natural curiosidad femenina hizo lo demás. En los primeros días, todo se redujo al mismo procedimiento de Venturita, de abrir agujeros en las ventanas y ensanchar las rendijas que ya ellas tenían, para observar a sus anchas y a mansalva, los ejercicios militares que el batallón ejecutaba diariamente en la plaza, y, más que todo, a la brillante oficialidad, que daba órdenes con arrogancia o campeaba en briosos corceles. Después, Elisa, pretextando calor y obscuridad, entreabrió uno de los postigos de la ventana, pero sin asomarse a él. A esto hacía alusión Sepúlveda, llamándolo "rendijita" e interpretándolo a su favor.

Cierto es que Elisa, habiendo visto al disimulo las ardientes miradas con que la asaeteaba el capitán, siempre que ella salía a misa, y aunque no le parecía nada feo ni antipático, había rechazado como

pensamiento pecaminoso la sola idea de corresponderle. En cambio ensanchó un poco más el agujero de la ventana, y se pasaba las horas analizando rasgo a rasgo al capitán, que de continuo rondaba por allí cerca. Como del examen minucioso de Elisa salía bien librado, y, por otra parte, insistía en las rondas y miradas, cierto día aquélla, en ímpetu irresistible, al entrar en su casa, en vez de cerrar bruscamente la puerta, como de costumbre, dejola semientornada y durante pocos segundos disparó desde el zaguán formidables pupilazos. Por eso decía Sepúlveda que el enemigo había contestado el fuego.

Este primer tiroteo costole a Elisa tal remordimiento, que derramó algunas lágrimas, diose golpes de pecho y formó el propósito inquebrantable de no reincidir. Pero el calor y la oscuridad de la sala obligaronla al día siguiente a entreabrir un postigo, con mano temblorosa y mirando azorada a todas partes, cual criminal que teme ser sorprendido in fraganti. Fue tal el susto e intranquilidad que experimentó, que inmediatamente pensó volver a cerrarlo. Y así lo hubiera hecho, a no ser porque el capitán, que todo lo avizoraba, viendo entreabrirse el postigo, pasó por la acera, y aunque a nadie veía, improvisó una discreta tosecita. Elisa, casi inconscientemente, sintió que algo le estorbaba en la garganta y tuvo necesidad irresistible de *aclarar*. Cuando desde los observatorios de las otras ventanas conservadoras vieron el postigo de Elisa entreabierto, se produjo en ellos un verdadero tumulto. Las que estaban en acecho volaron a las habitaciones interiores, a referir el suceso y traían a las incrédulas, para que se convencieran con sus propios ojos. Hubo comentarios, exclamaciones de asombro, protestas, almas escandalizadas, elevación de ojos al cielo. Pero como se trataba de Elisa, todo acabó en convenir que, si no era obra del viento, sino de ella misma, tendría para ello poderosas razones; que, sin duda, el mucho calor la había obligado, o quizá le faltaría luz para leer la meditación o bordar algún paño para el altar. Como consecuencia de todo esto, se aprobó por unanimidad de votos de las muchachas, pero con el de protesta de las beatas, que Elisa había obrado bien y que eso no tenía nada de particular. Y como el calor era por parejo y todas necesitaban luz para sus piadosas lecturas y obras de mano, desde el día siguiente, apenas aquella entreabrió el postigo, las demás imitaron su ejemplo.

En cuanto a las Cáceres y las Valdeses, que todos los días reuníanse en casa de las primeras, para ver desde las ventanas ampliamente abiertas las maniobras de la tropa y, más que todo, a los oficiales, cuando se dieron cuenta de que las godas empezaban a violar la clausura, sintieron extraño malestar y trataron de desahogarlo a su modo. Habían estado muy contentas con el encierro de las otras, que las dejaba dueñas del campo, para conquistarse aunque fuera un oficial de menor categoría. Sin embargo, sólo Lola Cáceres había "levantado novio". Anita, una de sus hermanas, tenía puesto su corazón y pensamientos en Sepúlveda; pero éste ya se sabe que rondaba por otros lados. Las otras dos hermanas Cáceres y las Valdeses, feas y un tanto entradas en años, tampoco habían logrado atrapar a ninguno todavía.

Anita, que seguía desde la ventana todos los pasos del capitán, fue la primera en darse cuenta del postigo entreabierto de Elisa y de la circunstancia agravante de hallarse aquél por allá cerca. Con todo, guardó silencio, con la esperanza de que el postigo lo hubiera empujado el viento y que la presencia de Sepúlveda fuera mera coincidencia. Sin embargo, los celos rugieron en su interior, tanto más cuanto ya la tenía intrigada la asiduidad de aquél por esos lados. Cuando, al día siguiente, la cosa se repitió y las demás enclaustradas siguieron el ejemplo de Elisa, Anita estalló:

—Pero vean estas godas fanáticas, cómo ya van a dejar el monjio. ¿No les dará miedo que se las lleve el diablo, si se dejan ver?

—Es que a una gana de casase no hay quién se pare —comentó Pepa Valdés—. Y como las monjas no consiguen novio...

—¿Y pensarán conseguirse rojos? —dijo Anita, con una espina en el pecho— Imposible que fueran a mezclarse con herejes, asesinos y ladrones.

—Pues sí, niña —aprobó Luisa Valdés—, que se casen con godos, pa que quiten la gana y no se les vaya a reventar la giel ni se condenen.

—Quien las vio tan milindrosas, saltando tapias de güida de los rojos el primer domingo y después embrujadas hasta los ojos cuando salen a misa, y velas ahora, ya abriendo las ventanas y bregando por engatusar a los de nosotros. ¡Ah, sepulcros blanqueados!

—Que salgan con sus versitos ahora, que con éstos sí les revienta en la mano.

—No crean que ahora hacen versos... es decir, sí los harán, pero pa declaráseles y pretendelos. ¡Es que sí hay mujeres descocadas!

—Mientras más rezan y más ladrillo lamben, más muestran el *solterón*.

—Y la primera en dejar el encierro fue la presidenta de "Las cotorras", la tal Elisa —borbotó Anita, cuya espina la punzaba cada vez más—. La que debía darles ejemplo a las otras, fue la que menos aguantó. Pueda ser que el viejo Miguel lo sepa y le pegué una buena pela, como la otra vez. Ojalá alguna biata se lo ponga en el pico al padre Contreras, a ver si le tranca duro en la confesada.

—No crean que le dicen nada. El padre no se atreve ni a voltiala a ver... ¡A Elisita, la hija única de don Miguel! Si está como una reina. Y el viejo tampoco chista, no crean. Como él fue el primero en dales ejemplo. Por ai lo he visto ya dos o tres veces hablando con don Remigio. ¡Ganas que tendrá d'echarse al bolsillo a Troncoso! ¡Ese viejo es tan marrullero!

—Eso es buscando modito de librarse de otro compartó.

—¿Y qué dicen de las del viejo Jacinto, que le puso al general el caballo a la orden, pa cada vez que quiera montar? Hasta dicen que esa... digo, la mujer del cabo Raigosa, se ha dado ya sus andadas en el caballo.

—A ese viejo lambón, voltiarepas, no le debían creer nada los liberales. De pronto les juega una buena...

—Dicen que la vieja Segunda no le habla palabra desde que prestó el tal caballo pa la entrada de Troncoso.

—Malagradecida qu'es esa vieja langaruta. Cuando antes debía agradecer que Troncoso, pasándose de bueno, no se lo haiga expropiado pal batallón.

—Oles —dijo con repentina inspiración Lola Cáceres, que tampoco las tenía todas consigo, a pesar de estar *entablada*—, ¿nosotras por qué no hacemos una diversioncita: un paseo, un baile o alguna otra cosa, pa distraer a los oficiales, a ver si así no se aburren? Pobrecitos, ellos enseñaos a pasársela buena y a que en todas partes les hagan hartas atenciones, haber venido a dar aquí, con nosotras tan simples y tan bobas. Hay que inventar algo.

—Lo mejor es un baile —opinó Anita, que se tenía por la mejor bailarina de Pedregales y esperaba con ello darle el golpe de gracia al capitán Sepúlveda.

—Pero nosotras, tan poquitas, ¿qué baile vamos a hacer? —objetó desolada Luisa Valdés, que comprendía, muy a su pesar, que tanto por el número como por la calidad, no eran parejas muy apetecibles.

—Que l'ihace que siamos poquitas —replicó Lola, fija en su idea—. ¿O te parece que debemos convidar a las godas?

—¡Qué tal, por Dios! Eso, ni por mal pensamiento. Mejor estamos solas. ¡Ah pereza uno en compañía de esas hipócritas, camanduleras!

No era por lo hipócritas y camanduleras por lo que las Cáceres y las Valdeses temblaban ante la idea de una fiesta en compañía de las conservadoras, sino porque éstas eran más numerosas, bonitas y gustadoras, de modo que aquéllas habrían tenido segura la derrota. Quedó, pues, convenido que, para no mostrarse simples y antipáticas con los oficiales, harían un bailecito, o más bien una reunión de familia en casa de las primeras. Para aumentar un poco las parejas, doña Celsa se comprometió, a pesar de sus 60 y pico, a aguantar más piezas que cualquier muchacha. Además, invitarían a doña Escolástica y a su hija Nieves, las cuales, aunque de una posición social inferior a la suya, bien merecía se les premiara su acendrado liberalismo con dicha invitación. Los militares, al fin forasteros, no tenían por qué saber que eran unas ñapanguitas, así de media petaca. Lo importante era que contaran siquiera con unas diez parejas.

También quedó convenido que todas, inclusive doña Celsa y doña Escolástica, debían llevar, además de un moñito rojo en el lado izquierdo del pecho, una balaca del mismo color, en la cual se leyera "¡Viva el Gran Partido Liberal!" En cuanto al color de los trajes, quedaba a elección de cada una, a condición, eso sí, de que ninguno fuera azul ni verde.

De todas estas novedades acaecidas en Pedregales durante la última semana, estaban a oscuras doña Juana y Venturita. Aquélla, porque sus ocupaciones no le permitían salir sino a misa los domingos; ésta, porque, habiendo abandonado el observatorio que daba a la plaza por el del comedor, no había tenido ocasión de observar el cambio ocurrido en las ventanas de sus copartidarias. A no ser por las palabras de Sepúlveda, de las cuales aún dudaba un poco, habría seguido creyendo que las otras respetaban la clausura, y no pensara en rebelarse contra la que a ella le imponían.

Doña Juana, intrigada por las terribles acusaciones que Venturita lanzara contra Elisa, se propuso averiguar si tenían algún fundamento y no tardó en convencerse de la verdad de ellas. Con todo, aunque no se atrevió a censurar la conducta de ésta, no por eso consintió en que aquélla la imitara. Y daba sus razones. Las circunstancias eran muy distintas. Que las otras entreabrieran un postigo, nada quería decir, pues sin duda lo hacían obligadas por el calor, y por allí no habían de poder entrarse los rojos a irrespetarlas. Pero que Venturita se dejara ver, sería una grandísima imprudencia, pues como los malvados tenían entrada franca a la casa, en su calidad de comensales, apenas logran verla, aprovecharían sin duda cualquier ocasión para hablarle y propasarse con ella. Y, en ese caso, eran muchísimos y demasiado graves los peligros que correría. Y Dios mandaba huir del peligro y decía por allá en los evangelios que el que ama el peligro perecerá en él.

Venturita, aunque no se daba por vencida, ni temblaba ante los peligros que con tan vivos colores pintábale su madre, hubo de resignarse, por el momento, a seguir matando sus ocios observando por la rendija lo que pasaba en el comedor, aunque ya sin los entusiasmos e ilusiones de otras veces. Y si bien es verdad que sus miradas se iban con demasiada frecuencia hacia el capitán y allí permanecían clavadas mucho rato, también es cierto que a veces le parecía más buen mozo y simpático el teniente Rendón. Y, cosa extraña, hasta el mismo Troncoso parecía ahora menos feo y repulsivo, lo cual se debía sin duda a que, habiendo cambiado la posición de la mesa, ahora Ventura veía al general por el lado sano y no por el señalado.

VIII

Almorzaban en animada charla los comensales de doña Juana, cuando atravesó el patio, en dirección a la cocina, una chica de 14 años. Iba descalza y con ese abandono propio de una niña que, además de pobre, no se ha dado aún cuenta de que ya es una flor que acaba de abrirse; y, por lo tanto, en los lindes de la niñez y de la pubertad, ignora o desdeña las artes de la femenil coquetería. Llevaba en su brazo derecho, convado, una coyabra con maíz; de la mano izquierda pendía un pequeño balde vacío. Sus hermosos ojos negros brillaban cual estrellas en cielo despejado y hacían resaltar aún más la blancura y nitidez de la piel, ligeramente sonrosada. Los bucles, de color castaño, flotaban sobre los hombros, apenas ligeramente recogidos por un lazo de cinta ordinaria. La nariz, correctamente modelada, la boca pequeña y graciosa, le daban un aire de inocente candor que seducía. Bajo la blusa de tela burda, pequeños botones, ligeramente perceptibles, auguraban opimos y tentadores frutos. La falda corta dejaba ver una pantorrilla delicadamente torneada, que terminaba en un pie, que, si bien un poco grande y brusco, por la ausencia de calzado, bien se comprendía era fácilmente amoldable a aquellas sutilísimas prisiones.

Al pasar frente al comedor, llevada de la natural curiosidad, miró hacia él. Los comensales, que la habían visto cruzar el patio, la miraron con tal interés e insistencia, que ella, sin saludarlos, siguió apresuradamente, sintiendo por la primera vez en su vida el rubor y sobresalto de la virgen que advierte es fruto apetecible para el hombre. En los ojos de éstos brilló la admiración y en muchos hubo llamaradas de lujuria. Hasta Troncoso, de ordinario tan serio y reservado, exteriorizó sus impresiones:

—¡Caramba! ¡Qué china tan bonita! ¿Quién será?

—Tal vez alguna nueva sirvientica de doña Juana.

—En este caso —dijo Rendón—, esto se está componiendo.

—Propongo —agregó Pareja— que pidamos a doña Juana nos la nombre *mesera*.

—¡Aprobado por unanimidad! —exclamaron en coro, dando a la vez sendas palmadas en la mesa.

Troncoso, después de sus primeras palabras, había vuelto a quedar silencioso y pensativo. Algo extraño y misterioso pasaba en el fondo de su ser. Aquella chica lo había impresionado. Y la coraza de indiferencia con que hasta entonces había tenido abroquelado el corazón, parecía querer fundirse al calor que irradiaban aquellos negros ojos.

En vano esperaron todos, demorando de intento el levantarse de la mesa, que la chinita volviera a mostrarse. Doña Juana, que la vio llegar a la cocina azorada y ruborosa, comprendió que algo había pasado y que sería una imprudencia dejarla ver otra vez de aquellos hombres. Inmediatamente hizola marchar a la

casa por la *puerta falsa*. Hasta entonces tampoco doña Juana se había dado cuenta de que ya la chinita era una hembra apetecible.

Terminado el almuerzo, todos se levantaron para salir. Troncoso, después de un momento de vacilación, se dirigió hacia el interior de la casa, lo cual dejó perplejos a los compañeros, pues era la primera vez que tal cosa acontecía. En mitad del corredor se detuvo y volvió sobre sus pasos.

En la comida estuvo distraído, comió poco y miraba insistentemente hacia la puerta de la calle, esperando ver de un momento a otro aparecer a la chinita. Pero ésta no se presentó.

Ventura, que todo lo veía desde su observatorio, estaba intrigada. ¿Qué tendría ese demonio de Troncoso, que parecía tan intranquilo, casi no comía y no hacía más que mirar hacia la plaza, como esperando alguno? ¿Habría recibido alguna mala noticia y estaría con miedo de que lo atacaran? ¡Quién sabe! Tal vez los conservadores habrían vuelto a pronunciarse y ya vendrían triunfantes. ¡Ojalá mi Dios hiciera ese milagro! Pero entonces ¿por qué los otros estaban tan tranquilos y contentos como siempre? Quizá únicamente él, como jefe, sabía la noticia y se la tenía *achapada*. ¿O sería que proyectaba algún crimen de los que él sabía cometer y esperaba la llegada de algún cómplice o de los soldados que debían ayudarle?

Ante esta idea temblaba Venturita, tanto más cuanto le parecía que los ojos pequeños y un tanto oblicuos de Troncoso se habían clavado más de una vez en la puerta tras la cual se ocultaba. ¡Dios mío! Que tal que esa fiera, aprovechándose de que eran dos pobres mujeres solas e indefensas, fuera a intentar hacer con ella lo que se contaba había hecho en otras partes. Que tales abusos los cometiera un hombre como el capitán Sepúlveda, joven y buen mozo, aunque siempre sería muy horrible y grandísimo pecado, era al menos explicable. ¡Pero un hombre tan horroroso como el general, con canas en pelo y barba, con ese color tan particular y con esa señal tan fea en la cara! ¡Virgen Santísima, qué horror!

A pesar de este horror que le inspiraba Troncoso, Venturita se dio a analizarlo, en la perspectiva de tener de pronto que habérselas con él frente a frente. Y cosa extraña, mientras más lo analizaba, mejor le parecía notar que, visto por el lado que no tenía la señal, no era tan enteramente feo y repulsivo; que las canas no eran muy abundantes, sino algunas hebras saltonas; que la nariz no era mal hecha; y, en fin, que a no ser por aquella maldita señal y por la mala fama que tenía, resultaría al menos un hombre tolerable.

El analizado, cuando se terminó la comida, en la cual guardó completo silencio, volvió, después de alguna vacilación, a dirigirse al interior de la casa. Nuevo asombro de los subordinados, que se quedaron esperándole a respetable distancia. Doña Juana, que oyó el calzado, salió presurosa de la cocina y vino a su encuentro.

—¡Eh, general! ¿Era usted? —dijo toda turbada— ¿Qué le faltó? ¿No le puse el agua? Como estoy tan vieja y atolondrada... Siéntese un momentico, yo se la llevo.

—No, mi señora, si no me faltó nada, todo estuvo muy bien —replicó Troncoso, más confuso que doña Juana.

Ésta le miró sobresaltada. Si no era que necesitaba algo, ¿por qué se habría metido casi hasta la cocina, cosa que nunca se le había ocurrido?

—Vea, doña Juana, es que yo quería hacerle una pregunta —murmuró Troncoso en voz baja y un tanto temblorosa.

Doña Juana respiró aliviada, y dijo fingiendo cortesía:

—A sus órdenes, general. ¿Qué será?

—Una bobada, señora, una bobada —replicó él, tratando de serenarse, pero todo corrido, cual si incurriera en una claudicación o ejecutase un acto de co-bardía—. ¿Quién es la chinita que entró hoy cuando estábamos almorzando?

Doña Juana sintió un soplo helado en el pecho, un golpe de maza en la cabeza, y que en todo su ser la vida se paralizaba. Apenas pudo balbucir:

—¿Quién...? Yo no sé... yo no la vi... Voy a preguntarle a la cocinera...

Y se escapó hacia la cocina. Troncoso quedó esperando, y, para disimular su turbación, se puso a encender el cigarro. Doña Juana, después de enjugarse los ojos y serenarse un poco, volvió a salir.

—La cocinera tampoco sabe... ella no la vio... Sería parecer suyo, general... aquí no estamos sino Pacha y yo.

—Una muchachita que entró hoy cuando estábamos almorzando —dijo Troncoso, avanzando unos pasos hacia la cocina y dirigiéndose a Pacha.

Ésta, a quien doña Juana no había dicho nada, se quedó perpleja, sin saber de qué se trataba.

—¿Qué dice, señor? —preguntó al fin.

—Que si usted no vio la muchachita que vino esta mañana.

—¡Ah! ¿Sería Laurita?

—¿Laurita se llama? —interrogó Troncoso, dirigiéndose a doña Juana, que después de fulminar a Pacha con los ojos, había quedado como petrificada.

La cocinera fue quien contestó:

—Aquí n'uha entrao hoy más muchacha que Laurita, que vino a traer el maíz pilao.

—Eso es, eso es —exclamó alborozado Troncoso—. Traía maíz en una vasija. ¿Y quién es ella? ¿Por qué no ha vuelto? —agregó dirigiéndose a doña Juana, que, después de sonarse varias veces y de enjugarse los ojos humedecidos, echándole al mismo tiempo la culpa al humo de la cocina, respondió con acento humilde:

—Ya no m'iacordaba qu'ella había estao aquí... Es una nietecita mía, general.

—¡Ah! ¡es nieta suya! Muy bien.

—Yo no sé qué vendría a hacer hoy aquí cuando no sale a parte ninguna. Como son tan pobres y Tránsito se mantiene enferma, ella vive atariada con los oficios de la casa. ¿No vio que estaba muy mal trajada y a pie limpio? Por supuesto que com'ues tuavía una niña...

—Sí... muy niña... pero ¡qué bonita!

—Favor que usted l'ihace, general —replicó doña Juana, entre disgustada y complacida.

—¿Y el papá qué hace?

—Trabajar como un macho, de seis a seis. Con su permiso, general, que se me quema un dulce —dijo doña Juana. Y se escapó a la cocina para romper aquella enfadosa conversación.

Troncoso se marchó, pero el nombre de Laurita le sonaba al oído y al corazón cual grata melodía, y la imagen de "la chinita" danzaba constantemente delante de sus ojos. Y aquella noche soñó que Laurita, muy sonriente, se acercaba a servirle el almuerzo.

Doña Juana quedó sumida en la desesperación. Estaba patente el castigo de mi Dios, por haber recibido en su casa a los enemigos de la Iglesia. Harto había sacado con esconder a Venturita, cuando a esa otra soplada de Tránsito se le había metido mandar a Laurita con el maíz, pudiendo traerlo ella, que ya era una vieja papujada. ¿Pero quién iba a creer tampoco que esos hombres se fijaran en una niña, que todavía estaba en la escuela, de la cual sólo salió cuando la cerraron, por causa de la guerra? Estaba visto que esos malvados no respetaban ni a las niñas inocentes. Como fuera mujer, con eso había. Si a una escoba se le ponía *junda*, al momento estaban ya persiguiéndola. Siempre había sido una inspiración de Nuestro Señor, a pesar de sus muchos pecados, eso de esconder a Venturita. ¡Qué tal que la hubieran visto a ella, tan bien hecha, tan robusta, colorada y llenadora! Eso no se podía ni pensar.

Y lo peor era que el más descarado y atrevido resultaba ser esa fiera de Troncoso. Natural. Se sabía que ese hombre era el mismo Satanás en persona. Los otros, buenos no serían, siendo rojos, pero al menos se mostraban prudentes. Pero este infame, que no se le daba nada aventarse hasta la cocina, a preguntarle a ella misma por su nietecita... Qué tal si la sopera de Pacha no se mete a decirle quién era.

Aquí doña Juana volvió toda su ira contra la pobre sirvienta, llenándola de improperios y aun amenazándola con el mecedor con que agitaba el dulce. Pacha, después de aguantar algún tiempo en humilde silencio el chaparrón, estalló al fin:

—¿Y vusté por qué me trata mal a yo y ta quini sapo toriao?

—Por sopera...

—Tragame entera...

—Cuidado pues, so malcriada.

—A un malcriao, malcriao y medio... ¿Yo qué culpa tengo qu'ese melitar pregunte por Laurita?

—¿Y quién te metió a decile cómo se llamaba, so picona?

—¡Aja! ¿Y antonces pa qu'es la boca, sino p'hablar? En no diciendo una mentiras ni alevantar falsos testimonios...

—¿Por qué no te callates esa jeta y seguites en tu oficio, negra conversona? Deci a ver si ganates camisión con eso.

—¿Y es qu'es pecao decir cómo se llama la gente? ¿Antonces pa qué los cristianan?

—Yo sabré por qué no quiero qu'esa gente sepa nada de Laurita. Y l'estaba negando a ese bandido y lo iba a dejar en ayunas. ¡Pero no había de faltar una lengüilarga, lambona!...

—¡Tampoco m'insulte, doña Juana! Yo seré una negra infeliz, pero tamién tengo mi argullo y mi carácter. ¡Ai le queda su cocina! —grito Pacha, arrojando lejos la piedra con que molía y empezando luego a lavarse apresuradamente las manos, enjalbegadas de masa.

Ante semejante actitud, la furia de doña Juana descendió muchos grados. Bien sabía ella que Pacha era irremplazable y que, según expresión suya, el día que se fuera "le quebraría un hueso". Guardó, pues, prudente silencio y fingió estar muy embebida en batir el dulce y no haber oído las palabras de Pacha. Abrigaba la esperanza de que ésta se limitara, como otras veces, a simples amenazas. Pero la sirvienta, una vez lavadas las manos y desatado el pañuelo de la cabeza, cogió el pañolón y dijo con ronco acento:

—Camíne pues págueme lo que me debe, que me largo agora mesmo.

Doña Juana vio que la cosa iba de veras y trató de capitular.

—¿Qué vas a hacer ahora tan tarde? Mañana te vas.

—Es ya que me voy. Yo tan negra, soperá y lambona l'ensucio la casa.

—No siás tan rabiosa, Pacha, qu'eso es pecao. Caminá ayudame a sacar este dulce y después hablamos.

—Sáquelo vusté sola, que manos tiene —replicó Pacha cobrando bríos y grosería, a medida que doña Juana se apaciguaba.

—Esperate, pues, un poquito, pa que hablemos.

—Me voy ya ponde Cleta, pa madrugame mañana a desgranar maíz a la hacienda. Cabalmente qu'están pagando muy bien la carga. De boba m'he pasao; estar aquí aguantando vainas, pa ganar tres riales al mes.

Doña Juana se alarmó aún más, al ver el giro que iba tomando el asunto. Si Pacha cumplía sus amenazas y la dejaba sola, ahora cuando más la necesitaba, le quebraría no uno, sino muchos huesos. Trató de hacer las paces a todo trance, aunque tuviera que humillarse y aumentar el salario.

—No siás tan sentida, ole Pacha, que yo, nada malo t'he dicho. Cogé tu piedra y seguí en lo qu'estabas.

—Me voy a desgranar maíz.

—A coger enfermedades en esos climas es a lo que vas.

—Pa morir nacimos. Siquiera gana uno harta plata.

—Aquí también estás ganando sin peligro. Y yo siempre pensaba encimate...

Pacha se regocijó por las ventajas que iba obteniendo y en su interior desistió de irse; pero para lograr más, fingió no conformarse.

—Estoy ya muy cansada en este destino. Me voy. Camine arreglemos.

—¿Pero qué afán tenés? —dijo doña Juana suplicante— Mañana te vas, siempre que sos tan desconsiderada, que me querés dejar sola con toda esta gente.

—Más vale sola que mal acompañada. Los negros jedemos. Y cuando uno es tan lengüilargo, mejor es que desocupe.

—Dejate de sátiras y calenturas que eso ya pasó. Fue que m'hizo dar tanta rabia ese hombre con su preguntadera, que ni supe lo que decía. Seguí moliendo que te voy a pagar de mañana en adelante a cuatro riales.

—¡Maliente encima, un ridículo rial! ¡Si fuera siquiera a cinco... Mejor es ime a trabajar a otra parte — dijo Pacha dando un paso hacia la puerta.

Pero doña Juana la atajó y, empujándola suavemente hacia la piedra y dándole cariñosas palmaditas, dijo melosamente:

—No dejamos de arreglar. Entre vos y yo no hay diferencia. ¿Cómo te voy a dejar ir a coger enfermedades en esas tierras tan bravas?

Pacha reanudó el trabajo siempre *entorada*, pero gozándose interiormente de las ventajas alcanzadas y haciendo mentalmente cálculos halagüeños. Si sólo el decir cómo se llamaba Laurita le había valido, después de algunos *piscos* de doña Juana, dos riales de aumento al mes, ¡cómo serían los *remojos* que le diera el militar si le suministraba más informes! Algo debía de pensar ese general, cuando, siendo tan serio, tan callao y *revestido*, se había aventao hasta la cocina, no más que a preguntar por Laurita. Ese señor debía de ser muy rico y gastoso y al que le hiciera alto, sin duda le daría muy buenos regalos.

Con estos codiciosos pensamientos, Pacha se regocijaba y formaba planes para ayudarle en todo al general, bien escondido, eso sí, de doña Juana.

Ésta, apenas sacado el dulce, corrió a desahogar con Venturita sus angustias y tristezas.

—¡Ay, Venturita, por Dios! ¿Qué mayor castigo me podía venir? ¡Virgen Santísima, socorreme en esta necesidad!

—¿Qué fue, mamá? —preguntó alarmada Venturita.

—¡Esto siempre es un castigo del cielo! —seguía exclamando doña Juana, bañada en lágrimas y postrada de hinojos ante una imagen de la Dolorosa— ¡Madre mía y Señora! Inspirame qué hago.

—Mamá, por Dios, diga a ver qué le sucedió.

—¡Casi nada! Que aquella animal de Tránsito se puso a mandar a Laurita con el maíz pilao y estos infames la vieron y ese demonio de Troncoso se aventó hasta la cocina a preguntame por ella... ¿Qué decís a éstas? ¿Com'uhago yo ahora pa defender esa palomita? Ya la vio el gavilán... Ya este tigre, como león hambriento, va a perseguir a la ovejita...

Doña Juana siguió ensartando frases de libros piadosos, que ella plagiaba y acomodaba a las circunstancias.

—Que chupe por metida —dijo Venturita, más preocupada porque su sobrina había llamado la atención de los militares, que por el riesgo que pudiera correr—. ¿Quién la mandó a meterse en el avispero? De seguro que, por hacerse la graciosa, les peló los dientes, esa brinconcita. Es que la tienen perdida usted y Tránsito, con sus bobadas. Como izq'es bonita...

—No te pongás a decir nada de la niña, qu'ella no tuvo la culpa, sino la bruta de Tránsito. A la cocina llegó la pobre angelita más blanca qu' un pliego de papel y temblando todita, del susto que le dio, porqu'esos diablos izque le clavarón unos ojos como de sierpe y le dijeron un poco de cosas qu'ella no entendió.

—¿Y usted qué hizo?

—Ai mismo la empunté pa la casa, por la puerta falsa, y que no vuelva a asomar puaquí las narices.

—Muy bien hecho. Que no se vuelva a dejar ver, si no quiere que le reviente en la mano —aprobó Venturita, que ya empezaba a sentir celos de su mocozeuela sobrina.

IX

El baile organizado por las Cáceres y Valdeses, para atraer y divertir a los oficiales, resultó un verdadero fracaso. En vano adornaron la casa con profusión de flores, cintas, cortinas, banderas, todo rojo;

inútilmente se descorcharon muchas botellas de licor fino y se gastaron muchos bizcochuelos, "galletas extranjeras" y "panes del Norte" en el refresco; en balde doña Celsa hizo alardes exagerados de intransigente liberalismo y aun declamó trozos de Rojas Garrido y de otros ultrarrojos; de nada sirvió que Anita Cáceres luciera todas sus habilidades de bailarina y que Pepa y Luisa Valdés entonaran cánticos guerreros encendidos al rojo blanco. Todo en vano. La escasez de parejas jóvenes y bonitas, la monotonía de la música pueblerina, las chabacanerías de doña Escolástica y de su hija, invitadas sólo por aumentar el personal y premiarles la opinión, pero que se hallaban allí fuera de su centro; el ambiente demasiado confianzudo y aldeano y el estado de ánimo de algunos de los oficiales, cuyos pensamientos volaban a otros puntos, todo esto hizo que la mayor parte de los invitados tuvieran que contener los bostezos y que a cada momento sacaran con disimulo el reloj, impacientes por que llegara la hora de marcharse.

Troncoso apenas bailó unas pocas piezas, y luego, pretextando indisposición, se retiró a su alojamiento; pero no a dormir, sino a pasearse en la alcoba, fumando cigarro tras cigarro y tratando en vano de apartar de sí la imagen de la desarrapada nieta de doña Juana.

Sepúlveda, por su parte, apenas lograba desasirse de las redes que de mil maneras le tendía Anita; se escabullía hacia la puerta de la calle, so pretexto de refrescarse, pero en verdad para mirar a la ventana de Elisa, donde brillaba una discreta claridad, a través de los dos postigos abiertos a medias. También los de las otras ventanas conservadoras lo estaban, inclusive los de Venturita, a quien doña Juana hubo de conceder aquéllo, en gracia del suceso que había que curiosear, y, sobre todo, ante el argumento contundente de que Elisa tenía los suyos abiertos. Además, como los malvados aquellos estaban todos em-parrandados con las rojas, no había inconveniente ni peligro alguno en avizorar desde la penumbra de los cuartos.

El único que estuvo muy a gusto fue el teniente Pareja, que bailó y charló de lo lindo con la morena y ocurrente Lola Cáceres. En cuanto a los demás, que eran neutrales y todavía no habían puesto sus miradas y pensamientos en goda ni roja, aguantaron estoicamente las necedades de jóvenes, viejas y ebrios, y desfilaron sin pena cuando llegó la hora. Quedaron en la casa, haciendo los debidos comentarios, las mujeres y algunos invitados civiles, entre los cuales el Secretario ex arriero, que aparentaba hacerle la corte a Anita, y don Remigio, que había hecho los honores a dos botellas y no quería marcharse sin cumplir debidamente con la tercera.

Al día siguiente varias de "Las cotorras" resultaron, pasando por los solares, reunidas en casa de Elisa. El baile de la víspera era algo que exigía una sesión, aunque fuera a hurtadillas. Hubo alguna que propuso que el suceso lo comentaran en verso; pero, aunque a todas tentaba el tema y les despertaba la inspiración, desistieron, ante el recuerdo de las tundas consabidas y, más que todo, ante el temor que les infundía Troncoso. Por otra parte, Elisa, directora y poetisa principal, fue la primera en desaprobar lo de los versos.

No le hubiera disgustado lucir su ingenio en tema que tanto se prestaba; pero como empezaba a no serle indiferente el capitán Sepúlveda y no habría podido excluirlo de las sátiras sin provocar sospechas y comentarios de las compañeras, optó por abstenerse de poesías. Y claro está, su opinión prevaleció. Pero como la sesión no podía ser estéril, la emplearon manejando a maravilla las tijeras.

—¿Pero qué dicen, niñas, de las parejas del tal baile: la vieja Escolástica y esa negrita d'ella?

—Tal para cual, niña: ¿ellos quiénes son pues? Unos zambos caucanos o indios *boyacanos*, a cual más feo.

—Todos no serán zambos —protestó Elisa, en arranque irresistible del cual pronto se dolió—. Hay algunos que tienen muy buen tipo.

Y al decir esto, pensaba en la figura distinguida de Sepúlveda.

—¿Como cuáles? —saltó Venturita, aprovechando la ocasión para darle un zarpazo a la odiada rival.

—¿Yo qué voy a saber cómo se llaman, si apenas así en grupo los he visto? Vos si los debes conocer a todos, con sus pelos y señales. Como se alimentan en tu casa...

Venturita se mordió los labios.

—Menos los he visto yo que ustedes, ya ven, mis queridas. Anoche fue la primera vez que abrí el postigo y eso peliando con mi mamá. Y ustedes hace días... —replicó clavando en Elisa una mirada acusadora.

—Por el calor... —dijo ésta, aparentando indiferencia.

—Sí... por el calor... —repitió la otra, en tono siempre agresivo.

—Pues ole, si te parece muy mal hecho que no nos queramos ahogar de calor encerradas como prisioneras, no volvés a abrir vos... y santas pascuas.

—Demás que voy a ser la más boba. Ello sí. Eso se quisieran...

—¿Se lo quisiera quién? ¿A nosotras qué nos va ni qué nos viene con que abrás? Nadie es esclavo; cada cual haga los que le dé la gana. ¿O qu'es lo que vos querés?

—Yo... nada. Que no nos pongamos a hacer compromisos, si no los hemos de cumplir por parejo.

—Nadie te prohibió que abrieras. Hasta al baile de anoche podías haber ido, si te daba la gana. De seguro que te convidarían los comensales.

—¿Por qué me iban a invitar, si no les he dao ocasión siquiera de que me saluden? No me han visto la primera vez.

—¿Ni vos tampoco a ellos?

—Tampoco.

—Ni riesgo... Vení hacenos comulgar con ruedas de molino, que no has inventao tu modito de repararlos harto. No, hija, nosotras no somos bobas.

—Será que el ladrón juzga por su condición...

—Tal vez... Pero como nosotras no tenemos fonda, ni vendemos sancochos...

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Acaso es pecao ser pobres y tener que trabajar? ¿No saben qu'es capricho de mi mamá? —replicó Venturita, saltándosele las lágrimas de ira por la humillación.

—No niña, no t'enojés, que yo nada malo te he dicho. Lo que te quise decir fue que vos has tenido más ocasión de conocer a los militares y sabeles los nombres. ¿Eso qué tiene de particular? Digan ustedes, niñas —terminó Elisa, volviéndose a las otras y tratando de mitigar la herida abierta en el amor propio de Venturita.

Las demás asintieron con la cabeza. Durante el tiroteo habían permanecido calladas y neutrales; pero sacaban en consecuencia, cada una para sí, que en todo aquello había gato encerrao; que para tales alfilerazos entre dos amigas y copartidarias, debía de existir algún motivo muy poderoso, el cual no podía ser sino asunto de celos o rivalidades. Indudablemente había un hombre de por medio; ¿quién sería? Urgía averiguarlo. Por lo visto, parecía ser un rojo, y no de los del pueblo, sino de los forasteros. Troncoso o alguno de sus oficiales. Elisa había saltado a la defensa de ellos, diciendo que todos no eran zambos y que había algunos de muy buen tipo. Y por eso había sido la pelea y se habían engarzado como gallos finos: a espuela y pico; más a pico que a espuela. Estaban las dos pensando en un mismo rojo, y, por añadidura, de los de Troncoso. ¡Dios mío! ¡Que mujeres tan descocadas! ¿Habriase visto, dizque dos buenas conservadoras, de lo mejor del pueblo, de las más comprometidas a hacerse respetar, ya casi a punto de cogerse de las mechas y volverse pedazos con uñas y dientes, por un rojo hereje? ¡Virgen Santísima! ¡Qué cosas se estaban viendo! Hasta se estaría llegando ya el acabe del mundo.

¿Pero quién sería ese rojo tan de buenas? Pues que Ventura estuviera enamorada de él, no era nada particular, porque bien se sabía que esa "pobre cuarentona" estaba que se pegaba hasta de un clavo caliente. Pero Elisa... Tenía que ser muy pispo y cuadro ese rojo, para que ella estuviera tan encaprichada. Sin duda era uno de los que ella decía que tenían muy buen tipo. Por supuesto que, fuera quien fuera, el triunfo de Elisa estaba seguro: joven, bonita y con plata... Era pelea de toche y guayaba madura.

Todas estas y muchas más reflexiones se habían hecho las amigas neutrales, durante el tiroteo entre Elisa y Venturita. Y, a la vez, formaban el propósito de desplegar todas sus actividades femeninas, para averiguar lo más pronto posible cuál era el rojo disputado. Y, a no ser porque estaba Elisa de por medio, habrían hecho también el de entrar en tercería. Pero como la plata valía tanto...

—¿Pero sí supieron que todas s'emborracharon? —dijo una neutral, para desviar la conversación y reconciliar por el momento a las contrincantes, con el plato común de prójimo— A la vieja Celsa izque la tuvieron que acostar, y Lola vomitó hasta las tripas delante del novio. Pero como él estaba lo mismo ni se daría cuenta. A ña Escolástica y a la hija las llevaron en guandas a la casa, al amanecer, entre dos soldaos que prestaron en el cuartel. Parecían mismamente mujercitas d'esas qu'algunos domingos s'emborrachan o pelean y las llevan a la cárcel...

—Si eso quizque se volvió un bochinche espantoso. Tal sería, que el caricortao, que se había ido temprano, por enfermo, les mandó orden a los oficiales, que dejaran ya el escándalo y se fueran a dormir. ¿Qué dicen, pues?

—No podía ser de otro modo. No hay que pedile peras al olmo.

—¿Y cómo supiste, ole, todo eso? ¿T'estuvites en la ventana toda la noche?

—¡Dios me ampare! Desde las nueve nos encerramos, rezamos el rosario, hicimos las novenas y nos acostamos.

—Y entonces, ¿quién te contó tantas cosas?

—Una persona fidedigna: la sirvienta de doña Segunda.

—Sería qu'el viejo Jacinto se lo contó allá. Como ahora anda como uña y carne con los rojos, se lo sabe todo. Y eso que no lo convidaron a la parranda, pero siempre izqu'estuvo allá un rato, metido de lambón.

—Bueno ¿y qué vamos a seguir haciendo? Resuelvan a ver pero pa cumplilo todas —dijo Venturita levantándose.

—Nada —replicó Elisa, que sentíase ansiosa de romper definitivamente el encierro y con autoridad y fuerza suficientes para ello—. Que cada cual haga lo que le dé la gana. No somos monjas ni esclavas.

—Y, además, qu'este calor no hay quién lo aguante encerrada —agregó Berta, otra ansiosa de libertad. Y para ello tenía sus razones, pues aunque durante la guerra había sido de las más exageradas y entusiastas y, según ya se dijo, ofreció galantemente su espléndida cabellera para que con ella ahorcaran a los rojos, a última hora había iniciado una ligera escaramuza de furtivas miradas con el Secretario.

—Y también hay que confesar que hasta ahora el batallón no ha hecho nada malo —apuntó Elisa—. Más prudentes no podían ser.

—¿Y el escándalo de anoche? —saltó Venturita, que no veía con buenos ojos las libertades que las compañeras querían tomarse, pues sospechaba que su madre, alegando las especiales circunstancias, no le permitiría hacer otro tanto.

—Las escandalosas fueron ellas. ¡Ellos qué! El hombre es hombre.

—Y tampoco tiene nada de particular que uno abra la ventana. En no asomándose mucho ni sentarse allí, para no dar ocasión a qu'esos descaraos se vayan a arrimar, todo está bien —opinó una todavía vacante, pero con aspiraciones a *entablase*, aunque fuera con rojo.

Después de poca o ninguna discusión, prevaleció, como de costumbre, la opinión de Elisa, que, por otra parte, estaba de acuerdo con los deseos más o menos velados de todas. “Las cotorras” separáronse, quedando convenido que podrían, cuando hiciera mucho calor o necesitaran luz para sus labores o lecturas, abrir ampliamente las ventanas. En cuanto a asomarse a ellas o sentarse allí, cada cual, usando de la debida prudencia, vería cuándo era posible hacerlo, sin exponerse a los descaros de los rojos.

Lo que sí no osó ninguna a proponer, ni aun Elisa, fue que recobraran del todo la libertad y salieran a visitas, paseos al campo, caminadas por las tardes. Habría sido demasiado prematuro pretender aquéllo, e indudablemente tendría el veto de “El sanedrín”. Y esto es que lo de las ventanas no fuera a ser también anatematizado.

La única que no quedó satisfecha con las resoluciones tomadas fue Ven-turita, pues comprendió que las amigas iban a quedar en mejores condiciones de pelea.

X

El habitual buen apetito de Troncoso había decrecido notablemente, a la vez que su mal humor se acrecentaba en razón inversa. Durante las comidas permanecía en completo mutismo, apenas probaba los platos y a cada momento miraba hacia el patio, esperando ver cruzarlo a la chinita, con su coyabra de maíz pilado. Cada vez que sonaba el contraportón se estremecía; sus rasgos viriles y duros de hombre curtido en cien batallas se alteraban ligeramente; el corazón, que no trepidara en medio del estallido de la metralla, aceleraba el ritmo, la respiración quedaba un momento en suspenso. Y al ver que quien entraba era el mandadero, la encargada de lavar la ropa o alguna campesina que venía a ofrecerle a doña Juana azafrán, ajíes, tomates o cebollas, volvía a contraer el ceño y seguía jugando distraídamente con el cubierto.

En sus relaciones con los subordinados mostrábase más rígido, voluntarioso e irascible que de costumbre. Había hecho aplicar cepo de campaña a infelices soldados, por cualquier falta baladí; tuvo cinco días en el calabozo a otro, porque se retrasó dos minutos en acudir al toque de llamada; y porque un cabo trató de disculpar al acusado, alegando que el toque lo había sorprendido en una de esas ocupaciones que, según Cervantes, nadie puede hacer por otro, hubo de pagar también dos días de arresto.

El baile de las Cáceres por poco lo echa a perder, pues, en un acceso de mal humor, dijo que no permitiría a ninguno de los oficiales asistir a él; que eso iba contra la disciplina; que no estando todavía restablecido del todo el orden público, no era el caso de estar en parrandas, etc.

Las Cáceres, que supieron esto por el teniente Pareja, temblaron, más que todo por lo que gozarían y se reirían "Las cotorras" por este percance. Por medio de don Remigio lograron convencer a Troncoso de que desistiera de su determinación, aunque no fuera más que para evitar a tan decididas copartidarias el bochorno de un desaire. Pero, como ya se dijo, asistió de mala gana y se retiró temprano.

Los oficiales y el batallón en general vivían sobre ascuas, temiendo a cada momento que, en uno de sus arrebatos, cometiera alguna gran crueldad o injusticia, como a veces había ocurrido en la campaña. Ninguno acertaba a explicarse la causa del creciente mal humor del jefe, y, cuando estaban solos, se entregaban a los más variados comentarios y contradictorias suposiciones. Unos opinaban que quizá habría tenido alguna mala noticia de la política y, por su mucha importancia, la ocultaba a todos. Otro susurraba, en mucho secreto, que el principal jefe vencedor, actualmente en la capital, le había dado a Troncoso una fuerte reprimenda no se sabía por qué. Y sin duda, éste, herido en su orgullo y susceptibilidad, desahogaba en los subordinados el mal humor y quería que ellos le pagaran el pato. El de acá suponía que lo que llevaba a mal traer a Troncoso eran las exigencias de don Remigio, que en sus continuas borracheras y en su carácter de jefe del liberalismo pedregalense, no cesaba de acosarlo con peticiones descabelladas, como la de que concedieran grados militares a los que habían prestado cualquier servicio insignificante al partido y la de que de los fondos del batallón se destinara una buena suma para animar las sesiones de "La democracia", con algunas libaciones.

Quiénes creían que lo que tenía era una rabia y despecho reconcentrados, porque había esperado que al terminar la guerra, le premiarían sus servicios ascendiéndole en el escalafón y colocándolo en algún puesto importante. Y resultaba que, con el mismo grado de antes, lo habían enterrado en aquel pueblucho, sin saberse a qué, mientras otros, de menos méritos y proezas, se paseaban muy campantes por los centros de la nación, disfrutando de los laureles, honores y festejos del triunfo.

Por último, algunos, acercándose más a la realidad, aunque extraviando el camino, pensaban que probablemente el general habría tenido serios disgustos con Temilda o quizá hasta la habría sorprendido en *bundes* con otro. "En las mujeres no se puede uno confiar y mucho menos en esas", agregaban por vía de comentario.

Interrogado el cabo Raigosa, informó que en realidad, habían tenido algunas disputas, pero promovidas por ella, que se quejaba de que el general la tenía casi olvidada, pues rara vez iba a visitarla, y cuando lo hacía, era como a la fuerza, por mero cumplimiento, y se mostraba tan frío, displicente y distraído, que "la

señora" acababa por montar en cólera, se deshacía en denuetos y le prometía hundirle un cuchillo en el corazón o cruzarle la cara de un navajazo a la supuesta vagabunda que ya él tendría en el pueblo y por la cual la despreciaba. Hasta que Troncoso, después de aguantar un poco las bravatas de "la señora", salía dando un violento portazo y la dejaba presa de histéricos ataques, en compañía del cabo seudo marido.

Venturita había luchado en vano por que su madre acatara la resolución tomada por "Las cotorras" acerca de la licitud de abrir las ventanas. Doña Juana alegaba que ellas, por su pobreza, la falta de hombres en la casa y su situación de huéspedes de los temidos jefes rojos, no estaban en las mismas condiciones que aquéllas, que bien podían dejarse ver en el interior de sus hogares, sin que esos hombres tuvieran por ello pretexto alguno para intentar acercarse y entablar relaciones. Pero mostrarse Venturita, para que aquellos facinerosos, validos de que tenían libre entrada a la casa, intentaran algunas de sus fechorías... no, eso era imposible. Bien cantaleitao se lo tenía el padre, que de cualquier cosa que a la hija sucediera, la madre tenía que darle cuenta a Nuestro Señor. Si ni aun ella con lo vieja qu'estaba, y Pacha, a pesar de sus arrugas, carate y pies hinchados, estaban libres de cualquier atentado de aquellos bandidos, según claramente se lo había dicho el padre en la última confesión, ¿cómo pensar siquiera en que una muchacha como Ventura fuese a poder mostrárseles a la pampa y darles ocasión de que la irrespetaran? Si sólo el pensarlo pareciera ya un gran crimen. Indudablemente Venturita estaba loca, cuando se había atrevido a hablar de semejante disparate.

Venturita, contrariada, pero consolándose en parte con el pensamiento de que todavía, a pesar de sus treinta y tantos, era fruta tan apetitosa que había que mantenerla lejos del alcance de las miradas codiciosas de los rozagantes militares, hubo de resignarse a continuar sus observaciones a través de las rendijas de la puerta. Ahora, perdida la esperanza de ser la señora de los pensamientos del capitán, y, por otra parte, convencida, muy a su pesar, de que el teniente Rendón, joven imberbe, también sería para ella "uvas verdes", empezaba a encontrar a Troncoso menos feo y repulsivo que antes. Sobre todo ahora, con ese aire de tristeza, abatimiento, enfermedad, aburrición o lo que fuera, le resultaba hasta interesante y excitaba su compasión. Y Venturita sentía su buen corazón conmovearse, que una ola de ternura la inundaba, que los ojos se le humedecían y que quizá, en un arranque de sublime caridad, sería capaz de llegar hasta el supremo sacrificio de consolar con su amor y su ternura al aborrecido Troncoso.

Éste, después de las averiguaciones aquellas acerca de Laurita, en las cuales tan palpablemente vio que doña Juana no quería informarlo, fuera porque se avergonzase de que la nieta se hubiera presentado tan mal trajeada, o por cualquier otro motivo, resistió durante varios días a la tentación de volver a la carga. Pensaba que guardando silencio, la esquiva señora se convencería de que todo había sido una mera curiosidad, desecharía sus recelos y temores y permitiría a Laurita volver a presentarse tranquilamente en la

casa. Pero los días pasaban sin que esto sucediera y a Troncoso lo invadían un malestar, tristeza y decaimiento, que en vano trataba de ocultar y contra los cuales se revelaba su carácter de hombre luchador y de militar pundonoroso y temible. ¿Cómo era posible —se decía en sus continuos soliloquios, tratando de convencerse a sí mismo— que él, el general Alcides Troncoso, que no se había conmovido ante ningún peligro, que a nadie se había humillado, que tantas flores humanas deshojara, en diversos tiempos y lugares, que no había visto en las mujeres sino un pasajero instrumento de placer, estuviera ahora hecho un idiota, convertido en un majadero, suspirando día y noche, perdidos sueño, gusto y apetito, sólo por una chicuela que tenía más aspecto de sirvienta que de muchacha decente? ¿Sería verdad lo que las gentes ignorantes decían de los supuestos brebajes, mediante los cuales convertíase a una persona en un ente falto de iniciativa, fuerza y voluntad y completamente sujeto a las de otra? ¿Le habría dado la refugada doña Juana alguno de esos brebajes?

Troncoso daba por un momento en su mente albergue a estos ridículos pensamientos; pero pronto rechazábalos como cosa indigna de una persona de su calidad. Y, a despecho de la ira y los propósitos, continuaba pensando: ¿Qué tenía la chicuela aquella digno de atención? Nada... indudablemente nada. Era de porte más distinguido, mucho más hermosa, y llena de atractivos Temilda, no había duda. Y Troncoso empezaba mentalmente un parangón entre “la señora” y Laurita y procuraba, con todos los argumentos y razones posibles, cual si se tratara de acalorada discusión con algún contrincante, de convencerse a sí mismo de que Temilda era muy superior, no sólo a Laurita, sino también a todas las demás muchachas de Pedregales. A pesar de lo cual, no lograba evitar que su mente y su corazón, al detenerse en aquélla, experimentara cierta repugnancia y fastidio, mientras al solo recuerdo de Laurita, inundábase todo su ser en un gozo para él desconocido, que aspiraba lentamente y con fruición, cual si fuera el aroma de una flor hasta entonces ignorada.

Y tal estado de ánimo de Troncoso se acentuaba más en las pocas y cortas visitas que hacía a Temilda, ya atendiendo a sus reclamos, ora buscando en la mercenaria el olvido de la virgen. Pero la triunfante visión lo perseguía con más ímpetu aquí que en todas partes, cual si fuera el ángel bueno o el espectro de un remordimiento. Y así Troncoso, distraído, absorto, con la mirada vaga y el pensamiento muy lejos, despertaba más los celos de Temilda, que acababa por estallar en una crisis de histeria, lo cual le daba a él ocasión para marcharse e ir a pasearse en su aposento, hasta caer rendido de cansancio en el lecho, aunque para seguir en él la lucha con sus pensamientos.

En tanto Laurita, ajena a la borrasca que había desatado en el cerebro y en el corazón del terrible jefe, continuaba su vida de mujer-niña; no pensaba más que en sus quehaceres y tenía aún su muñequero en un rincón de la casa, si bien es verdad que a veces pasábanse muchos días sin asomarse a él. Y, cosa rara,

siempre que se acordaba de las miradas de fulgor extraño de los militares, se ruborizaba, sin comprender por qué; buscaba el espejo, mirábase con detención, arreglábase algún bucle descuidado, frotábase el rostro a la ligera con pastilla de coca de huevo, o a falta de ella, con la cal de la pared; examínabase de pies a cabeza y, al ver sus pies descubiertos, y, no pudiendo pensar en calzado, pues sólo tenía uno bastante viejo para ir a misa, acudía a ponerse, sin medias, los ya abandonados de su mamá o, en último caso, las *arrastraderas* de la misma, con los talones deshilachados en forma de cepillo, y la *capellada* con tamaños huecos, por donde escapábanse uno o varios dedos.

Pero, aparte de estos alardes de mujer, Laurita continuaba siendo una niña y sólo de una manera vaga había comprendido o adivinado la razón de la reprimenda y arañazos de doña Juana aquel día y el porqué de la prohibición absoluta de volver allá y aun de salir a parte ninguna.

Su madre, doña Tránsito, alma humilde, sencilla y bonachona; cuerpo endeble, enfermizo, comido por la anemia tropical y, más que todo, por la miseria fisiológica, había recibido aquel día, sin chistar, el furibundo regaño de doña Juana, que la trató de bruta, bestia, alcagüeta, que no cuidaba a esa saltoncita de Laura y la dejaba andar la calle, como si no supiera que ahora ninguna mujer honrada, y mucho menos las conservadoras, podían dejarse ver.

Doña Juana amenazó con que si Laura volvía a asomar allá las narices o si sabía que andaba callejeando, no se volvería a acordar de ella para nada, pues no quería cooperar en cualquier desgracia que pudiera suceder. Doña Tránsito, de suyo tímida, sumisa y obediente, tembló ante la idea de verse abandonada por su madre e incurrir en su enojo. ¿Qué haría ella sin los buñuelos, envueltos, empanadas y demás comestibles que semanalmente les mandaba, en mayor o menor cantidad, según la venta que hubiera tenido ese domingo? ¿Y sin las telitas y aun calzados y pañolones con que se aparecía después de Semana Santa u otra fiesta importante en la cual había habido mucho movimiento en la fonda? ¿Qué haría sin el apoyo de su madre, cuando el pobre Cornelio, pegado del jornal, no alcanzaba ni aun para lo más urgente? Y más ahora cuando se acercaba Semana Santa, y doña Juana, con la buena clientela que tenía actualmente, debería estar *haciendo nidito*...

Como consecuencia de estas reflexiones, doña Tránsito prometió a su madre tener a Laurita poco menos que emparedada y seguir en todo las órdenes que se le daban.

Como es lógico, todo esto excitaba la juvenil imaginación de la niña. Atando cabos, reconstruyendo trozos de la conversación oída a hurtadillas, relacionando las miradas de los militares con su propio sobresalto y rubor, analizando las bravatas y arañazos de doña Juana, los regaños y advertencias de ésta a doña Tránsito, la prohibición absoluta de salir a la calle, pasar a la casa de enfrente y aun ir a misa los domingos, Laurita acabó por comprender, aunque algo incompletamente, de lo que se trataba. Y, al

despertar de sus sueños de niña, se sintió mujer, tanto más cuanto la naturaleza le había dado ya la primera advertencia.

Y, al sentirse mujer, sacó como natural conclusión que no debía jugar más con muñecas; que a sus pobres vestidos había que soltarles algunas alforzas y agregarles ciertos adornos; que debía cuidar de peinarse bien todas las mañanas y no tiznarse demasiado las manos ni acercarlas mucho al fuego; que no debía dejarse ver a pie limpio, aunque fuera acudiendo a las abandonadas arrastraderas de doña Tránsito; que habría que aprovechar las frecuentes encamadas de ésta, para darse algunas asomaditas a la ventana, teniendo cuidado antes, por supuesto, de quitarse el pañuelo de la cabeza y darse un vistazo en el espejo.

XI

La lucha interior que reñía Troncoso y que le costaba más desazones que todos los combates librados en su vida militar, lo estaba extenuando a tal punto, que ya todos notaban lo desmejorado que se hallaba y le insinuaban la necesidad de hacerse ver de un médico y de pedir una licencia. En lo primero insistía don Remigio; lo segundo aconsejábalo muy comedidamente don Jacinto, cuyo caballo también había perdido mucho, pues si bien el general poco lo usaba, en cambio Temilda hacía casi a diario, tratando así de matar sus ocios e inquietudes. Apoyaba a don Jacinto el jefe de "El sanedrín", que había empezado a cultivar con Troncoso algunas aunque ceremoniosas relaciones y que, so pretexto de interesarse por su salud, buscaba el ver libre a Pedregales del que, según él y copartidarios, era una continua amenaza para sus bienes y aun para la tranquilidad de sus hogares.

Hasta las Cáceres y las Valdeses hallábanse preocupadas por el mal estado de salud del general y a diario le enviaban bebidas de una y otra clase, recetadas y preparadas por doña Celsa.

Pero él, que bien sabía cuál era su mal, hacía caso omiso de los consejos de don Remigio, insinuaciones de don Jacinto y brebajes de doña Celsa, y se pasaba el tiempo haciendo y deshaciendo planes, para ver de entenderse con Laurita y su familia. Si se hubiera tratado de una conquista de otro género, de una pasión criminal, de trajinar por torcidos senderos, nada le hubiera sido tan fácil como satisfacer su capricho. Más de una vez lo había hecho, sin escrúpulo alguno, y aun abusando para ello de las prerrogativas de jefe vencedor. La misma Temilda, perteneciente a muy regular familia de Jordán, era prueba tangible de ello. Pero lo que sentía por Laurita era algo muy distinto, algo nuevo y extraño en su ya larga y azarosa vida. Laurita era para él como una florecita desconocida y delicada, que lo atraía y cautivaba con su belleza y perfume, pero que no se atrevía a profanar, por temor de que perdiera su aroma y sus encantos.

Sentía por la niña lo que nunca había sentido, y su alma ruda, su corazón endurecido de soldado, inundábase en una ternura inusitada, al solo recuerdo de ella. Con ésta ni aun por pienso se le ocurría poder usar de sus recursos y ventajas, para tratar de mancillarla y cometer con ella una acción infame. Quería verla, saciarse en su candor y belleza, hacerla suya, cultivar aquella florecilla que se abría apenas a la vida; pero todo por las vías legales, con el querer de ella y con el asentimiento de los suyos. ¿Cómo lograrlo? Por las palabras evasivas de doña Juana y por la seriedad que había seguido mostrando, por lo esquiva que se mostraba a entablar conversación cada vez que él lo intentaba, comprendía que le habían desagradado sus preguntas de aquel día, que quizás se alarmó con ellas, interpretándolas en mal sentido.

Para Troncoso era esto muy explicable, pues los copartidarios, para hacer méritos con él y exacerbarlo contra los enemigos, le habían contado, corregidas y aumentadas, todas las alharacas hechas en el pueblo, cuando se supo su venida; las resoluciones de sanedrines y cotorras, las calumnias e infamias que contra él se habían propalado. Y como él comprendía que, por desgracia, en cierto modo había confirmado esto, con el disparate de traerse a Temilda, lo cual ahora le pesaba amargamente, admitía que doña Juana no carecía de razón al desconfiar de él y azorarse con las preguntas más inocentes que le dirigiera.

A pesar de todo, necesitaba volver a ver a Laurita, hablarle, hacerse comprender y amar de ella, convencerla a ella y a todos los suyos de que no era la fiera que les habían pintado, que también tenía un corazón capaz de amar santa y dulcemente.

Para lograr lo primero había empezado a asistir a misa, cosa que antes no hacía, y espiaba en vano a la entrada y a la salida, con la mirada fija, la respiración anhelante y el corazón enloquecido. Pero Laurita parecía haberse olvidado por completo del precepto de la misa dominical.

Con toda la táctica de un militar y la malicia de un enamorado, averiguó la humilde morada de Laurita y, so pretexto de hacer ejercicio, dirigía por esos lados sus paseos, después de almorzar y comer, siempre solo, pues se avergonzaba de que alguno pudiera sorprender su secreto. Paseos inútiles, pues la casa permanecía cerrada, y si acaso alguna vez le parecía ver una ventana entreabierta, antes de llegar él cerrábase bruscamente, y no volvía a abrirse en muchos días.

En efecto, Laurita, sorprendida algunas veces en sus incursiones a la ventana por la presencia de Troncoso, y habiendo comprendido que la causa del encierro que le imponían eran los militares, aunque sin sospechar de ninguno en particular, se apresuraba a entrarse, más muerta que viva, ante el temor de que su madre o abuela supieran la imprudencia cometida; y durante algunos días resistía a la tentación de volver a darle algún vistazo a la calle. Al fin, como sucede siempre, la impresión se iba atenuando y volvía a las andanzas, aunque con sobresalto y precauciones.

Troncoso, ante la inutilidad de sus rondas, y convencido de que el único camino para llegar a Laurita sería doña Juana, se decidió a afrontarla. Más de una vez, dejando que los compañeros salieran, pues no quería tener ningún testigo de sus debilidades, dio algunos pasos hacia la cocina o intentó llamarle la atención a la señora, mientras levantaba la mesa. Pero unas veces se le escabullía ella, y otras él, después de haber madurado durante la comida el plan de ataque, salía con cualquier frase indiferente o volvía sobre sus pasos, sintiéndose enredado en las palabras e incapaz de coordinar las ideas e iniciar satisfactoriamente la cuestión.

Hasta que cierto día, favorecido por la casualidad, tuvo una idea luminosa. Doña Juana, atareada en la cocina en algo urgente, o quizá esquivando las confidencias de Troncoso, que en su intuición de mujer y de madre más de una vez había sentido venir, envió a Pacha a levantar la mesa. Los ojos del general se iluminaron al verla, y sin más preámbulos y cual hombre que se arroja al agua, le preguntó:

—Mi señora, ¿por qué no ha vuelto la nietecita de doña Juana?

Los ojos de Pacha brillaron de alegría y codicia, pues, como mujer recorrida, comprendió el buen provecho que podría sacar del general. Mirando recelosa a todos lados, contestó en voz baja:

—¡Qué va a volver, con la calentada que se dio doña Juana aquel día! Si hasta a yo casi me pega y m'iba a echar, porque le dije a usted cómo se llamaba.

—¿Y por qué reprendió doña Juana a Laurita?

—Pues quizque porque s'había dejao ver de ustedes, que son tan malos. ¡Vieja hipócrita y fanática qu'es! Podía agradecer que ende que ustedes tan comiendo aquí, ta ella consiguiendo hasta plata — remató Pacha, deseosa de hacer méritos con el general.

Éste quedó pensativo. Pacha salió con un carro de trastos, pero dejando de intento algunos, para tener pretexto de volver.

—¿Y usted tampoco ve a la muchachita? —dijo aquél apenas Pacha volvió.

—Yo sí... toítos los días —replicó ella haciendo sonar los cubiertos, a fin de que el oído alerta de doña Juana no fuera a advertir la conversación—. Como allá pilan todo el maíz, pa lograrse la aguamasa pa engordar marranos, tengo que ir a traelo, porqu'ella quizque ya es una señorita y no puede venir aquí.

—¿Usted quisiera hacerme un favor, Pacha?

—liiiii... a quién con más gusto —dijo ella, siguiendo con ávidos ojos la mano del general, que buscaba en el bolsillo una moneda.

—Vea esto, para que compre cualquier cosita.

—Mi Dios se lo pague, miamo... Y así dicen que ustedes quizque son malos y no tienen caridá con los probes... ¿Y qu'es lo que quiere que yo l'ihaga?

—A la tarde le digo. Todavía no he pensado bien. Por ahora, que doña Juana no sepa que hemos hablado.

—Ni bamba. ¿Aónde me daba el agua a yo...? A como les gusta humillar al probe...

Todo el mediodía estuvo Troncoso resolviendo el arduo problema de cómo utilizar los servicios de Pacha. No le habría preocupado tanto la solución de un delicado asunto militar o la disposición de una batalla. Escribió más de diez tarjetas dirigidas a Laurita, y una a una acabó por destruirlas todas. No, no le debía escribir. ¿Qué habría de decirle a esa criaturita tierna y delicada, él, enseñado sólo a tratar gentes bruscas y mundanas? Cualquier cosa que le escribiera, le parecería a ella una barbaridad.

Pensó en enviarle un regalo, y al efecto, recorrió las principales tiendas y compró varios objetos, que los vendedores dieron por sabido estaban destinados a Temilda. Pero cuando a solas en su aposento se dio a resolver cuál de aquellos objetos sería más apropiado para Laurita, o si debería enviárselos todos a la vez, no logró decidirse, y, al fin, enfadado consigo mismo, los tiró a un rincón, reconociendo que sería un disparate enviarle obsequios a una niña a quien sólo había visto una vez y que, indudablemente, al recibirlos, correría a contarle el caso a su mamá.

Tuvo una idea que al principio le pareció luminosa: enviarle a Laurita únicamente una razón, con saludes y súplicas de que se volviera a dejar ver en casa de doña Juana o no cerrara las ventanas de la suya, cuando él se acercase. Después de un rato de acariciar esta idea la halló ridícula e indigna de todo un general de la república.

La hora de la comida lo sorprendió sin haber resuelto nada; y cuando Pacha, aprovechando la primera oportunidad, le preguntó:

—A ver, pues, qu'es lo que le va a mandar a decir a Laurita, que agora mesmo voy p'allá —él, furioso consigo mismo, por su falta de iniciativa, replicó malhumorado:

—¡Nada...! En fin, dígame lo que usted quiera... que yo pregunto mucho por ella... o cualquier otra bobada... pero como cosa suya nada más, no en nombre mío...

Y diciendo esto, Troncoso salió alterado, con las orejas encendidas y reprochándose interiormente su cortedad y cobardía, que así lo ponía en ridículo delante de una sirvienta.

Venturita, que había visto las escenas, pero sin lograr oír nada, estaba intrigada. ¿Qué significaban esas familiaridades de Troncoso con la vieja Pacha? Él, tan vinagre y serrote hasta con los compañeros, resultaba ahora hablando en mucha intimidad y secreto con esa vieja. ¿Tendría razón su madre cuando le aseguraba que esos hombres no respetaban mujer ninguna y que ni la misma Pacha estaba libre de ellos? ¡Imposible que una vieja carateja tuviera también algún atractivo nada menos que para el mismo general, por muy horrible y miedoso que él fuera! Y entonces ¿por qué hablaban como en tanto secreto? ¡Ah! ¡qué idea!

¿Sería ella, Venturita, el objeto de aquellas conversaciones? ¿Estarian tramando entre los dos algo en su contra? Esa pareja era muy capaz de cualquier cosa.

Y Venturita trataba de alarmarse, pero no lograba sentir ese horror que juzgaba de su deber experimentar ante la perspectiva de un posible atentado de Troncoso. Y continuaba aferrándose a su idea. Indudablemente, aunque ella no se dejaba ver de los militares en la casa, no podían ignorar que allí habitaba, pues, naturalmente, deberían de haberla visto varias veces, cuando salía. No podía Venturita admitir por un momento que su figura aristocrática y sus formas rebosantes de vida no hubieran atraído las miradas de los arrogantes militares. Y daba por cierto que el mismo general se había prendado de ella y lo que lo tenía de mal humor era el encierro en que vivía, lo cual no le permitía verla y hablarle a su sabor. Y esos serían los secretos con Pacha, tramando el modo de acercársele.

Poca importancia había dado Venturita a los aspavientos de su madre cuando Troncoso la interrogó acerca de Laurita. Aunque en un principio llegó a sentir cierto recelo y escozor, muy pronto se convenció de que no era posible que un hombre como el general, ya de tanta experiencia, con algunas canas en pelo y barba, hubiera podido pensar en una chicuela como Laurita, en esa mocosita, como ella la llamaba. No, a él lo que le convenía era una mujer de más edad, no vieja, por supuesto, pero sí de alguna experiencia, muy funda-mentosa, y en suma, mujer de hogar.

¿Qué le habría dicho a Pacha? Tenía que averiguarlo, pero de cierto modo, con mucho disimulo, y haciéndose la desentendida, para que la vieja no fuera a suponer nada. Y, sobre todo, urgía advertirle a ésta la mayor reserva, no fuera a soltar algo delante de su madre, que sería capaz de encerrarla bajo siete llaves o mandarla quién sabe para dónde.

Pacha cumplió del mejor modo posible la comisión de Troncoso. Mientras Laurita le entregaba el maíz pilado, fue deslizado con maña frases insidiosas.

—¡María Santísima, niña! Qué trabajo tan duro el que tenemos ahora, con ese gentío de gente comiendo allá.

Laurita nada dijo. Pacha siguió:

—Por supuesto que plata también dejan... Porque más cumplidos en el pago qu'esos blancos, tampoco los hay.

Laurita continuaba transportando entre sus manos diminutos puñados de maíz del pilón a la batea que había llevado Pacha.

—Y jormales como ellos solos... Vea que pa topalos más cuartos y caballeros hay que buscalos con una vela.

Laurita se agachó a recoger algunos granos, que durante el transporte habían caído al suelo. Y aprovechaba esta labor para evitar que Pacha notara que estaba *tupida*. Las palabras de ésta le habían traído a la memoria las miradas incendiarias de los militares.

—Hasta el caricortao, que tenía tanta fama de maluco, resulta qu'es una plata. Más prudente y jornal no se topa.

Laurita, terminada la faena, se lavaba las blancas y pulidas manos en el agua no muy limpia de una coyabra. Pacha, con la batea de maíz sostenida en la cintura por el brazo puesto en jarras, hizo ademán de salir. Pero luego, volviéndose de la puerta, se acercó a Laurita y le dijo en voz baja:

—Bueno, Laurita, ¿y vusté por qué no se ha güelto a asomar puallá? Si viera qué tanta jalta nos ha hecho.

Laurita, que había estado soplando el fogón, se volvió restregándose los ojos, molestados por el humo.

—¿Qué decía, Pacha?

—Qué vusté por qué no ha güelto a asomar puallá las narices. Parece que l'hubiéramos agujao los perros gu cerrao la puerta.

—Acaso es culpa mía... Es que no me dejan salir. Me tienen aquí encerrada.

—¿Y por qué no la dejan salir? Vusté acaso l'iha roboo a naide ni matao algún cristiano, pa que la tengan presa, quini rea.

—Son cosas de mi mamá y mi mamita. ¡Son tan trabajosas!

—Ajá. Esa sí ta mejor. Porqu'ellas son un par de viejas, que viven la una metida en la cocina y la otra en la cama llena d'íachaques, quieren que vusté, que ta muchacha y bonita, tamién s'esclavite. Maliente ocurrencia. No sia boba, Laurita. El muchacho es muchacho. Y a las viejas no se les puede hacer mucho caso. Dese puallá sus asomaitas.

—¡Qué tal! Hasta me mataban.

—Y si juera a yo no más que m'iha hecho jalta —dijo Pacha, bajando más la voz y mirando cautelosamente a todas partes—. Si es qu'ihasta los militares preguntan mucho por vusté.

Laurita se sobresaltó y un vivo rubor coloreó sus mejillas. Su incipiente vanidad femenina sentíase halagada con el pensamiento de que ya hubiese hombres jóvenes y buenos mozos que preguntaran por ella. No obstante protestó, aparentando disgusto o indiferencia:

—¿Por qué van a preguntar por mí, si ni me conocen?

—Aténgase que no la conocen. Váyase con ese manto a misa. Ende aquel día que la vieron entrar con el maíz, no hacen más que mentala. ¿Y a que no adivina cuál es el que más la mienta?

—¿Cuál? —interrogó Laurita, casi inconscientemente, llevada de la natural curiosidad.

—¡Casi nadie... el general... don Troncoso!

—¡Ese viejo! —dijo Laurita tratando de bromear, pero seria y desagradablemente impresionada.

—Pues ya lo ve. Y tampoco es que te tan viejo. Y ta güete y bobo por vusté. Ese día que tuvo allá, s'iaventó a la cocina a preguntale a doña Juana quién era vusté, cómo se llamaba y otro poco de cosas que n'oió bien. Y vive: Laurita por aquí, Laurita por allá. Lo que le digo, niña: ta más enamoraó qu'iuun palomo azul.

Laurita quedó en silencio y pensativa. Pacha consideró bien cumplida su misión y legalmente ganada la moneda de Troncoso.

—Adiós, niña Laurita. Me voy que me pañó la noche.

—Pacha, ¡por Dios! —dijo Laurita sollozando— No le vaya a contar nada a mi mamá ni a mi mamita, que yo soy la que pago el pato. Me oprimen más y no me dejan ni probar Semana Santa.

—No tenga cuidao, niña, que a yo pa guardar un secreto me llaman la güérfana. Me callaré mi boca.

XII

Agitado además fue aquella noche el sueño de Laurita. Tardó mucho tiempo en conciliarlo, pues las palabras de Pacha le zumbaban en los oídos, martillábanle en el cerebro y le oprimían su corazón juvenil, con una mezcla de alegría y sobresalto. Ahora comprendía del todo el alcance de los últimos sucesos de su corta vida; y la tenue gasa de inocencia que aún velaba sus ojos de niña, caía hecha jirones ante las rachas de la triste realidad. ¡Con que los militares, y sobre todo ese malvado Troncoso, la habían mirado, no como a una niña, sino como a toda una mujer y habían seguido preguntando por ella! ¡Ah descaraos! Bien estaba ella que en esas miradas que le clavaron, en el brillo extraño de esos ojos, había algo raro que entonces, aun sin comprenderlo, la hizo ruborizar, y ahora, en la soledad de su alcoba y en las tinieblas de la noche, le encendía las orejas. Con razón su mamita la había regañado y prohibido volver allá. Con razón la tenían encerrada, como si fuera monja. La culpa era de esos hombres. ¡Ah aborrecidos, descaraos! Pero no era ni gracia: Rojos y herejes habían de ser, para que vivieran de todos modos haciéndoles mal a los cristianos y molestando a las mujeres.

Y ese viejo caricortao, dizque preguntar por ella. Parecía bobo. Cuando podía ser hasta padre suyo. ¿Por qué no preguntaría más bien por su tía Ventura? Esa sí estaba buena para él. Pero ni riesgo tampoco de que mamita la dejara casarse con él. ¡Con un rojo... y más con ese tan malo! ¡Jesús, María y José! ¡Pobre Venturita! Hasta pecado sería pensarlo.

Si su mamá o mamita llegaban a saber con las que le había salido Pacha, no la dejaban lograr Semana Santa. Y tanto tiempo que llevaba de estar echando en la alcancía el producto de las franjas y chorizos que fabricaba, bregando a ajustar siquiera con qué comprar un vestidito de fulilla para el viernes santo. Y ya la alcancía estaba alquilo pesada. Pero para qué, si tal vez ni Semana Santa habría. Los rojos no la dejarían hacer. Ese aborrecido de Troncoso, que había venido a Pedregales a dañales la vida a todos. Sería el diablo el que lo había traído.

Laurita se esforzaba por sentir en su tierno corazón ese odio inmenso que los suyos profesaban a los rojos y, en especial, al malvado Troncoso. Y aunque en verdad creía detestarlo, no obstante quedaba en su corazón un rinconcito, en el cual brillaba una chispa de agradecimiento e indulgencia para con él. A fuer de hembra, no podía dejar de sentir alguna simpatía por el hombre que, por muy detestable que fuera, le rendía tributo de admiración y se tomaba el trabajo de preguntar por ella.

Ahora se explicaba Laurita por qué a Troncoso le había dado por pasar todos los días cerca de su casa y por qué ella, al verlo a la distancia, sentía un calofrío de terror y cerraba inmediatamente la ventana. Y al recordar ese aire de tristeza y abatimiento que le había visto, aunque a la ligera, y esa constancia en volver todos los días, y las palabras de Pacha, en las cuales lo pintaba como locamente enamorado e impaciente por verla, la chispa de simpatía se acrecentaba repentinamente y de los labios de Laurita se escapaba, casi inconscientemente, un ¡pobrecito!

Mas esto era sólo un relámpago, que pronto se extinguía; y Laurita, arrepentida, cual si acabara de cometer un gran crimen, volvía a esforzarse por experimentar todo el horror, la repugnancia, el odio, que le habían enseñado, con palabras y ejemplos, hacia todo lo que llevara siquiera el nombre de liberal, y, principalmente, hacia el hombre a quien, en un momento de emoción, acababa de llamar ¡pobrecito!

Al fin Laurita logró dormirse, pero pronto despertó sobresaltada, presa de horrible pesadilla. Acababa de soñar que Troncoso penetraba por la ventana, asesinaba a todos los suyos, y así, con las manos chorreando sangre, se llegaba hasta ella, la estrechaba entre sus brazos, y, a pesar de la resistencia, se la llevaba, mientras en un rincón Pacha se reía estrepitosamente, mostrando sus enormes colmillos ahumados.

Encendió la vela de sebo que tenía lista para la madrugada, lo cual hizo que su madre, que había oído algo de los gritos entrecortados que diera antes de despertarse, le preguntara desde la cama:

—¿Qué tiene, Laurita? ¿Está enferma? ¿O fue que le dio alguna pesadilla? Sería que no regó harta agua bendita o que s'iacostó pal lao del corazón.

Laurita, presa todavía del pánico, dijo algunas palabras tranquilizadoras, fue a inspeccionar si la ventana tenía la aldaba bien apretada, inundó almohadas y lecho con agua bendita, de la que tenía en una

pila de yeso a la cabecera de su cama, se santiguó varias veces, rezó de rodillas el Magnificat y el Credo y al fin se resolvió a apagar la vela.

A poco volvió a dormirse y a soñar. Pero ahora el sueño era más agradable. Ella era toda una mujer. Se había desarrollado y heroseado mucho, de tal modo que por doquiera que pasaba, levantaba un murmullo de admiración. Le llovían los pretendientes, y ella, aunque no quería ser coqueta, no podía menos de corresponderle a cada uno sus atenciones y galanteos, siquiera con alguna sonrisa. ¿Cómo iba a ser ingrata con los que tanto la querían, le mandaban saludes con Pacha y preguntaban por ella? ¡Pobrecitos! Al fin se enamoraba de un forastero, un militar muy buen mozo, muchacho y rico. En la casa se oponían, porque dizque era rojo, hereje y corrompido. Pero ella estaba segura de que tenía muy buen corazón y que lograría hacerlo confesar, ir a misa y rezar el Magnificat.

Y llegaba el día del matrimonio. Se veía resplandeciente de dicha, lujo y hermosura, entrar a la iglesia, acompañada de muchas amigas, que envidiaban su felicidad. Bajaba el padre Contreras y empezaba a leer en un libro. Ella casi no lo oía, por prestar atención a los comentarios de la concurrencia:

—¡Qué vestido tan lindo...!

—Lo compró con la plata de la alcancía.

—Ello no, que se lo regaló el novio.

—Mentiras, que fue doña Juana con toda la plata que ganó en Semana Santa.

—Pero ¿cómo está de jullera, no?

—Yo no me casaba con forastero, pa no tener que dejar la familia, ¡ah perezal!

—Y con militar, ni riesgo. Cuando menos se piensa, hay otra guerra y se tiene que ir.

—Y enseñaos a tratar la gente a gritos y a palo. ¡Ah miedo!

El padre Contreras, alzando la voz, preguntó:

—Señorita Laura, queréis al señor Alcides Troncoso por vuestro legítimo...

—¿Que qué? —preguntó a su vez Laurita, volviendo de su arrobamiento.

—Que si queréis al general Troncoso por vuestro legítimo esposo y marido...

Laurita enmudeció de espanto y alzó los ojos desorbitados, para mirar al novio que tenía al lado y que esperaba ansioso la respuesta. Y vio con horror que, por arte de encantamiento, el joven buen mozo, elegante y querido, se había cambiado en el detestable Troncoso, con aquella gran señal en la cara, con su color cobrizo, que denunciaba el cercano ascendiente indígena, con sus ojos pequeños y un tanto oblicuos y con aquellas canas saltonas en pelo y barba.

Laurita dio un grito de espanto y despertó de nuevo. Ya casi al amanecer volvió a dormirse. Y tornó a soñar. Era una hermosa mañana. Jirones de neblina, desprendiéndose de las que envolvían las crestas de los

montes, rodaban por la falda, desgarrábanse la veste vaporosa en picos y troncos, tornaban a juntarse, cual rotos escuadrones que se rehacen, fundíanse con otros, hasta formar una compacta masa, y, de improviso, una racha los dispersaba de nuevo e iban unos a reposar en la hondonada y otros esfumábanse en el ambiente ya templado por los primeros rayos del sol, que envuelto aún en las néveas gasas del amanecer coronaba las cimas del oriente.

Laurita andaba por un camino a campo raso, en muy buena cabalgadura y con todos los arreos nuevitos. Delante de ella iba un hombre, cuyo rostro aún no había podido ver. De los árboles que bordeaban el sendero brotaban gorjeos, trinos delicados, melopeas, arrullos, ecos de triunfo, cánticos de vida. Pero a veces le parecía que, contrastando con aquellas notas placenteras, resonaba a sus espaldas el graznido estridente de los cuervos, el eco lúgubre del búho y otras aves agoreras y las quejas gemebundas de la tórtola que, según creencia popular, llora a los que murieron o están en la última agonía: "Que se fue, que se fue; que se va, que se va".

La senda estaba florecida, cual festín de primavera. A la orilla del camino disputábanse la preeminencia de aromas y colores, la rosa, sultana de los jardines; el clavel, enrojecido cual la sangre; las azucenas, símbolo de pureza; los lirios erguidos en su tallo; las violetas, que se ocultan, seguras de que su perfume no las dejará pasar inadvertidas; los novios y pensamientos, que viven orgullosos de sus nombres. Y, sobresaliendo entre todas las blancuras y perfumes, esmaltando el sendero de alburas invioladas, una lluvia constante de azahares, que derramaban los naranjos y limoneros. Y, de improviso, soplaban un viento huracanado, abatía las flores que se mustiaban en su tallo; esparcía lejos, muy lejos, el manto de azahares; y el camino quedaba convertido en campo yermo. Y, entre tanto, de la copa reseca de un árbol fulminado por la tempestad, se desprendía una enorme mariposa negra, que revoloteaba al rededor de Laurita y luego se posaba en su frente, velándole casi completamente los ojos con las velludas alas. Y desde el tronco del árbol desolado seguía la tórtola entonando su cántico doliente: "Que se va, que se va; que se fue, que se fue".

Laurita tenía la sensación de que se dirigía a un lugar distante y desconocido; y en medio de todas las emociones que iba experimentando, lo que más preocupada la tenía era que no había podido ver la cara del hombre que iba adelante, pues aunque ella azotaba con furia su cabalgadura y ésta daba saltos formidables, la distancia que la separaba del compañero era siempre la misma.

Un torrente bajaba a grandes saltos por las rocas, formaba cascadas diminutas, en las cuales los rayos del sol fingían miríficos mosaicos y ricas pedrerías, y luego se precipitaba en una concavidad abierta por las mismas aguas en el terreno del llano. Laurita vio con espanto surgir de aquel pozo las cabezas ensangrentadas del padre Contreras, de doña Juana, don Cornelio y doña Tránsito. Quiso llamarlos, pero la voz enmudeció en su garganta, en tanto que las cabezas volvían a sumergirse en el remolino de las aguas.

Quiso interrogar al hombre que iba delante, pero antes que lo hiciera, él, como si adivinara su pensamiento, dijo con voz ronca, sin volver el rostro:

—No querían que me amaras y pagaron con la cabeza.

Laurita lanzó un sollozo, al cual hizo inmediatamente dúo el canto de la tórtola: “Que se va, que se va; que se fue, que se fue”. Y, entre tanto, la mariposa seguía pegada a su frente, velándole los ojos y abanicándola con sus alas frías y velludas.

Llegaron a una altura, donde Laurita sintió el hálito de la tierra fría. Los sietecueros esparcidos por doquiera y en toda la plenitud de florecencia, formaban por sí solos un jardín, cual no lo había visto hasta entonces ella en parte alguna. Mirlas, sinsontes y turpiales parecían darle la bienvenida con gorjeos y cantos melodiosos. El césped, esmaltado por pétalos de sietecueros, que mostraban toda la gama de matices y colores, parecía invitarla a descansar. Detuvo la cabalgadura y esperó que el compañero hiciera otro tanto. Pero él, sin volverse, gritó: ¡Adelante! ¡De frente! ¡Marchen!

Y como respondiendo a esta orden, del fondo del bosque de sietecueros salió el lamento de la tórtola: “Que se fue, que se fue; que se va, que se va.”

Laurita tuvo un movimiento de rebeldía y quiso al menos, antes de seguir adelante, mirar una vez siquiera al pueblo donde había nacido y que aquella mañana abandonara para siempre. Pero el hombre, que adivinaba todos sus pensamientos, le gritó:

—Nada hay que ver: No dejé ni piedra sobre piedra. Me odiaban, me despreciaban, me calumniaban, y recibieron su merecido. ¡Adelante! ¡Marchen!

Y siguieron andando. Laurita llevaba el pecho oprimido por la angustia; quería llorar, pero no lograba arrancar una lágrima a sus ojos. Los sollozos la ahogaban, pero tampoco podía hallarles salida, pues todos morían en su garganta. Ya no llevaba la mariposa negra posada en la frente, no tenía los ojos semivelados, sino que, por el contrario, una luz fatigante la deslumbraba y en el punto donde antes se posó la mariposa, sentía un ardor extraño.

De repente sonaron algunos disparos, acompañados de gritos de entusiasmo, vivas, cantos de victoria. El caballo en que iba Laurita se encabritó, enderezó las orejas, quiso lanzarse a galope; más el hombre le gritó:

—¡Quieto, Capitán! Son los nuestros que nos saludan.

El caballo pareció entender, dio un relincho y siguió a paso medurado. Los gritos, detonaciones y algazara aumentaban a cada momento y se oían cada vez más cercanos. A pesar del ruido, a Laurita le parecía escuchar a sus espaldas las notas plañideras de la tórtola: “Que se va, que se va; que se fue, que se fue”.

Llegaron a una explanada, donde ondeaban las banderas, todas rojas, chorreando sangre y llenas de agujeros y desgarrones. El batallón estaba en orden de parada. Brillaban al sol de la mañana las bayonetas, fusiles, lanzas y espadas. Los soldados tenían todos aspecto siniestro y repugnante. En medio de ellos estaba Pacha, que se reía, enseñando sus enormes colmillos ahumados. Al llegar ellos, los tambores y trompetas llenaron los contornos de guerreros ecos y de todos los pechos brotó un solo grito: "¡Viva el general Troncoso! ¡Viva Laurita! ¡Viva la generala!" Un grupo de oficiales se adelantó a recibirlos, y Laurita, paralizada por el terror, reconoció en ellos a los que comían en casa de su abuela. Troncoso los abrazó a todos, luego echó pie a tierra, se acercó a Laurita y la cogió en su brazos para bajarla del caballo. Ella quiso resistirse, hizo un esfuerzo supremo para desprenderse de aquellos brazos que la estrechaban, intentó gritar... y sentose en la cama.

Todavía en las penumbras y semi inconsciencia del despertar, creyó oír los redobles del tambor, el eco de las trompetas, los gritos y algazara. ¿Seguiría soñando? No; en la calle resonaba algo. En efecto, era el batallón que desfilaba, siguiendo el féretro de un soldado que había muerto la víspera. Una gallina, acosada por la necesidad de expulsar algo que le estorbaba, revolvía con ímpetu un cajón de ropa, tratando de improvisarse un nido, en tanto que acompañaba la faena con un cacareo ensordecedor. Un rayo de sol que se filtraba por la ventana caía sobre la almohada en donde poco antes reposaba la cabeza de Laurita. Ese rayo era la luz deslumbradora y el ardor en la frente que sintiera en el sueño. Los gritos ensordecedores habían sido el cacareo de la gallina y las llamadas de doña Tránsito, al ver que ya era de día y Laurita no se levantaba. Y los brazos que la estrechaban, para desmontarla, los de la misma que, viendo que los gritos eran inútiles, había acudido envuelta en la cobija y la rebuía de un lado para otro, tratando de despertarla.

XII

Venturita, aferrada a su idea de que probablemente Troncoso y Pacha habían estado hablando algo relacionado con ella, aprovechó la primera oportunidad para sondear a la fámula. Doña Juana, por ser viernes de Cuaresma, había robado una media hora a sus muchas ocupaciones, para ir al templo a hacer el Viacrucis. Además, quería aprovechar la salida para consultarle al padre un caso de conciencia que la tenía muy intranquila. Se trataba de saber si, obligando en aquellos días la abstinencia de carnes, ella no cooperaría en el pecado, dándosela a los comensales.

El padre le resolvió la duda diciéndole que eso era asunto de la conciencia de cada cual; pero que, para que ella no cooperara y estuviera tranquila, les advirtiera oportunamente los días de abstinencia. Si no hacían caso, allá se los hubiera a ellos.

Apenas doña Juana salió para la iglesia, Venturita se puso en dos saltos en la cocina.

—Ole Pacha —dijo festiva—, me vine p'acá, a conversar con vos un rato. Me aburro tanto allá metida sola...

—¿Quién la manda tase allá encerrada quini monja? Salga onde la vea la gente, que naide se la va a comer.

—Si es que mi mamá no me deja. Si por mí fuera... Yo no tengo vocación de monja.

—Eso mesmo digo yo: que vusté con esos ojos y ese trozo de cuerpo que tiene, no está güena sino pa casada.

Venturita recibió con gusto la flor. Aunque fuera de labios de Pacha, la alabanza le sonaba gratamente a los oídos y le acariciaba el corazón.

—¿Con quién se va uno a casar aquí, si no hay de qué hacer un caldo? A como son los muchachos d'iaquí de bobos y perezosos...

—Antonces manque sea con un forastero. Pero asina encerrada sí no tiene riesgo de conseguir novio. ¿Cómo la van a ir a buscar ellos puallá enterrada bajo la cama?

Venturita se estremeció de júbilo y sobresalto. Las palabras de Pacha parecían indicar claramente sus intenciones de hacerle comprender que debía mostrarse a los militares. Ni aun iba a necesitar ella preguntarle nada. Pacha diría todo. Mejor. Convenía hacerse la desentendida. Pero Pacha guardó silencio y siguió absorbida en sus ocupaciones. Venturita no pudo contenerse y decidió espolearla.

—La culpa la tienen estos rojos malucos, que vinieron aquí a poner a uno en trabajos. Si no fuera por ellos, podía uno estar pasiendo, visitando a las amigas y charlando con todo mundo, como antes. ¡Ah aborrecidos!

—Ellos caso tienen cachos, pa que vivan vustedes con sus jilatiquerías y escondidijos. Más caballeros no los hay. Son argullos y escrúpulos de vusté y su mama.

—Vos como que será que también sos roja, y por eso los defendés tanto.

—¿Las mujeres pa qué vamos a tener partido? Si n'uhemos dir a peliar, ¿pa qué nos metemos en esas inguandías? Pero la verdá hay que decila. Ya ve a este don Troncoso, como es de callao y jormal. Y acuérdesese todas las alharacas qu'hicieron vustedes, cuando iba a venir, quizque porque secaba hasta la yerba onde pisaba. ¿A quién s'iha comido? ¿Qué cristiano ha matao? ¿Qué s'iha robao? Hasta en misa l'uhe visto. Es pa que vea que no son sino cizañas y cismatiquerías de vustedes.

Venturita la oía en silencio y en extremo complacida. Había llegado el momento culminante. Esperó atenta y ansiosa que Pacha siguiera haciendo la apología de Troncoso, lo cual estaba Venturita segura de que no tenía otro objeto que prevenirla a ella, para que recibiera al menos pacientemente las declaraciones y recados de aquél. Pero Pacha, que a Venturita le parecía estaba complaciéndose en aplazar la parte más importante de la conversación, guardó silencio durante un rato. A Venturita la devoraba la impaciencia y no pudo menos de estallar:

—Vos lo que parece es qu'estuvieras pautada con él, quién sabe pa qué.

—¿Que qué niña? ¡Jesús, María y José! —exclamó Pacha sobresaltada.

Ventura lo comprendió y se lanzó más a fondo.

—Sí, no lo negués, qu'el tal Troncoso te tiene sonsacada. Por ai los he visto en muchos secreteos, apenas mi mamá se descuida.

—¡Ave María, niña, por Dios! No alevante falsos testimonios —protestó Pacha, que ya se veía descubierta y temblaba por las propinas que dejaría de cogerle al general.

Venturita, animada por el aire de confusión de Pacha, continuó en tono de juez inexorable:

—Sí Pacha: es qu'entre cielo y tierra no hay nada oculto. Usted ha estado esta semana en muchos secreteos con ese hombre. Yo los vi.

Pacha reaccionó un poco. ¿Cómo era posible que Ventura los hubiera visto, hallándose encerrada en su cuarto?

—No invente calurnias, niña, qu'eso es pecao. Y vusté tan virtosa, no debe hacer eso. ¿Cómo se pone a decir que m'ha visto conversando con ese señor, tando vusté encerrada a toítas horas?

Venturita se mordió los labios. Estaba cogida en sus propias redes y si insistía por ese camino, corría el peligro de que se descubriera el espionaje que había venido haciendo. Resolvió, pues, cambiar de táctica y jugar el todo por el todo.

—Pacha —dijo acercándosele y después de cerciorarse de que doña Juana no llegaba todavía—, todo eso que t'he dicho, ha sido por charlar. ¡Qué voy a saber yo nada de esa gente! Lo que sí es cierto es que vivo muy aburrida encerrada. Y más te digo —aquí Venturita bajó la voz y trató de ruborizarse—: no creo que esos señores sean tan malos como dicen. Es que la gente es muy exagerada y más mi mamá. Decime, francamente, Pacha ¿vos si creés que me sucediera algo porqu'ellos me vieran?

—¡Qué l'iba a suceder! Cuando más s'encapricharía alguno de vusté. Mejor. ¿Harta gana no tiene, pues, de casase? —dijo Pacha, con su brusquedad de persona ignorante.

A Venturita le sentó tan bien la suposición que hizo caso omiso de la segunda parte.

—¿Y ellos sí sabrán que yo vivo aquí? —preguntó, dejándose llevar de su entusiasmo.

—¡Puff! ¿Acaso es ánima de l'otra vida ni bruja vagamunda, pa que no l'haigan visto cada que sale?

—¿Pero no me mientan pa nada, no cierto? —dijo ansiosa Venturita, no pudiendo ya contenerse.

Pacha tardó en responder. Con su instinto de mujer, aunque humilde e ignorante, comprendía lo que pasaba en el interior de la poco resignada solterona. Y, por afinidad y simpatía de sexo, la compadecía. No se resolvió, pues, a quitarle toda ilusión. Además, quizá Venturita fuera otra fuente de entradas a su bolsillo, si sabía manejar bien el asunto. Dijo, haciéndose la reservada:

—No, niña, yo no le cuento nada. Vusté lo que quiere es meterme en un cabuyero y hacer que doña Juana hasta m'eché diaquí. Es mejor callame mi boca...

—No, Pachita, contame —suplicó Venturita, acercándose y poniéndole las manos en los mugrientos hombros—. Yo no le digo nada a mi mamá... Antes te defiendo cuando ella s'enoje... Y no te dejo echar... y te ayudo a que te suba el sueldo... ¡Contame, Pachita, contame!

Venturita se hallaba en un estado de excitación y de apasionamiento alarmante. Toda la sangre le había fluido a la cabeza, chispeaba en los oscuros ojos, amenazaba romper la piel de las mejillas, agitaba violentamente las alas de nariz, estremecía con nervioso temblor los voluptuosos labios, y hacía resonar roncamente la respiración, como de bestia en celo. Se hallaba en el cuarto de hora de que hablan algunos, en esos quince minutos durante los cuales, según ellos, cualquier mujer es capaz de cometer los mayores disparates.

Pacha se alarmó ante esto y ya se arrepentía de lo dicho. Pero no encontraba cómo salir del paso. Dijo, para ganar tiempo:

—Asómese primero, que no vaya a venir su mama.

Venturita corrió a la puerta de la calle, la atrancó bien, para mayor seguridad, y pronto estuvo de vuelta, ya un tanto calmada.

—A ver, pues, Pachita, contame.

—¿Y qu'es lo que vusté quiere que le cuente, niña? —dijo Pacha sin mostrar afán.

—Pues usted sabrá qué era lo que me iba a contar —replicó Venturita confusa.

—¿Pero de qué era que tábamos hablando? Ya nian m'íacuerdo...

—Pues de esos hombres... de los militares —apuntó Venturita exasperada, pues le parecía oír que daban fuertes golpes en la puerta de la calle.

—¡Ah! sí... pes yo l'único que le digo es que me parecen muy jormales y prudentes.

—Eso ya lo había dicho. ¿Qué más?

Los golpes resonaban en la puerta, cada vez más fuertes.

—Pes ¿qué más va ser? Oiga, niña, por Dios, cómo su mama ta quebrando la puerta. Hay qu'ir a abrile.

—¡Que la quiebre! No sea tan maluca, Pacha. ¿No me dijo que me iba a contar un poco de cosas de Troncoso?

—¡Verdá! ¡Es que ah memoria la mía! Ya no sirvo pa nada. Pes don Troncoso como qu'está muy enjerme...

Los golpes sonaban ahora más cercanos. Doña Juana, cansada de tocar en la puerta de la calle y no queriendo llamar a Venturita por la ventana, en atención a la clausura, había dado la vuelta y golpeaba la puerta falsa, con toda la furia de beata que llega hambrienta del templo.

—¿Enfermo no más? —gritó Venturita roja de ira y despecho— ¡Ojalá se muera ligero!

Pacha la miró con sus ojos maliciosos de antigua hetaira y sonrió compasiva.

—Pero me parece qu'es del corazón... Hasta será que lo enyerbaron.

El rostro de Venturita se iluminó con nuevos destellos de esperanza. Doña Juana gritaba furibunda, mientras golpeaba violentamente la puerta falsa con una piedra:

—¡Paaacha! ¡Paaaaacha! Ábrame la puerta. ¿Esta negra sería que se murió?

—Hasta tumba la casa —dijo Pacha saliendo a la puerta de la cocina—. Hay que abrile... Pues sí, niña —agregó casi al oído de Venturita—, don Troncoso parece hasta enamora. No hace más que suspirar y conversar solo. Ayer l'oi diciendo: "Quién la pudiera ver, quién la pudiera ver".

Pacha fue a abrir. Venturita corrió a su cuarto, se metió bajo la cobija y aparentó estar completamente dormida. Doña Juana entró hecha una fiera.

—¿Ónde estaba usted, Pacha? ¡Maliente mujer tan sorda! Me cansé de tocar la puerta de la calle y nadie me oyó. Creí que se había muerto. A ver, a la carrera, un chocolatico, que le vengo entregando el alma a mi Criador. Hasta me parece que me va a dar una maluquera. En la puerta casi me aicento, del l'hambre y la impaciencia. ¡Que fatiga tan grande! ¿Y Venturita que sería que no mi'oyó? —exclamó de repente doña Juana sobresaltada, poniéndose en pie. ¿Se iría p'alguna parte? Voy a asomame a la carrerita.

—Tómese primero el cacao.

—Yo voy a ver qu'es de Venturita.

—En l'untualito la oi puallá voltiando. No se le dé nada.

—¿Y vos ónd'estabas, en últimas? —preguntó doña Juana ya más calmada con los primeros sorbos de chocolate— Creía que te habías muerto. ¿Ónd'estabas?

—¿Ónd'iba a tar? Aquí en mis oficios.

—¿Y entonces por qué n'oíste, cuando casi quiebro la puerta?

—Como soy tan sorda... Y más hoy que teng'un dolor cefálico gu nurálgico, que no me deja ni ver.

—No te pongás a freír tuavía la carne pa la comida.

—¿Por qué? Ya ta tardísimo.

—Porque como hoy es vigilia, hay qu'esperar a ver si esos hombres la guardan. Hasta bobada me parece deciles... Pero, en fin, yo cumplo.

—¿Y ya no la comieron al almuerzo?

—Pero era que yo no había hablao con el padre todavía.

Llegaron los comensales. Doña Juana, hecha un lío y con la lengua pegada al paladar, se plantó en la puerta del comedor. No sabía cómo mencionar lo de la vigilia. Al fin, haciendo un esfuerzo supremo, impulsada por el imperativo de su conciencia, se atrevió a murmurar:

—Yo que tenía que deciles una cosa...

—A sus órdenes, doña Juana —dijeron varias voces, seguros de que se trataba, como otras veces, de pedirles algún anticipo, para gastos urgentes.

—Es que como estamos en Cuaresma... y hoy es vigilia... y no se puede comer carne... yo quería saber si la van a guardar, pa serviles otra cosa...

Los oficiales se miraron sonrientes y burlones. No se les había ocurrido pensar que la señora les saliera con aquella pregunta. Ella, toda azorada, esperaba la respuesta y disimulaba su turbación arreglando los cubiertos.

—Traiga carne —dijo uno.

—El cielo no es Cartagena, para tomarlo por hambre —agregó otro, echándoselas de gracioso.

Doña Juana hizo un gesto de indignación. Troncoso nada había dicho. Una idea luminosa acababa de herir su cerebro. Sabía el acendrado catolicismo de la señora, como también que ella era la primera fortaleza que había que tomar, para llegar a Laurita. ¿Qué le costaba complacerla en cosa tan fácil? Así como así su inapetencia era tanta que casi todos los platos quedaban intactos, ¿qué cosa más sencilla que guardar una vigilia? Quizá los compañeros lo echaran a broma, calificaran su proceder de cobardía, lo interpretaran en cualquier sentido. ¿Qué le importaba? Él era el superior y, además, dueño de hacer lo que le diera la gana. Dijo, pues, muy tranquilamente:

—A mí sírvame huevos nada más...

Los oficiales se miraron, esta vez no sonrientes y burlones, sino intrigados y sorprendidos. El rostro de doña Juana se iluminó con un destello de alegría y grato asombro. Creyendo haber oído mal, preguntó ansiosa:

—¿Qué me dijo, general?

—Que no me sirva carne, sino huevos —replicó Troncoso con voz firme.

—Está muy bien, general —replicó doña Juana muy sonreída. Y salió del comedor, lanzando antes una mirada fulminante a los oficiales, que habían enmudecido.

—¿Qué decís, Pacha?—exclamó doña Juana alborozada— El general va a guardar la vigilia. Esto parece un milagro de Nuestro Señor. Fue que pedí tanto ahora en las estaciones por la conversión de los pecadores. Pero no creí que mi Dios m'ioyera tan ligero. Hay que preparale al general unos güevos bien sabrosos. Date ligero, pa que no lo demoremos.

—Es pa que vea, mi señora, qu'es lo que yo le digo, que n'ues tan bravo el lión como lo pintan. Si ese blanco es muy buen cristiano. Es que la gente es muy amiga de alevantar calurnias.

—Y esos otros descomulgaos, que lo qu'hicieron fue reirse y decir quizque el Cielo n'ues Cartagena pa ganalo con hambre. Que se vayan con ese manto a misa. Que jarten carne a una y dos, que en el infierno se les volverá plomo derretido.

—N'uhay que desiales mal a los cristianos, doña Juana.

—Si es que me da tanta injuria que no sigan el buen ejemplo del otro. Allá se los haiga. Yo ya cumplí. Cuidao vas a dejar quemar los güevos del general. ¡Ah bueno si tuviéramos tiempo de conseguir sardinas! Pero ya será pa la otra vez.

Doña Juana, apenas despachada la comida, corrió a buscar a Venturita para hacerla partícipe de su regocijo. Ni se acordó de preguntarle por qué había encontrado trancada la puerta de la calle y no se la abrieron oportunamente. Venturita, a su vez, no necesitando ya alegar fiebre o sueño, se mostró muy complacida con la grata nueva. No porque diera gran importancia al hecho en sí, ni porque su celo por la gloria de Dios y bien de las almas fuera tan acendrado como el de su madre, ni porque creyera que el caso se debía a las oraciones de la misma, sino porque comprendía que esto era un paso hacia su libertad, y, además, porque se imaginaba que Troncoso obraba así, para ganarse la confianza de doña Juana y acercarse a ella.

Entre las tres mujeres se encargaron de divulgar por el pueblo el suceso que, comentado, corregido y aumentado, voló de boca en boca. Muchos dieron por cierta la conversión definitiva de Troncoso. Llovieron sobre doña Juana las felicitaciones —no muy sinceras por cierto, y tocadas de cierta envidia— por el triunfo obtenido con sus oraciones y consejos. Sin embargo, hubo quien insinuara —y éste fue don Jacinto— que no todo era obra de doña Juana, sino que él, en sus relaciones íntimas con el general, que muchos conservadores le censuraban, había preparado el terreno, no sólo para esto, sino para algo de mayor importancia y trascendencia. Y al decir esto, don Jacinto sonreíase complacido, hacía cierto expresivo gesto,

con el cual quería dar a entender que estaba empeñado en conquistar a Troncoso para que cambiara de ideas políticas.

Troncoso acababa de ganar una batalla, mucho más importante y de mayor trascendencia en su vida que todas las que había librado durante su ya larga carrera militar. Y todo por un hecho que pudiera llamarse insignificante. Las cosas pequeñas, los detalles nimios, las sutilezas, han de decidir muchas veces de la suerte de un hombre o de una nación entera. Bien se justifica aquello de que por un clavo se perdió una herradura, por una herradura un caballo, por un caballo un jinete, por un jinete una orden a tiempo, por una orden una batalla, por una batalla un reino. En síntesis, por un clavo se perdió un reino. Es como el desquite y protesta de los pequeños, por el deprecio con que solemos tratarlos. Nada más temible para el hombre que esos millones de seres microscópicos que no podemos siquiera ver, y que por todas partes nos invaden y asedian. El hilo de agua diminuto que se infiltra en la tierra, sin que nadie pare mientes en ello, socava lentamente el terreno y, cuando menos se espera, produce un hundimiento. La chispa que el viento arranca de un cigarro, sin que el fumador se percate siquiera, ha sido muchas veces causa de pavoroso incendio. La picadura de insectos despreciables infiltra al hombre los gérmenes de la muerte. Y, a la inversa, la fea y repugnante larva teje la seda que ha de lucir luego sus galas sobre el cuerpo de beldades opulentas; en el molusco asido a las musgosas rocas cuajan las perlas soberanas; en la entraña de abruptas e ignoradas peñas, fulguran el oro, rubíes y diamantes.

Así en la vida de Troncoso un nimio detalle iba a tener inmensa trascendencia. Y don Jacinto también lo aprovechaba en su favor, pues doña Segunda volvía a dirigirle la palabra, y muchos copartidarios desconfiados veían en él al apóstol convencido que, aunque por caminos que les parecieran sospechosos, estaba laborando más que nadie en pro de la *buena causa*.

XIV

El tiroteo de miradas entre Sepúlveda y Elisa se había convertido en batalla formal. Desde que ésta, en la reunión de "Las cotorras", propuso e hizo aceptar, que no debían seguirse asfixiando en sus aposentos a ventana cerrada, las suyas permanecían ampliamente abiertas durante el día y parte de la noche. Bien es verdad que, no por temor a las censuras de las compañeras, que nada le importaban, pues estaba segura de que, por su posición y dinero, podría imponérselas, pero sí por respeto a don Miguel, no se atrevía a mostrarse mucho en la ventana ni menos a sentarse allí. Ni falta hacía. Sepúlveda, que ya en las salidas a misa se había dado cuenta de que los ojos de Elisa lo asaeteaban, al ver abrirse las ventanas de par en par,

comprendió que ya era dueño de la situación. Pero como don Miguel no faltaba de la tienda contigua a la casa, ni Elisa se mostraba en la ventana, hubo de pasar todo el tiempo disponible en la tienda de don Remigio, desde la cual veía cómodamente a aquella que, aparentemente entregada a labores de mano, le disparaba a mansalva los rayos de sus ojos, mientras a compás del vaivén de la silla mecedora iba tejiendo en su imaginación los rientes sueños de mujer enamorada.

Cada vez que en el zaguán resonaban los ferrados zapatos de don Miguel, ella, con mañosidad de felino, dejaba su asiento y ocupaba otro, desde el cual nada sospechoso se veía. Don Miguel entraba pausadamente, daba algunos pasos por la sala, sentábase en la silla que acababa de abandonar Elisa y dirigía miradas inquisidoras a la tienda de don Remigio, donde Sepúlveda, al tanto ya de las maniobras de su novia, charlaba y se reía estrepitosamente, dando la espalda a la ventana, cual si ésta nada le importara. Sin embargo, don Miguel, a fuer de zorro viejo, y padre celoso e intransigente, estaba malicioso. Cierta día, sentándose en la silla, sin pasearse antes, y notándola caliente, preguntó a quemarropa:

—¿Esta silla por qué está caliente? ¿Quién estaba en ella?

—¿Quién iba a estar? Sería el sol que la calentó —replicó Elisa sin inmutarse—. Y luego se inclinó sobre la tambora, fingiendo querer desatar con los dientes un nudo del hilo.

Don Miguel guardó silencio, pero la explicación no le satisfizo, tanto más cuando el sol únicamente por la tarde penetraba algo por la ventana, y era apenas mediodía. Elisa, por su parte, optó en adelante por trasladarse con silla y todo a un rincón, a la primera alarma, lo cual no hizo sino confirmar las sospechas de don Miguel que, redoblando la vigilancia, no tardó en convencerse del *entable*. Y entonces, su furia no tuvo límites: grito, zapateó, amenazó a Elisa con darle una buena monda, trájole a la memoria la que por otra muy distinta causa le propinara, echó pestes contra Sepúlveda y todos los compañeros, cerró estrepitosamente puertas y ventanas, prohibió terminantemente abrirlas, habló de un próximo viaje a la finca, donde permanecerían hasta que todos esos facinerosos desocuparan el pueblo, le negó en adelante el saludo a Sepúlveda y evitó, aunque con algún disimulo, volver a tener con Troncoso y los otros oficiales, conversación alguna.

Elisa protestó de su inocencia, lloró desesperadamente, dijo que todo eran suposiciones de don Miguel o cuentos de ese viejo *voltiarepas* de don Jacinto, suplicó a su padre no se la llevara a la finca sin esperar siquiera la Semana Santa y prometió solemnemente no dejarse ver de nadie y, si era preciso, no salir ni a misa. No obstante, siguió aprovechando toda oportunidad para entreabrir siquiera un postigo, brindarle una mirada a Sepúlveda, que, triste y contrariado, vivía en acecho, y volver a cerrar a la menor alarma.

Contra sus desconfiadas suposiciones, el viejo Jacinto, a quien ella tachaba de sopero y picón, que se metía en lo que no le importaba, fue su mejor aliado. Él, que no quería desperdiciar ninguna ocasión de hacer

méritos con los vencedores, todo en pro de la *buena causa*, según lo aseguraba a los suyos, desde que notó las pretensiones de Sepúlveda y la correspondencia de Elisa, se propuso hacerles alto, a escondidas por supuesto de don Miguel. Se constituyó en *candelero* como vulgarmente se dice, y cada vez que el capitán estaba en la tienda de don Remigio, allí había también de hallarse él, hablando hasta por los codos, ensalzando hasta las nubes las cualidades de las muchachas de Pedregales, mencionando a cada paso, como sin intención, la cuantiosa fortuna de don Miguel, que iría a parar enterita a manos del afortunado mortal que se llevara ese trozo de Elisa.

—Y aunque no fuera por eso —decía dirigiéndose a don Remigio, viendo que el capitán poco cuidado le prestaba, por estar en acecho, con la mirada fija y el corazón anhelante, esperando que Elisa entreabriera el postigo—. ¿Qué dice don Remigio? Aunque el papá no tuviera mucha plata... ¿qué más plata qu'ella, no? ¡Jju'el diablo! Si yo estuviera muchacho...

Don Jacinto relamíase el flácido labio, sobre el cual pendían, en lamentable desorden, algunos pelos dispersos de su escaso bigote.

Don Remigio no participaba de sus entusiasmos. No podía olvidar lo maltrecho que lo dejaron las cotorriles poesías, ni su intransigencia política le permitía mirar con buenos ojos que los jefes liberales anduvieran enamorando a las conservadoras. Aunque imaginaba que no pasarían de meros galanteos, parecía una injusticia e ingratitud para con las rojas, que tan patriotas se habían mostrado y tantos sacrificios hicieron para atender y obsequiar al batallón. Y resultaba que sólo Lola Cáceres había inventado novio entre ellos, pues los demás, haciendo caso omiso de las otras rojitas, andaban rondando a las godas. Si hasta el Secretario, sacado de la nada por él, estaba ya, según se decía, arrastrándole el ala a Berta, la cotorra a quien él más aborrecía. Esto era una infamia que no se podía tolerar.

Cada vez que Sepúlveda llegaba a la tienda, don Remigio fruncía el ceño, y aunque no se atrevía a decir nada, en atención a la categoría del capitán, estaba sobre ascuas. A veces trataba de consolarse con que todo eran novelorías de forastero y que, además, se explicaba por aquello de que lo prohibido tienta. Y como las liberales no vivían con moños, aspavientos ni encierros, los oficiales poco caso les hacían, y, en cambio, estaban bobos persiguiendo a las enconventadas.

Como la cosa no pasara de allí, no había mucho perdido. Todo se reduciría a rabietas y despechos de las Cáceres y Valdeses y a que Elisa y compañeras se volvieran más orgullosas y se hicieran *de mialma*, viéndose preferidas. ¿Pero si de pronto Sepúlveda o algún otro se enamoraba de veras y se casaba con una goda? Esa sí sería la última. Por lo menos si no se voltiaba él, la descendencia era *godarria* segura. Bien lo sabía por propia experiencia. Siendo él más rojo que Obando, su mujer le había sacado las hijas ultragodas. Por fortuna no había tenido hijos varones, pues en ese caso sí se había puesto la cosa maluca. Las mujeres,

¡qué diablos!, que fueran lo que les diese la gana. Para lo que servían, lo mismo era. Y ya siquiera las tenía, unas casadas y otras muertas. Pero los hijos hombres, caso de haberlos tenido, sí no habría consentido en que su mujer se los godificara. Ni por todos los diablos. Pero muchos no tenían esa firmeza de carácter suya y si se casaban con godas, les sacaban la prole ídem. Y esto era que no los voltieran también a ellos.

Ante la perspectiva, aunque lejana, de que el ya escaso liberalismo de Pedregales se redujera aún más, por el capricho de los oficiales de Troncoso, poníase don Remigio fuera de sí. A duras penas lograba contenerse delante de Sepúlveda, para no soltar una barrabasada.

Por éste y otros motivos, el entusiasmo que don Remigio y demás copartidarios de ambos sexos sintieron a la llegada del batallón, se había enfriado bastante. Y aun llegaban a desear en su interior que fuera trasladado a otra parte. Algunos empezaban a quejarse, *soto voce*, de que Troncoso respetara tan poco a la sociedad de Pedregales, que no se le diera nada tener la concubina traída de Jordán, públicamente alojada y bien alimentada por su cuenta. Y no era bastante a menguar el escándalo, el que se supiera que el general ya casi no la visitaba y que ella, furiosa por esto, hablaba frecuentemente de volverse a su tierra.

No podía, pues, don Remigio participar del entusiasmo de don Jacinto por el noviazgo de Elisa y el capitán. Así fue que a la pregunta de aquél se hizo el desentendido y se contentó con echarse al cuerpo un trago triple, sin duda para calmar la desazón que ello le causaba.

Don Jacinto, viendo la mala cara de don Remigio, desistió de la empresa de contagiarle su entusiasmo.

—¡Salió el sol! —exclamó más alborozado que si él fuera el novio, viendo que Elisa entreabría el postigo, y, desde la penumbra, dardeaba al capitán.

—Sí... pero para volverse a eclipsar —replicó él—. Es como el sol de invierno.

En efecto, el postigo había vuelto a cerrarse.

—Pero con esa mirada que le clavó, tiene pa todo el día. No sea angurrioso, capitán.

Éste no contestó y quedó meditabundo y visiblemente contrariado. Desde hacía dos días tenía lo intranquilo esa conducta de Elisa, que sólo a hurtadillas y con mucho rato de intervalos, brindábale algunas rápidas miradas. ¿Qué ocurriría?

No tardó mucho en sospecharlo. Don Miguel salió de la tienda, recorrió la acera con las manos en los bolsillos del pantalón, pasó un poco más allá de la ventana que hacía un instante cerrara Elisa, y regresó al punto de partida. Al llegar de nuevo a la puerta de la tienda tosió estrepitosamente, arrancó de la garganta algo que le estorbaba y lanzolo con ímpetu a la plaza. Luego, mientras se limpiaba la boca con el pañuelo, miró por encima de los anteojos a la tienda de don Remigio.

El capitán, embebido en sus pensamientos, no se dio cuenta exacta de los movimientos de don Miguel. En cambio don Jacinto, más conocedor del terreno, creyó comprender lo que pasaba. Estaba claro que la

excursión de don Miguel no había tenido otro objeto que avizorar la ventana. Y esa tos, ese modo de expectorar y aventar a la distancia, bien los conocía él; eran habituales en el gamonal, cuando contra su voluntad hallábase cerca a un enemigo o persona que le chocara.

—¿La muchacha como que l'está haciendo moños? —dijo en voz baja al capitán.

—Sí, don Jacinto —replicó aquél, ansiando desahogar en él su pena—. Desde antier ha cambiado tanto que no sé qué hacer o pensar. Y lo malo es que la quiero más qu'el diablo.

—Pasito —aconsejó don Jacinto, más temeroso de que oyera estas confidencias don Remigio que don Miguel—. “Hazte desdeñosa y serás querida”, dicen las mujeres. Eso es haciéndose de mialma, yo apuesto. Por ai estará por un rotico, asomándose a ver qué cara hace usted porqu'ella cerró. Es que las mujeres son el diablo.

—Peor, digo yo. Si no fuera por ellas, el diablo se quedaría sin oficio.

Don Miguel repitió el paseo por la acera y luego sentose a leer, en la puerta de la tienda. Pero sólo leía en apariencia, pues no hacía más que mirar por encima del libro a don Jacinto y al capitán. Éste, que no apartaba la vista de la cerrada ventana, no se dio cuenta de ello. Pero don Jacinto lo advirtió. Levantose, pidió a don Remigio una caja de fósforos, y mientras encendía el tabaco, hizo señas a Sepúlveda para que se acercara. Llevolo a un rincón y le dijo muy seriamente:

—Ya sé qué es lo que pasa. No le eche la culpa a Elisita.

—¿Entonces a quién?

—Hombre, no sea cándido —replicó don Jacinto, dándole al mismo tiempo al capitán cariñosas palmadas en el hombro—. Bien dicen que los enamoraos son ciegos. ¿No ve, hombre de Dios, que don Miguel se lo está queriendo comer con los ojos y que a cada momento se levanta como azogao y se asoma a ver si Elisita está en la ventana?

—Pero sí él ha sido muy amigo mío...

—Ello sí *igo*. Así supe... De dientes p'afuera. Yo lo conozco más que usted. Quién lo crió. Es capaz hasta de hacela meter a un convento, si ve que le tiene a usted siquiera un poquito de voluntá.

—¡Eso sí que no lo tolero! —gritó el capitán súbitamente encolerizado y llevándose inconscientemente la mano al puño de la espada.

—Déjese de bravezas, capitán, que más daña la cosa. Recíbame el consejo, que yo tengo más experiencia que usted. El que no recibe consejo no llega a viejo.

—¿Y qué es lo que quiere que yo haga? Por mi palabra de militar que me caso con ella por sobre todo el mundo.

—Cálmese, hombre, cálmese, que con nojase nada saca. Vea, usted sabe que soy amigo suyo y que puede contar conmigo en todo. Hágase el desentendido; bregue a no dejase ver mucho por este lao, que yo haré lo posible pa arreglale eso.

—¿Pero cómo?

—Yo sabré. Déjeme a mí. Yo tengo mucha espuela pa esas cosas —replicó don Jacinto con aire de suficiencia.

En tanto don Remigio, que había alcanzado a oír algo de la conversación, especialmente cuando el capitán alzó la voz, se acomodaba entre pecho y espalda otro doble, para acallar la ira que lo dominaba.

XV

La Semana Santa se venía encima. Los pedregalenses, y especialmente el bello sexo, “estaban en mil aguas” como ellos decían. Y el motivo era muy claro: no sabían si el padre Contreras se resolvería a celebrarla, dadas las actuales circunstancias. Y aun en caso de que él se decidiera, quedaba por saber si Troncoso toleraría aquellas públicas manifestaciones de religiosidad. Hasta las Cáceres y las Valdeses abrigaban sus dudas a este respecto, sin que bastara a desvanecérselas el tan llevado y traído asunto de las vigiliias que guardaba el general.

En cuanto a las conservadoras, el grupo de beatas y rezagadas que capitaneaban doña Segunda y la sacristana, eran de unánime opinión que no se debía hacer Semana Santa, sino que cada cual se contentara en esos días con meditar en la Pasión y Muerte de Nuestro Señor y hacer las estaciones en la iglesia o en su propia casa. Y la razón que daban para ello era que sin duda la soldadesca de Troncoso, caso de que éste no estorbara las ceremonias, se aprovecharía de las procesiones, sermones y demás funciones muy concurridas, para hacer de las suyas, cometer abusos, dar escándalos e introducir el desorden en todo. Y esto era suponiendo lo mejor. Pues muy fácil era que el Viernes Santo, para burlarse de los creyentes, crucificaran un marrano, como se sabía, de manera positiva, lo habían hecho los rojos en otras partes. No, mejor era no celebrar Semana Santa, para no exponer a Nuestro Señor a los ultrajes de los herejes.

El grupo de “Las cotorras”, capitaneado por Elisa, Berta y Venturita, no era de la misma opinión. Venturita alegaba que la celebración de la Semana Santa sería la mejor ocasión para convencerse de si en realidad Troncoso y los suyos eran tan malos como se había creído y si deberían ellas seguir huyéndoles como el diablo a la cruz. Y repetía una y cien veces, como argumento decisivo en defensa de los temidos

rojos, que Troncoso los días de vigilia no comía carne y que hasta le parecía que ayunaba con disimulo, pues dejaba intacto casi todo lo que le servían.

Elisa, por su parte, estaba en todo de acuerdo con Venturita y agregaba, en un arranque de heroísmo, que aunque no creía que nada sucediera, si por desgracia aquella gente cometía algún desafuero, nada mejor que padecer y aun morir en los mismos días en que celebrábase la Pasión del Señor.

Y Berta, claro está, convenía con ambas, y para no quedarse atrás en heroísmo, entusiasmo y abnegación, manifestaba que ya que su espléndida cabelle-ra no había servido ni serviría para ahorcar rojos, tenía mucho gusto en ofrendar parte de ella, para que engalanaran la vetusta imagen de la Magdalena.

Lo que ninguna de las tres confesaba era que su deseo de que celebraran la Semana Santa no era por meditar en nada, sino para poder, con este pretexto, romper definitivamente el encierro y aislamiento y coquetear y aun hablar a sus anchas con Sepúlveda, Troncoso y el Secretario.

Y, entre tanto, el Domingo de Ramos se acercaba y las damas pedregalenses no sabían aún si proceder o no a prevenir los *estrenes*. Las liberales, pretextando que no querían pasar por beatas, lambeladrillos, guardaban un silencio olímpico. Que las godas, que eran las del partido de la Virgen, las contempladas del cura, vieran si querían sonsacarlo para que les hiciera Semana Santa. En verdad, las Cáceres y las Valdeses temían que si las del bando opuesto salían en plena luz, la derrota de las rojas en asuntos novieriles sería definitiva. Y por eso guardaban reserva, en espera de los acontecimientos.

“Las cotorras” no pudieron contenerse más y cuando apenas faltaban dos semanas para la Santa, se apersonaron en la sacristía, apenas el padre, terminada la misa dominguera, apuraba beatíficamente su chocolate. La disputa que trabó la cotorril diputación con la sacristana, que se hallaba doblando y guardando los ornamentos, fue algo sólo comparable a las diarias guachafitas de nuestro Congreso y demás cuerpos colegiados. Sostenía la sacristana que no debía hacerse ninguna Semana Santa, para no exponer a Nuestro Señor a nuevos ultrajes de parte de los rojos y a todas las profanaciones de coqueteos, charlas, conversaciones y desórdenes de las descocadas e imprudentes.

Y, al decir esto, la sacristana fulminaba con sus ojos marchitos de cincuentona a las diputadas, especialmente a Elisa, a la cual no perdonaba su belleza ni el que hubiera sido la primera en introducir el desorden en el gremio, descarándose a abrir las ventanas y, ¡oh escándalo! correspondiéndole miradas a un rojo hereje, según ya susurrábase en el pueblo.

“La cotorras”, por boca de Elisa, aconsejaban al padre Contreras que hiciese Semana Santa, para pedirle a Nuestro Señor el remedio de tantos males como había traído el inesperado triunfo de los rojos; que si no se atrevía, por escasez de fondos, ella (Elisa) le ofrecía desde ahora contribuir con una buena suma. Y que si Jacobita (la sacristana) por sus achaques y edad (aquí recalca Elisa con femenil delectación), no

podía atender a todo lo del templo, ellas tenían mucho gusto en ayudarlo a arreglar los altares, y desde ahora se comprometían a hacerse cargo del Monumento y de la Cena.

El padre Contreras, cogido entre aquellos dos fuegos, no pudo terminar en paz su desayuno; y para cortar aquella femenina disputa, que se agriaba por momentos, no embargante que todas las contendoras acababan de comulgar, abandonó la sacristía apresuradamente, habiendo antes dado vagas esperanzas de pensar el asunto.

Sin embargo, en atención a Elisa, que era como decir don Miguel, reunió aquella noche en su casa "El sanedrín", para conferenciar sobre el delicado problema. Don Jacinto no fue invitado, pero como olió algo de lo que había de tratarse, fue de los primeros en concurrir. Naturalmente el primero en hablar fue don Miguel. Era enemigo de la tal Semana Santa, que no serviría sino para desórdenes y escándalos. Además, mucho temía que Troncoso y su batallón, a pesar de la papeleda que habían estado haciendo, yendo hasta a misa, salieran de pronto con una de las suyas. Vaca ladrona no olvida el portillo. Que se acordara el padre Contreras de aquel papel que habían leído juntos, durante la guerra, en el cual se contaba con lujo de detalles la crucifixión de un marrano, hecha un Viernes Santo por los rojos, no se acordaba dónde. Y como olivos y aceitunos...

Y mientras esto decía don Miguel, pensaba que allá estaría ese canalla de Sepúlveda aprovechando su ausencia para tratar de engatusar a su muchacha.

El padre Contreras, ante los decisivos y sesudos argumentos de don Miguel, tembló, no tanto por los pretendidos desmanes de los rojos, cuanto por el de incurrir en el desagrado del gamonal. Y formó *in pectore* la inquebrantable resolución de no celebrar Semana Santa. Parecíale extraño, sí, que hubiese tal divergencia de opiniones entre padre e hija, pues al par que ésta ofrecía ayudar con su dinero y persona para las festividades, aquél se oponía rotundamente, fundado en hipotéticos temores. ¿Cuál de los dos tendría razón? Al padre le parecía en su fuero interno que quizá era más laudable la conducta de la hija; pero, por sobre todo, estaba la incontrastable autoridad de don Miguel. Imposible desatenderlo.

Don Jacinto, después de mucho pensar y repensar, se atrevió a tomar la palabra. Previas muchas protestas de que no quería contradecir a su amigo don Miguel, se permitía opinar, en su humilde concepto, que debía aprovecharse la Semana Santa, para salir de una vez de dudas acerca de las intenciones de los rojos. Además —y este era el argumento aquiles de don Jacinto— bien sabían todos el milagro que Dios había empezado a hacer en la conversión de Troncoso, que ya era hombre que guardaba las vigiliyas y aun ayunaba, según lo sabía de manera positiva, por su comadre Juana y Venturita. ¿Qué mejor ocasión que la Semana Santa, para saber si era una verdadera conversión o mera papeleda, quién sabe con qué fin? Él no quería contradecir a su amigo don Miguel (aquí don Jacinto se inclinaba, brindando al mismo tiempo al

contendor servil sonrisa); pero, en favor de la *buena causa*, por la conversión de los pecadores y la honra y gloria de Dios, se permitía exponer sus opiniones, según su humilde concepto.

Don Miguel replicó. Él se reía de las ilusiones de don Jacinto, acerca de la supuesta conversión de Troncoso. Rojo no la hacía limpia. Él no creía en bondades de nadie y de Troncoso mucho menos. ¿Que no comía carne? Estaría rancia y por eso la dejaba. O sería que como vivía borracho, según él lo sabía de fuente fidedigna, su sirvienta, nada menos, llegaba a la fonda irritado y se contentaba con un caldo de huevos. O también —y esto lo decía con perdón del padre y por hallarse entre hombres ya viejos— que como tenía otra casa adónde ir a comer y pasar las perras, cuando llegaba a la fonda ya estaba jarto.

También era casi seguro que lo de las vigiliass fuesen meras invenciones de doña Juana y de la hija. Bien las conocían todos, como eran de fafaracheras. Y por hacerse ellas las catequistas y llamar la atención, estaban queriéndolos hacer comulgar con ruedas de molino. A él no lo engatusaban con sus bobadas. Ver y creer y para no errar, tocar, como decía Santo Tomás.

Ante semejante andanada, don Jacinto no tuvo más remedio que guardar silencio. Y como era lógico esperarlo, los otros miembros del “El sanedrín” estuvieron en todo de acuerdo con don Miguel. Y quedó decidido que no habría Semana Santa.

Pero don Jacinto, que sospechaba la verdadera causa de la conducta de don Miguel, y, por otra parte, no estaba resignado con la derrota, contó a Sepúlveda todo lo ocurrido y le manifestó que, al no haber Semana Santa, se perdería la única ocasión de adelantar un poco en sus pretensiones, pues sabía, de manera positiva, que muy pronto don Miguel y su hija se irían para una de las fincas y “ojos que te vuelvan a ver”.

Sepúlveda se desesperó y trataba en vano, de acuerdo con don Jacinto, de hallar un medio de hacer anular la terrible resolución de “El sanedrín”. Al fin don Jacinto, después de mucho meditar, opinó, en su humilde concepto, que quizá el único medio sería que Troncoso en persona, como por espontáneo movimiento, fuera a hacerle una visita al padre Contreras, lo excitara a celebrar la Semana Santa, le ofreciera amplias garantías, y, si era posible, una buena ayuda pecuniaria, para gastos de la festividad. Así los temores de don Miguel y todos sus argumentos quedarían sin valor ninguno. Y aunque el padre respetara y temiera mucho a éste, indudablemente temería más al general y no se atrevería a desatenderle.

Sepúlveda aceptó el plan de don Jacinto. Es verdad que con ello se exponía, si hallaba de mal humor a Troncoso, a que lo despidiera con cajas destempladas cuando él le saliera con aquella propuesta. Pero estaba de por medio su inmenso amor a Elisa y se creía capaz de arrostrarlo todo por ella.

Troncoso recibió con enigmática sonrisa las insinuaciones que timidamente le hizo el capitán, sin manifestarle, claro está, que la idea partía de don Jacinto, ni que el mismo capitán tuviera particular interés

en el asunto. El general se había dado cuenta del magnífico efecto producido en doña Juana por su abstinencia de carnes, pues ya la señora tratábalo con deferencia y hasta con cariño. Además, Pacha le había asegurado que al referirle ella el suceso a Laurita, ésta había exclamado muy gozosa:

—¿Guardó la vigilia? ¡Ah querido!

Estas palabras de Laurita, que a Troncoso, a fuer de enamorado, no se le ocurría pudieran ser mera invención de Pacha para sacarle una buena propina, continuaban sonándole cual grata melodía en los oídos y a su compás danzaba el corazón un aire hasta entonces para él desconocido. Con razón, pues, recibió placentero la idea de Sepúlveda. Indudablemente ese era el camino para llegar a Laurita. Y si podía recorrerlo sin faltar a sus deberes de hombre y de soldado, ni rebajar su carácter de militar pundonoroso, ¿por qué no hacerlo? Podía él quizá conseguir que todas las prevenciones en contra suya se desvanecieran; que las vallas de prejuicios que lo separaban de la amada quedaran destruidas; que ella, libre de encierros y satisfecha con él, se dejara ver, galantear y quizá, ¿por qué no?, corresponder a su verdadero y desinteresado amor. ¿Y había de perder la oportunidad que se le presentaba para hacer tal vez avances en el camino de su felicidad? No; sería cosa que habría de pesarle toda la vida. Ciertamente don Remigio y demás copartidarios, algunos de sus oficiales y quizá hasta las Cáceres, mirarían con malos ojos que él anduviese en paliques y componendas con el sacerdote. ¿Pero qué le importaba a él todo Pedregales, ante la perspectiva de ganar el corazón de Laurita y poder verla y hablarle libremente? Y aunque los copartidarios pedregalenses le censurasen esta conducta, ¿no le aplaudiría el jefe del Estado que, sin faltar en nada a sus deberes y órdenes recibidas, contribuyera a su modo a calmar los ánimos todavía exaltados de los vencidos y llevara la paz a las conciencias de los católicos y ultraconservadores pedregalenses? Verdad que a él nada le importaba la Semana Santa, ni había de pensar en confesarse, cosa olvidada desde niño, ni iría a dar ejemplo de compunción y recogimiento en sermones, ceremonias y procesiones. Pero sí le convenía todo aquello, en pro de su grande amor y quizá también de la causa liberal.

Aquella tarde, después de comer, Troncoso, en vez de emprender el acostumbrado paseo por la calle de Laurita, se dirigió a la casa cural. Su entrada en ella puso en conmoción a todos los pedregalenses que lo vieron o les fue contada inmediatamente la sensacional noticia. Fue algo así como si un fluido eléctrico hubiera recorrido instantáneamente todos los corazones y cerebros. Gráficamente hubiera podido expresarse este momento psicológico de Pedregales, encerrando un pueblo en una interrogación gigante. En efecto, todos los que vieron o supieron el suceso, formularon con pensamientos, gestos o palabras, una o muchas interrogaciones. Don Remigio hizo un gesto de contrariedad y desagrado, que parecía decir: ¿Esto qué es? ¿Se estará voltiando de veras? ¿Se irá a vender? Don Miguel miró por encima de los anteojos, sonose estrepitosamente y pareció pensar: ¿Otra papelada? ¿Serán tramas de Jacinto? ¿O será que está tan

borracho que no sabe ni lo que hace? Sepúlveda lanzó un suspiro de alivio y esperanza, que podía significar: ¿Se pondrán de acuerdo? ¿Habrà Semana Santa? ¿Qué dirà don Miguel? Venturita, que últimamente había vuelto a utilizar el agujero de la ventana que daba a la plaza, para seguir desde él todos los movimientos de Troncoso, pues ya no le bastaban los ratos que pasaba contemplándolo durante las comidas, al verlo entrar en la casa cural sintió ensanchársele el pecho y se preguntó a sí misma: ¿Irá a hablar con el padre, para que aconseje a mi mamá que no se oponga a que nos casemos? Don Jacinto sonrió satisfecho y triunfal, miró de reojo a la tienda de don Miguel, como si preguntara: ¿Qué opinas, amigo? ¿Te quedarás con las piernas lavadas? Elisa, que acertó a darse a la carrera una asomadita, a tiempo que Sepúlveda y don Jacinto miraban hacia la casa cural, lanzoles a ambos una intensa mirada interrogante, que significaba: ¿A qué irá? ¿Ustedes saben? Las Cáceres sintieron profunda herida en el corazón y el sobresalto de su semblante se leía: ¿Qué tendrá que hablar con el cura? ¿Será verdad que se está voltiando? Los oficiales y soldados se miraron estupefactos y se preguntaban: ¿Se irá a pronunciar el padrecito? ¿Habrà que cogerlo? La sacristana, que salía de la casa cural a tiempo que llegaba Troncoso, retrocedió aterrada, y, recostándose en la hoja de la puerta, parecía decir: ¿A qué vendrá este demonio? ¿Será a ultrajar al padre?

Pero ningún interrogante más trágico que el que se dibujó en rostro del padre Contreras, al ver al general: ¡Dios mío! ¿Vendrá a matarme?

Hallábase el padre muy embebido, limpiando, después de comer, sus cajas de dientes, cuando resonó en sus oídos la voz bronca y desconocida de Troncoso:

—Buenas tardes, doctor.

El padre dejó escapar de las manos la dentadura y el cepillo, por su mente pasó como una exhalación la perspectiva del martirio, y no acertó a contestar el saludo: Troncoso, viendo lo turbado que se hallaba, quiso darle bríos.

—He venido, doctor, a hacerle una visita de amigo. ¿Cómo está usted?

Al padre Contreras, al fin de barro humano, le sonó bastante bien el oírse llamar doctor. Ignoraba que éste era el trato adoptado por algunos que se preciaban de librepensadores y anticlericales, para no dar a los sacerdotes el ternísimo nombre de *padre*. Troncoso no lo hacía adrede, sino que tal era el tratamiento que durante mucho tiempo había oído emplear con ellos. Si el padre hubiera estado al corriente de todo esto, habría sido mal preámbulo llamarlo doctor.

Pasado el primer momento de estupor y viendo que el general sonreía amablemente y no hacía ningún movimiento agresivo, el padre logró articular.

—Buenas tardes, señor... digo, don Troncoso... es decir... general... Entre, siéntese.

Y retrocediendo hasta tropezar con el escritorio y volcar el tintero, indicó al general una poltrona y él quedó en pie, apoyado en el extremo de la mesa.

Troncoso, viendo aquella turbación, no sabía cómo inspirarle confianza al sacerdote. Resolvió, pues, para terminar pronto la enojosa visita, irse al fondo del asunto. Después de unas pocas palabras acerca del verano, el mucho calor y cosas por el estilo, a todo lo cual el padre contestaba con monosílabos y movimientos de cabeza, Troncoso interrogó:

—Bueno, padre, ¿y piensa hacer muy buena Semana Santa?

Troncoso cambiaba el tratamiento, pues acababa de recordar que los fieles emplean el título de padre como más apropiado para aplicarlo a los sacerdotes. En efecto, al padre Contreras, aunque le había sonado muy bien el *doctor*, agradábase más este otro, pues ello parecía indicarle que el temido visitante también tenía un alma de cristiano y era, o podía ser, uno de sus hijos espirituales. Serenose, pues, un tanto; y tomando asiento respondió:

—Pues ni sé todavía si la haré o no.

—¿Y qué inconvenientes hay para no hacerla?

—Pues muchos —dijo el padre, pensando en los poderosísimos argumentos de don Miguel, y, más que en ellos, en la autoridad del gamonal.

—¿Cómo cuáles...?

—En primer lugar... en tiempo de guerra...

—Ya no estamos en tiempo de guerra. Hace varios días el gobierno declaró restablecido el orden público y garantizados los derechos individuales. Aquí no ha llegado todavía el decreto, pero yo lo sé en seguridad.

—¿De veras? Yo no sabía. Pero aunque así sea, la gente, especialmente la de los campos, no lo cree y le parece que son tramas para que salgan y reclutarlos a todos, haciendo encierro en la plaza.

—¿Y usted no pudiera tranquilizarlos, asegurándoles que yo les juro, por mi palabra de honor, que nadie les hará nada?

—Tal vez... Pero desde que vean aquí soldados, la gente siempre estará orejona...

—¿De modo que entonces somos nosotros los que no dejamos hacer la Semana Santa? —dijo Troncoso un poco serio.

—No, no es eso —replicó el padre presuroso y atemorizado temiendo haber cometido una imprudencia y enfadado al general—. Es que... yo no sé como decirle... pero la gente es muy caprichosa y como hubo tanta recluta en la guerra... siempre viven ariscos.

—Pues, padre, usted es el llamado a tranquilizarlos y a no dejar que se pase la Semana Santa en frío. Hace mucho tiempo no me toca una en calma y quisiera ver la de aquí. Me cuentan que usted las hace muy bonitas. Y si es por escasez de fondos, tengo mucho gusto en contribuir con algo para los gastos. Y, además, le ofrezco el batallón, para solemnizar las ceremonias y procesiones. Aquí tiene usted de una vez mi cuota.

Diciendo esto, Troncoso se levantó y puso sobre la mesa dos morrocotas de oro. Luego, volviendo a dar a su voz el tono enérgico acostumbrado, agregó:

—Si no hay Semana Santa, que no se diga que fue por culpa de nosotros. Nos tienen por herejes y enemigos de la religión, pero también creemos en Dios y en Jesucristo, aunque no convengamos con ciertos fanatismos y exageraciones. Tenemos también nuestra fe, y queremos (aquí dio el general a su voz cierta inflexión autoritaria) que haya Semana Santa.

El padre Contreras guardó silencio, absorto por lo que oía. Troncoso se despidió ceremoniosamente y se marchó, seguro de que las dos morrocotas, el haber halagado el amor propio de aquél, diciéndole que sus semanas santas tenían fama de bonitas, y el tono de sus últimas palabras, surtirían buen efecto. Y así fue en verdad. El padre, cuando se quedó solo, empezó a cavilar y echar cálculos. El problema económico estaba resuelto. Las dos morrocotas de Troncoso eran más que suficientes para pagar los sermones de un buen predicador traído de la Villa. Elisa había ofrecido una buena cuota. Y para lo demás, las limosnas en misas y sermones, la ofrenda en la adoración de la Santa Cruz y en el Santo Sepulcro, bastarían de sobra. Por otra parte, el sacerdote sentíase halagado con la idea de volver a ver a la mayor parte de sus amados fieles congregados al pie de los altares, después de tanto tiempo de zozobra. Y soñaba también con que quizá la gracia de Dios tocara algunos corazones de los rojos e hicieran una buena confesión el Miércoles Santo. ¿No era ya un buen principio y señal manifiesta de la Divina Gracia, eso de que el mismo malvado Troncoso hubiese venido a ofrecerle plata y ayuda y casi a ordenarle que hiciera Semana Santa? ¿Quién conoce los designios de la Providencia? ¿No se sabe que Dios suele sacar bienes de los propios males y hacer que broten flores de las espinas? Para Dios nada hay imposible. Quién sabe cuantas buenas confesiones podían resultar de todo esto. Y Troncoso le había dicho que si no hacía Semana Santa, él cargaría con todas las consecuencias.

Y ese tonito como de amenaza con que lo había dicho. Ese hombre era capaz de hacer cualquier barbaridad, si no le daban gusto. Si lo que pidiera fuera una cosa mala, no lo complacería, aunque le costara la vida. Pero gracias a Dios, era algo muy bueno lo que deseaba. Había que obedecerle. Se veía que esa era la voluntad de Dios.

Por supuesto que don Miguel iría a bravear y a *entromparse*, porque era la primera vez que él no se plegaba a sus caprichos y que contrariaba sus ideas. Y no ayudaría con nada. Pero no hacía falta: la hija daba. Y entre exponerse a las iras de Troncoso o de don Miguel, no había duda que era muy preferible lo último. Además, él contaría a don Miguel la conversación habida con el general, recalcaría sobre ciertos puntos, trataría de convencerlo de que sus temores eran infundados, y, en último caso, haciendo hincapié en el tono autoritario de éste, le haría ver que sólo iba a complacerlo para evitar mayores males y librar al pueblo de alguna calamidad. Haría, pues, Semana Santa, esa era la voluntad de Nuestro Señor, fue la última y decisiva resolución del padre Contreras, mientras guardaba las dos morrocotas de oro, después de haberse recreado un poco con su brillo.

Triunfaban, pues, los partidarios de la Semana Santa. Triunfaba el amor. Que era amor de Dios y de las almas en el padre Contreras; amor humano, pero casto, noble, grande y sincero en Elisa, Berta, Sepúlveda y Troncoso. Los enemigos de la Semana Santa: don Miguel, la sacristana y congéneres, que no tenían amor, siquiera humano, bien merecieron la derrota recibida.

XVI

La noticia cundió cual chispa de incendio. Por todas partes no se oían sino los comentarios, sobre el mismo tema. Habría Semana Santa. Y sería lindísima. Mejor que todas las anteriores. Como nunca se había visto en Pedregales. El general Troncoso había dado una suma muy grande para los gastos. Algunos decían que era que le estaba remordiéndole la conciencia, por todos los robos cometidos en la guerra y de ese modo quería restituir siquiera algo. Otros decían que de que fuera ladrón no había duda, siendo militar y rojo; pero que el interés por que hubiera Semana Santa no era por restituir nada, sino que doña Juana, que lo estaba convirtiendo, lo había metido en esas, a ver si contemplando la Pasión del Señor se acababa de voltear. Los de acullá aseguraban que Troncoso en Jordán se había robado la custodia y todo lo demás que pudo coger de la iglesia, y que como por eso estaba excomulgado, quería ahora hacerse el generoso, a ver si paliaba aquellos crímenes y el padre Contreras conseguía del obispo que levantara la excomunión.

Don Remigio, para calmar el despecho que le producían “esas cosas de Troncoso”, resolvió doblar la dosis del trago y ya se lo tomaba “de cuatro patas”. Don Miguel frunció el ceño, echó pestes contra don Jacinto y Troncoso; pensó en Elisa y Sepúlveda; habló de alejarse en adelante de la política y no volver a presidir “El sanedrín”; manifestó que no daría ni un caurtillo para las tales fiestas y no se abstuvo de presentarse al padre, a pedirle explicaciones. El padre le dio las consabidas y don Miguel hubo de retirarse,

conforme en apariencia, pero en su interior rugiendo de ira, al ver que, por primera vez en su ya larga vida, no había logrado imponerle su voluntad a todo Pedregales.

Al domingo siguiente, el sacerdote subió al púlpito, invitó a sus feligreses a solemnizar la Semana Santa, anunció que sería la mejor de toda su vida, apeló al desprendimiento de todos, les manifestó, para excitar su emulación, que una persona muy conocida, forastera, había dado una buena suma para atender a los gastos, pero como éstos eran tantos, esperaba que los demás no se quedarían atrás. Al efecto, comisionó a don Jacinto y a las señoritas Elisa y Berta, para que salieran a coleccionar fondos, recibieran las donaciones e hicieran la lista de las mandas. Aseguró a los fieles que ya nada tenían que temer, pues la paz estaba completamente restablecida, por lo cual era deber de todo buen cristiano concurrir a las festividades, para darle gracias a Dios, pedirle por la conversión de los pecadores, y, sobre todo, para que acabara de realizarse un gran milagro que ya estaba iniciado.

La noticia causó en el bello sexo una verdadera revolución. Para las todavía semienclaustradas, esto significaba la libertad y la ruptura definitiva del ya insoportable compromiso. Puesto que el padre invitaba a todo el pueblo a solemnizar la Semana Santa, sería hasta pecado desatenderlo. La obediencia ante todo. Ellas eran todas buenas creyentes y no desobedecerían a su padre espiritual. Por tanto, ya no podían seguir en el aislamiento que se habían impuesto: la obediencia al director espiritual estaba por sobre todo...

Elisa y Berta fueron las primeras en echarse a la calle, a pesar de la furia y protestas de don Miguel. Puesto que el padre les había confiado la importantísima misión de coleccionar fondos, tenían que obedecerle, aun a costa de cualquier sacrificio. Recorrieron casas, calles y tiendas, y a la vez que pedían la limosna, escogían las telas y adornos que necesitaban, conferenciaban con las modistas, charlaban con todo el mundo, con esa alegría y espontaneidad del prisionero que acaba de recobrar la libertad, y, sobre todo y principalmente, coqueteaban a sus anchas con sus respectivos novios y aun echaban de pronto sus parrafitos, cuando por *casualidad* se encontraban... Y muy pronto su ejemplo fue seguido por las otras.

Don Miguel se consoló fácilmente de la mala jugada que le habían hecho, con las espléndidas ganancias que realizó en aquellos días. Su tienda no se vaciaba, y como el tiempo urgía y ya no podían los compradores, ni aun los pudientes, pensar en proveerse en la Villa, los precios fueron subiendo día a día y hora por hora y expendió todo el merino cachemir, pañolones de fleco de seda, calzados de satén, fulas, fulillas, driles, ruanas, etc., a precios fabulosos. Don Jacinto, fiel a su costumbre de tener a todo el mundo contento, se ofreció a ayudarlo en la tienda; y cuando don Miguel, en algún momento de tregua, empezaba con gesto de satisfacción y sonrisa de avaro, a contar las utilidades, don Jacinto se le acercaba, le ponía una mano en el hombro y decíale socarronamente:

—Qué dice, don Miguel, ¿malo que haigamos inventao Semana Santa?

—Pues hombre... del ahogao el sombrero; no hay mal que por bien no venga.

La generosidad y gratitud de don Miguel para su dependiente *ad honorem* llegó hasta regalarle un corte de pañete para pantalón. Don Jacinto hubo de comprarle, carísimo, pero al fiado, el resto del equipo para estrén del Jueves Santo.

Las modistas también hicieron su agosto. Venturita, que era una de las más solicitadas, especialmente por la clientela campesina, no daba abasto y trabajaba día y noche. Pero hacía lo con suma satisfacción, pues además de las ganancias, había hecho la mayor y era que en el ajetreo de tratar con unas y otras, buscar telas, investigar adorno, etc., había recobrado su ansiada libertad, a pesar de que doña Juana, aferrada siempre a la idea de que ellas se hallaban en condiciones excepcionales, había puesto al principio algunos reparos. No obstante, la invitación del padre Contreras, la conducta de Troncoso, las libertades de las otras y el ansia de utilidades, vencieron todos sus escrúpulos y la buena señora capituló. Ventura, por el inmenso recargo de trabajo, no pudo usar como quisiera las prerrogativas obtenidas. Hubo de contentarse, por el momento, con mantener abiertas de par en par las puertas y ventanas, e instalar el costurero de modo que pudiera ver a los comensales cada vez que entraban o salían y devolver con creces las miradas que todos ellos, por mera curiosidad, dirigían hacia esa parte. No había tenido oportunidad para hablar otra vez a solas con Pacha, de modo que se hallaba en aquella incertidumbre, casi seguridad, de que Troncoso estaba locamente enamorado de ella. Y formaba planes para, una vez que pasaran los afanes y carreras de la inminente Semana Santa, desquitarse de estas largas abstinencias y hacer lo posible para que Troncoso definiera claramente sus actuaciones y mostrara si en verdad estaba por algo.

Laurita, ajena a pensar ni lo más remotamente que de toda aquella conmoción de Pedregales era ella la única y verdadera causa, rompió, valiéndose del cuchillo cocinero, su alcancía, y regó las monedas sobre el poyo mismo del fogón. Con el alma en suspenso contó su fortuna e hizo un gesto de supremo desaliento. Como sucede siempre en casos tales, ella creía tener más. Era poco, poquísimo, su haber. Según cálculos, no alcanzaba ni aun para una faldita de merino ordinario. Y aunque para ello hubiese, ¿qué se ganaba, si no tenía pañolón bueno ni calzado? Sin éste, en último caso, tal vez pudiera pasarse, limpiando bien el que tenía con hojas de tomate y untándole en los pelaos tinta u hollín. Pero el pañolón sí era imposible pensar en el actual, que ni aun siquiera le pertenecía, pues era de su madre, el mismo que le regaló Cornelio cuando se casaron. Tan mono y tan comido ya de polilla, que era una lástima.

A su papá, ni para qué decirle nada. Encerrado iba a tener que pasar la Semana Santa, pues no poseía nada siquiera medianamente presentable. Si su mamá Juana o tía Ventura le ajustaran. ¿Pero cómo hablar con ellas, si le habían prohibido ir allá y ellas tampoco venían? Es cierto que ya, según decían y había visto, casi todas andaban libremente por la calle; pero ella no podía hacer otro tanto, mientras su abuela no la

autorizara. Ni riesgo; hasta la mataba, si se daba largas. Y entonces sí ni esperanzas de que la sacara de apuros. No, era mejor mandarle una razoncita con Pacha.

Y así lo hizo. La sirvienta no se contentó con darle a doña Juana la razón, sino que enteró de todo a Troncoso, añadiéndole por su cuenta lo que a la mente se le vino. Que la probe muchachita taba güete con lo linda que iba tar la Semana Santa. Que trabajaba quini un macho, bregando a ajustar siquiera pa una mudita de julilla. Que, porsupuestamente, manque consiguiera la jundita, no podría salir porque el pañuelón fleco e seda de la mama taba tan malo, que ya no servía sino pa pañales. Que la tía Ventura, manque sí tenía otro mejor, ni riesgo de prestárselo, con lo amarrada qu'era. Que botincitos tampoco tenía, sino unos muy viejitos y que ya ni le servían. Que tal vez la agüela Juana se resolviera a sacale fiada onde don Miguel alguna hilachita; pero que ya ni habría, con toda la venta quihabía tenido ese viejo usurero, gusano e sebo...

—¡Pobre Laurita! —concluía Pacha— ¡Y como ta de linda! La podían poner hasta de Madalena.

Troncoso se desesperaba. ¿Irían a salir fallidas sus esperanzas e inútiles los pasos que había dado, poniéndose casi en ridículo y perdiendo las simpatías de muchos copartidarios? A todo se había expuesto con la ilusión de volver a ver a Laurita y llegarse a ella... Y resultaba que, probablemente, no saldría, por falta de con qué. ¡Maldita sea! Estas sí eran las verdaderas ironías del destino. Si ya Laurita fuera su prometida o al menos su novia, nada más fácil que solucionar esto. ¡Con cuánto gusto vistiérale él, no sólo de Madalena, como decía Pacha, sino de reina! Pero así, sin haberle siquiera hablado una palabra, sin saber al menos si ella aceptaría algún obsequio suyo, ¿cómo diablos podría él proporcionarle lo que necesitaba, para que no se privara de la Semana Santa y él del placer de verla y hablarle? Con qué rabia pensaba Troncoso en las crecidas sumas que había tenido que desembolsar, para las ricas telas con que Temilda pensaba deslumbrar a las pedregalenses. Y en tanto Laurita, la única mujer que hoy le importaba sobre la tierra, la sola por quien había sentido amor puro y verdadero, tendría que permanecer encerrada en su casa, llenándose de tizne en la cocina y, a lo sumo, viendo por una rendija las procesiones que pasaran por su calle. Si era para morir de la ira y del despecho. Si Dios o el Diablo le inspiraran alguna idea, para poder él, sin comprometerse ni comprometerla, prestarle alguna ayuda.

Y Dios, que no el Diablo, se la inspiró.

—Doña Juana —dijo después de haber llamado a ésta con mucha reserva—, tengo que hablar con usted un asuntico.

—A sus órdenes, general. ¿Qué será? —replicó ella muy complaciente, como en todo se mostraba ya con Troncoso, después de los últimos acontecimientos.

—Es para una cosa de mucho secreto. ¿Me promete que nadie sabrá lo que vamos a hablar?

Doña Juana se sobresaltó. Aquel tono de voz y la emoción que se revelaba en el rostro del general le inspiraban vagos recelos.

—Pues no siendo cosa mala... —respondió.

—No es nada malo. Es que yo quisiera dar una limosna a alguna familia vergonzante. Me da mucha lástima que tal vez algunas se queden sin lograr la Semana Santa, por falta de ropa.

Doña Juana pensó instintivamente en Laurita, cuya pedigüña razón había recibido aquel mismo día. Y aunque le parecía imposible que Troncoso se refiriera precisamente a ella, se puso en guardia.

—Pero como yo no conozco aquí a nadie —continuó aquél— quiero que usted me haga el favor de entregar dicha limosna a la familia que crea que la merece.

—¿No será mejor consultar eso con el padre Contreras? —dijo doña Juana, por hablar algo, aunque en su interior deseaba no sucediera aquéllo, pues seguía pensando en Laurita y demás familia.

—No señora. Al doctor ya le di para la fiesta. Esto es cosa aparte y quiero que sea usted la que se encargue de ella.

—Yo tengo mucho gusto... siendo pa una obra de caridá... ¿Pero a quién le dijera yo que se la demos? —replicó ella, fingiendo buscar en su imaginación la familia que había de ser la agraciada, aunque ya tenía allí su idea fija.

—Yo no quiero ni necesito que me diga nada. Eso queda a su cuidado. Lo que usted haga, está bien. Es absolutamente libre para darle esto a quien guste —agregó Troncoso entregándole una buena suma—. Le advierto —terminó— que es en absoluta reserva. Debe quedar entre usted y yo únicamente.

—Está bien, general. Haré lo que se pueda. Dios se lo pague.

Troncoso salió y doña Juana se quedó pensativa. No había duda que Nuestro Señor estaba realizando un milagro patético con este hombre. Si parecía que no fuera el mismo que de tan mala gana había recibido en su casa. Los designios de Dios no los sabe nadie. Y lo más extraño era que ella, siendo una pobre pecadora, estaba sirviendo de instrumento en la conversión de este pecador. Primero guardar la vigilia, luego dar una buena cuota pa la Semana Santa y ahora otro puñado de plata, pa una familia vergonzante. ¡Bendito sea mi Dios! Si ya no faltaba sino que se confesara, o, mejor, que primero protestara, pues siendo rojo ninguna confesión le valdría.

¿Y a quién le daba ella ese platal? Si por pobre era, ninguna más necesitada que la familia de Tránsito. Cabalmente que Cornelio se iba a tener que encerrar, pues su mejor muda estaba ya remendada. Tránsito, encerrada vivía. Pero la pobre Laurita y los chiquitos... ¡citos angelitos de mi Dios! Pero siendo de su familia, no sería bien hecho darles eso. No, tenía que buscar otra familia, ¿pero cuál? Si no fuera por el secreto, podía consultar con el padre; pero Troncoso no quería. Y ella tampoco podía ponerse a andar todo el pueblo,

averiguando dónde había una familia vergonzante... Tránsito, por ejemplo, merecía la limosna más que nadie. Cabalmente que Laurita acababa de mandar pedir con qué ajustar siquiera una faldita de fulilla. No había duda que esa era una familia vergonzante. Y de las más necesitadas. ¿Debía darles la limosna de Troncoso? ¿No incurriría ella en pecado ni obraría de mala fe en esto? Eso siempre era mejor consultarlo con el padre. ¿Y si éste le aconsejaba que le diera la plata a otra familia? ¡Ay! ¡pobre Tránsito, pobre Laurita! Pobres todos sus nietecitos. Y dizque Laurita pedirle a ella. Al hospital por hilas. ¿Ella di'ónde iba a sacar plata? Parecía boba Laurita.

Tal vez Ventura la iluminara qué debía hacer. Pero tampoco podía consultarle nada, por el secreto que encargó el dadivoso. Y a Pacha mucho menos podía contarle. ¡Qué tal! Al momento le aconsejaría les diera la plata a algunos parientes de ella... que eran unos sinvergüenzas, no trabajaban y no hacían sino vivir jugando y bebiendo y por eso estaban en la miseria. No, nadie la merecía más que la familia de Tránsito. Y como ninguna persona sabía nada, no podían criticarle que ella fuera la favorecida. Ni aun ellos mismos debían saber quién era el dadivoso, según éste se lo había advertido. Que creyeran que era ella la del regalo. Eso sería ganar indulgencias con padrenuestros ajenos, pero ella no tenía la culpa: eran caprichos del general. No hacía más que cumplir lo mandado. Y si salía a averiguar a quién darle la plata, al momento se regaba el cuento en todo el pueblo y se enojaba el caritativo de Troncoso, porque lo había descubierto. No había, pues, duda, de que el único modo de cumplir bien los deseos de éste, era dándole la plata a la familia de Tránsito y sin que supieran de dónde venía.

Con todas estas reflexiones, doña Juana trataba de convencerse a sí misma de que de este modo obraba bien y no tenía por qué sentir escrúpulos. Pero en su alma timorata quedaban siempre algunos, que no pudo desvanecer sino contándole el caso al padre. Pero escudándose con el secreto, hizo de modo que él conviniera en que, de acuerdo con la voluntad del caritativo, ella era absolutamente libre para entregar la limosna a la familia que eligiese, a condición, eso sí, de que fuera verdaderamente pobre, vergonzante y honrada. Como todos estos requisitos llenábalos la familia de Tránsito, esa misma tarde doña Juana, ya completamente tranquila, se presentó a llevarles, según dijo, una ayudita, pa que pudieran hacer estrén pa la Semana Santa. Naturalmente, en guarda del secreto, nada dijo de la procedencia del dinero. Los "Dios se lo pague" de doña Tránsito, se los endosaba mentalmente al general. En cuanto a los abrazos y besos de Laurita, que habrían sido para aquél el mayor premio, resolvió adjudicárselos a sí misma, como legítimo galardón por la cooperación en el asunto.

Laurita saltó de gozo, abrazó una y mil veces a su abuela, besola en la arrugada frente y no más tersas mejillas, abrazó también a su escuálida madre, que sonreía, con triste sonrisa de enferma, y se colgó del sudoroso y mugriento cuello de Cornelio, cuando éste llegó del trabajo. Aseguraba Laurita que aquello era un

milagro de San Antonio y Santa Rita, vencedores de imposibles. El día anterior, cuando rompió la alcancía y vio que sus fondos no alcanzaban para nada, les había mandado una promesa y encendíoles una vela de sebo para los dos, a fin de que de algún modo la socorrieran para no perder la Semana Santa. Y malón milagro el que le habían hecho: su mamá Juana (tornaba a abrazarla) se aparecía con aquel platal...

—Pero todo no es pa vos. Parecés boba —protestó doña Tránsito.

El semblante de Laurita se oscureció y en sus hermosos ojos negros hubo triste interrogante.

—¿Y entonces pa quién? Como usted no puede salir...

—¿Y tu papá? ¿No ves que no tiene ni una mudita buena? Hay que hacele siquiera unos calzones de dril y una camisa de género.

—Demás —dijo Laurita, arrepentida de su egoísmo—, pobrecito mi papá. ¡Qué tal que fuera a perder la Semana Santa, como va a estar de linda!

—¿Y a Chucho ónde lo dejás? —volvió a decir doña Tránsito— ¡Pobre mi muchachito! Siempre ha de ser el trompo pagador. Yo pensaba bregar a arreglale una mudita, de unos calzones de Cornelio, voltiándolos al revés; pero hoy estuve reblujando todas las hilachas y no encontré de qué: todas están en pedazos. Hay que sacar de aquí también una mudita pa él. Pa no gastar mucho, le inventamos una cachucha en un retazo del merino de Laurita.

—¡Ay qué dicha! —exclamó ésta, dando saltos de alegría— Yo me hubiera contentao con fulilla y pantalón de lana. ¿Pero sí alcanza pa todos? —dijo pronto, poniéndose seria— A ver, hagamos las cuentas...

—Según me dijo Ventura —atajó doña Juana—, ese usurero de Miguel izque tiene todo por las nubes. La bola le hizo el juego. Está vendiendo carísimo hasta las julas y julillas monas y mariadas. Quién sabe si ni merino tendrá ya.

—¿Y no habrá en otra parte? —interrogó Laurita consternada.

—Yo no sé. Hay que ver con Ventura, qu'es la que sabe d'esas cosas. Tendrá que salir a buscar las telitas. Esto ya no tiene remedio. Es la voluntá de mi Dios —dijo doña Juana, acordándose de que el benefactor de la familia era precisamente aquel abominable Troncoso, por el cual había mantenido en riguroso encierro a hija y nieta.

—¿Y ella sí me hará el vestido? —preguntó Laurita preocupada— ¿Tiene muchas costuras?

—Montón. Pero te lo tiene qu'ihacer. ¿Díonde iba yo a sacar más plata pa pagar hechura? —dijo doña Juana, con aire de benefactor que, con dolor del alma, ve agotados sus recursos.

—¿Y cuándo voy a que me coja las medidas? —volvió a interrogar Laurita, con femenil impaciencia.

Doña Juana y su hija se miraron en silencio. No habían pensado en esto. ¿Sería prudente que Laurita volviera a la fonda y se expusiera de nuevo a los irrespetos de aquellos hombres? Para doña Tránsito, que nada sabía de la generosidad de Troncoso y sólo vagamente había oído contar lo de las vigiliás, éste encarnaba aún el tipo de rojo hereje, asesino, malvado, corrompido y corrupto de siempre. En cuanto a doña Juana, aunque había perdido muchas de sus prevenciones y estaba segura de que aquél iba camino de la conversión, incluyendo en ésta, como parte esencialísima, el cambio de partido, con todo, representaba todavía al detestado régimen, era el jefe rojo que ocupaba a Pedregales y había hecho recluirse en sus casas a las muchachas honradas; no se había aún confesado y mantenía en el pueblo el perenne escándalo de una mujer robada de Jordán. No se podía, pues, fiar de él en asuntos femeninos. Podía aplaudírsele la observancia de la vigilia, la cuota para las fiestas, el auxilio a familias vergonzantes; pero de esto a permitir que pudiera entrar en conocimiento y relaciones con Ventura, y mucho menos con Laurita, había mucha diferencia. Era muy distinto que Venturita ya saliese con algunas amigas a las tiendas, en busca de lo que les hiciera falta; distinto también que Laurita asistiera a las funciones de Semana Santa, pues en ninguna de estas circunstancias tenía que rozarse ni hablar con los militares. Pero consentir que en su misma casa, con las confianzas que a la larga se toma todo comensal, pudieran éstos entrar en relaciones con sus muchachas, eso sí que no. No sabiendo doña Juana cómo salir del apuro, contestó a Laurita:

—No hay que montar antes de traer las bestias, hija. Tuavía ni siquiera sabemos si se conseguirán las telas y ya estás diciendo que cuándo te toman las medidas. Esperate un poquito: hay que tener paciencia.. Tal vez Ventura pudiera venir aquí... pero ni riesgo, a como está de atariada. Si hasta me había dicho que ojalá pudiera ir una de aquí, a ayudarle a bastiar algo. En fin, ya veremos...

XVII

Don Jacinto, ufano con su triunfo, quiso hacerlo aún más ruidoso. Conferenció con el padre Contreras, consiguió de Troncoso que le facilitara armas, uniformes y aun soldados, y reunió en la casa cural durante varias noches algunos jóvenes y soldados, para ensayar con ellos lo que proyectaba. A pesar de la reserva de aquellos preparativos, algo trascendió al público. Y esto aumentó el general entusiasmo con que era esperada la Semana Santa, de la cual decíase iba a ser representada paténtico, con soldados y sayones de verdad, con diálogos, prisión del Señor, sentencia y todo lo mismo que en Jerusalén.

En tanto Venturita, aunque con no poco disgusto por la excesiva prodigalidad de su madre con la mocosita Laura, había accedido, a regañadientes, a salir a conseguir las telas y fabricarle el vestido. Se negó,

sí, a ir a casa de la sobrina, alegando las muchas ocupaciones. Descaradas que eran. Les daban el pie y se tomaban la mano. No se contentaban con que su mamá fuera a gastar un dineral, sacándolo, sin saberse de dónde, probablemente quedándole con don Miguel una *tarja*, de la cual no saldría en todo el año, y con que ella tuviera que hacerle todo de balde, sino que también querían que fuera a buscarla a la casa, cuando estaba hasta los ojos de costuras. Parecían bobas. Si antes esa mocosita debía venir a ver si le ayudaba en algo; y eso que era tan inútil, que para rabias sería. Pero imposible que no fuera capaz siquiera de echar *bastas* y asentar las costuras con la plancha. En todo caso, si quería que le hiciera el estrén, que viniera. O si no, que se quedara sin las fiestas o saliera con lo encapillado, ya que era tan inútil y atendida.

Doña Juana y doña Tránsito, en vista de la actitud de Ventura, resolvieron, en junta de familia, que no había peligro alguno en que Laurita fuera a la fonda, en las horas en que los militares no estuvieran allá. Bien sabida era la regularidad cronométrica de ellos, de modo que no había *pensión* de una sorpresa. No veían, pues, inconveniente en que Laurita fuera a ciertas horas, tanto más cuanto las circunstancias estaban muy cambiadas y la Semana Santa iba a dar al traste con todos los encierros y aislamientos.

Pacha, que husmeó los planes y sabía que cada noticia que diera a Troncoso era moneda segura, no quiso desperdiciar tan magnífica ocasión. Ya había alegrado los oídos del general refiriéndole que a última hora doña Juana había resuelto *sacar la cata* del asiento del baúl, para poner a Laurita muy tonable y que ya la niña Ventura andaba en la consecución de las telas. Troncoso, que sospechaba o más bien sabía cuál era la *cata* de doña Juana, se regocijó tanto del buen éxito de su estratagema, que regaló a Pacha con qué comprara ella también su estrén de zaraza morada. Con razón pensaba ella que la noticia de que Laurita volvería a la casa, aunque a hurtadillas, podía valerle tal vez hasta pañolón de lana.

Troncoso púsose fuera de sí de contento, y con la impaciencia de un enamorado esperó la hora oportuna para el paso que intentaba. Estaba resuelto a dar un golpe de gracia, aunque no sabía a punto fijo qué era lo que se proponía, ni pensaba las consecuencias que ello podía acarrearle, ni su corazón admitía las prudentes reflexiones que le sugería su cerebro. Lo único que comprendía, la sola idea fija que lo dominaba, era que dentro de un rato vería a Laurita y quizá pudiera dirigirle algunas palabras. Y, sin plan premeditado, sin saber cómo iría a presentarse ni qué diría para explicar su presencia en la fonda a horas inusitadas, se puso en ella en dos saltos, apenas Pacha, desde la esquina, le hizo la señal convenida.

Por fortuna doña Juana, hábilmente entretenida en la cocina por Pacha, no se dio cuenta de la inesperada visita. Ventura, con una rodilla en tierra, la aguja en una mano y varias hebras de hilo en la cabeza, estaba probando el vestido a Laurita que, con sonrisa de satisfacción y pueril y muy femenina vanidad, veía por primera vez sobre su cuerpo tan valioso merino. Daba la espalda a la puerta, de modo que, embebida en la contemplación de su vestido, no sintió siquiera los pasos del general. Venturita, por el

contrario, advirtió que alguien había llegado y, al enderazarse, vio a éste que, con el sombrero en la mano, tembloroso, apoyado en la puerta, contemplaba el grupo con extraña mirada.

Venturita quedó también muda de asombro, a la vez que el corazón le daba extraños vuelcos y quería estallar dentro del pecho. Laurita, viendo la mirada de su tía fija en la puerta, se volvió, y al ver en ella a Troncoso, dio un leve grito, miróse instintivamente los pies, que, por fortuna, llevaba calzados, y luego, enredándose en el vestido que le probaban, retrocedió hasta la tarima, en la cual se dejó caer. Troncoso, devorándola con los ojos, hizo un esfuerzo y alcanzó a balbucir:

—Buenas tardes, señoritas.

A Laurita le sonó muy bien oírse llamar señorita, pero no acertó a contestar nada. Ventura, ya más dueña de sí e interpretando a su favor aquella inesperada visita y la extrema turbación de Troncoso, contestó afablemente.

Quedaron todos en silencio. Venturita, viendo la palidez y temblor del general, se alarmó y dijo, mientras daba un paso hacia la puerta:

—General, ¿está enfermo? ¿Se siente mal? Entre, siéntese, yo voy a llamar a mi mamá, a ver qué bebida le hace.

Estas palabras despertaron en Troncoso un poco de sus perdidas energías.

—No, no la llame, señorita —dijo dando algunos pasos hacia adentro—. Sí... me siento un poco mal... estoy enfermo... pero no la llame todavía... permítame yo descanso un momento aquí, a ver si me compongo...

Así diciendo, sentose en un taburete, muy cerca de Laurita, que, silenciosa y llena a la vez de espanto y curiosidad, presenciaba la escena.

—Entonces, con su permiso un momento —dijo Venturita presurosa—. Nos cogió tan de susto, tan ocupadas... y en una figura... que nos da hasta pena. Camine, Laurita, éntrese aquí a la alcoba, que ahora seguimos.

Laurita se levantó y, sin mirar a Troncoso, obedeció a su tía. Se hallaba muy sonrojada, pues él, que había recobrado casi todo su aplomo, la asaeteaba con su mirada ardiente, cosa que ella, aunque sin alzar los ojos del suelo, adivinaba o comprendía, con ese delicado instinto femenino. Y en verdad que estaba hermosa, en esa confusión, mezcla de complacencia, rubor y sobresalto. Llevaba la endrina cabellera, naturalmente ensortijada y flotante sobre el hombro. La frente blanca y limpia de virgen pudorosa, daba tenues reflejos al besarla los rayos de luz que por la ventana se filtraban; algunos rizos sueltos jugueteaban sobre ella, movidos por la brisa, y formaban aquí y allá sutilísimas penumbras. En los oscuros ojos, agrandados por el susto del primer momento y ahora por los varios y encontrados pensamientos que la

embargaban ante la mirada fija, insistente y acariciadora de Troncoso, había fulgores de amor que se despierta, chispa de pasión que estalla, amagos de rebeldía, anhelos indefinibles no antes sentidos, postreras lumbraradas de inocencia que se esfuma... Y cual si temiera que sus ojos pudieran traicionarla y revelar la tempestad que en su pecho se agitaba, velábalos a intervalos con las crespas, largas y sedosas pestañas. Y como si no pareciera bastante aquel abrigo, contraía los músculos de la frente, tratando de bajar los arcos perfectísimos de las cejas y guarecer bajo ellos las pupilas. Las ventanas de la nariz, de un dibujo impecable, agitábanse en loco vaivén, siguiendo el ritmo de la respiración acelerada. Las mejillas, de ordinario sonrosadas, tenían ahora acrecentados los prístinos rubores. Sobre el labio superior un suave y apenas perceptible vello, insinuaba las promesas de una completa pubertad e incitaba el apetito, cual pubescencia de lozana fruta que el estío empieza a sazonar. En su boca diminuta, de labios encendidos y sensuales, jugaba una sonrisa, que ella trataba de ocultar y que era fiel trasunto de la íntima satisfacción de la mujer que se ve admirada y deseada.

Sentábase admirablemente el traje un tanto largo que le estaban probando y que aún tenía puesto. Con él desaparecía la niña de hasta entonces, para ceder el puesto a la mujer púber, en la plenitud de su belleza, juventud y lozanía.

Al levantarse para seguir a Venturita, que había entrado precipitadamente en la alcoba, Troncoso púsose en pie, dio un paso hacia ella y dijo con voz entrecortada y suplicante:

—Laurita, necesito hablar con usted. No se vaya...

Ella nada contestó, y más ruborizada que antes, penetró en la alcoba, donde estaba Venturita ocupada febrilmente en darse algunos toques delante del espejo. Ese y no otro había sido el motivo para que le pidiera permiso a Troncoso, por un momento. Temía que él la hubiese encontrado muy desaliñada y ahora trataba de enmendar a la carrera cualquier desperfecto.

Terminada la importantísima tarea, dijo a Laurita, en tono que no admitía réplica:

—Bueno, vos no te podés mover de aquí. Acordate de las advertencias de mi mamá y de Tránsito. Yo voy a entretenerlo un momento, mientras viene mi mamá o él se compone y se va. Vos podés ile sacando las bastas a la falda. Imposible que siás tan inútil que ni esto sepás hacer.

Luego, con una amable sonrisa que acababa de ensayar ante el espejo, Venturita volvió a la sala.

—General, ¿se ha compuesto algo? ¿Se siente mejor? Perdone que me tuve que entrar un momento a ponerle qué hacer a esa muchachita, mientras tanto. ¿Quiere que llame a mi mamá?

—Muchas gracias... no hay necesidad de molestarla... ya estoy casi bueno.

Ventura tampoco deseaba que su madre acudiera. Quería aprovechar estos momentos preciosos que la suerte le deparaba, para hablar un rato con el general y quizá, ¿por qué no?, para oír la confesión que

indudablemente iba aquél a hacerle de un momento a otro. A ella le parecía que la enfermedad era más bien un pretexto y que lo que en realidad había sentido y hécholo palidecer y temblar, eran el susto y la emoción, por ser la primera vez que la veía y le hablaba frente a frente. Por supuesto que ella, aunque así lo comprendía, procuraba hacerse la desentendida, aparentando, eso sí, interesarse mucho por la salud de él. Con esto, a la vez que ganaba su gratitud, lo excitaba indirectamente a que se decidiera a declarársele. Porque, naturalmente, a algo había venido. No eran horas de comida ni creía ella que viniera en busca de bebida alguna, aun en caso de hallarse verdaderamente enfermo. Si a ello fuera, habría seguido de largo hacia el comedor o la cocina, en vez de entrarse, un poco atrevidamente, a la sala. Estaba claro que todo era por verla y hablarle. Quizá la picona de Pacha le referiría la conversación que tuvieron y ello le dio alas para decidirse a declararse.

Venturita sentía extraños estremecimientos y en sus oídos sonaban anticipadamente, cual grata melodía, las palabras más o menos dulces, pero en todo caso muy expresivas, que se imaginaba estaría Troncoso combinando en su mente, para lanzárselas a quemarropa en cualquier momento. Si ella pudiera inventar un modito de inspirarle confianza y ayudarle en aquella empresa, que a él como que le parecía tan ardua. En efecto, el general mostrábase tan serio, cohibido y temeroso, que Venturita se desesperaba.

Por otra parte, tampoco las tenía todas consigo, al pensar en la bravata, pellizcos y quizá puños de doña Juana, porque, en lugar de aceptar la conversación, no la había llamado apenas se presentó Troncoso. Pero ya tenía bien estudiada la defensa. En ella había pensado mientras se daba sus toques en la alcoba, frente al espejo. ¿Cómo iba salir a llamarla, dejando a Laurita en la al-coba sola y tan cerca de ese hombre? Y tampoco había podido enviar a ésta a dar el aviso, porque le pareció más prudente encerrarla, para que Troncoso no la viera. Por eso ella, Venturita, que era de más experiencia, aunque no vieja, se había tenido que sentar a asistirle la visita a ese hombre, mientras su mamá venía. Era lo mejor que podía hacer.

Era probable que doña Juana no se diera por satisfecha con la explicación. Pero qué l'ihacía. Que *barajustíara y patiara*. No por miedo de eso iba ella a perder de conversar un rato a solas con el general, ya que él se había decidido a tomarla como por asalto. Si se le quitara el susto y se resolviera a hablar ligero, antes de que viniera su mamá y dañara todo...

Mientras Venturita revolvía en su interior todos estos pensamientos y preparaba el gesto de asombro, altivez y descontento, con que creía de su deber recibir las primeras declaraciones de Troncoso, éste fijaba a cada momento la vista en la puerta semientornada de la alcoba, y no se le ocurría nada qué decirle a la jamona. Ésta, segura de ser ella la buscada, no dio importancia a las miradas distraídas ni al ya largo silencio del general. Pareciale que todo aquello era confirmación de que buscaba en su cerebro y en su vocabulario de soldado, no hecho a estas lides amorosas, las ideas y palabras más apropiadas. Mas como las miradas de

Troncoso hacia la puerta continuaban, Venturita creyó que se debían al temor de aquél de que Laurita pudiera oír las amorosas confidencias. Y, para allanar también ese obstáculo, se levantó, pidió permiso con una voz y una sonrisa que ella creyó encantadoras y fue a cerrar bien la puerta, cerciorándose antes de que Laurita no se hallaba en acecho. Luego volvió a sentarse y miró a Troncoso con una mirada que parecía decir:

—Ahora sí, déjese venir. No hay riesgo de que nadie nos oiga...

Y el éxito pareció coronar sus anhelos. Troncoso, saliendo de su mutismo y perplejidad, dijo lentamente:

—Señorita, yo quisiera pedirle un favor...

Venturita se estremeció y cambió de postura en el asiento. No acertó a decir nada: tal era su emoción.

Troncoso continuó:

—Quisiera saber qué idea tiene de mí su mamá. ¿Me cree muy malo o indigno?

La sangre se agolpó un momento en el corazón de Venturita e hizole latir con tal fuerza que estremecía el potente busto. Luego, escapándose en ola turbulenta esparció por todo el cuerpo una sensación extraña, hizo reverberar en los ojos fuego intenso y encendió las mejillas, haciendo inútiles y ridículos aquellos toques rojos que poco antes les diera en la alcoba. Un suspiro incontenible se escapó del agitado pecho de Venturita. Tratando de disimular la traición que acababa de hacerse, contestó, bajando los ojos.

—¿Por qué va a creer que es malo? La gente sí habla mucho, pero no hay que hacerle caso. Usted se ha manejado muy bien. Nada tenemos de qué lamentarnos... Y mamá lo estima mucho... Y lo mismo...

Esta vez fue Troncoso el que ahogó un suspiro de alivio. Interrumpiendo a Venturita, preguntó ansioso:

—¿Y sí consentirá ella en que un liberal entre a su casa?

Los acontecimientos se precipitaban. Venturita, para ganar tiempo, calmar un poco la emoción que la embargaba y serenarse lo suficiente para recibir sin inmutarse la declaración que ya se le venía encima, fingió no entender y contestó:

—¿Por qué no iba a consentir? ¿Aquí no están entrando todos ustedes, hace ya meses?

—No es eso lo que yo quería decir, señorita, sino que si doña Juana se opondría a que un liberal formara parte de su familia.

—¡Ah!... Yo no sé... ¡quién sabe! Ella sí es muy trabajosa... Pero tampoco tenía motivo pa oponerse... Siendo una persona buena...

—He sabido que para ella no hay liberal bueno...

—Es que a la gente le gusta mucho hablar. Y, en último caso, aunque se opusiera —dijo Venturita resueltamente. Y agregó: —¿Usted no ha oído un refrán que dice: "En queriendo la dama y el pretendiente..."?

—Es que tampoco sé todavía si la dama quiere —dijo Troncoso tristemente, mirando al mismo tiempo a la puerta de la alcoba.

Venturita no atendió ni a las palabras ni a la mirada de Troncoso. Acababa de oír en el zaguán las *arrastraderas* de doña Juana.

—¡Jesús, María y José! —exclamó ésta al ver a Troncoso— General, ¿usted aquí a estas horas?

Y diciendo esto, dirigió una mirada fulminante a Venturita que, furiosa por la brusca aparición de su madre, en momentos tan culminantes de su vida, había reemplazado la amable sonrisa por un gesto de rabia y rebeldía.

Doña Juana paseó la mirada por la sala y serenose un tanto, al no ver en ella a Laurita. Sin duda se había escondido oportunamente o vuelto a casa antes de venir el general. Esa sí era muchacha juiciosa y obediente. Pero esta albondigona de Ventura, que no se le daba nada estar allí sola en la sala, conversando muy sí señor con esa casi nada de Troncoso... Con razón decían que era más fácil atajar un novillo bravo que a solterona con gana de marido. Se las habría de pagar esa almártaga sinvergüenza. Pero ¡Dios mío! ¿a qué habría venido ese hombre?

—Mamá —dijo Ventura, rompiendo el embarazoso silencio—, el general está muy enfermo.

—¿Sí? ¿Qué tiene? ¿Y por qué no me dijo nada cuando vino a almorzar o mandó al ordenanza por una bebida? —interrogó doña Juana, tratando de endulzar las palabras que, a pesar de todo, salíanle agresivas, acusadoras e inquisitoriales.

Troncoso no supo qué contestar. Venturita acudió en su ayuda.

—Pal comedor iba y, al pasar por aquí, le dio una *maluquera* y casi se cae al suelo. A duras penas alcanzó a recostarse en esa silla. Apenas está volviendo de la *maluquera*.

Troncoso confirmó con un movimiento de cabeza las palabras de Ventura. Pero doña Juana, o no les creía, o no se conmovía por tan poca cosa.

—¿Y por qué no me llames, pa habele hecho algún remedio? —interrumpió cada vez más exaltada.

—Por no hacer bulla... Como a usted le choca tanto que uno haga escándalo...

—¡Ah! ¡por no hacer escándalo!... —replicó doña Juana clavándole a su hija una mirada que le quería decir: “¿Más escándalo querés?”

Troncoso comprendió que debía apoyar a Venturita, guardó silencio, recostó la cabeza en el respaldo del asiento y entornó los ojos. El corazón de doña Juana, bueno y compasivo por naturaleza, conmoviose al fin. Como que sí estaba muy enfermo el general. ¡Pobrecito! No había que dejar sufrir a un hombre que, aunque rojo, guardaba las vigillas, daba limosna para la Semana Santa y socorría a las familias vergonzantes...

A este último pensamiento, doña Juana sintió una punzada en el pecho. ¿Sería que ese hombre sabía o sospechaba a qué manos había ido a parar su limosna y venía, haciéndose enfermo, a convencerse? De nuevo paseó la mirada por la sala y se tranquilizó al no ver en ella señal alguna de las telas de Laurita. Tornó a mirar a Troncoso y otra idea más grata acudió a su mente: Tal vez hasta sería que las vigillas que guardaba lo tenían muy débil y agotado y por eso le daban *maluqueras*. ¡Pobrecito!

—General —dijo acercándose y tomándolo de un brazo—, camine vámonos pal comedor, tómese unos güevitos tibios con vino seco, mientras l'ihago una bebida. Eso es la debilidá y también las bilis que las tiene alborotadas.

Troncoso se dejó llevar. Y aun, para no excitar de nuevo los recelos de doña Juana, tuvo la santa resignación de apurar la horripilante bebida de cuasia, verbena y otras yerbas amargas que doña Juana le propinó "p'asentale las bilis".

En tanto, Ventura se daba a Satanás, por la malhadada interrupción de su madre, cuando estaba a punto de escuchar las dulcísimas y anheladas palabras. Laurita temblaba ante las consecuencias que para ella pudiera tener lo ocurrido, a la vez que daba vueltas en su imaginación a las palabras de Troncoso: "Tengo que hablar con usted, no se vaya", y Pacha se reía de los gestos de repugnancia que hacía el general, a cada sorbo de la amarguísima bebida.

XVIII

Jueves Santo. Pedregales está todo de fiesta. El gentío, más o menos engalanado, según el gusto o posibles de cada cual, llena el atrio, las naves de la iglesia, las aceras y tiendas, y se derrama, cual torrente desbordado, por las calles y plaza. Acaban de salir de la única misa que celébrase ese día, solemnísima, a las 9 generalmente. Los fieles van desfilando en diversas direcciones, en busca del almuerzo, los que no piensan guardar el ayuno. Los del *sitio* se dirigen a sus casas; los campesinos acomodados van a la fonda de doña Juana o a algunas otras que se han improvisado con motivo de las fiestas. Los de menos haber o más económicos, se contentan con meterse a almorzar en uno de los muchos toldos que ondean en la plaza, o compran *casados* en alguna tienda. Otros, más prácticos, han traído del campo su hoja de fiambre y botella o calabazo de tarralí con aguadulce, todo lo cual apuran con fruición, sentados en la acera de una calle no muy concurrida. Los de más allá, no pudiendo inventar el almuerzo de ninguno de estos modos, márchanse a sus casas, con la esperanza de que durante su ausencia hayan puesto las gallinas, pues para colmo de hambre, en dicho día obliga la abstinencia, amén del ayuno para el que no tenga inconveniente. Aquellos tienen

también que irse a sus campos, no tanto por el condumio, cuanto porque dejaron la casa sola, los chiquitos encerrados o en poder de un mayorcito, las gallinas sin *nidador*, los cerdos con aguamasa para una sola vez, las bestias sin cuidado suficiente. Van resignados unos a contentarse por hoy con la misa oída; otros, resueltos a volverse al *sitio*, después de almorzar o a la tardecita. Por último, hay muchos que han resuelto abstenerse de todo lo mascable, en este día santo, y sólo frecuentan el estanco y demás ventas de licores.

Por todas partes no se oyen más que los admirados comentarios.

—Qué misa tan linda, ¿no?

—Callá la boca, ole. Yo no había visto...

—Y esa llevada del Señor a la prisión, con soldados de verdá, que se quedaron allí custodiándolo y todo.

—Y lo lindo qu'está el Monumento, con esas cadenitas de papel dorao y esas barandillas de flechas de cañabrava aforradas en papel de color...

—Y el sermón tan bello que dijo el padrecito nuevo...

—Eso no es nada. Lo mejor quizque va a ser la procesión d'esta noche a las once.

—¿Cuál procesión a esas horas?

—Pes una nueva que van inventar est'iaño, pa ir a esas horas los soldados a coger al Señor al güerto y traelo a los tribunales.

—¿Cómo así a los tribunales?

—Pes a una casa ond'ihay también soldaos y unos sabidos del sitio, que quizque van a hablar y a sentenciar al Señor.

—Mesmamente un sainete antonces, ¿no?

—Pes sí, mesmamente.

—Ni bamba de yo perdelo. Agora mesmo me voy a encerrar dí'una vez los terneros, poneles vara a las gallinas y dejales harta aguamasa a los marranos, pa venime a la tardecita.

—Por supuestamente. D'estas semanas santas no se ven todos los días. ¿Quién va a perder una cosa tan particular?

En un grupo que se ha formado en la puerta de Elisa se hacen también muy diversos comentarios.

—¡Ah lindo que quedó el Monumento! —dice Venturita, dirigiéndose a ésta— Algo sencillo... pero en fin.

—Sí niña —replicó Elisa picada—, nos quedó muy simplecito... pero qué vamos a hacer. Mi Dios no obliga imposibles. Si ustedes que tienen buen gusto, nos hubieran ayudao... tal vez. Pero imagínense Berta y yo solas... antes. Cuando ni la sacristana nos quiso prestar los floreros y adornos de la iglesia, dizque porque

si se quebraban o perdían ella tenía que responder. Lo que nos dijo fue que así como nos habíamos metido de embelequeras arregláramos como pudiéramos. ¡Qué les parece! No nos pueden culpar de que nos haiga quedao tan feíto.

—¿Y por qué no le dijeron al padre?

—¡Eh! ¡pa qué! ¡Con el miedo que le tiene! Le parece que si ella deja el destino, no encuentra otra que la reemplace. Qué les parece... ¡Y tantas como hay buenas pa sacristanas! —terminó Elisa, mirando como al descuido a Venturita.

Ésta no vio la alusiva mirada, pues la suya estaba fija en Troncoso que, rodeado de un grupo de oficiales, todos en uniforme de gala, se acercaba a la esquina.

—Hasta cuadraos son estos demonios —dijo rabiosamente doña Segunda, que acababa de reunirse al corrillo de mujeres—. Pero pa qué, con el alma tan negra que tienen.

—¡Ave María, doña Segunda! —protestó Venturita— ¿Usté no comulgó hoy, qu'ihabla así del prójimo?

—¿Y es que decir la verdá es pecao? Por la verdá murió Cristo.

—Y qué cosas malas les ha visto a esos señores —dijo Elisa, mientras sostenía valientemente las encendidas miradas de Sepúlveda.

—¿Que qué les he visto de malo? Pues todo. A ver, ¿cuál d'ellos comulgó hoy? Digan a ver.

—Yo no sé —replicó tímidamente Elisa.

—Es pa que vean. ¿No quizque estaban tan convertidos, especialmente el tal Troncoso?

Esta vez fue Venturita la que hizo la defensa.

—Pero sí dio muy buena ofrenda pa los gastos y prestó los soldados.

—El diablo haciendo hostias. Por mucho que dé, no paga ni la media mitá de lo que se ha robao en otras partes, de las iglesias. A mí no me la pegan con sus inguandias y papeladas estos herejes.

—Pero el general guarda hasta las vigillas...

—Vivirá jarto de otras cosas. No me digan, mijas... Gente que no defiende la Iglesia y no comulga el Jueves Santo, no puede ser buena, por más limosnas que dé y más vigilas que guarde.

—Tal vez sería que lo dejaron pal Domingo de Pascua, qu'es el día más grande del año.

—¿Más qu'el Jueves Santo? Ahora me desayuno.

—El mismo padre lo ha dicho muchas veces.

—Así será. Pero estesen esperando en confesadas de esa gente. No, mijas, no crean en los güevos del gallo. A yo me salieron estos dientes —y doña Segunda enseña las encías mondas, pues los aludidos ya no existen— viéndoles y conociéndoles las argucias a estos rojos.

—Pero ya ve qué tan formales, cómo prestaron soldados, hasta pa qu'estén todo el día custodiando al Señor...

—Naturalmente. Apenas están haciendo su verdadero papel. Como son igualitos a los judíos y a esos otros rojos que tienen al santo Papa emparedao, bueno que lo demuestren. Y abran el ojo, mijitas —agregó doña Segunda, dirigiéndose a Berta y Elisa—, no vayan a salir con una pata atrás y otra adelante.

—¿Por qué?

—Eh niñas, no sean inocentes. ¿No ven que por lo menos los candeleros de plata arriesgan a evaporarse?

—¡Doña Segunda, por Dios! No levante falsos testimonios.

—Ningún testimonio estoy levantando. Ellos están enseñaos a hacer cosas piores.

—Y a don Jacinto, que está como uña y carne con ellos, ¿no se le pegará la maldad? —preguntó irónicamente Elisa, exasperada con los zarpazos de doña Segunda.

—¡Pobre Jacinto! Es tan bueno que no hay ni qué culpalo. Se le metió en la cabeza inventar buena Semana Santa y se salió con la suya. Pero no es por pareceles a los rojos... Es que cuando da en un capricho, nadie se lo quita. Si lo hubieran conocido muchacho... ¡Pues cuando me conquistó a mí...!

—¡Es un héroe, no se puede negar! ¡Cuánto le costaría ese triunfo! —dijo Elisa, en un tono que hizo que el grupo estallara en risas difícilmente reprimidas.

Doña Segunda comprendió la burla y estalló a su vez:

—¿Saben lo que hay? Que todas ustedes son unas brinconas, descocadas, muertas de gana de casase. Y están que se las pelan por esos muñecos y por eso los defienden. Ya no hay con quién contar en este pueblo. Cuando hasta al padre lo engatusaron. Parece que esa gente los hubiera enyerbao a todos o les hubiera dao cuero de jarrete.

—Y hasta don Jacinto comió algoito —dijo Ventura.

—También. Que coma que hoy le dé dos güevos en el mediodía. Más bien se los echo a la lora.

—O cómaselos usted todos, pa que se le alborote más la bilis...

—O te los mando a vos, cachetes de... pa que se los embutás todos a tus comensales. Pueda ser que así, sacándoles harta cera, logrés sonsacar siquiera al cabo de limpieza, a ver si no te reventás de la gana.

—¡No sea grosera! Respétenos a las señoritas.

—¡Tanto que se dan a respetar! Si fueran moderadas y virtuosas como éramos nosotras... Que lo diga Jacinto.

—¡Por Dios! dejen el escándalo —intervino Elisa, viendo que el grupo de oficiales empezaba a darse cuenta del altercado.

—Es que con gente tan mal educada no se puede ni hablar, Elisita —dijo doña Segunda, que no quería en manera alguna quedar en malas migas con la hija del gamonal.

—Ni con viejas tan malcriadas mucho menos —replicó Ventura, roja de ira.

—¿Viejas? No cante mucha mocedá, mijita, que todos sabemos que ya anda por los cuarenta.

—¡Sopera! ¿A ti qué te importa? —vociferó Ventura cerrando los puños y dando un paso hacia doña Segunda.

—Me pegará esta tarasca —dijo ella retrocediendo, para batirse en retirada—. No le han de faltar a uno tentaciones p'hacerle perder su comunión. Ya voy a tener que reconciliar el Sábado Santo, ¡bendito sea mi Dios!

Y doña Segunda se alejó muy entristecida, por la comunión que aquellas locas muchachas le habían hecho perder.

—Vámonos, Laurita —dijo Ventura, dirigiéndose a ésta, que no había abierto los labios durante el altercado.

—No se vayan todavía, qué afán tienen —dijo Elisa, que deseaba tener el pretexto de la compañía, para permanecer en la puerta, o, mejor, sentarse en la ventana.

Durante la misa era poco lo que había podido ver al capitán, debido a la mucha concurrencia y a que don Miguel se obstinó en permanecer a su lado. Sólo cuando él, en su carácter de primera personalidad de Pedregales, hubo de ir a llevar el guión durante el traslado de la hostia al Monumento, gozó ella de alguna libertad. Y ahora, cuando su padre se hallaba en la tienda, vendiendo estrenes para la Pascua, y el capitán allí plantado, tan arrogante, querido y buen mozo, ¿iba a entrarse? Ni riesgo. Había que aprovechar el pretexto de tener visita, para permanecer allí.

Tampoco Venturita tenía urgencia de marcharse. La invitación hecha a Laurita había sido únicamente por decir algo, después del *agarrón* con doña Segunda.

En cuanto a Laurita, más hubiera querido irse. Hallábase inquieta y azorada. No hecha a ir bien vestida, como aquel día, sentíase avergonzada y pareciale que todas las miradas estaban fijas en ella, como reprochándole aquel desmedido lujo. Y eso que no era nada sorprendente. En nuestros días tal atavío parecería hasta ridículo. Pero en aquellos felices tiempos, el lujo no se había en-señoreado todavía de las diversas capas sociales. El mayor derroche consistía en falda de merino, blusa de una tela sencilla, y pañolón de fleco de seda. Y como todo esto lo llevaba Laurita, amén de botas de satín, nuevecitas y que le subían hasta media pierna, según la moda, al verse en igualdad de circunstancias a la potentada Elisa, ruborizábase cual si fueran mal habidas dichas prendas.

Pero más ofuscada la tenían las miradas, un sí es no es atrevidas, que lanzábale el grupo de militares, especialmente Troncoso. Ella, a pesar de su ingénita modestia, desde el día en que él, emocionado y suplicante, le dijo: "No se vaya; tenemos que hablar", sintiose halagada en su amor propio y en su vanidad de mujer, al verse ya capaz de atraer sobre sí las miradas y el corazón de un señor tan importante. Y, aunque, en verdad, experimentaba todavía algo de aquel instintivo horror que antes le inspirara Troncoso, no podía menos de sentir cierta atracción y simpatía hacia él y de jactarse en su interior de ser la preferida del general, ella a quien todas consideraban casi como una niña. Ahora, al verlo tan garboso, con su uniforme de gala, remozado por el peluquero y rodeado de los subalternos, cual un rey de su corte, pareciale hasta buen mozo, y de cuando en cuando levantaba los ojos, y al pasearlos rápidamente por el grupo, hallaba siempre los del general fijos en ella. Y al verse así objeto de admiración y amor Laurita sentía cierta sensación agradable, y que en ella despertaba el instinto de coquetería, ingénito en toda mujer.

Al principio Venturita, engolfada en la disputa con doña Segunda, no se había dado cuenta de que Troncoso no tenía ojos sino para Laurita. Tampoco Elisa lo había notado; pero ahora, al quedarse las tres solas, pues las otras se marcharon, no tardó en comprender lo que pasaba. E ignorante de las heridas que iba a causarle a Venturita, dijo tranquilamente:

—Fijense, qué miradas las que le clava el general a Laurita.

Ésta enrojeció súbitamente y con la misma rapidez palideció Ventura.

—Es que los hombres son muy reparones y noveleros —dijo ésta fingiendo indiferencia—. Y como es la primera vez que la ven en la calle y con traje largo...

—¿Pero no ves, niña, qu'es que no le quita el ojo? Ni siquiera espabila. Está como lelo...

—A todas nos están reparando esos chocantes —replicó Ventura malhumorada.

—Una cosa es reparar y otra quedarse así como bobo. Fijate, niña, qu'es una cosa que la ven los ciegos. De que l'está gustando Laurita no queda duda. Pago con la cabeza si no es así.

Laurita estaba sobre ascuas. Sabía que Elisa tenía razón y temblaba ante la posible furia de su tía, una vez que se convenciera de ello. Y eso que Laurita no sospechaba siquiera las secretas ilusiones de Ventura y que tenía puestos corazón y pensamientos en el general. Si temía que se enojara al tener la evidencia de que éste la pretendía a ella, no pensaba en que el motivo fueran los celos, sino la aversión que toda la familia profesaba a los rojos, especialmente a Troncoso.

La solterona, intrigada por las palabras de Elisa, redobló la atención; pero como estaban las tres tan juntas, y Laurita, cohibida, no alzaba los ojos, no pudo o no quiso convencerse de que las miradas de Troncoso no eran sino para ésta.

Laurita, inquieta y sobresaltada, propuso a su tía que se fueran. Pero Elisa las hizo entrar a la casa, les dio trago de vino y las instaló en la ventana, reservándose para sí el lugar más estratégico de ella. Como el asedio de Troncoso y la turbación de Laurita continuaban, díjole Elisa:

—No sea boba, Laurita, no se apene porque la pretendan, qu'eso no es pecao. Ya usted es una señorita. Aproveche ahora qu'está en sus quince, pa sacale jugo a la vida. Si el general le gusta, correspóndale, aunque no sea más que para que pase bien sabroso la Semana Santa.

—¡Dios la libre de cometer ese disparate! —saltó Ventura escandalizada y aterrada; más lo último que lo primero— ¡Aónde le diera el agua con mi mamá!

—¿Y por qué? ¿Acaso es pecao tener novio?

—Según sea el novio... Rojos y herejes... que Dios la libre d'ellos.

—Pero vos no hace nada que peliades con doña Segunda, por defender a Troncoso —dijo Elisa, que sentíase aludida con lo de rojos y herejes—. ¿Cómo es eso, pues?

—Una cosa es ver que los lenguillargos no hablen mal del prójimo y otra aconsejale a una muchachita inocente e incauta que l'ihaga caso a un hombre d'esa clase... Y, además, que él no la está pretendiendo... Es que vos estás viendo visiones —replicó Ventura, tratando de sacarse la espina que Elisa le clavara.

—Amanecerá y veremos... Y yo, siendo Laurita, no perdía este tiro. ¿Qué sabemos que de pronto fuera para pagar? Esos así ya de cierta edad son los que más fácilmente caen.

—Sí que estás interesada... ni siendo mandada.

—¿A mí quién me va a mandar? Yo me mando sola. No hago más que darle un buen consejo a Laurita. Si no tiene vocación de monja, debe ir pensando en marido. Y de los hombres de aquí no se puede esperar nada. O si no, ya ves vos... mejor dicho, nosotras, cómo ya estamos más de medias quedadas.

—Pero vos sí lo bregás...

—Así como vosotras las pecadoras, mijita. No hay que ser hipócritas.

—Ni tampoco dales malos consejos a los demás. Laurita no está tuavía de pensar en esas cosas; apenas está de jugar con muñecas y servir de algo en la casa. Tiempo tiene.

—Sí, mucho tiempo... Será porque no nos pasamos ligero. Que se ponga de boba y no aproveche ahora, que después le pesa.

—¿Pero qu'és tu interés, querida?

—¿Interés? ¿Qué interés voy yo a tener? Ni pierdo ni gano. En fin, hagan lo que quieran. Lo cierto es que una muchacha tan pobre como Laurita no debe descuidarse mucho, porque cuando menos piense, se queda sin apoyo ninguno en la vida.

—Dios no desampara a nadie. Y más vale bien quedada que mal casada. Ese es el cargo que yo me he hecho. Por eso no he querido casame. Pretendientes me han sobrao.

—De eso no hay duda —replicó Elisa un tanto irónica.

Laurita guardaba silencio; pero alentada con las palabras y el ejemplo de Elisa, que mientras hablaban no había tenido ociosos los ojos, disparaba de vez en cuando algunas timidas miradas a Troncoso. Cuando Venturita lo notó, no pudo contenerse y, levantándose de un salto, exclamó:

—Vámonos ligero pa la casa, a coger destino. Cómo estará mi mamá de atariada y nosotras por aquí de bonitas.

Laurita, sumisa como siempre, obedeció. Pero antes de retirarse de la ventana, le clavó al general una mirada que lo dejó viendo un chispero. Los consejos de Elisa acababan de desvanecerle los últimos temores y prevenciones. Elisa, la hija de don Miguel, no podía aconsejarle nada malo. Y cuando ella misma estaba en ese coqueteo tan rasgao con el capitán, nunca sería pecao coquetiarles a los rojos. También pareciale a Laurita que las palabras, el tono, las miradas y la inquietud de su tía, eran más bien como de quien está celosa y resentida. Y como al mismo tiempo recordaba la prisa que se dio en hacerla entrar a ella en la alcoba, para quedarse conversando bien a gusto con el general, Laurita creía adivinar que Ventura estaba enamorada de aquél y celosa de ella. Y, con íntima y muy femenina complacencia, estaba decidida a entablar la lucha, segurísima del triunfo, el cual saboreaba anticipadamente, con femenil delectación, aunque hubiera de ser sobre su misma tía.

En tanto, en la ventana de las Cáceres, desde la cual habían estado presenciando todo, hacían ellas y sus amigas las Valdeses no muy caritativos comentarios.

—Pero como está hoy de puesta la sanquilinga de Tránsito. Quien la había visto con ollas de aguamasa en la cabeza y a castero limpio y vela hoy dizque estrenando botas de satín y funda de merino. Parece que se hubieran sacao algún entierro.

—El entierro yo sí sé cuál es: toda la plata que les está sacando a los oficiales la vieja Juana, por serviles cualquier cosa. Dicen que la alimentación que les dan es hasta vergonzosa.

—¿Y por qué no se salen de allá?

—¿Paónde se van a pasar, si aquí no hay más fonda?

—Y por eso se aprovechan esas godas *lamprañas*.

—Y qu'están poniendo la olla.

—Hasta... en botija —terció doña Celsa, que era más vulgar y suelta de lengua que las muchachas.

—Y que no es la muñequita sola la qu'está d'estrén. Hasta el *mónzigo* de Cornelio estrenó calzones y camisa.

—Lo que sí no hicieron fue sacale las niguas y untale jabón, pa que no saliera así tan patojo.

—Lo bueno era que le hubieran compraó también botines, pa velo cómo trababa los güinches y lo hacían ver un chispero.

—Esa habría sido la mejor función.

—Es que los rojos, con ser tan malos, dan pa todo. Si no hubiera sido por el general, ni Semana Santa habían hecho.

—Pero no crean qu'estos godos malucos se lo agradecen. Hasta dirán qu'es mentira que dio dos morrocotas. Como él no es fariseo, p'andar pregonándolo por todas partes...

—¿Y cómo se supo lo que había dao?

—Porqu'ellos mismos regaron el cuento. El general no ha dicho una palabra.

—Y como están de cuadraos con esos uniformes tan bonitos.

—Pero bobos con las godas. Parece que les hubieran dao cuero de jarrete.

—No tanto así, mija. Sepúlveda es el único que parece encaprichao de Elisa.

—Y ella que no hace más que pelale los dientes. No oyó misa ni la dejó oír, por estar con sus monerías y chocancias. ¡Qué tendrán los hombres, que no se fijan bien!

—¿No le dará miedo de que la excomulguen o que el viejo Miguel se la pique a los marranos, como izque lo ha prometido?

—Y el general también parece qu'estuviera pretendiendo alguna allá. Fijense cómo se les cuadra.

—¿El general? ¡Eh! no crean. Todo un Troncoso no se iba a poner, ni por charla, a pretender una puebleñita y goda mucho menos.

—Y entonces ¿por qu'estará como tan entusiasmao con ellas?

—Algo copetón que andará.

—O por acompañar a Sepúlveda. No crean qu'es otra cosa.

—¡Quién sabe! Este mundo s'está voltiando tan al revés, que de pronto nos resulta Troncoso también godifícao.

XIX

Las diez de la noche. Pedregales es todo animación y entusiasmo. La expectativa de la gran procesión, nueva en el pueblo, ha hecho que nadie piense en acostarse. Muchos ni aun han querido merendar, temerosos de perder algún detalle. La chiquellería alborota en calles y plaza. Unos se divierten quemando

traquitaques y arrojándolos, sea a la multitud que ocupa las aceras, sea a las patas de una que otra cabalgadura que por la plaza cruza. Otros, los más crecidos, rondan las puertas y ventanas, en busca de la noviecita, y fuman, muy orondos, *viuditas* o diminutos tabacos de mora o santamaría.

Los grupos de campesinos obstruyen toldos, aceras, tiendas y puertas. Muchas mujeres amamantan a sus chicuelos, velándose unas con el canto del pañolón, sin cuidarse otras de ocultar las fuentes de vida de que dotolas Naturaleza. La mocitas, sin parar mientes en esa prosaica vida que las espera, se dejan camelar por los jóvenes, les aceptan tabaco o colaciones, los acompañan a uno de los muchos toldos que campan en la plaza, a tomarse un vaso de chicha, horchata o sirope. En uno de esos toldos hay un letrado sugestivo: "Chokolade i enpadanas calientes". Y en efecto, dentro resuena constantemente el grato batir del molinillo, el canto de la chocolatera puesta al fuego y el chirriar estrepitoso de la cazuela.

Muchos niños menores duermen pacíficamente, sobre el regazo de la madre. Algunas personas mayores siguen su ejemplo, recostadas a muros y puertas, o puestas en cuclillas, con la cabeza apoyada en las rodillas y los brazos. Los pepos del pueblo andan algo más que copetones. No arriman a los toldos, pero sí a las tiendas en busca del confortativo, y a las aceras donde hay muchas rollizas y tentadoras campesinas, a quienes, merced al tumulto y relativa oscuridad, pueden palpar impunemente. No tanto a veces, sin embargo, que no provoquen una protesta de la acariciada y no hagan que el novio o pariente les suelte una palabrota, mientras le brillan extrañamente los ojos y se lleve la mano al guarniel en busca del cachiblanco, o al cinto, donde ostenta el machete. Ante estos preludios, el grupo de pepos se eclipsa, pues son muy amigos de solazarse con las chicas, pero en manera alguna de habérselas con los Juan José y Manelik pedregalenses.

Las muchachas del pueblo forman enjambres en puertas y ventanas. Todas están listas para asistir a la procesión. Imposible perder la prisión del Señor y después los tribunales de Anás y Caifás, que se van a representar patético, en aquellas dos casas de balcón que aparecen adornadas de modo sugestivo e intensamente iluminadas con lámparas, arañas y bombas, pues en aquellos tiempos ni aun la capital del Estado soñaba siquiera en darse el lujo de alumbrado eléctrico. Ante las dos casas llamativas, la multitud se extasia, y, con la boca abierta, contempla esos palacios tan lindos, esos taburetes y sillas tan hermosos, sobre todo la que hará de trono; esos *soldaos de verdá* que se pasean en los balcones, haciendo tantas monerías y ostentando vistosos uniformes.

Las tías y mamás, aunque lamentando el frío y el tranocho, muy envueltas en pañolones de lana, bayetas, colchas o mantas, tampoco se resuelven a perder la función. Algunas, como doña Juana y doña Segunda, no irán al huerto a ver aprehender al Señor, pero sí lograrán la entrada de la procesión a la plaza y luego los tribunales, desde la casa de la última, donde ahora se encuentran en íntimo palique y fumando

deleitosamente sendos tabacos. La primera no irá al huerto, pues podría hacerle daño el sereno, por lo acalorada que está, debido al mucho trajín de la fonda, amén de que Ventura es compañía suficientemente respetable para Laurita. A doña Segunda, sus piernas varicosas y crónicamente edematizadas no le permiten tampoco aquellas caminatas; pero, lejos de confesar esto, protesta que no le gustan esas inguandias, que mejor era como antes, que no había sino la hora santa a las 9 de la noche, y que si no se ha ido a dor-mir, es por esperar a Jacinto y por ver con qué salen en los dichos tribunales.

—Porque, mijitas —termina complacida doña Segunda—, todas estas son cosas de Jacinto. ¡Más embelequero!... Y el padre que lo quiere tanto y le lleva todos los caprichos.

La bronca voz de la carraca da la última llamada para la procesión. Y toda aquella ola humana se pone en movimiento. Las campesinas, acurrucadas en el frío suelo de las aceras, se incorporan y estiran los entumecidos miembros. Muchos chicuelos se despiertan, sueltan llantos furibundos, buscan el pecho, piden a gritos su aguadulce o su *nuno*, inundan las muditas nuevas con líquidos tibios... Los más crecidos, a quienes el bullicio y curiosidad han mantenido despiertos, se cuelgan de la mano de sus padres o se aferran de un canto de las ruanas o de un pliegue de las faldas. Los jóvenes, unos corren precipitadamente a la iglesia, a cargar los pasos, creyendo que los hay; pero al ver sólo la repugnante imagen de Judas, pues las demás se hallan en el huerto, todos quieren escabullir el cuerpo, y a duras penas logra el padre Contreras reclutar cuatro mozos que la lleven. Otros menos ansiosos de maltratar sus hombros, entran a las tiendas a comprar las velas y faroles para llevar a la procesión ellos y las novias. Los pepos del pueblo también se precipitan a las tiendas en busca de faroles unos, y de otro trago bien acuerpadito los más, “pa aguantar este frío y pa que no les haga daño el sereno”. Las puertas y ventanas empiezan a vaciarse; los grupos de placeñas, sin preocuparse por llevar bujías o linternas, pues saben les sobraré quién les alumbre, se disponen a marchar.

En el cuartel suena un redoble de tambores y luego ecos de trompetas. Un pelotón de soldados sale del cuartel y cruza la plaza. No llevan armas de fuego sino, únicamente, lanzas, palos, cordeles y algunos faroles. Los campesinos, al ver el pelotón, pónense recelosos y temen alguna asechanza para reclutarlos. No se deciden a ir a la procesión sino cuando ven que al pelotón júntese el padre Contreras, don Jacinto, muchos otros placeños y la imagen de Judas, que va adelante y lleva también su farol en la mano.

El silencio impera, interrumpido solamente por las pisadas de la multitud y los cuchicheos y conversaciones inevitables en tales casos. El padre ha advertido desde el púlpito que para que la cosa quede bien patentica, deben ir en silencio; pero que una vez que cojan al Señor, sí pueden gritar y hacer algo de bulla.

La muchedumbre sale de las calles del pueblo y se dirige a una pequeña arboleda, donde ha sido arreglado el huerto. Las luces de los faroles proyectan por doquiera sombras fantasmales; las bujías descubiertas son asediadas por enjambres de insectos que, como soldados valerosos frente al enemigo, no escarmentan ni retroceden al ver que los que les precedieron han caído achicharrados. Ráfagas nocturnas hacen estremecer las llamas de las bujías que, luego de haberse inclinado, formando torrentes de grasa que salpican por doquiera el suelo, manos y vestidos, toman de pronto a erguirse y a azotar las tinieblas con intensas lumbraradas. En el aire tibio de la noche parecen flotar los gemidos del Maestro que llorara sobre la ciudad deicida, los sollozos y notas plañideras de los ángeles, los suspiros de esperanza de santos y patriarcas en el Limbo, las carcajadas sarcásticas y aullidos de rabia y despecho de las furias del averno.

En el cielo, las estrellas, "pupilas de la inmensa negra", que dijera el poeta, ora destellan brillo insólito, cual si dilatáranse de asombro; ya inician tímidamente leve parpadeo, palidecen y se enturbian, cual si veláranlas copiosas lágrimas y apagara su brillo gran tristeza. Un retazo de luna menguante apunta en el oriente, tiembla un momento sobre las cumbres de los montes, parece vacilara en continuar su ruta; mas luego, impelida por la eterna fuerza que la arrastra, empieza lenta ascensión en el espacio, pero muy pronto vélese con las gasas de oscura nube, cual si se avergonzara de prestar su luz a esta noche de tristezas e ignominias...

Al paso de la multitud, los perros ladran furiosamente, temiendo cada cual ver amenazado su hogar; los pájaros dormidos al abrigo de sus pajas y plumas, levantan la cabeza somnolienta, en la cual brillan las pupilas deslumbradas por aquellas luces que a tan altas horas los despiertan. Las aves de corral alborotan en árboles y techos; y los gallos, cual centinelas sorprendidos por el enemigo, lanzan desesperado alerta, que se extiende y multiplica por todos los contornos.

Un hálito misterioso de temor y recogimiento ha recorrido a la multitud al penetrar en el huerto. Hasta los menos creyentes y que sólo asisten por vía de pasatiempo y aun con intenciones aviesas, sienten que algo extraño los conmueve y que en ese momento se está conmemorando un misterio sublime. Al pie de un hermoso arrayán, que ostenta los variados matices de su follaje, está la imagen de Jesús en agonía. La frente marfilina, cuajada de encendidas gotas, reposa sobre la dura roca. Las manos entrelazadas parecen estrecharse buscando mutuo apoyo. Los pies del Divino Maestro, esos pies que trajinaron todos los senderos en busca de la oveja descarriada, asoman por debajo de la túnica, calzados con rústicas sandalias y manchados por el lodo del camino. Y todo aquel cuerpo, do se aposenta la Divinidad, parece estremecerse con las convulsiones de la carne que tiembla ante el martirio. Sobre la roca hay grumos de sangre, producto del sagrado sudor que la inundara. Al pie de la roca, muchas plantas de esas que el vulgo llama "trébol de Judea" traídas de los lejanos montes, dan la sensación, con sus hojas matizadas de rojo, de que en verdad la

sangre del Justo acabara de rociarlas. En la copa del árbol, esfumándose entre gasas y copos de algodón, el ángel que confortó a Jesús mira con angustia la agonía de su Dios y parece impaciente porque la voluntad del padre no le permite acudir en defensa del Divino Hijo. Un poco alejados del arrayán, al pie de un guamo, se alcanza a divisar en la penumbra a Pedro, Santiago y Juan, que duermen tranquilamente.

Los soldados y la muchedumbre que los seguía, hicieron alto a alguna distancia de Jesús. Había que dar tiempo a que incorporaran la sagrada imagen y la acomodasen en las andas en que había de ser llevada a los tribunales. Terminada la faena, el pelotón y la imagen de Judas se acercaron. El padre Contreras, oculto detrás de la roca, preguntó:

—¿A quién buscáis?

—A Jesús Nazareno —respondió el que hacía de jefe.

—Yo soy.

Los soldados dieron bruscamente un paso atrás, y como la multitud apiñada no estaba prevenida para esta maniobra, hubo algunos empujones, traspies y aun caídas.

Después de un corto diálogo, calcado en el del Evangelio, los soldados se precipitaron sobre Jesús y empezaron a amarrarlo. La multitud rompió el silencio y de improviso sonaron gritos destemplados:

—¡Rojos canallas! ¡No ataquen al Señor!

—¡Suéltelo, gu nos acabamos aquí todos...!

—¿Ónd' está san Pedro, que no saca el machete?

—Pero no l'ihace, aquí toy yo —grito una voz aguardientosa.

—¡Abajo rojos herejes, que amarran al Señor! —rugió otro, sacando el machete.

—¡Viva el partido conservador! —respondieron varias voces.

Los soldados, que habían hecho caso omiso de los primeros gritos, creyendo que formaban parte de las ceremonias o eran brotes de algún *capetón* chistoso, al escuchar los últimos, comprendieron que la cosa tomaba otro cariz y pusieron en guardia. El tumulto fue espantoso. Muchos fieles, poco resignados al martirio, pusieron pies en polvorosa y se internaron por el rastrojo. Varias mujeres se desmayaron. Los chiquillos chillaban y aferrábanse a las ropas de los mayores. Hubo contusiones, callos reventados, desarticulados y fracturas, sombreros desaparecidos, amagos de incendio causados por velas y faroles.

Los que estaban colocados más atrás no habían sabido el origen del incidente y creyeron al principio que todo formaba parte de la función. Pero muy pronto cundieron por doquiera las más alarmantes y contradictorias noticias:

Que los soldaos rojos habían hecho encierro en el güerto y con los lazos que llevaban quizque pal Señor, taban amarrando a todos los reclutas. Que al padre Contreras, porque había querido defender a los

campesinos, le habían pegao unos garrotazos y lo tenían también amarrao. Que al Señor lo habían tirao al suelo en la trifulca. Que no era que los rojos hubieran hecho encierro, sino que los conservadores se habían pronunciado, les quitaron las armas a los soldados y venían a la carrera a tomarse el cuartel.

Doña Juana, al oír las primeras noticias, pareció desmayarse, por temor de lo que pudiera ocurrirles a Ventura y Laurita, metidas en esa barahúnda. Pero al oír los últimos comentarios, volvió como por encanto del desmayo, se incorporó de un salto y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva Antioquia! ¡Viva el partido conservador! ¡Esto es un milagro de mi Dios!

Doña Segunda se indignó también al principio, por los ultrajes irrogados al Señor y al padre. Pero, por otro lado, sentía cierta satisfacción, al ver que sus prevenciones y desconfianzas contra los rojos, se confirmaban. Además, deducía lógicamente que si los rojos reclutaban, era porque necesitaban soldados, es decir, que no estaban del todo triunfantes como se había dicho, sino que todavía tenían enemigos a quienes combatir. En estos pensamientos complaciase doña Segunda cuando llegaron las últimas noticias, que volvieron la vida a doña Juana y le arrancaron tan patrióticos gritos, que fueron inmediatamente contestados y reforzados por aquella.

—¡Bien estaba yo —clamaba alborozada doña Segunda— que este Jacinto iba a salir con una buena gallada! ¡Se comió a los rojos, pa quitales las armas! ¡Y así habían dicho algunos lengüilargos que se había voltiao, porque lo veían con ellos! ¡No sabían con lo que iba a salir! ¡Ah mi viejo pa querido!

En tanto que esto sucedía en el pueblo y que hasta el batallón, en la incertidumbre de lo sucedido, se aprestaba a la defensa, el padre Contreras, don Jacinto, el Alcalde y policías, aplacaban a los revoltosos, que eran unos campesinos ebrios que, tomando las cosas a lo vivo, habían resuelto salir a la defensa del Señor. Uno de ellos se debatía vociferando en medio de un grupo de gentes que lo sujetaban:

—Déjemen... yo soy san Pedro... tengo que defender al Señor... Suéltemen, bandidos, yo le corto la oreja a un rojo d'estos.

Restablecido el orden, la procesión se dirigió al pueblo, al son de trompetas y tambores. De cuando en cuando la diezmada concurrencia daba algunos gritos. Doña Juana y doña Segunda, que esto oían, estaban seguras de que eran los pronunciados que venían volando a tomarse el cuartel.

Don Jacinto, dejando atrás la procesión, llegó a la plaza apresuradamente. Al verlo, las señoras, sin temor del frío ni del sereno, se abalanzaron a su encuentro.

—¡Jacinto, Jacinto! —clamaban a dúo— ¿Qué fue lo que hubo? No se aviente solo, por la Virgen, que lo matan... ¿Ónd'están los pronunciaos? ¿Son muchos?

—Estarán en la cárcel —gruñó él, malhumorado por el percance habido.

—¿En la cárcel por qué? ¿No izque les habían quitao las armas a los rojos y venían a tomarse el cuartel?

—¡Déjense de culequeras, viejas bobas! ¡Si fueron unos borrachos, que nos dañaron la procesión!

Esto diciendo, don Jacinto les volvió la espalda y se dirigió a la casa que hacía de palacio de Anás, a tener todo listo para la llegada del Señor.

Doña Juana volvió a desmayarse, por la desilusión recibida. Doña Segunda, amenazando con los puños a su consorte, vociferaba:

—Viejo culeco serés vos, Judas, hereje, voltiao, que no vivís sino lambiéndoles a los rojos. Comé que t'abra la puerta y te guarde merienda. Ahora mismo me voy a coger mi cama y me dejo de vagamunderías y revoltijos con herejes. Merendá y amanecé onde te dé la gana, viejo embelequero.

A pesar de su furia y amenazas, doña Segunda no fue capaz de resistir a la tentación de ver los tribunales y permaneció en la ventana de su casa, con el pretexto de que no podía abandonar a Juana, que estaba como tan enferma.

La procesión llegó a la plaza. Muchos de los que habían huido en el momento del tumulto, viendo que nada ocurría y aguijoneados por la curiosidad, habían vuelto a asomar las narices y ya la compacta multitud se apiñaba al pie del balcón de Anás, quien aparecía en el solio, muy serrote y *respectible* con esas luengas barbas fabricadas por don Jacinto.

Subieron el padre Contreras, la imagen de Jesús y algunos soldados. Y empezó el diálogo consabido, en el cual don Jacinto hacía de consueta, oculto detrás de una cortina del palacio. La multitud guardaba religioso recogimiento y las palabras mesuradas del padre Contreras, que hablaba en nombre de Jesús, resonaban plenas de unción en el silencio de la noche, llenaban de emoción los corazones y arrancaban de algunos ojos tiernas lágrimas.

Del palacio de Anás siguió la procesión al de Caifás. Idéntico aparato de lujo y decoración brillaba en la casa, y las mismas barbas venerables ostentaba el joven que hacía de pontífice. Las vestiduras habían sido arregladas de modo que pudiera aparentar que las rasgaba, sin más que reventar algunas bastas. Cuando uno de los soldados simuló la bofetada de Malco, resonó en la plaza un murmullo de indignación y estallaron gritos de protesta:

—¡No t'aprovechés dél, maldito rojo, porque lo ves amarrao! Hacete p'acá, pa que gocés...

Muchos campesinos secundaron el grito, recogieron piedras e intentaron arrojarlas sobre los soldados. Acudió la policía, y unos cuantos borrachos fueron a hacer compañía en la cárcel a los san pedros del huerto.

Viernes Santo. Hasta la naturaleza muéstrase enlutada. El sol no ha querido lucir su faz radiosa ni prestarle a la tierra la tibieza de sus rayos. Negros nubarrones velan el inmenso palio de los cielos, forman caprichosos monstruos, tornan a destruirlos, retíranse al ocaso, ciérnense sobre las cumbres de los montes, dispérsanse un instante, acosados por rachas furibundas, vuelven a juntarse y a cabalgar en el espacio, desaparecen de improviso tras la sierra y son reemplazados por otros más oscuros y compactos que han surgido en el Oriente.

Ni una golondrina surca el ambiente ennegrecido; ni un arrullo, ni un gorjeo, ni un canto rompen el fatídico silencio. Solo allá en el templo resuenan quejumbrosas las preces inmortales. De vez en cuando la carraca deja oír también su voz monótona y prosaica cual ninguna. Parece flotar en el aire notas misteriosas, algo así como lejanos sollozos. Se oprime el alma del creyente y experimenta la impresión de que algo trágico y sublime se avecina. Y el ánima medita: Así como estas nubes tenebrosas serían las que invadieron la conciencia de Judas y cerniéronse sobre la ciudad deicida. A estas mismas horas, la Virgen de Judea, Juan y Magdalena, sollozarían en silencio. Y el eco de aquellos tristes sollozos es quizá lo que hoy creemos escuchar que flota en el ambiente. Así callarían las aves y abatirían su vuelo las inquietas golondrinas, para recogerse entre las frondas del Calvario, y presenciar la agonía del Creador. Así como esas preces plañideras que ahora resuenan en el templo, subirían desde el seno de Abraham las plegarias de los justos que pedían al Salvador...

La lluvia menuda que desde el amanecer ha estado azotando a Pedregales, obliga a las gentes a refugiarse en el templo, aceras y tiendas. Todas las miradas se dirigen de vez en cuando hacia el plomizo domo, que continúa su lloro interminable. En todos los semblantes se lee una misma dolorosa incertidumbre: Si no escampa, se va a dañar la procesión de once. Y tan linda que iba a estar...

Don Jacinto, haciendo caso omiso de las bravatas de doña Segunda y del mal tiempo que corre, trabaja febrilmente en el arreglo de los palacios de Herodes y Pilatos. En el de este último ha instalado un lavabo cerca del trono. Ya todo está terminado, y don Jacinto sólo espera impaciente a que los soldados almuercen para que vengan los que han de montar la guardia en los palacios.

A las once y media la lluvia ha cesado y empieza la procesión. El Nazareno, preciosa imagen quiteña de la cual está orgulloso Pedregales, es conducido primero a casa de Pilatos, donde se entabla el diálogo evangélico entre don Jacinto, que se ha reservado el papel de pretor y el padre Contreras, que habla por Jesús. Éste es enviado a Herodes, donde según se sabe, no hay diálogo, pues Jesús nada contesta. El tetrarca, después de zapatear y gritar de lo lindo, lo envía de nuevo a Pilatos, vestido de blanco. Después de

un rato de expectativa, sacan al Nazareno al balcón, desnudo de la cintura arriba, con las señales de los crueles azotes y la corona de espinas ceñida a las sienes. Al fin don Jacinto, después de lavarse las manos, da con voz tonante la sentencia. Entonces el predicador traído de la Villa sale al balcón, profundamente emocionado y, con lágrimas en los ojos, pronuncia un corto pero patético sermón, que arranca sollozos a gran parte de la concurrencia.

Y empieza el largo Viacrucis, por las calles enlodadas. Don Jacinto, despojado de las pretoriles vestiduras, sale de palacio, pues tiene que ir a preparar el encuentro con la Verónica y con las otras santas mujeres. Al presentarse en la plaza, algunos grupos de campesinos lo reciben con manifiesta hostilidad.

—Vean al que condenó al Señor. ¡No lo ven tan feo!

—Échenle piedra a ese judío maluco...

—Si es patético a Judas. ¿No le ven los ojos volaos?

—No digan nada, oles. ¿No ven qu'es don Jacinto, el marido de mi comadre Segunda?

—¿Y quién lo mandó a juntase con los rojos, pa condenar al Señor?

—Si eso era por presentar bien el sainete; no sean inorantes —arguye uno que se las echa de *leído*—. El padrecito también estaba allá.

—Pero defendiendo al Señor. Y este viejo maluco siempre lo condenó.

—Es qu'el qu'entre la miel anda... algo se le pega.

—Eso mesmo digo yo. Ende que lo vide tan zalamero con los rojos, se me puso que con nada bueno iba a salir.

Don Jacinto, para escapar al chubasco de los ignorantes campesinos, que de buena gana lo lincharían, apresura el paso.

En tanto, Jesús recorre la vía dolorosa. Escoltado por los soldados y llevado en hombros por los sayones, que a nadie han querido ceder su puesto, ha caído ya una vez y se ha encontrado con su madre. La multitud fervorosa reza en voz alta, se estruja, se atropellan unos a otros, se hunden en los charcos, se pisotean, y cada vez que la carraca señala una nueva estación, caen de rodillas, oran y meditan, mientras los cantores entonan la estrofa respectiva.

Muy atrás de la apiñada muchedumbre viene un grupo de placeñas, muy enlutadas y compungidas y esgrimiendo cada una su camándula más o menos valiosa. Sirveles de pretexto para ir separadas de la multitud, el temor de echar a perder trajes y calzados en aquellos fangales y mezcolanza. Como no saben cuándo es el momento de cada estación, pues ni aun siquiera alcanzan a oír el canto, han resuelto prescindir del Viacrucis y, en cambio, entonan a muchas voces el rosario, intercalando a cada diez el estribillo: "Aplaca,

Señor, tu ira, tu justicia y tu rigor... Por la corona de espinas... por tu Pasión, Jesús mío... por los cinco mil azotes... misericordia, Señor."

Y entreverando también, sin perder el ritmo del rezo, miradas y sonrisas al grupo de hombres que va por la acera de enfrente. Allí van Troncoso, Sepúlveda, Pareja, el Secretario y el Alcalde. Este último, sólo por congraciarse con los militares y mostrarse con ellos amplio y tolerante. Pareja va en el grupo porque Lola no vino a la procesión, y él, a la vez que acompaña a los amigos, quiere aprovechar la coyuntura para jugarle una infidelidad a la negra Cáceres. Y, al efecto, dispara terribles pupilazos a Laurita, muy ajeno a pensar que al mismo punto convergen los de su jefe Troncoso. Sepúlveda y el Secretario forman un subgrupo, frente al de Berta y Elisa. Ventura, que reza en compañía de Laurita y algunas devotas que se les han juntado, se cree asediada a la vez por Troncoso y Pareja. Y no acaba de resolverse a cuál de los dos ha de corresponderle. Aunque las palabras de Elisa, el día anterior, la han puesto un tanto recelosa acerca de las verdaderas intenciones del general, no obstante, como nada cierto ha podido advertir, no se resuelve a renunciar a él y corresponderle a Pareja. Y eso que éste es más joven y buen mozo, lo cual ya es para Venturita una tentación difícil de vencer. Por otra parte siente la maligna complacencia de *tumbar* a la roja Cáceres. ¿Pero si el teniente resulta no ser sino un patán, que quizá lo que busca es tener un pasatiempo en la fonda, sin por esto renunciar al de Lola? Al contrario, Troncoso es más serio, al fin más viejo, parece locamente enamorado y fácil de coger en las redes matrimoniales.

Y Venturita, en esta incertidumbre, lanza miradas a uno y otro, sin atreverse a negarlas a ninguno, mientras pasa las cuentas del rosario y entona fervorosa a cada diez: "Aplaca, Señor, tu ira..."

Laurita marcha con los ojos bajos y reza con verdadera devoción. Esquiva mañosamente los charcos, recógese con modestia la faldita de merino, mientras piensa: "¡Qué tal que se me fueran a ensuciar mi calzadito y mi vestido nuevos, cuando me tienen que aguantar hasta el otro año!" Muy abrigada en el pañolón de fleco de seda, apenas deja ver algunos negros rizos, que se solazan sobre la blancura de la frente, y un perfil perfectísimo de Madona que enmarcan los pliegues de aquél. A pesar del invernos día, sus mejillas se han arrebolado y ostentan espléndidos colores. Y éstos se acentúan más aún, cada vez que, casi impensadamente, y como arrastrada por fuerza superior, da al grupo de hombres algunas tímidas miradas y encuentra los cuatro ojos que la asaetean.

En uno de estos momentos de distracción, que le remuerden como gran pecado de irrespeto al augusto misterio que se conmemora, hunde el pie en un charco, del cual salta el lodo y salpica su vestido y el de la tía. Ésta le clava en el molledo furibundo pellizco, a la vez que la apostrofa, en tono de rezo, para que los hombres no se den cuenta:

—Fíjate ónde pisás, ojidormida. Aplaca, Señor; tu ira... Por estar como una boba viendo pa todas partes, ve cómo me volvites la falda... Dios te salve, María... Y la tuya quedó pior... Aplaca, Señor, tu ira... Estate creyendo que vas a tener siempre bobas como mi mamá, que te dé pa que destrócés, so sinvergüenza... Por los cinco mil azotes, misericordia, Señor...

A Laurita se le saltan las lágrimas, no tanto por el dolor del pellizco, como por su vestidito que ha quedado hecho una lástima. Y también de vergüenza, pues teme que el cercano grupo haya advertido el furibundo regaño. Y hace en su interior firmes propósitos de no volver a levantar los ojos del suelo. Pero un diablillo, que en todo están, hasta en Semana Santa, le sugiere el pensamiento de que la furia de su tía no fue tanto por las manchas de lodo cuanto por la mirada a los hombres. Y el mismo diablillo le aconseja que, para vengarse de la reprimenda y el pellizco, repita las miradas. Y así lo hace Laurita, en tanto que su linda boca esboza una triunfal sonrisa y murmura muy fervorosa: "Por la corona de espinas, misericordia, Señor."

XXI

Las Siete Palabras. Horas trágicas y sublimes, en que las almas cristianas se conmueven, los ángeles occultan el semblante dolorido, los elementos agítanse sacudidos en sus cimientos por extrañas convulsiones, el infierno ruge impotente ante la derrota y el Padre Eterno niégase a mirar hacia la tierra, a tal punto que arranca al alma atormentada de la Víctima, aquella queja sublime y angustiada: "¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?"

El templo de Pedregales hállase colmado de fieles. A pesar de que afuera arrecia la lluvia y desgarran la atmósfera truenos y relámpagos, la aglomeración hace que en el sagrado recinto el calor sea insoportable. El padre Contreras, que ha de predicar el sermón del descendimiento, por brusca indisposición del predicador de la Villa, ha confiado a don Jacinto la lectura de las Siete Palabras. Hácelo él con voz pausada, no exenta de unción algunas veces. Sin embargo, el ver aquella laica y nada atrayente figura ocupando la cátedra sagrada, quita no poco entusiasmo y devoción a la concurrencia. Solo doña Segunda extasiase oyendo a su viejo desde el presbiterio, donde se halla bien acomodada, merced a sus prerrogativas de dama de calidad, beata decidida y esposa del coadjutor laico de todas las fiestas y ceremonias. Y, en gracia de lo bien que lo está haciendo su viejo, olvida las bravatas y desilusiones de la víspera.

Hasta los campesinos, viendo ahora a don Jacinto hecho casi un curita y leyendo tan lindo, *mesmamente un padrecito*, se arrepienten de haberlo juzgado mal y llegan hasta perdonarle que haya condenado al Señor.

Doña Segunda, en un momento de distracción en sus profundas meditaciones, alcanza a ver a Ventura y a Laurita que, sin donde sentarse, casi se asfixian entre la multitud que por todos lados las aprieta y apesta con su piel sudorosa y nada limpia. El primer impulso de doña Segunda fue dejarlas que se ahogaran en aquella estrechura y aquel ambiente malsano. Presente a su memoria estaba la discusión que había tenido la víspera con Ventura, en la cual tan amargas verdades se dijeron. Pero no: en un día tan santo, en las Siete Palabras, al pie mismo del Calvario y acabando de oír leer a Jacinto cosas tan lindas sobre el perdón de la injurias, imposible guardar rencor. Debía mostrarse generosa, sin que ello obstase para hacerlo con cierto aire de superioridad y protección. Levantose, pues, majestuosamente de su asiento, habló con uno de los soldados, le señaló a aquéllas e hizoles una señal con la cabeza.

El soldado, tanto por atención a doña Segunda, cuanto porque reconoció en las interesadas a las hospederas de sus jefes, se encargó de abrires paso por entre la apiñada multitud. No era tarea fácil; pero al fin, aunque a costa de estrujones y provocando protestas y rabietas, logran acogerse a la sombra protectora del Calvario y de doña Segunda, que las recibe con el aire de una reina que permitiera a humildes vasallos llegarse hasta su trono. En el espacio recorrido por las agraciadas, quedan flotando rabiosos comentarios.

—Ve esa sanquileña cómo me volvió con sus cueros.

—Y esa otra botijona, careplasta, casi me pachurra el niño.

—¡A bueno pa habeles enterraos una aguja en las canillas!

—¡Que tal, por Dios! ¿En Viernes Santo? Había sido chuzar al Señor.

—¿Y cómo uellas sí pudieron pisanos y montásenos puencima?

—Descaradas que son. Allá se los haiga. Pisotieron al Señor.

—Es que como tienen plata...

—Ganas. ¿No ves que son la quedada y la nieta de la vieja Juana?

—¿Y entonces cómo están así tan puestas?

—Ujú. Yo no sé. Será trampiendo por ai o apretándose la barriga.

Troncoso, por ver a Laurita, había tenido la santa resignación de aguantar en pie las Siete Palabras, aunque sin prestar atención a ellas. Por fortuna los concurrentes, al reconocerlo, no lo estrechaban demasiado, los unos por respeto y estimación, los otros por miedo. Al ver a aquéllas tan bien instaladas, sintió deseos de acompañarlas, pero la tarea no era fácil ni le parecía cortés ni debido imitar el procedimiento de las damas, que, bien se sabe, son más duchas y atrevidas en eso de pasar por sobre los demás, sin cuidarse de los estragos que causan, rabietas que provocan y protestas que levantan.

Venturita, que no lo perdía de vista, intentó llamarlo con una señal, pero no se resolvió, por temor de la protectora doña Segunda. Laurita, que, a despecho del calor y apretones, había estado correspondiéndole a Troncoso muy en firme, tampoco se atrevió a hacerle señal alguna, tanto por su natural timidez como por respeto a la tía y a la señora. Ésta, aunque también lo vio y adivinó sus deseos, se hizo la desentendida. Aquel hereje, rojo maluco, no era acreedor a sus bondades ni merecía llegarse hasta el Calvario mismo. Hasta sacrílego hubiera sido intentarlo. Era cierto que ella había leído y oído decir al padre que el Viernes Santo la Iglesia rogaba hasta por los pérfidos judíos. Pero a los rojos no los mentaban para nada. Indudablemente éstos eran más malos que todos y ni aun en ese día tenían cabida en las preces de la Iglesia.

Por fortuna para Troncoso, don Jacinto, terminada la lectura de las Siete Palabras, bajó del púlpito, y, al dirigirse al presbiterio, tropezó con él.

—General, por Dios. ¿Usted metido entre todo este gentío? Se va a asar de calor.

Diciendo esto, don Jacinto paseó la mirada por la nave laterales, donde se aglomeraban las mujeres. Algo había ya comprendido o adivinado de las inclinaciones amorosas del general. Y cuando éste se hallaba allí, aguantando calor y cansancio, claro que no era por la ceremonia, sino en pos de algunas faldas. Al ver a Ventura y a Laurita en el presbiterio, don Jacinto comprendió lo que pasaba y, cogiendo confianzudamente a Troncoso por un brazo y empujándolo suavemente, le dijo:

—Aquí s'ihoga en este calor. Camine pal Calvario, pa qu'ioiga bien a gusto el sermón del descendimiento.

Troncoso no se hizo repetir la invitación. Sosteniendo con la mano izquierda la espada en balanza y procurando no pisar a nadie, siguió a don Jacinto. Ventura y Laurita los recibieron con amable sonrisa. No así doña Segunda, que frunció el ceño, tragó bilis, hizo que no veía a Troncoso, lanzó a su marido una mirada furibunda y luego, clavando en el Crucificado sus ojos suplicantes, murmuró a media voz: “Aplaca, Señor, tu ira, tu justicia y tu rigor...”

La buena señora temía, de muy buena fe, que la presencia de Troncoso en el Calvario podía hacer que el piso se hundiera, el techo se desplomara y, en suma, que produjera un cataclismo igual al que sucedió al universo siglos hacía, cuando expiraba el Justo en el infame madero.

Don Jacinto, viendo el aspecto de su mujer, estaba preocupado. ¡Caray con la Segunda tan *aferrunchada* en la política! ¿Qué tenía de raro que se le hicieran algunas atenciones al alférez principal de la Semana Santa, al que más plata había dado para que la celebraran pomposamente? Segunda quería ser más católica que el padre Contreras, que ninguna mala cara había hecho y que, por el contrario, se apresuró a

proporcionarle asiento al general... Y Segunda, ni por prudencia lo había alzado a ver. ¡Caray con la Segunda! Bueno es culantro, pero no tanto.

Así pensaba don Jacinto, mientras el padre Contreras, desde el púlpito, arrancaba lágrimas a los creyentes; el sacristán y ayudantes desclavaban miembro a miembro el ensangrentado cuerpo de Jesús, y Troncoso entablaba discreto cuchicheo con tía y sobrina.

XXII

Domingo de Resurrección. Pedregales arde en fiesta. La banda del batallón echa a los cuatro vientos las alegres y bulliciosas notas de victoria. Flotan en el ambiente himnos de ángeles, gritos de alegría, ecos de triunfo, aleluyas y cánticos de gloria. La carraca ha vuelto a ser arrinconada entre andas desvencijadas e imágenes viejas, donde dormirá durante un año. Menos mal que en su destierro la acompañan la imagen de Judas y el muñequito, diminuto y ridículo, que ha hecho de Cireneo. Las campanas, cual prisionero que recobra la libertad o desterrado que torna del exilio, rompen al aire con sus notas placenteras. El templo está vestido de gala y por doquiera se ostentan tiras de papel y banderas, en las cuales se lee, en letras muy grandes e irregulares: "Gloria in excelsis Deo". Por allá en los callejones y detrás de la sacristía, montones informes de cañabrava y ramas, que fueron el Calvario, se retuercen a los rayos del sol y exhalan ese olor característico de la madera verde calentada.

La Magdalena no se da tregua ni descanso. Estrena vestido blanco, regalo de Elisa, y la rubia y ensortijada cabellera flota sobre sus hombros y espaldas, cual gavillas agitadas por brisas vespertinas. Llevada en hombros de cuatro robustos mocetones, sale del templo hacia el altico donde está la imagen del Resucitado, hácele una venia, para lo cual los dos mozos de adelante se bajan un poco, en tanto que los de atrás permanecen rígidos; sale disparada hacia el templo, a dar la grata nueva; torna a salir, pero ya acompañada. La Virgen del Triunfo, también de estrén, coronada la cabeza con diadema nueva y en el semblante virginal pintado el más santo regocijo, va delante. Síguela Juan, el discípulo amado, que, cual si ya escribiera su inmortal Apocalipsis, mira constantemente al Cielo. En pos de él van las piadosas mujeres y atrás de todos viene Pedro, como receloso de que el Maestro le eche en cara su triple negación y le despida con cajas destempladas. Todos ellos, al llegar frente al Resucitado, le hacen la genuflexión consabida y luego pasan a colarse detrás de él, en el mismo orden en que llegaron.

Y, al compás de una marcha con que rompe la banda, empieza el desfile hacia el templo. Las campesinas lucen el imprescindible estrén de Pascua, traje de telas ordinarias y vistosos colores. Van casi todas descalzas, pues en aquellos tiempos el cubrir los pies con botines era privilegio de ricas, encopetadas

y placeñas. Y esto, sólo para ir a la iglesia y al salir a la calle en ciertas circunstancias especiales, pues para estar en la casa o ir al baño, a caminatas vespertinas o paseos al campo, era a pie limpio o, a lo sumo, en *arrastraderas*. Por esto solía decirse, cuando alguna de clase inferior o menos posibles, empezaba a darse ciertas ínfulas, que la tal ya estaba queriendo meterse a señora de media y zapato. Hoy no podría decirse otro tanto. El lujo ha invadido por igual las diversas capas sociales y no es tarea fácil distinguir por la indumentaria a la señora de la criada, a la matrona de la hetaira. Sirvientas, horizontales, obreras y campesinas ostentan calzados de última moda, medias de seda, trajes de valiosas telas, fabricados según los últimos figurines. En cuanto al sombrero, que en aquellos tiempos no lo llevaba casi ninguna en Pedregales, ni en los otros pueblos, hoy no hay títere con cabeza que no lo use, hasta en las más apartadas aldeas.

Tampoco resistió a los embates de la moda la costumbre antañera de que se diferenciara la indumentaria de solteras y casadas. En aquellos tiempos la muchacha que estaba para casarse tenía que alargar sus trajes hasta el tobillo y con ellos salía a despedirse de sus amigas, antes de uncirse al suave yugo... El ver en la calle una soltera con traje muy largo, era señal infalible de que estaba muy cercana la fecha en que pasaría al gremio de las casadas. Y adiós peinados caprichosos, y capul y exagerados afeites y coqueterías de cualquier género. En adelante había de peinarse de liso, salir a todas partes envuelta en el pañolón, llevar muy moderado arreglo en su persona, muy recogidos pensamientos, palabras y miradas.

Hoy... ¡quíá! es todo lo contrario, especialmente en los centros y pueblos que aspiran a imitar aquéllos. El carácter de casada le da a la mujer moderna unas prerrogativas y libertad de que no disfruta soltera alguna. Puede ir sola a todas partes, recorrer el comercio, mezclarse en todos los deportes, salir de casa a cualquier hora, sin decir adónde va, volver cuando guste, pasear en compañía de hombres, charlar con ellos a sus anchas, aceptarles invitaciones, hacer en su compañía grandes recorridos en auto, excursiones al campo, etc. Todo está bien en ella. Como es una señora de respeto, una mujer casada...

Y es una especie de escudo o égida para las solteras. Cuando éstas quieren darse algún solaz, echarse una caminada o parranda, diurna o nocturna, para que el público nada censure, no necesitan sino conseguir una casada que las lleve. Y aunque ésta sea una quinceañera, más locuela y desenvuelta que las solteras, hagan éstas lo que hicieren están muy tranquilas, y se dicen: "Nadie puede criticarnos nada: andamos con una mujer casada..."

Ni para los chascos que se llevan los provincianos o no iniciados, con estas casadas a la *dernier*. Al cruzarse en la calle con una de ellas, vestida con traje a la corva, motilada a lo *garçon* y ostentando en el rostro todos los refinamientos y afeites, y en los ojos toda la femenil coquetería, saludala de señorita, quédase embelesado contemplando aquellas formas que, por lo visibles y bien presentadas, parece fueran pregonando que se hallan en pública subasta, y, por poco que se las eche de Don Juan, sigue por esas calles

a la presunta conquista. Y al llegar ésta a la casa, quédase el tenorio con un palmo de narices, al ver que salen a recibirla ocho o diez chiquillos y aun hijas ya casaderas. ¡Cosas del progreso y la civilización! ¡Paso a ellos! Y volvamos al viejo Pedregales.

Los muchachos campesinos también están hoy derrochando sus lujos. Muchos que no pudieron asistir jueves y viernes, por urgentes ocupaciones o porque no les terminaron el estrén, han venido hoy a desquitarse. Bien pudieron, aunque con lástima, prescindir de las mentadas funciones y sainetes de aquellos días; pero quedarse sin presenciar el triunfo del Señor y sin estrenar en Pascua, eso sí que no. Por eso el Domingo de Resurrección es el día de más afluencia en los pueblos y cuando hacen su agosto fondistas, tenderos y todos los que venden algo manducable, tanto más cuanto los cuatro días de abstinencia de carnes, en aquellos tiempos obligatoria, hacen que todos estén hambrientos de empanadas, mondongo, envueltos, chorizos y todo aquello que lleve la vianda apetecida.

Entre todos los grupos de muchachos campesinos triunfan los de Rancholargo. Son los más admirados por hombres, mujeres y niños; los que más novias consiguen, los envidiados por todos los pepos de las otras veredas. Y no deben su triunfo a la indumentaria, que más o menos es la misma de los otros, sino a que calzan alpargatas atadas con cordones de lana, de vistosos colores, y llevan en la mano una varita; y, más que todo, a lo que ésta significa y que referido, comentado y ponderado en discretos cuchicheos, rodea a los muchachos rancholargueños de una gloriosa aureola. Pero no creáis que la varita mágica que tal nimbo les conquista es cosa parecida a bastón, junquito o algo de lo que ahora se estila. No. En aquellos tiempos no se conocían siquiera tales útiles en Pedregales, y, aparte de los inválidos, pordioseros maliciosos y el Alcalde, que usaba un guasco labrado, nadie en el pueblo andaba en tres pies. Por eso los muchachos rancholargueños se lucieron y fueron los héroes del desfile, por la varita de cafeto que llevaban en la mano, y, principalmente, por lo que ella significaba.

Meses antes había llegado a Rancholargo un remediano, individuo de aspecto repulsivo y pésima catadura, que se ganaba la vida enseñando a "jugar el arma", arte en el cual, según la fama, era perito consumado. Padre previsivo hubo que, para que sus hijos no fueran a quedarse sin aprender a perfección cosa tan importante, contrató por tres meses al maestro, dióle hospedaje en su casa, alimentación de persona de calidad, y buen sueldo. Su única obligación era darles a los jóvenes una hora de clase por la tarde cuando regresaban del trabajo, en un patio arreglado al efecto. El resto del día pasábalo "el maestro" paseándoles a las muchachas de los contornos, dando clases aisladas a los que las solicitaban, improvisando juego, en el cual siempre ganaba, merced a las artes y mañas con que enredaba a los incautos, o durmiendo a pierna suelta en el cuarto que se le tenía señalado o a la sombra de los árboles. Comprometíase, sí, a enseñarles en los tres meses, a sus discípulos escogidos, las veinticuatro paradas. Porque las otras seis que

sabía, las reservaba para su propia defensa y sólo en caso de una prima muy grande se resolvería a enseñárselas y eso no en el patio, sino en la sala, a puerta cerrada, para que los curiosos, que nada pagaban, no fueran a coger algo de ellas. Pues como no todos los rancho-largueños tenían con qué pagarle al maestro, ni clases aisladas, ni mucho menos darse el lujo de ño Crescencio y sus hijos, que lo tenían a domicilio, se contentaban con mirar desde la manga vecina, con la respiración contenida, la boca abierta y chorreándoles la baba por las comisuras, las piruetas que ejecutaban en el patio maestro y discípulos.

Como para los ejercicios no podían usarse machetes, lo cual habría sido peligroso para los aprendices, se acudió a varitas de cafeto, del cual había en los alrededores algunos árboles nacidos al azar. Pues no habían llegado los tiempos en que el cafeto desalojara al maíz, frijoles, plátano y demás comestibles, invadiera mangas y potreros, se aposentara en las selvas socoladas, rodeara por todas partes las habitaciones y absorbiera la savia de millares de hectáreas de terreno y la actividad de millones de hombres. Apenas se veían aquí y allí árboles aislados, de los cuales casi nadie hacía caso. Fueron derribados varios para sacar las varitas que reemplazarían a los machetes; y como aquellas a cada momento se rompían, a los envites de los contendores aprendices, se necesitaba buena reserva de ellas. De los frutos, que cual rubies y esmeraldas rodaron por el suelo, nadie se cuidó. Apenas la vieja cocinera recogió en una coyabra los rubies, pelolos a viva uña y púsolos a secar en un costal viejo, por si acaso “de presto servían p’alguna bebida”.

Al llegar la Semana Santa, el maestro tuvo una idea genial. Estaban para terminarse los tres meses del contrato con ño Crescencio, y aunque en la vereda tenía otros muchos discípulos esparcidos, temía que, al acabársele la ganga del contrato, se resintiera su bolsillo. Necesitaba pues, hacerse a una buena propaganda delante de los campesinos de las otras veredas. Al efecto, reunió a todos los discípulos y les dijo que, para que todo el mundo los conociera, respetara y tuviera miedo, debían salir el Domingo de Pascua uniformados. Y el uniforme sería una varita de las que usaban en el aprendizaje, pero arreglada especialmente para el caso, puesto que había de ser la señal que a todos dijera el escogido grupo a que pertenecían. El arreglo que el maestro les hizo a las varitas insignias, fue quemarles en una llama los nudos y algunos puntos, con lo cual quedaron matizadas y llamativas. Los veinte afortunados discípulos o ya casi sabios, salieron muy ufanos con sus varitas; y como ello requería algún especial lujo, optaron por lo de las alpargatas amarradas con cordones de lana. El jefe dispuso que, para hacerlos más visibles, no se mezclaran con la multitud, sino que ayudaran a guardar el orden en la procesión. Y era de verlos distribuidos a ambos lados de la calle, muy orgullosos de su papel, empujando a hombres y mujeres con la requemada varita, a tiempo que decían, entre sonrientes e imperiosos: “Abran una callecita, abran una callecita”.

Y eran de oírse los cuchicheos y exclamaciones de asombro de los otros sorprendidos y humillados campesinos. Aquellos fueron los verdaderos héroes del desfile; y ni el Resucitado con su bandera blanca, ni

la Virgen y Magdalena con sus vestidos nuevos, ni el esperpento de Judas, que a ese mismo tiempo ardía en la plaza, colgado de altísima horca, atraieron tanto como ellos las miradas y comentarios.

—Compadre, ¿quiénes serán esos muchachos como tan orgullosos y particulares?

—¡Calle la boca, compadrito, por Dios, que lo pueden oír o algún picón les cuenta! Con esa gente ya no se puede uno meter...

—¿Y quiénes son, pues, ellos? ¿A quién se han comido?

—Casi nadie... son los que ya saben las veinticuatro...

—¿Las veinticuatro qué?

—Pues los hijos de mano Crescencio y otros vecinos d'ellos, qu'ihan estao aprendiendo con el remediano las veinticuatro paradas.

—¿Saben ya las veinticuatro? ¡Bendito sea Dios! Y uno tan inorante.

—Hasta dicen qu'el maestro les enseñó escondido a los de mi compadre Crescencio las otras seis. Y eso que quizque no quería enseñalas, porque le podían hacer falta a él, pa defendese, llegao el caso. Tuvo mi compadre que pintale un platal. Vivo qu'es el maestro. ¿El pa qué las va a necesitar?

—¿Por qué no? Nadie está libre de una mala hora, gu de que algún bandido l'uataque.

—Si es que él no necesita parada ninguna pa defendese. Ese hombre ta ayudao...

—¡No me diga eso, compadrito! ¡Ta ayudao!

—La verdá. Vea, el otro día s'encontró con una ronda de aquí del sitio, qu'estaba buscando no sé a quién; y com'uél quién sabe qué asunticos dejaría pendientes en los Remedios y no quería que lo vieran, se les golvió un racimo de plátanos.

—¡Ave María! ¡Eso es mucho saber!

—Y en Segovia le hicieron pandilla doce negros caratejos, y él clavó el machete en el suelo, y antoces el machete siguió peliando solo con los negros, y él sentao en un altico riéndose a las carcajadas, sin qu'ellos lo pudieran ver.

—¿De modo que antoces es que tiene mágica?

—Natural. Tiene que ser.

—¿Y sí será de la buena? Es decir, de la blanca, de la del ángel, que la mantienen hasta los padrecitos en el bolsillo, pa espantar al Diablo.

—Claro. Si fuera mágica de la negra, si tuviera pautao con el diablo, no venía a las procesiones.

—Verdá. A yo pa bobo. Pero n'ues ni gracia, a como toy de enjerme... Bueno, ¿y de modo qu'esos muchachitos de ño Crescencio aprendieron ya las otras seis paradas?

—Eso dicen.

—¡Caramba! Ai les arrima alguno. ¿De modo que ya saben desquitar bala en un cuchillito cualquiera?

—Esa quizque'es la única que les jalta por aprender.

—¡Tan chiquiticos y saber ya tanto...!

—Pes ai verá, compadre. Cualquiera d'esos veinte es capaz ya d'agarrase con ocho o diez a machete y que no le toquen ni un pelo.

—¡Ah descuidao qu'es uno, compadre! Izque dejar a los hijos d'iuno tan brutos. Hasta cargo de concencia será.

—Eso mesmo taba pensando yo. Hay qu'ihacer algún quiebre, pa que llevemos al maestro.

—Por supuestamente. ¿Qué le parece, si de pronto se les mete el diablo a esos veinte alzase con el pueblo, quién se les para?

—Calle la boca, compadre. Eso no se puede ni pensar.

—Tenemos qu'ihacer algún sacrificio pa trenos al maestro.

—Natural. Pero debía ser ligero, antes de que les enseñe a esos las últimas paradas.

—¿Y de qué modo?

—¡Eh, compadre! Por la plata baila el perro. Con que le pongamos un sueldo más grande qu'el de mano Crescencio, se viene.

—Tamién es cierto.

—¿No le parece mucha gallada que los muchachos de nosotros les cogieran ventaja, aprendiéndose primero todas las paradas?

—Hay que bregalo. Manque juera pidiendo plata a interés o vendiendo maíz adelantao.

—Agora apenitas salga de misa, l'ihablamos.

—Ni riesgo, compadre. ¿Elante e los otros? Si malicean algo, no se lo dejan quitar. Y est'ues que no la pongan con nosotros. Como ya se pueden aprovechar, por el descuido d'iuno.

—Antoces agora convenimos cóm'uhacemos pa conseguilo.

Y en esta semana fueron varias las diputaciones que, en mucha reserva y con propuestas ventajosísimas, recibió el maestro. Se hizo rogar, a fin de obtener mayores ventajas, y al fin, a pesar de las protestas de ño Crescencio y sus hijos, porque los dejaba *comenzaos*, se trasladó a la otra vereda.

XXIII

Doña Juana está, según sus palabras, "como si la hubieran molido a palos". El trajín de la semana, especialmente del Domingo de Pascua, no fue para menos. La afluencia a la fonda de gentes hambrientas

después de los cuatro días de abstinencia, mantuvo a doña Juana, Pacha y una sirvienta supernumeraria, buscada para la Semana Santa, en un continuo vaivén de la cocina a las mesas y de éstas a la cocina. Desde muy temprano se acabaron las empanadas, a pesar de que al adobo se le habían aumentado dos libras de carne y a la masa en proporción. Hubo necesidad, para no dejar ir ni un solo cuartillo, de improvisar adobo con carne desmenuzada y desperdicios de mondongo, y desbaratar muchas arepas, para utilizar su miga. De las ollas de mondongo, envueltos, etc., tampoco quedó nada.

Los panzudos hermanos de Laurita se llevaron un soberano chasco, cuando acudieron el lunes, muy temprano, a casa de su abuela, en busca del acostumbrado hartazgo. Por fortuna, doña Juana que, aunque “molida a palos”, estaba de buen humor por las ganancias obtenidas, atajó el llanto a los nietos, que ya preludiaban los *pucheros*, dándoles un cuartillo para los dos.

El almuerzo del lunes de Pascua estuvo bastante descuidado, pues ni doña Juana tenía ánimos para preocuparse mucho de él, ni Pacha, también “molida a palos”, hizo gran cosa. En general, el servicio de los comensales durante la semana había dejado mucho que desear. Con razón, pues, doña Juana se sobresaltó cuando Troncoso, terminado el almuerzo, le dijo, muy seria y ceremoniosamente, que necesitaba hablar con ella y que le hiciera el favor de indicarle cuándo y dónde podían hacerlo. La señora dio por cierto que iba a perder la buena clientela, tanto más cuanto Pacha le había hecho notar que el general casi no había probado el almuerzo.

Pero muy lejos estaba Troncoso de preocuparse por cosas tan prosaicas. Si no había almorzado era porque, ocupado su pensamiento con el proyecto que tenía entre manos, había perdido todo el apetito. El amor que sentía por Laurita llegaba al máximo grado de intensidad, en que ya no le era posible callarlo por más tiempo y necesitaba encaminarlo por el senderito derecho que lleva al matrimonio. Él mismo se maravillaba de que una mozuela, casi una niña, hubiese obrado en él tal transformación. Él, que nunca había tomado en serio a las mujeres, que sólo veía en ellas un instrumento transitorio de placer, que no llegó a pensar llegara un día en que hembra alguna doblegara su indómito carácter de soldado, se encontraba ahora convertido en un idiota, hecho un ente que ni comía, ni dormía ni hacía nada a derechas, por vivir suspirando y formando amorosos planes, como cualquier mocito quinceañero. Él, que hacía tantos años no entraba a un templo, ni cultivaba siquiera remotas relaciones con los sacerdotes, había resultado ahora guardando vigilia, buscándole amistades al padre Contreras, haciendo de alférez, como cualquier montañero rico y fanático, andando en todas las procesiones, en promiscuidad con el vulgo, aguantándose en pie las eternas Siete Palabras y aun intentando rezar, como le ocurrió la noche del Sábado Santo cuando, por seguir a Elisa, Ventura y Laurita, que hacían la novena de la Soledad y las visitas al Santo Sepulcro, se halló de

pronto arrodillado, sin saber cómo, y ya que ignoraba lo que debía contestar en el rezo, contentábase con mezclar a las voces de las otras un murmullo inarticulado.

Es cierto que, pasada la primera impresión, creyose en ridículo y se quedó en el atrio, mientras las mujeres salían y volvían a entrar a hacer otra visita. ¡Con qué fruición recordaba esas miradas lánguidas, inocentes y acariciadoras que le daba Laurita, cada vez que salían al atrio y antes de volver a entrar en el templo. Por recibir las, hubiera él permanecido toda la noche en su puesto, si preciso fuera.

Y aquella conversadita tan sabrosa, al pie del Calvario, mientras el padre Contreras hacía llorar a los fieles, con el sermón del descendimiento. A Troncoso le parecía que el sacerdote, sin duda ahogado por la emoción, había tronchado el discurso. No era posible que normalmente fuese tan corto, pues cuando él pensaba que estaría en el exordio, se había terminado. Por fortuna, luego siguieron los cantos rituales y el arribo de los fieles a bendecir medallas, rosarios, velas y demás objetos, al contacto del Santo Sepulcro. Y para dar espacio a la multitud que se apiñaba, ávida de ver y adorar al sagrado cadáver, ellos necesitaron retroceder hasta la sacristía, donde tuvieron un pequeño contratiempo, pues la sacristana, al ver invadidos sus dominios por el odiado hereje y aquel par de descocadas y brinconas, interrumpió la profunda meditación en que se hallaba y salió refunfuñando y haciéndose cruces, cual si acabara de aparecérselo el mismísimo Satanás.

Todo esto lo recordaba Troncoso mientras almorzaba o trataba de almorzar. Y sonreía complacido, al evocar las palabras ingenuas e inocentes de Laurita, cuando él, aprovechando la momentánea ausencia de Ventura, que había ido a colocar su camándula sobre el Santo Sepulcro, le hizo, con todo el ímpetu de militar y enamorado, ardientes declaraciones amorosas. Entonces ella, alzando un momento los ojos, para ver si su tía estaba lejos, le confesó que al principio se había horrorizado de sus pretensiones, pero que ahora ya no le tenía miedo, pues veía que era hasta muy buen cristiano, ayudaba a las cosas buenas y asistía a las funciones de Semana Santa.

Nada más dijeron los labios de la niña; pero el rubor de sus mejillas, el temblor de la voz, el ritmo acelerado de su pecho y, sobre todo, la mirada de sus hermosos ojos dijeron a Troncoso que no sólo no le tenía miedo, sino que en aquel corazón de virgen el amor había encendido ya su misteriosa lumbre.

Y Troncoso, que estaba perdidamente enamorado y no era hombre de hacer las cosas a medias, ni joven romántico que se contentara con seguir suspirando en vano, contarles sus penas a los astros, grabar en la corteza de los árboles el nombre de la amada y amanecer buscando una consonante para su acróstico, pensó en llevar inmediatamente el asunto adelante y encaminarlo derechito al matrimonio, cuanto antes, mejor.

Bien sabía que lo primero que necesitaba hacer era entenderse con doña Juana. El padre de Laurita era un ente atrofiado por la miseria, que no tenía más misión que jornalear de lunes a sábado y pasarse el domingo durmiendo o tapando portillos en la casa. Doña Tránsito, saco de enfermedades, espíritu apocado, cuerpo endeble, comida de anemia y mil achaques más, tampoco tenía voz ni voto en estas cosas. En su casa imperaba en todo y por todo la voluntad de doña Juana, por su doble carácter de madre y protectora. Todo esto sabía Troncoso por las confidencias con Pacha, confirmadas también por algunos hechos. Por eso había resuelto antes que todo abordar a la señora.

Ésta, a las palabras del general, quedose confusa. Sin duda quería arreglar cuentas y mudarse de fonda, o, al menos, quejarse del mal servicio de toda aquella semana. Y, para salir de una vez del *entripao*, contestó, haciendo esfuerzos por sonreír:

—A sus órdenes, general. Si quiere, pasemos a la sala.

Ventura, que ya sin escondrijos moviase en la sala y algo había visto y oído, al sentirlos venir se refugió en la alcoba, cerró la puerta y se colocó detrás de ella, de modo de no perder palabra de la interesantísima conferencia que iba a verificarse en la sala. Al fin iba tal vez también ella a salir de su *entripao*. Y no lo tenía pequeño. Aunque aferrada a la ilusión de ser ella la pretendida de Troncoso, le había parecido que éste se mostraba demasiado atento y amable con Laurita. Sobre todo, aquella entrevista del Viernes Santo, en el Calvario y la sacristía, la tenía por demás intranquila. Cierto que estaban los tres juntos y el general a ambas les dirigía miradas y palabras. Pero sí le parecía a Ventura que miraba con más frecuencia e intensidad a Laurita que a ella. Con todo, como Laurita casi no levantaba los ojos, no había podido convencerse de nada. Pero —y esta era la principal espina que Venturita llevaba clavada en su corazón— cuando volvió de bendecir su camándula, halló a Laurita ruborizada y anhelante, y a Troncoso con una sonrisa de satisfacción y de triunfo que daba mucho en que pensar. ¿Qué habría ocurrido en aquellos cinco minutos que estuvieron solos? ¿Quién la habría metido a ella a dejar a su sobrina sola en compañía de aquel hombre, que tan mala fama tenía de descarado con las mujeres? ¿Con qué le habría salido a la pobre Laurita, aprovechándose de que era una niña incauta e inocente? ¿Qué tal que su mamá supiera la imprudencia de dejarlos solos, por ir a bendecir una camándula, cuando ésta cualquier día había podido hacerla bendecir por el padre Contreras...

Doña Juana, un tanto inquieta, esperaba sentada en un taburete lo que hubiera de decirle el general, a quien había ofrecido la poltrona. Ventura, detrás de la puerta de la alcoba, contenía la respiración y trataba en vano de acallar los violentos latidos de su corazón.

—A sus órdenes, general —dijo doña Juana.

—Mi señora —murmuró penosamente Troncoso—, es que tengo que tratar con usted un asunto importante.

Doña Juana se movió nerviosamente en su asiento, Venturita aguzó el oído.

—Usted ya me conoce un poco, señora —siguió diciendo el general, tratando de serenarse—. Hace ya varios meses estamos en este pueblo y somos comensales suyos y creo no tenga ninguna queja de nosotros...

—Ninguna, general, ninguna —se apresuró a contestar doña Juana, mientras pensaba: Todo esto es para cargarse de mesas en la queja que me va a dar por el mal servicio.

—Como usted ve, yo no soy un pepo, ni mucho menos. He corrido mucho mundo, luchado en varias guerras, ascendido poco a poco al grado que hoy tengo. Me he visto más de una vez a punto de perder la vida, en lances personales y en las batallas...

Troncoso hizo una pausa. Doña Juana prestaba suma atención. ¿A dónde iría a parar todo aquello? No parecía que tuviera nada qué ver con el mal almuerzo de aquel día.

—No le diré —reanudó el general— que he sido un santo, ni que en mi agitada vida no haya hecho nada de qué arrepentirme. He matado, pero no alevosamente, sino en el calor de los combates o en mi propia defensa. He robado y permitido a mis soldados que robaran, pero sólo cuando las necesidades de la campaña nos obligaban a ello. He cometido injusticias y crueldades, aun con mis subalternos, llevado unas veces por el despecho de una derrota, y otras por mantener la disciplina. He tomado represalias de mis enemigos políticos y personales, no lo niego. La sangre pide sangre y los ultrajes, ultrajes. He tenido aventuras amorosas reprobables, pero nunca he profanado un hogar, traicionado a un amigo, forzado a nadie. Las mujeres que me han amado, lo han hecho por su gusto...

Venturita se ruborizó un poco, no obstante lo cual siguió escuchando. Ya adivinaba a dónde iría a parar el general. Y no creía fuera el caso de perder la conversación por meros escrúpulos. Doña Juana creyó llegado el momento de hablar. Aquello parecía una confesión, y ya que Troncoso la había escogido a ella como confesor, debía hacer bien su papel, con toda la rigidez que el caso requería. Despertábase en ella el espíritu de intransigente catequista que la caracterizaba.

—Ya que mienta esas cosas —dijo bajando ojos y voz— le diré francamente que a todas las personas buenas nos ha parecido muy grave el escándalo que ha estado dando aquí...

—¿Aquí? ¿en qué, mi señora? —interrogó Troncoso sobresaltado.

—Pues... como la gente habla tanto... Y dicen que por allí hay una mujer, una forastera... que vino con ustedes.

El general se mordió los labios. Aunque eran varias las mujeres que llegaron con el batallón, bien sabía de cuál hablaba doña Juana. Resolvió tratar de salir del paso, aunque fuera mintiendo.

—Son muchas las mujeres que vinieron con sus maridos, señora. No veo qué escándalo dé yo con eso.

—No se haga de las nuevas, general, que yo ya soy muy vieja y no me dejo embobar. Es público que usted se trajo de Jordán una tal... no me acuerdo bien cómo se llama... algo así como Chila, Leonilda... o no sé —replicó doña Juana frunciendo el entrecejo con un gesto de indignación y repugnancia.

Troncoso estalló en una risa forzada y exclamó:

—Si esa es la señora del cabo Raigosa...

—Eso dicen... pero... —replicó doña Juana inflexible.

—Bueno, doña Juana —dijo Troncoso apresurándose a desviar la conversación de aquel asunto espinoso—, como le iba diciendo, no he sido un santo, ni cosa parecida. Pero tampoco la fiera, el criminal, ladrón, asesino, profanador e incendiario que han dicho mis enemigos. ¡Se lo juro, señora! —agregó enardeciéndose por momentos.

Doña Juana guardó silencio. En los ojos del general brillaba extraño fuego nada tranquilizador, y a la mente de la buena señora acudió el recuerdo de todos los horrores que durante la guerra se habían contado de Troncoso. De buena gana suspendiera ella la conversación. Al efecto, se levantó diciendo:

—Con su permiso, general, yo doy una vueltecita a la cocina.

Y salió sin esperar respuesta. Su intención era demorarse bastante para que el general se aburriera y se marchara, o al menos para reflexionar un poco sobre la conducta que debía seguir, caso de que reanudaran la conversación, a la cual, a la verdad, no le veía aún qué objeto pudiera tener. Pero, de repente, doña Juana salió precipitadamente hacia la sala. Acababa de acordarse de que Venturita debía de estar en la alcoba. Y ante el cargo de conciencia de dejar mucho rato solo a Troncoso tan cerca de la *niña*, lo olvidó todo. Si de pronto se le ocurría a éste asomarse a la alcoba, aunque fuera por mera curiosidad, ¿qué hacía Venturita?

Ésta, entre tanto, se hallaba muy agitada. Disgustábale la escapada de su madre, que podía ofender al irascible general y echar a perder las buenas intenciones que sin duda tenía, una vez que había iniciado con tanta solemnidad aquella confesión. Y estaba resuelta, en caso de que su madre se tardase y el general quisiera marcharse, a salir de su escondite y entretenerlo mientras tanto. Por fortuna él no mostraba impaciencia ni deseo de irse... Paseábase, sí, un tanto agitado, por la sala, y más de una vez llegó hasta la puerta de la alcoba, pero no se le ocurrió siquiera ver si sólo estaba entornada.

Doña Juana volvió a ocupar su asiento y el general hizo otro tanto. Ambos permanecieron en silencio algún tiempo, buscando cada cual cómo reanudar la conversación. Hizolo Troncoso.

—Señora —dijo tranquilamente—, usted está muy ocupada y no quiero quitarle demasiado tiempo. ¿Qué otras cosas sabe usted en contra mía?

Doña Juana no contestó al punto. Temía al general. Pero, ya que éste parecía tan sereno y la autorizaba para hablar, ¿por qué no lanzarle al rostro todas las cosas que sabía? Quizá lograra acabar de convertir a ese gran pecador y hacer de él un buen cristiano y hasta un buen conservador. ¡Qué gloria para ella si fuera el apóstol de tamaña conversión!

—Pues, general —dijo pausadamente—, ya que usted me pregunta, le diré todo con franqueza. Por la verdad murió Cristo. Además de las cosas que ya le dije, de lo más grave que lo acusan es de haber profanado las iglesias, poniéndolas de pesebreras, robándose los cálices, para emborracharse bebiendo en ellos, dándoles agua a las bestias en las pilas benditas, quemando los santos... y otro poco de cosas horribles... —terminó doña Juana, verdaderamente horrorizada.

No lo estaba menos Troncoso ante aquel cúmulo de infamias y calumnias. A duras penas lograba contenerse, para que su ira no estallara. Pero en las manos de aquella señora estaba su felicidad; libraba con ella la batalla decisiva, que su corazón necesitaba ganar a todo trance. Y bien comprendía él que el único modo era la calma y la prudencia. El amor triunfaba sobre la dignidad herida, sobre el carácter orgulloso y altivo, sobre el amor propio que se revolvía al recibir los emponzoñados dardos de la calumnia. Habían sido más certeros y afilados los de Cupido. Siempre en este pícaro mundo el niño ciego ha de triunfar de todo.

El general, serenándose cuanto era posible, y encarándose con doña Juana, que lo miraba friamente, preguntó:

—¿Y usted sí cree todas esas infamias?

—Pues... yo qué sé... como la gente lo dice... Y cuando la quebrada suena, piedras lleva.

—¡Casi siempre lo que lleva es lodo: el lodo de la calumnia! —exclamó Troncoso, conteniéndose difícilmente.

—Así será... Yo digo lo que he oído contar. Y como usted me preguntó...

—¡Y yo le juro que eso es falso!

—¡Ojalá! Cuánto me alegro. Siempre es mejor que no se cometan esos sacrilegios en la casa del Señor. ¡Cuántas almas estarán ardiendo en el infierno por esas profanaciones!

—¿Y por las calumnias no arderán?

—También. Yo cuento lo que me cuentan. Allá se los haiga a los que levantaron el testimonio... siempre que todo es mentira.

—Todo no. Ya ve que soy franco. De todo eso lo único cierto es que una vez tuve que atacar una iglesia...

—¡Ah! —exclamó doña Juana levantándose horrorizada— No ve...

—Permítame que le explique, señora. ¿Qué iba a hacer, si los enemigos se habían atrincherado en la iglesia, si desbarataron el órgano, para fundir los tubos y hacer balas, si desde el coro y todas las ventanas nos estaban abaleando a quemarropa?

—¡Pero ellos era en defensa de la religión! —exclamó exaltada doña Juana

—¡Y nosotros en defensa de la libertad! —replicó Troncoso con voz firme.

Doña Juana guardó silencio; pero el horror, la indignación, el odio, fulguraban en sus ojos. Troncoso volvió a hablar.

—¿Cree usted que debíamos habernos dejado matar o huir como unos cobardes, por no atacar el templo?

Aunque doña Juana en su interior creía que, en realidad, los suyos habían hecho bien en atrincherarse en la iglesia y hacer en ella cualquier estrago, por ser en defensa de la religión; y que Troncoso, al contrario, debía haberse dejado matar o declararse en derrota, antes que disparar sobre el lugar santo, no se atrevió a decirlo y se contentó con replicar:

—Yo qué sé de esas cosas... Con su permiso...

—Pero no se demore mucho, que falta lo principal que tenemos que hablar —dijo Troncoso en tono serio.

Doña Juana dio algunas vueltas por la cocina, desahogó su mal humor con Pacha, dio órdenes y reflexionó un momento. De buena gana se quedaría allí; pero el tono imperioso del general, el temor que éste le inspiraba, las buenas utilidades que le reportaba su permanencia y la de los compañeros en la fonda, y el pensamiento de que Venturita estaba sola cerca de la fiera, no la dejaron tener calma. Volvió, pues, a la sala, impaciente por terminar aquella enfadosa entrevista, cuyo objeto no columbraba.

—Bueno, doña Juana —dijo Troncoso calmadamente— dejemos a un lado todas esas cosas y vamos a lo principal. Yo estoy resuelto a cambiar de vida...

Doña Juana abrió desmesuradamente los ojos, en los cuales brilló un rayo de alegría y de triunfo. ¡Cambiar de vida había dicho el general! Ello significaba, según la señora, arrepentirse de todos sus pecados, confesarse, abjurar de todos sus errores y quizá hasta escribir protesta. Ella no concebía en un rojo cambio de vida que no tuviera como base y esencial condición el hacerse conservador, con todo y protesta. ¡Y el general Troncoso decía que iba a cambiar de vida! ¡Dios mío! ¡Qué felicidad tan grande! ¿Habría oído mal? ¿Trataría Troncoso de burlarse de ella?

Él, viendo la expectativa de la señora, continuó:

—Ya la paz está firmemente establecida. Creo que dentro de poco tiempo el gobierno licenciará gran parte de las tropas. Y yo pienso retirarme del servicio apenas me lo permitan.

—¡Muy bien, muy bien! —exclamó alborozada doña Juana— Una persona honrada y buena como usted no debe estar en esos destinos.

Doña Juana, aferrada a su idea de que el general iba a cambiar totalmente de vida y de ideas, encontraba muy lógico que dejara de servirle al gobierno liberal. Y por sólo estas buenas intenciones, ya la señora lo consideraba persona buena y honrada, aunque no hacía un momento estaba aún creyendo, a pie juntillas, todas las calumnias e infamias que la maledicencia y la política habían acumulado sobre él.

Troncoso, atento a sus planes e ideas y sin sospechar siquiera las que bullían en el estrecho intelecto de doña Juana, continuó:

—Apenas consiga mi licencia, pienso establecerme en un pueblo, probablemente aquí... Me gusta esta tierra y tengo fondos suficientes para comprar una finquita que me dé la vida.

Ventura, que todo lo oía, se alegró mucho y exclamó para sí:

—¡Ah dicha, vivir en una finca! El general va a ser como aquel otro romano que peliaba un tiempo y después se iba a trabajar la tierra. ¿Cómo se llamaba? No me recuerdo. Algo así como san Cerato. Tengo que preguntarle a Elisa.

A doña Juana también la entusiasmó la idea de que Troncoso se quedara en Pedregales, ya de *paisano* y, sobre todo, "cambio de vida". Así lo tendría ella de comensal vitalicio, a la vez que sería un ejemplo vivo y constante para don Remigio y todos los demás rojos malucos del pueblo. ¡Quién le hubiera dicho a ella que sería el instrumento de aquella conversión tan linda! ¡Bendito sea mi Dios! Los designios de Nuestro Señor nadie los sabe.

El general, viendo que doña Juana, embebida en sus pensamientos, nada contestaba, siguió hablando y exponiendo animadamente sus planes de vida. Al llegar al punto culminante, su voz se hizo un tanto temblorosa por la emoción.

—Sí, señora, voy a cambiar de vida. Yo no tengo padres vivos ni nada que me atraiga en mi tierra. Me quedaré aquí. Y, ante todo, pienso casarme, para tener mi propio hogar. Bastante tiempo he vivido solo y llevado vida aventurera. Llegó la hora de recogerme.

El suspiro de dicha que ensanchó el pecho de Venturita fue tan hondo e intenso, que imprimió un fuerte movimiento a la puerta en la cual se apoyaba.

—¿Quién hay allí? —preguntó contrariado Troncoso.

—Nadie, señor; sería el viento que movió la puerta —contestó distraídamente doña Juana.

La buena señora estaba perpleja con las últimas palabras del general. ¡Con que pensaba casarse! Cuando más sería con la tal mujer traída de Jordán. Mejor, a ver si se acababa el escándalo. Se desvanecían sus ilusiones de tenerlo en la casa como cliente vitalicio. ¡Que en amor de Dios vaya!

Pero el impulso dado a la puerta por el potente busto de Venturita y el sobresalto que pareció causarle al general, despertaron en la señora más gratos pensamientos. Bruta que era. Puesto que el general trataba de casarse y para decírselo a ella había provocado aquella larga entrevista, claro que la futura esposa debía de ser Venturita. Así, todo quedaba en la casa. ¡Cómo la premiaba Nuestro Señor, por sus servicios en pro de la *buena causa* y por la conversión de aquel rojo hereje, que ella había logrado. Y ya doña Juana se veía viviendo en la finquita que compraría Troncoso, *despensionada* de fondas y de todo, ordeñando muchas vacas, dejándose contemplar de hija y yerno y contemplando a su vez a dos o tres troncositos.

Como doña Juana, flotando en sus pensamientos, guardaba silencio, Troncoso la interrogó:

—¿Qué dice, señora, de mis intenciones?

—Me parecen muy buenas, general —replicó ella, despertando de sus sueños y acariciándolo ya con maternales ojos—. Pa completar su conversión, nada mejor puede hacer que tomar estado. Así los habladores no tendrán ocasión de seguir murmurando... Bueno... y esa...

—No tenga cuidado —le atajó Troncoso— le doy mi palabra de honor que ordenaré al cabo Raigosa se la lleve lejos. Dentro de quince días le aseguro que no estará aquí.

—Muy bien hecho. Se ve que su conversión es verdadera.

—¿De modo que usted me aprueba la idea de casarme? ¿Y me ayudará en lo que pueda?

Nuevo suspiro de Venturita. Esta vez de ansiosa expectativa. De la respuesta de su madre dependía su propia felicidad. La señora, cada vez más satisfecha por el giro que habían tomado los acontecimientos, contestó, haciéndose la desentendida, aunque, en realidad, creía comprender demasiado:

—¿Yo? ¿Y en qué le puedo ayudar? Tengo mucho gusto. ¿Ya consiguió novia?

—Pues... creo que sí...

—¿Y ya habló con ella?

—Poca cosa. Quería primero contar con usted.

Venturita escuchaba anhelante, conteniendo la respiración. Los latidos de su corazón eran tan fuertes, que temía se oyeran desde la sala. En sus ojos había un extraño brillo, mezcla de alegría y pasión. Doña Juana, haciendo es-fuerzos por no traicionar la grata emoción que la embargaba, logró articular:

—¿Conmigo? ¿Y por qué?

—Porque la persona con quien quiero casarme depende de usted.

Doña Juana no pudo reprimir del todo una exclamación de júbilo. Mucho menos podía exigirle serenidad a Venturita, que, sintiendo que la felicidad la ahogaba, tuvo que dejarse caer en la cama, donde permaneció un rato como alelada. Cuando volvió a la puerta, ya Troncoso se despedía. Pero en su aspecto

dichoso y triunfal, así como en la satisfacción que rebosaba en el de su madre, comprendió que se habían puesto de acuerdo, aunque ella no había oído la última parte de la conversación.

Salido el general, doña Juana se precipitó a la alcoba. Ventura la recibió en sus brazos, ebria de dicha.

—¿Qué decís, Ventura, d'esto?

—¡No me diga nada, mamacita linda, no me diga nada: todo lo oí, mamita querida!

Y estrechaba en sus robustos brazos el cuerpo de su madre, besaba a más no poder la arrugada faz y la inundaba con lágrimas de felicidad.

—Pero soltame, ole por Dios —suplicaba doña Juana, casi asfixiada—. Déjame que te cuente.

—No me cuente nada, mamita linda... pa qué... yo oí todo, mi amorcito...

Al fin Ventura soltó a su madre. Ésta, que estaba poco menos alegre que su hija y no quería dejar quieta la lengua, prorrumpió, apenas pudo respirar:

—¿Pero quién había de pensar en esto?... No sólo lo hemos convertido, sino que va a quedar en la casa...

—Favores de Nuestro Señor, mamacita. Tenemos que mandar una misa y hacerle la novena a la Virgen del Perpetuo Socorro, alumbrándola los nueve días. Voy de una vez a arreglar la lámpara.

Diciendo esto, Ventura se levanta, coge en la mano izquierda el vaso, en la derecha la botella de aceite de higuera y empieza a llenar el vaso. Doña Juana se le acerca.

—Francamente, Ventura, lo veo y no lo creo. ¿Quién había de pensar que esa muchachita fuera tan de suerte?

—¿Cuál muchachita? —interrogó Ventura a media voz, sintiendo un soplo helado en el pecho y apartando del vaso la botella de aceite, el cual, sin ella darse cuenta, siguió cayendo en su falda.

—Pues Laurita... ¿No me dijites, pues, que lo habías oído todo? El general se va a casar con ella...

Un grito ahogado de Ventura es la única respuesta. Vaso y botella se estrellan en el suelo. Ventura se desploma a su vez. Doña Juana, sin comprender lo que pasa, se inclina a levantarla. Y como aquella se halla presa de violento ataque nervioso, en la brega de doña Juana por contenerla y procurar que no se haga daño, ambas se empapan en el agua y el aceite que inundan el suelo.

XXIV

La furia de Venturita no tuvo límites. Cuando recobró el conocimiento, se negó a recibir alimentos y medicinas que su madre, alarmada, le había preparado. A cada súplica de la pobre señora, estallaba en un

nuevo acceso de ira. Y no pudiendo desfogarla con ella, la emprendía contra Laurita, verdadera causante de su furor.

—Yo pa qué quiero sus cochinas de bebidas... tómeselas ustedé, que harto las necesita. Y dele también a ese caricortao, a ver si así se le curan las yerbas que le dio esa mocosa de Laura. ¡Quien la veía tan moscamuerta y solapada! Y era que tenía el veneno guardao. Apenas nos pusimos de bobas a darle muda y botines, sacó las uñas. Y resultó más coqueta, descocada y brincona que las mismas zurriagueras. Ni pa las vergüenzas que me hizo pasar en Semana Santa: no hacía más que abrirles los ojos y pelales los dientes a los hombres. Yo porque no les quise decir nada a ustedes, dizque de lástima que no la fueran a pelar o encerrar. Boba que soy. ¡Como si no supiera que la tienen perdida con los moños y contemplaciones! Todo se lo celebran como gracia... Y la metieron a figurar antes de tiempo. La maduraron biche. Si esa mocosa apenas está de jugar con muñecas y cargar los muchachos... Y ya la ven muy metida a pepa y muy sí señor correspondiéndoles a hombres tan malos y recorridos como esos militares. Y tiene engatusao al tal Troncoso y a todos ustedes. Pero no crean en el tal matrimonio. Que se vaya con ese manto a misa, que no abra el ojo y se deje embolatar. Verán la que les pasa. Se acordarán de mí que les va a pesar. Esos rojos no la hacen limpia. Y Troncoso menos.

—Si él va a cambiar de vida... ¿No oítes que me lo prometió? Si no fuera así, tampoco lo recibía. Convencete que se va a convertir.

—Amanecerá y veremos. Esa gente tiene muy mala entraña... quién sabe qué será lo que él está buscando.

—¡Ave María Ventura! Si él tiene muy buenas intenciones...

—Ello sí "ones". Porque la vio con esos brincos y esas cosas como de... claro que la cree igual a las otras que él está enseñao a engañar... como la mujer del cabo. Y esa zanquillenga Laura tiene la culpa, por descocada. Esas así son las que a ellos les gustan. Vergüenza me da que sea sobrina mía. Yo la enseñara con un rejo a manejarse bien. Pero ustedes no consienten que se le asiente un mosco. Al infierno se van a ir con ella a las espaldas, por alcagüetas.

—¿Pero cuáles son los crímenes que ha cometido la pobre Laurita? —preguntó angustiada doña Juana interrumpiendo la filípica.

—No... nada... pa qué le digo... si son gracias de la niña. ¿Le parecen pocos todos los desórdenes de Semana Santa, que ni rezó ni dejó rezar? No hizo más que coquetear con todo el que podía, con tanto escándalo y descaró que a mí me ardía la cara de vergüenza. Tal sería el descoco, que hasta las rojas, con ser como son, se escandalizaron. Yo oí que decían: "¡Pero como está de alebrestada la tal Laurita! ¡Dios nos libre de godas solapadas!"

Doña Juana escuchaba atribulada las acusaciones que lanzaba contra Laurita su propia tía. Ésta, envalentonada, cobró mayores bríos.

—Pero qué, si no respetó ni la agonía del Señor. Al mismo pie del Calvario estuvo charlando seguido con ese hombre. En él nada tiene de raro, que al fin es rojo y hereje... pero ella... ¡María Santísima! Las miradas que le clavaba doña Segunda... Ya me imagino cómo nos habrá descuerao. Porque yo soy la que pago todo. Como estaba conmigo y soy la tía, todo el mundo cree que debo reprenderla. ¡Dios me libre de meteme con hijos ajenos! Y tan malcriaos como esta mechuda mucho menos.

Venturita hizo una pausa para tomar aliento. Tenía aún mucha bilis que verter sobre la inocente sobrina, que había cometido el inconcebible crimen de conquistar el corazón de Troncoso, destrozando así, sin sospecharlo siquiera, las más gratas ilusiones de su tía. Y semejantes ofensas no las perdona nunca una mujer. Doña Juana, por su parte, recibía el chubasco sin protestar, cual si ella fuera la culpada, en presencia del inexorable juez.

—Ojalá yo tuviera autoridad sobre ella —reanudó Venturita— pa enseñale cómo se maneja una mujer. Yo, siendo usted, le pegaba una buena pela, le quitaba esos trapos que le dio y la hacía encerrar un poco de tiempo. Si ha de salir a manejase mal y hacenos avergonzar a todos, más vale que se quede metida en su cocina. Pa eso está buena ella. Y que tampoco vuelva aquí, pa que ese hombre no la vea y deje el capricho.

—¿Pero no estabas tan contenta con el casamiento, que le ibas a encender lámpara a la Virgen cuando te dio el ataque?

—¡Yo qué iba a saber de casamientos! Creí que ese hombre se estaba despidiendo de usté pa largarse pa otra parte. Por eso me alegré.

—¿No me dijites que habías oído todo?

—¡Yo acaso soy ninguna soperera, pa estar oyendo lo que no me importa! Oí cuando él se despidió y creí que era del todo. Por eso le iba a encender lámpara a la Virgen, pa dale gracias por ese milagro.

—¡Ah!... —dijo doña Juana, aparentando quedar convencida, aunque tenía sus dudas.

—Que no vuelva aquí esa langaruta, pa no tener que sacala a escobazos. Pueda ser que no viéndola deje ese infame de perseguila.

—Pero si él asegura que es con muy buenas intenciones. ¿A vos te chocaría que se casaran?

—¿A mí qué me importa esa zanquilenga? Que se case con el que le dé la gana, a ver si no se le revienta la giel o nos hace pasar de pronto una buena vergüenza.

—¿Pero vos por qué la juzgás tan mal? Parece que la aborrecieras. Como si no fuera sangre de tu sangre. ¿Qué culpa tiene, la pobrecita, de que el general se haiga enamorado de ella?

—También es cierto: ¡la culpa la tienen todos ustedes! —rugió Venturita, exaltándose hasta el extremo de no darse cuenta de que, en su despecho, se traicionaba y descubría su juego— ¡Sí, sí!, ustedes tienen la culpa y usted más que todos. Aposta lo hicieron. Me encerraron a mí, izque porque no convenía que esos hombres me vieran; y a ella la dejaron callejando, pa que pudiera a todo gusto mostráseles, pelales los dientes y engatusalos. Mientras yo me estaba encerrada, muy juiciosa y obediente, la moscamuerta no perdió el tiempo y engatusó al general y de seguro que a los otros también. Claro. Como a ellos esas así bien descocadas y brinconas son las que más les gustan y no las de jundamento, juiciosas y de experiencia.

—Nadie tiene la culpa de que el general se enamorara d'ella, con sólo una vez que la vio. Son cosas de mi Dios.

—¡De mi Dios, sí! De ustedes, que todos me aborrecen y me han cogido canguerejera.

—No levantés falsos testimonios, Ventura.

—¡Sí, sí! Aposta lo hicieron, mostrala a ella y no dejame salir a mí. ¿Qué afán tiene de casarse esa mocosa, pa que viva de metida en todo? Ella está empezando a vivir... y yo... no es que esté vieja ni quedada ni m'esté muriendo de gana de casame como ella... Pero no tengo padre, y el día que usted se muera, me quedaré sola en el mundo...

Con este pretexto, Venturita rompe a llorar. Doña Juana, que al fin ha comprendido lo que pasa en el alma de su hija, la deja que se desahogue. Y a fuer de mujer y madre, la compadece y disculpa. Hasta razón tiene su pobre muchacha. Es muy triste que todas sus ilusiones hayan de marchitársele, y que, a pesar de tantos esfuerzos, no logre hacerse a un buen marido. Si estos fueran comprables, de buena gana adquiriera uno para Ventura, aun a costa de tener que salir de la casita, única fortuna que tiene... Su pobre Ventura parece irremisiblemente condenada a vestir santos, muy a su pesar.

Por la primera vez doña Juana sentía cierto remordimiento, por haber hecho fracasar aquel primer proyecto matrimonial de Venturita, llevada solamente de la malhadada pasión política. Pero ya no había remedio. El candidato de aquel tiempo estaba casado y requetecasado. Y por cierto que había resultado un magnífico marido. ¡Pobre Venturita! Allí podía estar pasándose una buena vida, como esa esposa afortunada que, al unir su suerte a la de un hombre, no se había preocupado por saber qué ideas políticas tenía en su cerebro, sino qué sentimientos albergaba en su corazón. Lo peor era que para lo de ahora tampoco había remedio, por más que Venturita se desesperara. Siquiera que en este caso ella (doña Juana) sentía tranquila su conciencia. Si al general le había dado por enamorarse de Laurita y no de Ventura, ¿qué culpa tenía ella y qué podía hacer? Nada. Tampoco era el caso de, por darle gusto a la hija, impedir a la nieta un matrimonio ventajoso. Con eso se arriesgaba a que fueran dos las quedadas, pues por mucho que viera el general a Ventura y le escondieran Laurita, no por eso haría el cambio. Matrimonio y mortaja... del cielo baja.

Por supuesto que el tal matrimonio tampoco estaba todavía muy seguro. Faltaba saber la opinión del padre Contreras; faltaba ver si era cierto el prometido cambio de vida de Troncoso, si se confesaba, despedía a la prójima aquella, dejaba de servirle al gobierno rojo, etc.

Faltaba saber también si Laurita consentiría en casarse con el general. Y de hacer esta última averiguación había prometido encargarse ella. Mucho le dolía contribuir de este modo al tormento de Venturita, pues ya no le quedaba duda de que ésta había soñado en ser la esposa del general. Pero qué remedio. Del ahogado, el sombrero. Todo quedaba en la casa. Y quién sabe si alguno de los oficiales se resolvía a seguir el buen ejemplo del jefe y se casaba con Ventura.

En todo caso, como ya no seguiría encerrada, si no lograba conquistar alguno, no podría echarle a ella la culpa...

Viendo a Ventura un poco calmada con el alivio que a las penas proporciona el llanto, se resolvió a dejarla sola, para ir a sus ocupaciones.

Poco después, Laurita, ignorante de todo lo ocurrido, se presentó en la puerta de la sala. No venía, como antes, en un completo abandono de traje y persona. Vestía decentemente, estaba calzada, y en toda su indumentaria notábase el esmero y cuidado de la mujer que ya se da perfecta cuenta de que en sí misma lleva la mejor arma para la lucha por la vida y que, por tanto, debe saber esgrimirla. Se había desarrollado mucho en los últimos meses y su hermosura tenía ahora ese atractivo de las flores que ábrense lozanas a las primeras caricias del sol. En sus negros ojos fulguraba chispa extraña, no antes vista en ellos, que denunciaba el fuego que en su alma y todo su ser había encendido ya el primer amor.

Al verla entrar tan bella, joven y risueña, Ventura sintió abrirse de nuevo la herida que el riego benéfico del llanto había un momento anestesiado.

—¿Qué venís a hacer aquí, langaruta aborrecida? Tirá pa tu casa, cogé destino, callejera, sinvergüenza —rugió con los ojos brotados, el rostro contraído y los puños apretados.

Laurita retrocedió, mirando con ojos pávidos a su tía. ¿Qué significaba esto? ¿Estaría loca tía Ventura? Con toda inocencia e ingenuidad, haciendo un esfuerzo, se atrevió a preguntar, manteniéndose siempre a respetable distancia:

—¿Está enferma tía? ¿Quiere que llame a mamita?

—¡No te necesito pa nada, mocosa, metida! ¡Salí de aquí, si no querés que te saque de las mechas! ¡Pero ligero!

Laurita, humillada y sorprendida, quiso obedecer. Pero al volverse, Ventura vio en la hermosa trenza la cinta más o menos larga que en esos tiempos usábase enrollar en ella.

—¿Pensás quedate con la cinta que te presté, descarada? —gruñó Ventura, que no quería se le escapara la presa y sentía un ansia loca por hallar pretexto para desahogar en ella su rabia y despecho— ¡Echá p'acá mi cinta, so ladrona! ¡Ya me la llenarías de piojos, desasiada!

—Pero si usté me la regaló el Jueves Santo, tía —protestó tímidamente Laurita, mientras se desataba la cinta de los cabellos.

—¿Sí? ¿Mucha gana? ¡Que te dé tu madre! —gritó Ventura levantándose y dando un paso hacia Laurita. Ésta, aterrada por el aspecto de su tía, le entregó la cinta y quiso marcharse, pero Ventura estalló.

—¡Descarada! ¡Atrevida! ¡Cochina! ¡Sinvergüenza! ¡Ve como me la ensuciates y la llenates de liendras! Te voy a enseñar a tener fundamento.

Y, diciendo y haciendo, empezó a enseñarle a su sobrina “a tener fundamento”, acomodándole, como preámbulo, sendos pellizcos en los molledos y varios coscorriones en la cabeza.

Laurita rompió a llorar y quiso escaparse; pero su tía, que no había terminado la lección, la cogió con la mano izquierda de la “trenza china”, y con la derecha empezó a acariciarla en el rostro, cabeza, pecho y espalda, en tanto que la apostrofaba:

—¡Tomá pa que aprendás a cuidar las cosas y a respetar los mayores, descuidada, brincona, descocada! ¡Yo sí te bajo el moño, mechuda, papujada! ¡Si no tenés padres que te corrijan, yo también te puedo castigar, mocosa malcriada!

Laurita, tratando de esquivar el rostro, por ver de librarlo de los golpes y arañazos con que la dulce tía quería finalizar la lección, empezó a pedir socorro:

—¡Mamita, mamita! Mama Juana, corra que me mata Ventura...

—¡Callá la boca, moñona, escandalosa! —rugió Ventura, asestándole terrible bofetón, que hizo brotar la sangre por boca y nariz.

A los gritos de Laurita acudió doña Juana, llevando en la mano el mecedor con que batía el dulce. Pacha la siguió, con la cuchara grande de palo en una mano y la “china” en la otra. Entre las dos logran arrancar a Laurita de las manos de la tía. Doña Juana, al ver el estado de aquélla, no es dueña de sí misma y descarga con todas sus escasas fuerzas un mecedorazo en las robustas espaldas de Venturita. Pero ésta se vuelve, crispando los puños y con tal expresión en el semblante, que la señora desiste de repetir la dosis y se limita a gritar.

—¡Bien podés pegame a yo también, pa que se te seque la mano y te trague la tierra, almártaga, descarada, atrevida, manilarga! ¿Qué t'ía hecho la pobre Laurita pa que la haigás puesto como un Nazareno?

—¿Quién la manda ser malcriada y sin fundamento? ¡Al que no tiene padres que lo corrijan, cualquiera lo puede reprender!

—¿Qué malcriadeza te dijo o qué crímenes te cometió? A ver Laurita, dígame por qué le pegó esta careplasta.

—¡Izque porque l'ensucié la cinta que me dio en Semana Santa —replicó Laurita entre sollozos.

—¡Valiente crimen! —exclamó doña Juana, esgrimiendo de nuevo el mecedor. ¡¡artate tus dichas cintas, albondigona, y no me volvás a tocar la niña, porque ve... te acabo a palos! ¡Descarada, carnícera, gabilana!

—Sí, yo soy la mala —replicó Venturita rompiendo a llorar—, yo pago siempre el pato... Es que todos me aborrecen... Ella es la santa, la niña, la contemplada... Por eso está así de alzada esta aborrecida —terminó, haciendo ademán de arrojarse sobre Laurita.

Doña Juana levanta el mecedor, pero en el mismo instante Ventura rueda por tierra, sacudida por violentas convulsiones. Pacha y Laurita quieren acudir a socorrerla, pero doña Juana las detiene.

—Déjenla, que eso le pasa solo: es ataque de rabia. Vaya, Pacha, lávele la sangre a Laurita, que así no puede salir a la calle. Y vusté, miija, mejor es que no se deje ver mucho d'esta, que tiene el diablo adentro.

Mientras doña Juana espera sentada en una silla que a Ventura le pase el ataque, Pacha lava a Laurita, haciendo aspavientos y echando pestes contra la solterona:

—¡Por Dios, Laurita, si esa tigre la puso mesmamente quini el Señor Caído que sacaron el Viernes Santo! ¡Ah judía! ¡Es que tiene un *solterón* que se la ta llevando. Vea ¡por la Virgen! los lamparones que tiene en todo el cuerpo. Como no vaya su taita y se caliente y venga a matala. Por lo menos una buena monda sí le debían dar a esa carnícera. Pero quién: la pobre doña Juana con qué alientos. Hasta se la come esa tigre. ¡San Antonio Bendito! Si le quebró hasta un colmillito y l'izo tamaño güeco en el labio. ¡Ah infame! Vea, Laurita, a yo nadie me la quita qu'es qu'ella l'iha cogio tirria a vusté porque la ve muchacha bonita y sabe que la quieren los militares. Que mi Dios no me castigue si es testimonio que alevanto. Pero qu'es pura angurria... ¡Puff! Pero vean ¡por las benditas ánimas del purgatorio! estos rastrillones de los cachetes, que parecen con las uñas del mismo Patas... ¡San José, mi padre! ¡qué chunchurriones los que tiene en la cabeza! Nian los que l'icieron con la cachiporra al dijunto Cosme que mi Dios tenga en su eterno escanso... Debían poner el denunció, a ver si l'otoridá le pone un tatequieto a esa manilarga. Como no l'ihaiga rompío el cerebro y se le pudran los sesos. ¡No lo permita la Virgen! Hay que dale agora mesmo una pócima de tutumo niño y una agüita de brasas... y ponele paños de árnica y aguardiente aguao. Tamién era güeno tirale ventosas en toda la caja del cuerpo pa sacale los vientos encajaos... Aquí hay que ponerle emplastos de malva y perejil... ¡Si es que no se topa onde ponele la punta d'iuna aguja, que no te aporriada! Es lo que yo digo: mi Dios nos libre de quedada con un *solterón* bien emberrinchao; viven con el diablo adentro. Son capaces hasta de matar y comer...

Laurita se dejaba lavar y compadecer sin decir una palabra. Continuaba, sí, dando hipidos y sollozos. Pero, a pesar de los dolores físicos, experimentaba cierto regocijo cada vez que Pacha aludía a lo quedada que estaba su verduga, a su propia juventud y belleza y a las inclinaciones de los militares hacia ella. Con esto se consideraba suficientemente vengada. Y su instinto femenino la hacía estar acorde con Pacha y comprender que la tal cinta nada tenía que ver en la furia de su tía, sino que la causa eran las marcadas preferencias de Tron-coso para con ella. Y eso que aún nada sabía de la entrevista celebrada aquel mismo día entre su abuela y el general.

XXV

El compromiso de matrimonio de Troncoso y Laurita se formalizó fácilmente. Doña Juana, antes de hablarle a ella, quiso conocer la opinión del padre Contreras. Éste, aunque no se hacía muchas ilusiones acerca del cambio de bandera de Troncoso, que doña Juana daba por hecho y en lo cual apoyaba su consentimiento al matrimonio, tampoco se opuso a él, pero con ciertas condiciones. Lo de la promesa del general de retirarse del servicio y cambiar de vida, poniendo por base primordial la mudanza de ideas políticas, según lo entendía doña Juana, no era para el padre lo principal. Aunque muchas veces, sobre todo durante la guerra, se había dejado también arrastrar por el turbión de la política hasta extremos ajenos a su ministerio, ahora, ya en plena paz y considerando los últimos acontecimientos acaecidos en Pedregales, relegaba aquélla a segundo plano y miraba las cosas con espíritu verdaderamente apostólico. Por eso, de todo lo que doña Juana le dijo, lo que más le plació y lo llenó de santo regocijo fue que Troncoso prometiera hacer salir del pueblo a Temilda prontamente.

Hacia algún tiempo que al buen sacerdote quitábale el sueño este escándalo y también el que hubiera pasado la Semana Santa sin que el general ni ninguno de los oficiales cumplieran con la Iglesia. Con eso sí no transigía él. Si mi Dios quería hacer el milagro de que Troncoso se volviera conservador, pues santo y bueno. Pero eso no era lo principal. Lo primero de todo era despachar para lejos a esa mujer y luego hacer una buena confesión. Cumplidas estas condiciones, no veía inconveniente en que una muchacha buena, honrada y conservadora como Laurita, se casara con él. Todo lo demás vendría luego por añadidura, si esa era la voluntad de Dios.

Así habló el padre Contreras; y doña Juana, que estaba segura del cambio total de vida de Troncoso, tal como ella lo entendía, se presentó muy pronto en casa de su hija Tránsito y planteó la cuestión. O, mejor, no

planteó cuestión ninguna, sino que impuso su voluntad. Si Laurita quería, que era imposible no quisiera, se casaría con el general. No había más que hablar.

Doña Tránsito y el imbécil marido nada objetaron. Puesto que su madre y suegra, que tanto odiaba a Troncoso antes de conocerlo, que pensó muy seriamente en dejar el pueblo al acercarse éste, que a regañadientes y sólo por miedo le sirvió la mesa, pero encerrando previamente a Ventura y castigando a Laura porque una vez se dejó ver de él, resultaba ahora proponiendo muy gustosa, y apoyada por el padre, que se casara Laurita con el general, no había duda de que algo raro e inconcebible para su limitado entendimiento había ocurrido, y que aquella era la voluntad de Dios.

Doña Juana, como si adivinara los pensamientos de sus hijos, se dignó darles alguna explicación:

—Si es que él va a cambiar de vida. Hasta va a dejar el destino pa no seguir sirviéndole a los rojos.

Aquí se alarmó el futuro suegro y se atrevió a intervenir:

—Y si deja el destino, ¿con qué va a mantener la mujer?

Doña Juana soltó una carcajada de satisfacción.

—No siás bobo, Cornelio. Si el general tiene plata y va a comprar casa en el pueblo y una finca pa seguila trabajando.

Cornelio respiró más satisfecho que doña Juana.

—Eso sí es cantar —replicó—. Cabalmente que harta falta nos hace una finca, pa llevar a ésta a temperar —agregó mirando a doña Tránsito.

Ésta nada dijo, y sólo dejó asomar a sus pálidos labios un amago de sonrisa. Pero, como doña Juana algunos días antes, viose también en ese momento bebiendo mucha leche al pie de la vaca, saciando sus hambres atrasadas y temperando bastante tiempo en la finca que compraría su yerno el general.

A todas estas, la principal interesada, Laurita, nada sabía. Desde las cinco de la tarde obligábanla a recluirse en su dormitorio, para que no fuera el sereno a hacerles daño a las heridas o el frío de la noche hiciera que les entrasen pasmo, o *cangrina*. Por cierto que aquella noche, al ver llegar a doña Juana tan agitada, habían creído los padres que iba a llevarles algunas unturas para la herida o a justificar ante ellos a la agresora. Pero al oír las espléndidas noticias y propuestas que portaba, se olvidaron hasta de quejarse.

Laurita, que desde su reducida alcoba oyó hablar a su abuela, se levantó en puntillas y se acercó a la puerta. Quería saber si iba a disculpar a Ventura, y en caso de que esta la acompañase, qué cara le harían sus padres. Pero sólo vio a doña Juana y apenas alcanzó a oír que hablaban muy satisfechos de Troncoso, una confesión, un matrimonio y una finca. Eso bastó, sin embargo, para que adivinara de qué se trataba, lo cual no dejó de causarle algún sobresalto. Cuando vio que el conciliábulo se levantaba y que los tres que lo formaban se dirigían al cuarto, corrió sin hacer ruido y se metió en la cama, para que no la sorprendieran.

La abuela, sin cuidarse siquiera de preguntar por el estado de las heridas, le soltó de una vez todo. Si Laurita no hubiera estado prevenida, sin duda el susto no habría sido poco. Pero las declaraciones de Troncoso el Viernes Santo, la furia inexplicable de Ventura para con ella y las palabras aisladas que acababa de oír la habían puesto ya sobre aviso. Así fue que sin inmutarse mucho, aunque con cierto ligero temblor en la voz, se manifestó muy conforme en darle gusto a su abuela, casándose con el general, a quien ya amaba, que ganaba tanta plata, se vestía tan bonito y todos le obedecían y tenían miedo. Y, además, ahora que, según decía su abuela, se había arrepentido de todos sus pecados y se iba a volver hasta conservador, de boba se pasaba si no consentía en casarse con él.

Dos condiciones sí puso Laurita: Que no viniera a visitarla todavía y que el matrimonio no lo celebraran sino en la Pascua de la Nochebuena. ¿Cómo iba a dejarse ver de su novio, así con la cara señalada por los arañazos y golpes de su tía y manchada con tantas cataplasmas y unturas como le habían puesto? Ni riesgo. Al acordarse de los golpes recibidos, Laurita apretaba los menudos y blancos dientecitos; pero muy pronto el pensamiento de su triunfo sobre la tía y las demás muchachas casaderas de Pedregales, era bálsamo dulcísimo a todas sus heridas. En cuanto al largo plazo para el matrimonio, Laurita dio como razón la poca edad que tenía, por lo cual era conveniente esperar siquiera unos meses más. Por otra parte, que recordaran lo mal surtido que estaba su baúl y lo difícil y lento que sería irlo llenando.

Aquí sí intervino la futura suegra.

—No siás boba, por eso no; él te da todo. Cornelio es un pobre y no me dejó costiar ni un pañuelo.

Cornelio irguió la cabeza, halagado por esa galantería de su consorte. Doña Juana, que sabía lo falso de aquello, miró a su hija con mirada regañona, pero guardó silencio, pues no le parecía conveniente desmentirla en estas circunstancias. Temía la buena señora que si el matrimonio se demoraba mucho, podían acaecer sucesos imprevistos. De pronto estallaba una nueva guerra, y entonces, naturalmente, Troncoso iría a los campos de batalla, por supuesto que al lado de la *buena causa*, cambiado ya de vida. Y aunque a doña Juana le halagaba esta idea, no le habría gustado que de pronto una bala de los rojos diera en tierra con el nuevo general de la *buena causa*. Si era voluntad de Dios que esto sucediera, ella se resignaba; pero a condición de que fuera más tarde, cuando ya Laurita pudiera heredar algo. Por otra parte, matrimonio a largo plazo siempre está expuesto a romperse por cualquier motivo. No, ella no era partidaria de tanta demora. Como Troncoso cumpliera todas sus promesas no había para qué esperar más.

—En fin —dijo doña Juana, poniendo término a sus pensamientos—, eso lo convendrás con él. Si te quiere dar todo ese plazo, bueno; yo no me voy a meter en nada. Pero si él quiere que se casen ligero, tampoco te debés ranchar. Lo que s'iha de empeñar que se venda. Y por el ajuar no tengás cuidao. De

seguro que él te da todo... y si no, aquí estoy yo, que, con la ayuda de Dios y estos brazos, algo te puedo dar.

Todos guardaron silencio. Doña Juana, poniéndose en pie, agregó:

—Bueno, pues, ¿y cuándo te puede venir a hacer la primera visita?

—Todavía no... ni riesgo. Yo le aviso. O que me escriba, si quiere, pero yo no le contesto. ¡Ah vergüenza! Con esos garabatos y con tan mala ortografía... ¡qué pena!

—¡Ah muchachas éstas! Apenas se ven bonitas y que los hombres les florean, se hacen de *mialma* — dijo doña Juana, palmoteando cariñosamente a su nieta. Las palmaditas arrancaron un ¡ay! a la acariciada.

—¡Me lastimó, mamita, me lastimó!

—De veras. Ya ni m'iacordaba que aquella indina te aporrió. Perdónele, mijita, qu'es qu'ella vive así, con el diablo adentro. El único remedio sería que le resultara otro a ella. Mi Dios lo permita.

XXVI

La noticia del proyectado matrimonio se esparció por Pedregales con la velocidad del incendio. Pacha, que ya sospechaba algo, por la entrevista larguísima de Troncoso y doña Juana, por las carreras, frecuentes salidas y visible satisfacción de ésta, y por la furia de Venturita, no tuvo sosiego hasta saberlo todo. Por fortuna doña Juana, que al principio guardó alguna reserva, cuando ya todo se arregló, no pudiendo contar con Ventura para los gratos comentarios y congratulaciones, se resolvió a hacerlo con la sirvienta. Saber ésta los pormenores, coger la tinaja y colocarla en su cabeza, sobre rodete hecho con el delantal, todo fue uno.

—¿Aónde vas a estas horas?

—A la poceta de la esquina, por un viajecito d'íagua.

—Mañana vas. ¿Ai no te veo todas las vasijas llenas?

—No l'ihace. Es mejor qu'iamanezca harta. ¿No s'iacuerda que mañana es el día de hacer la natilla y el dulce de brevas? ¿Qué tiempo voy a tener de cargar agua?

Dijo y salió disparada. Por nada del mundo hubiera esperado hasta el día siguiente, para dar a sus congéneres la sensacional noticia. Si tal hiciera, probablemente ni dormido habría. Como la noche era de luna, varias sirvientas la aprovechaban para proveerse de agua, en la única poceta pública que entonces existía en Pedregales. Pacha lanzó entre ellas la bomba, y luego, dándose aires de reservada, trató de evadir comentarios y pormenores; y, sin acordarse ya de la tinaja que llevaba en la cabeza, quiso volverse a la casa. Las amigas la atajaron.

—Pero, Pacha, ¿no venías, pues, por agua? ¿Te volvés con la tinaja vacía?

—Verdá —replicó ella tratando de reír—. ¡Qué cabeza la mía! ¡Como estoy d'entutumada!

Las amigas se hicieron pagar caro el oportuno aviso. Mientras la tinaja se llenaba, obligaron a Pacha a darles todos los detalles que supiera acerca del proyectado matrimonio y de los golpes de Ventura a su sobrina.

Y Pedregales ardió desde aquella noche. Cada sirvienta se encargó de darles a su señora y vecinas la noticia, corregida y aumentada a su modo. Y las señoras fueron aún más activas que las sirvientas. Saltaban de una acera a otra, llamaban por encima de las tapias a las vecinas del lado, secreteaban en zaguanes y puertas, suplicaban a las ya acostadas les abrieran la ventana para que les prestaran una vela o les echaran unos fosforitos, y aprovechaban el momento oportuno para soltarles la noticia. Y si la dadivosa pedía más detalles, como la noticiante necesitaba su tiempo para llamar a otras ventanas, la dejaba plantada diciendo:

—Mi Dios te lo pague, hija. Me voy, que tengo los muchachos en el oscuro. Mañana acabamos de hablar.

Con el día aumentó el incendio. Los quehaceres domésticos sufrieron gran retraso, por causa de él. Las damas, ocultando el cuerpo detrás de un ala de la puerta o trepadas en las ventanas, con la escoba en una mano y el trapo sacudidor en la otra, comentaban con las de enfrente el suceso. Bien quisieran hacerlo más de cerca, pero, como era de mañana, se hallaban en traje de faena, la cara hecha un solo pegote de sebo de riñonada o tuétano de res, el delantal u otro trapo cualquiera atado a la cabeza, para sostener la despeinada cabellera y defenderla del polvo del barrido. Y no se atrevían a dejarse ver así en la calle. Sin embargo, algunas más resueltas, después de mirar a una y otra parte, que no haya hombres reparones, se ponen en dos saltos en la casa de enfrente, y allí, mientras fuman un tabaquito de breva o santamaría, comentan más a sus anchas.

Las Valdeses supieron el acontecimiento desde la noche. Pero como no eran vecinas de las Cáceres y ya estaba tarde, tuvieron la santa resignación de esperar al día siguiente para verse con ellas. Temiendo que se les anticiparan doña Escolástica y la hija, que habían seguido aprovechando la autorización tácita que les dio la invitación al baile para seguir cultivando las para ellas ventajosas relaciones, una de las Valdeses resolvió madrugar a misa de cinco, y dar a las Cáceres la noticia antes de ella o, al menos, a la salida. Pero le fallaron sus esperanzas de dar golpe, pues la sirvienta de las Cáceres, que había madrugado por agua, les trajo la noticia hasta el mismo lecho.

Si la amiga Valdés no cogió de susto a las Cáceres, sí agradó mucho a éstas tener una íntima y copartidaria con quién ponerle oficio a la lengua.

—¿Pero qué decís, ole, de estas cosas? ¡Izque casarse el general con esa zanquilenga godita!

—Callá la boca, hija. Si esto no se puede ni creer. Yo a ratos pienso, y así se los dije en la casa, que tal vez hasta mentira será. Culequeras de la vieja Juana será toda la bulla.

—No creás, niña. Es muy cierto. Pacha la de allá fue la que regó el cuento. Y lo sabe todo, con sus pelos y señales.

—¿No serán mentiras d'esa negra?

—¿D'íónde iba ella a inventar todo eso? Que el general estuvo haciéndole a la vieja Juana una visita muy larga y con mucho misterio; que la tal Ventura se puso furiosa, cuando supo lo que habían hablado, y medio mató a la brinconcita Laura; que como que era que esa solterona guaricha también estaba pensando en él; que la mocosita Laura se está haciendo de *mialma* y no quiere todavía recibirle visitas al novio ni que se casen antes de diciembre o enero; en fin, la negra lo sabe todo.

—Así será —replicó la Valdés, con aire resignado. Y agregó: —¿Qué tendrán los hombres, que tan fácilmente se emboban? Porque ni bonita es la tal Laura.

—¡Que bonita va a ser!... ¡Una zanquiseca niguatera! ¿No vites cómo patojiaba en Semana Santa, estrenando botines? Pero lo pior no es que el general se haiga embobao con ella, sino qu'están contando con que se va a voltiar.

—¡Imposible! ¡Esa si sería la última!

—Pues quién sabe. A mí sí me han parecido muy raras las cosas de Troncoso, desde hace días. Resultar dizque uña y carne con el viejo Jacinto, ir a hacele visita al cura, dar un platal pa Semana Santa y ni un cuartillo pa "La democracia"... A don Remigio y otros les he oído hablando esto y están muy descontentos con él; dicen, y con razón, que es muy mal principio; que el que entre la miel anda, algo se le pega; y que al fin, entre la vieja Juana, la saltoncita Laura, el viejo Jacinto y el cura, lo fanatizan y hasta lo godifican.

—¿Qué tal, por Dios, qu'eso llegara a suceder! No hay nada imposible. Y yo estoy por creer una cosa.

—¿Qué?

—Pues... vos sabés que yo no soy fanática ni creo en bobadas... Pero...

—¿Pero qué? —insistió la Valdés, acercando más el asiento.

—Que estoy por creer en yerbas.

—¿De modo que vos pensás que...?

—Está patentico, hija. El general llegó aquí más rojo y caliente que Obando. Hasta creímos que iba a darle un ejemplar castigo a toda la godarria. ¡Habían ofendido tanto! Y, sobre todo, de él habían dicho tantas infamias, calumnias y barbaridades. Y todo lo supo. Y, aunque casi nada decía, era tal la cara y los gestos que hacía, que hasta los mismos rojos tenían miedo. De un momento a otro empezarían las represalias... Pero nada. El todo fue metese a comer al rechín de esa vieja pa que se embobara. ¿No t'iacordás de aquel

baile que hicimos pa festejalo, que casi nos deja con las piernas lavadas y estuvo no más qu'estirando trompa y se fue a la carrera, izque por enfermo?

—Si lo estaría.

—Mentira. Pareja me confesó después, que cuando ellos habían ido lo encontraron todavía levantaos pasiándose en la sala, como muy pensativo... Y ya casi no se junta con don Remigio ni con los demás liberales, por vivir hecho unas pascuas con los godos. Ya no falta sino que vuelvan a reunir "El sanedrín" y lo nombren presidente. No hay duda, mija, Troncoso está enyerbao.

—¿Y quién lo iba a enyerbar?

—¿Quién? Parecés boba. Pues la vieja Juana. Ni cosa más fácil, comiendo él allá.

—¿Y ella qué va a saber dar de esas cochinas?

—¿Esa vieja? ¿No le ves la cara? Hasta bruja será, esa goda maluca. Y aunque ella no supiera, ai está la negra Pacha. De seguro que lo enyerbó o buscó quien lo enyerbara.

—Pero si eso izque es tanto pecao...

—No siás boba, ole, que pa los godos nada es pecao. Lo único malo es izque ser uno rojo, y ese no lo tienen. ¿No t'iacordás que una vez nos sostuvo uno que a ellos no les obligaba pagar diezmos y primicias, ni oír misa, ni ninguna otra cosa, pues pa salvase les bastaba con ser del partidito de la Virgen y votar en todas las elecciones? Nos dijo que si no fuera así, entonces qué gracia sería ser conservador; que esa era la ventajita que tenían, poder hacer lo que quisieran y siempre con el cielo seguro.

—Lo diría charlando.

—Tal vez, pero parecía muy en serio. Y hay muchos que están convencidos de que es así. Que se vayan con ese manto a misa.

—Pero yo no creo que doña Juana...

—No siás boba, ole. Vos como que también te estás embobando. ¿Vos sí creés que a la vieja Juana y a toda la parentela se le daba algo cometer cualquier crimen, por conseguir que se voltee un general como Troncoso? Y que esa izque fue la primera condición que le pusieron, pa consentir que se case con la patoja Laura.

—¿Y él qué diría?

—Yo no sé. Pero, por lo visto, las yerbas acaban hasta con los calzones. Y si fuera sólo a Troncoso al que ya tienen bobo. ¿Ai no está Sepúlveda también que se da cincuenta caídas por la tal Elisa? Qué te parece, por la goda más maluca, la principal de "Las cotorras" —exclamó Lola Cáceres, rechinando los dientes al recuerdo de las antañeras poesías cotorriles.

—Pero a los demás sí no los emboban —dice la Valdés, intencionadamente.

—Quién sabe —replica la Cáceres visiblemente preocupada.

—¿Pero no le has notao nada a Pareja?

—No... nada... Él como siempre ha sido tan seco. Ve, ole —agregó Lola, agarrando con mano convulsa a la amiga—, la tal fonda de esa vieja nos va a hacer más daño que un cura bien politiquero. No debíamos haber dejao que los oficiales comieran allá.

—¿Y qué íbamos a hacer? Nosotras no tenemos fonda.

—Debíamos haber hecho el modo. Muy bien habíamos podido alimentar dos o tres en cada casa de liberales. Aquí, por ejemplo, Troncoso y Pareja...

—Tarde piamos, mijita, como dice el cuento —replicó la Valdés, gozándose interiormente en las zozobras de la amiga, que temía le enyerbaran también a su galán. A ella, que no era novia de ninguno de los oficiales, maldito lo que le importaba que los envenenaran a todos.

—Ellos ya poco duran aquí —agregó con intención, viendo que Lola guardaba triste silencio—. Apenas pase el 20 de julio dizque se van.

—¿Que qué? —interrogó Lola sobresaltada.

—¿No lo sabías? —replicó la otra muy gozosa. Si con la noticia del matrimonio de Troncoso no había dado golpe, con esta otra sí lo daba. Y en pleno corazón de su querida amiga. No era pequeño triunfo.

—Pareja nada me ha dicho —explicó Lola consternada.

—Pues ya eso es público. El gobierno dizque va a licenciar mucha parte de las tropas y este batallón se cree que será uno de los primeros.

—Y entonces ¿qué hacen los militares?

—Yo no sé. Troncoso, como está enamorado y tiene plata, dizque piensa quedarse aquí y comprar finca. Sepúlveda... quién sabe si estará resuelto a entregarle a Elisa los cinco claveles. Lo puede hacer, pues aunque él no tenga con qué comprar finca, al suegro le sobran. Los demás... quién sabe qué harán.

Había en el modo de explicar estas cosas la Valdés cierta envidiosa complacencia. Ya que ella no había podido pescarse a ninguno de los oficiales ni le sería posible desahogar su justa indignación con las dos godas *entabladas*, gozabase, al menos, en mortificar a su íntima amiga, que era la que menos probabilidades tenía de casarse.

Lola no contestó. Ante la perspectiva de la cercana ausencia y en vista del inexplicable silencio de Pareja a ese respecto, comprendía que sus más caras ilusiones estaban próximas a marchitarse. Con todo, trataba de consolarse con el pensamiento de que quizás su novio nada le había dicho, por evitarle penas prematuras, lo cual indicaría que de verdad la amaba.

Pero de pronto un secreto presentimiento le decía que el teniente no volvería nunca a Pedregales. Había que renunciar a la esperanza de ser la esposa de aquel apuesto militar. Bien claro lo insinuaba con arteras palabras la envidiosa amiga. Troncoso compraría finca; Sepúlveda no tenía con qué, pero a don Miguel le sobraban y Elisa era la única heredera. Los demás... quién sabe que harían... Los demás eran Pareja, que no contaba sino con su escaso sueldo, y ella, Lola, que nada tenía.

La Valdés, viendo que no había perdido su madrugada, pues al menos logró poner a cavilar a su amiga, resolvió marcharse.

En tanto el incendio seguía devorando a Pedregales. Doña Segunda, que supo en misa la noticia, no dio siquiera gracias después de la comunión, por volar a su casa a referírsela a su viejo. La buena señora estaba que no cabía en sí de gozo. Nada le importaba que el general se casara con ésta o aquella, que comprara o no finca, que se quedara en Pedregales o se fuera a vivir a la Patagonia. Lo esencial para ella era que todo aquello tenía como base el cambio de vida, es decir, de bandera, prometido por Troncoso. ¡Eso sí era dicha! ¡Eso sí era un milagro patentico de Nuestro Señor! Y claro que en todo ello andaba mezclado su viejo Jacinto. ¡Ah viejo querido! Al fin había salido con algo. Y ella tan injusta, que tantas veces le había echado cantaleta por las amistades con los rojos. Y todo era trabajando por la *buena causa*. Y no perdió el tiempo su Jacinto, ni aspiró a poco. Otros se habían contentado con voltiar montañeros, por una libra de carne o un gallo fino, viejo y tuerto, o, a lo sumo, soldaditos rasos, que, al fin y al cabo, siempre servían de algo en las elecciones. Pero su viejo se había ido al cogollo, al general, nada menos. ¡Ah bendito viejo!

Por supuesto que ahora Juana iría a querer llevarse todas las palmas y a creer que todo se debía a ella y la nieta. ¡Qué les parece, pensar que un hombre notable, ilustrado, inteligente y valeroso, como no se podía negar que lo era el general, se iba a voltiar no más que por casarse con una langarutica en la inopia y de familia apenas así, así... Parecía boba esa Juana. No. Lo del matrimonio ni cierto sería. Y, aunque lo fuera, venía por añadidura y nada tenía que ver con lo principal, con la maravillosa conversión de Troncoso, que era obra de mi Dios, que se había valido para ello de su viejo Jacinto. Algo de gloria les tocaría también al padre y a Juana; pero nadie podía negar que el que había estado trabajando noche y día, hasta sacar surco, era Jacinto.

Estas y otras muchas peroratas echaba doña Segunda a cuantos encontraba en el camino de la iglesia a la casa. Llegada a ésta, no pidió a gritos desde la puerta el desayuno, como solía, sino que corrió hacia su marido y, sin articular palabra, se colgó de su cuello y empezó a llorar y a besarlo, sin acordarse de que acababa de comulgar y todavía no se había enjuagado la boca ni tomado ningún alimento.

Don Jacinto estaba sobresaltado por aquel ímpetu inusitado de llanto y caricias de su vieja consorte. Que todos esos mimos y arrumacos se los hiciera a la perra Confianza o a la lora que gritaba tan patentico

“¡Viva Antioquia!” era más que natural y cosa de todos los días en la casa. ¡Pero abrazarlo y besarlo a él, no haber armado con la sirvienta la diaria pelea por la demora del desayuno, era tan estupendo acontecimiento, que don Jacinto temió muy seriamente si sería que su esposa acababa de perder el juicio repentinamente. Por fortuna, doña Segunda pudo al fin dominar su emoción y hablar.

—¡Jacinto, mijo querido, perdoname, perdoname! ¡Ay, Dios mio, qué dicha! Así será el cielo. ¡Perdoname, mijo querido!

—¿Que te perdone qué? ¿Qué ha sucedido? —interrogó don Jacinto sobresaltado.

—Todas las injusticias que he cometido con vos —replicó ella rompiendo de nuevo a llorar.

—En eso tal vez sí estamos de acuerdo —dijo él con sorna.

—He sido muy mala con vos, pero te quiero mucho. Ahora ni ofrecí la comunión por venir a pedite perdón y a que gocemos juntos con las buenas noticias.

—¿Noticias de qué?

—Pues las que tienen prendido el pueblo. Todo el mundo las sabe.

—Las mujeres mantienen tantas noticias, que si no me hablás claro me quedaré en ayunas.

—Pues la de la conversión definitiva de Troncoso, que ya va hasta a protestar.

—¿Sí? ¿Esas tenemos? ¿Y cuándo sucedió ese portento?

—Vení hacete de las nuevas, viejito marrullero. Como si vos no lo supieras todo y no tuvieras la principal parte en ese milagro de Nuestro Señor.

—¿Yo? —dijo don Jacinto, aparentando asombro y humildad.

—Sí, mijito, vos; no lo negués. Es cierto que uno nunca debe hacer bulla con sus buenas obras, pero tampoco llevar la humildá hasta el extremo de negalas. Y pensar que yo he sido tan incrédula, que te regañaba por todo lo que hacías en favor de la *buena causa*... Perdoname, mijito, perdoname.

Al fin comprendió don Jacinto de qué injusticias hablaba y le pedía perdón su irascible consorte.

—Es que las mujeres jamás entienden de negocios, ni saben por ónde vamos los hombres —dijo con tono de suficiencia.

—Sí, mijo, así es; las mujeres no servimos en estas cosas sino pa rogale a Dios por la conversión de los pecadores y que les ilumine a los padres y a los hombres, que son los que saben hacer todo bien. Por eso te pido perdón.

—Bueno, ya estás perdonada. Y ahora me voy a la calle a ver qué más se puede hacer.

—Pero sin comer algo, no. ¿No ves que te puede hacer daño aguantar?

—Yo ya me desayuné.

—No l'ihace. Después, embolatao por allá en tus cosas, te demorás en venir a almorzar y te debilitás mucho. Esperate a ver.

Don Jacinto se resignó a dejarse cuidar. Bien lo merecían sus apostólicas labores. Después de engullirse un segundo desayuno, muy bien trancado, que su mujer le arregló con sus propias manos, se echó a la calle. No a ver qué más se hacía, sino a informarse bien de lo ocurrido, pues como la noche anterior se había acostado temprano, sólo sabía lo dicho por doña Segunda, de cuyos entusiasmos dudaba un poco. Donde primero entró fue a la tienda de don Miguel, quien, falto de compradores, como sucede siempre después de una gran fiesta, en que todos quedan más o menos surtidos de ropa y escasos de dinero, fumaba tranquilamente su cigarro, haciendo carrizo y con el aire de satisfacción de aquel a cuyo pie se lee "Yo vendí al contado". En efecto, aunque algo fió para Semana Santa, fue a clientes escogidos y con un recargo en el precio de 40%. Y, por otra parte, lo vendido al contado fue tanto, que bien justificaba la complacencia pintada en su semblante. Sin embargo, de vez en cuando alguna idea negra debía de asaltarlo, pues fruncía el ceño con gesto de rabia reprimida.

Don Jacinto entró con cara de verdaderas pascuas. Y el saludo fue deseárselas muy felices a su amigo.

—Qué hay, hombre. Sentate aunque sea en el mostrador —replicó él, con esa displicencia propia del gamonal omnipotente.

—¿Qué dice de las que hay? —interrogó don Jacinto, hecho una sola sonrisa.

—Pues hombre... yo ni sé. Ello dirá.

—¿Pero no está muy contento con las noticias? Mejores no podían ser.

—¿Contento? ¿Yo por qué? A mí nada me importa.

—¿Que no le importa? No diga eso, don Miguel que hasta malo será. A todos los buenos conservadores nos debe importar.

—No faltaba más. ¿A mí qué me va ni qué me viene con que el caricortao se case con la mechudita de Cornelio? Que se case con la que le dé la gana.

Don Jacinto no contestó. Veía que para don Miguel lo principal de las noticias era el proyectado matrimonio, a lo cual apenas había hecho alusión doña Segunda, pero sin darle importancia. Lo que no se explicaba era que el gamonal, no menos católico, fanático y conservador que aquélla, no mostrara ningún entusiasmo con las noticias y ni aun mencionara la dicha conversión. Había que obligarlo a hablar.

—Bueno, don Miguel ¿y la conversión tampoco le importa?

—¿Cuál conversión?

—Pues la de Troncoso.

—¿Y vos sí sos tan pendejo que estás creyendo en eso? Son culequeras de la vieja Juana, allá verás.

—¿Y quién regaría, pues, la noticia?

—Hombre, sí que sos poco malicioso. Pues ella misma. Como piensa embutirle la nieta o tal vez la hija, y todos sabemos las verdades tan amargas y las barrabasadas que dijo de Troncoso, ahora pa disculpar que lo recibe en la casa con ramos y palmas, dice que él le prometió hasta voltiarse. Pero no crean. Troncoso no es de los que se voltean. Y mejor que no. El gran partido conservador no necesita en su seno esa clase de gente. Ni tampoco le hacen falta fafaracheras como Juana. Porque allá verás que la voltiada va a ser ella.

—¿Quién? ¿Doña Juana? Primero anda el sol pal oriente.

—También es cierto, hombre. Esa vieja es más conservadora qu'el padre Canuto.

—¿Y lo del matrimonio sí será cierto?

—Yo qué sé. La vieja dizque está que no cabe en el pellejo y lo mismo todos allá. Natural. Les cae como llovido del cielo... o brotao del infierno, digo yo. Rojo... y de la calaña del caricortao... no me fío. Que no se puchen mucho, no vaya a saliles con güeco. Así dizque fue en Jordán: que me caso, que me caso. Y sí se casó, pero civilmente, o mejor, militarmente, como acostumbran ellos. ¿Y ahora qué hará con la mujer del cabito?

—De veras. No me acordaba d'eso.

—Pues ai es ond'está la sal de cuento, mi amigo... Y la bruta de Juana creyéndole todas las inguandias a ese bandido.

—¿Será que ella no sabe?

—Cómo no va a saber. Si eso aquí es público. Lo saben hasta los chiquitos. El otro día llegó aquí el encerrador y le contó muy orondo, a la cocinera, que por allá estaba Troncoso en la casa de la mujer. ¿Qué decís de estos escándalos? ¿Todavía creés en conversiones y en matrimonios de rojo?

—Eso sí está malo. Hay que hacéselo ver con tiempo a Juana.

—Pues hacéselo ver vos, si querés. Por mi parte... que se dejen embobar si quieren. Lo que es yo, esta misma semana alzo pa la finca con esta otra atolondrada mía. Por ai la he visto también con brinquitos. Pero yo se los quito, o no me llamo Miguel. Allá la voy a dejar enterrada, hasta que esta gente se vaya. Dicen que tal vez se los llevan pronto. Ojalá Dios lo permita.

Don Jacinto se despidió, y fue, no como lo pensaba don Miguel, a abrirle los ojos a doña Juana, sino a poner a Sepúlveda al corriente de los planes de aquél.

Don Miguel se guardó bien de comunicar a Elisa las noticias que traían revuelto a Pedregales. Se hacía la ilusión de que como dentro de dos días era el viaje al campo y ella, en los arreglos, no pensaría salir, quizá lograra llevársela sin que nada supiera. Pero le salieron fallidas sus esperanzas. No había terminado el

almuerzo, cuando llegó Berta muy agitada. Don Miguel hizo un gesto de contrariedad; pero como no podía echar de la casa a la amiga de su hija, al fin tuvo que dejarlas solas y ellas aprovecharon el tiempo.

—Ya ves, ole —decía Berta, después de haber puesto a Elisa al corriente de todo—, que no son tan emboladores como creíamos. Bien me lo había dicho Rufo.

—¿Y vos cuándo arreglás?

—Yo qué sé. Él no me ha dicho nada, pero sí parece que tuviera buenas intenciones. ¡Es tan constante y querido! Y Sepúlveda, ¿no te ha dicho nada tampoco?

—Pues cuándo, si casi no hemos hablado. Unos ratitos en Semana Santa y no fue más. Porque arrimar aquí, ni riesgo.

—Tal vez si hablara con don Miguel...

—¡Eh! Peor se ponía la cosa. Mi papá no lo puede ver ni pintado. A la finca me va a meter, quién sabe hasta cuándo, y es para que no vuelva a ver a Carlos —dijo Elisa, ensayando *pucheros*.

—Si él está por algo, debía resolverse a hablarle, a ver si no te meten a ese destierro...

—Ni sabrá que me van a llevar.

—Así fuera todo. Hoy mismo se lo hago saber con Rufo.

—¡Gracias, niña! Cuánto te lo agradezco.

—Pueda ser que el buen ejemplo del general se les contagie a los otros. Qué sabemos.

—Ojalá

—Bueno, ¿y qué decís de la conversión tan linda de Troncoso? Va a cambiar totalmente de vida.

—Natural. Si se casa tiene que confesarse y cambiar de vida de soltero por la de casado. Eso nada tiene de particular.

—Si no es eso, boba. Es que va a dejar de servirle al gobierno rojo y se va a volver hasta conservador.

—¿De veras? ¡Ah dicha! Si los otros hicieran lo mismo. Así tal vez no se oponía mi papá.

—Pues todo rojo que quiera casarse por la iglesia, tiene que hacer lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque como para casarse tiene primero que hacer una buena confesión, y no los absuelven si no dejan esas malas ideas...

—Parecés boba. Eso es cuando están por debajo. Pero mandando ellos, no creás que ningún padre les va a salir con que no los absuelven, ni los casan, ni les bautizan los niños, ni los admiten de padrinos. ¿Quién iba a alborotar el avispero?

—Así será. Y yo que tenía tan buena esperanza de que por medio d'eso Rufo se convirtiera.

—Dejate de bobadas. Y no le vayás a salir con esas propuestas, porque arriesgas hasta que se te noje. Por mi parte, si Carlos se quiere voltiar por su gusto... santo y bueno. Mucho me alegraría... Pero si no... el hombre es libre. Y ya nos hemos convencido de que ellos no son tan malos como decían. Con tal de que se manejen bien con uno, que sean lo que quieran.

—Pero vos no pensabas así: acordate.

—Claro. Porque no estaba enamorada. Pero ahora que quiero a Carlos con toda mi alma, no aspiro sino a que él me ame. Y me parece que la mujer que se meta a querer imponerle al novio o al marido sus opiniones políticas, se sale de su papel y puede hasta labrarse su desgracia.

—¿Cómo así? No te entiendo.

—Pues que si se mete a querer mandar al hombre hasta en eso de las opiniones políticas, una de dos: o el hombre le da gusto, y entonces es un sinvergüenza, que no merece ni que la mujer lo estime y lo quiera, sino que lo que debe hacer es cambiar con ella de ropa, así como han cambiado los papeles; o el hombre tiene calzones y se resiste, y entonces vienen los disgustos y acaban con la paz y el amor del hogar. Y resulta lo que te digo, que la mujer, por querer mandar hasta en el cerebro del hombre, pierde el dominio que tenía en el corazón, que es lo único que nos interesa.

—¡Qué ideas, niña, qué ideas! —hasta parece que te estuvieras voltiando.

—¡Nunca! Soy más conservadora que cualquiera de ustedes y lo seré hasta la tumba. Pero me he convencido de que si las mujeres también podemos y debemos tener nuestro partido, ha de ser para acá entre nos, sin meternos en las cosas de los hombres. La política y las peleas, y las discusiones, para ellos. A nosotras eso nos queda muy ancho de cuello.

—Pero vos no decías lo mismo antes. Acordate que eras la más entusiasta y exagerada de todas nosotras.

—Ya te dije por qué. Nos mantenían llena la cabeza con los cuentos de los crímenes tan horrorosos que cometían los rojos en todas partes; y como tampoco tenía a ninguno que me interesara y a quien pudiera dolerle lo que yo dijera, naturalmente, insultaba, satirizaba, inventaba versos bien hirientes y todo lo demás de aquellos tiempos. Pero ahora... ve, más bien me cortaba la mano que volver a escribir esas cosas. O decí vos, a ver, ¿volverías a echate versitos como aquellos que le sacamos a Rufo?

—¡Qué tal, por Dios! Que no vaya él a saber que yo tuve parte. El otro día me encontré una copia en el baúl de mi mamá y la eché al fogón.

—Muy bien hecho. Y así debe ser con todo. Seguime el consejo y no te vas a poner a molestarlo que se voltee, porque arriesgás a quedarte pa vestir santos. O si no, ya ves la que le pasó a la pobre Ventura: dejó escapar un buen partido, no más que porque era rojo. Y allí las está pagando. Ahora se pega hasta de

un clavo caliente. Se casaría hasta con un cabo de los de Troncoso, aunque fuera más rojo que él. Hay que escarmentar en cabeza ajena, mijita.

—Te voy a seguir el consejo. No le vuelvo a decir nada a Rufo.

—¿Y es que ya le has dicho, pues?

—Algo. Pero él lo que hace es voltiame la hoja.

—Mejor es que no le digás nada. Esas son charlas pesadas y de pronto te pasa lo de Ventura.

El incendio prendió también en el cuartel y de allí saltó una chispa gigante a casa de Temilda, llevada por el cabo Raigosa. Y aquí fue Troya. Temilda gritó, insultó, zapateó, echó por esa boca espumarajos, amenazas y denuestos, juró cruzarle a Laurita la cara y otras partes a los navajazos, y que Troncoso no la gozaría, pues el mismo día que se casaran había de tener el gusto de hundirle un cuchillo en el corazón, aunque después la fusilaran a ella. La crisis acabó con un violento ataque de nervios, en el cual el cabito se recreó de lo lindo, con las piruetas que hacía y las cosas que enseñaba.

Cuando ya estuvo un poco calmada, el cabo le aconsejó que lo mejor que podía hacer era recoger sus cositas y marcharse a su pueblo o a otra parte. Para convencerla, le trajo a la memoria que el general hacía muchos días la tenía olvidada, aunque sí le pasaba todo lo necesario; que con el general era mejor irse por las buenas, pues por mal ella sabía que era terrible; que se acordara lo mal que le había ido cada vez que lo hacía calentar; que yéndose ella por su gusto y sin hacer escándalo, le sacaba un buen bocado a Troncoso y se libraba de que de pronto la hiciera llevar quién sabe adónde.

El cabo daba todos estos consejos con su segunda intención. Sabía que si lograba su objeto, el general lo recompensaría; y, además, como estaba seguro de que no la dejarían marcharse sola y sin recursos, lo natural era que a él, en su calidad de pseudo-marido, lo encargaran de llevarla. Y ya por allí solitos en esos caminos... quién sabe, quién sabe. Hombre y mujer juntos, ni dijuntos, decía el adagio. Y mujer aburrida, despechada, repudiada y ya con ciertas costumbres y resabios... quién sabe, quién sabe...

XXVII

Como decía Elisa, don Miguel no se tragaba a Sepúlveda. Así es que apenas pasada la Semana Santa, ordenó que aquélla arreglara todo para una larga temporada en el campo, adonde marcharían pronto. La pobre muchacha no opuso resistencia alguna, que bien sabía era inútil y hasta contraproducente; pero sintió destrozársele el corazón. Estaba perdidamente enamorada del capitán, y éste no parecía estarlo menos. Durante la Semana Santa habían tenido ocasión de hablar más de una vez, aunque a hurtadillas, por temor a

don Miguel. Y lo que no hablaron los labios, se lo dijeron los ojos, con dulcísima elocuencia. Y ahora, apenas terminada aquella semana, que había pasado como un gratisimo sueño de felicidad, su padre daba la orden terminante de arreglar viaje a la finca, lo más pronto posible. La iba a enterrar, quién sabe hasta cuándo, en esa finca tan triste y tan fría. Si al menos tuviera una buena compañía, algún consuelo era. Pero sola, con su padre y las sirvientas, y eso durante la semana, pues los domingos y quizá los lunes, él se quedaría en el pueblo, en sus negocios. ¿Cómo iba a resistir ella aquellos eternos días, semanas y meses? Si alguna de las amigas quisiera acompañarla en su destierro, ¿pero quién? Berta, su más íntima, ni riesgo de irse, como estaba de encaprichada de Rufo. De boba se pasara, si fuera a meterse a un campo, en lugar de quedarse en el pueblo, pasándosela buena con el novio. ¡Ah bueno para ella que, como era pobre, no tenían finca donde enterrarla. ¿Para qué servía la plata si no había de ser para uno vivir a su gusto? Y resultaba que la riqueza de su padre se oponía a su felicidad. Si él no fuera tan rico, no tendría tanto orgullo ni estaría pensando en casarla con algún príncipe y pareciéndole malos todos los que la pretendían. ¡Qué les parece! ¡Dizque no gustarle Carlos! ¿Habría otro más buen mozo, más culto, más caballero que él? Si se le veía a la legua lo noble y bueno que era... Y tan muchachito y ya capitán... ¡Qué tanto podía subir todavía! Por lo menos a general. Y eso que no lo dejaría seguir en ese destino: si de pronto lo mataban en un combate, ¿qué hacía ella? Si pudiera sonsacar a su papá que no se la llevara todavía para la finca. Pero ni riesgo; como es de cabeciduro. Con cualquier palabra que le dijera, más ligero alzaba con ella. Y el afán era por separarla de Carlos y que no lo volviera a ver. Como decían que ellos tal vez se iban pronto...

—¡Ay, Dios mío! —exclamaba Elisa para sí, presa de la angustia, mientras iba y venía por la casa, arreglando el viaje— ¿Qué hago yo si no lo vuelvo a ver? Mi papá siempre es muy injusto. Parece que él no hubiera querido, que no compadece a los demás. Y Carlos le choca es por rojo. Como si no pudieran ser caballeros y buenos maridos. ¿Qué mala vida le ha dado don Remigio a la mujer? Es cierto que ella ha sufrido algo con él, pero no por lo rojo, sino por las borracheras. Y Carlos no es vicioso. ¿Y cuál más conservadora fanática e intransigente que doña Juana? Y dizque está güete porque Troncoso se casa con la nieta. Bien estaba yo que él la pretendía. Y esa boba de Ventura creyendo que era a ella. Pobre quedada; qué cara habrá hecho ahora. Si hasta me dijo Berta que le estaban dando ataques y le había pegado a Laurita. ¡Ah bueno pa ésta, que siquiera no tiene padre trabajoso como el mío, que lo que dice es que yo, siendo rica, no tengo ningún afán de casame! ¡Malhaya sea! ¿Yo pa qué quiero plata sin gusto? ¿Y con quién pensará mi papá que me case, si Carlos le parece malo? ¡Tantos muchachos que hay aquí! Y pa lo que sirven. Todos son unos bobos, empanizaos. ¡Qué comparación con Carlos! ¡Ai se carea cualquiera con él! Yo no me puedo ir pa la finca sin despedirme y que convengamos si nos escribimos. Tal vez hasta mejor fuera que se le aventurara a mi papá y le hablara clarito. Pero yo no puedo decirle que haga eso porque sería mal visto.

¡Ah bueno si él de pronto se resolviera! Pueda ser que cuando sepa que nos van a separar, se decida. En todo caso, yo tengo que hablar con él. Me voy a la casa de Berta; es el mejor punto.

Tomada la rápida resolución, Elisa, hecho el debido arreglo en su traje y persona, sale apresurada hacia la casa de su amiga, dejando en la suya baúles abiertos, montones de ropa sobre las camas y en el suelo, y todo en el desorden y revoltijo que trae consigo cualquier viaje.

En la entrevista, el capitán se mostró muy preocupado por la ausencia que les iban a imponer, tanto más cuanto podía ser definitiva, pues si durante la temporada de Elisa los llamaban a ellos a la capital, quizá no volverían a verse nunca o, si acaso, muy tarde.

Ante esta perspectiva, Elisa lloró muy de veras, y más de una vez abrió los labios para insinuarle a su novio que quizá siguiendo el ejemplo del general y tratando el asunto en serio con su padre, la temporada no se llevara a efecto o al menos pudiera él ir a visitarla a la finca. Pero la dignidad y timidez naturales en toda mujer, aun la más enamorada, le sellaron los labios. Y como al novio tampoco se le ocurrió salida alguna, sólo convinieron en que se escribirían todas las semanas, con la complicidad de Berta, Rufo y el peón mercadero, a quien Elisa estaba segura de comprar mediante buenas propinas.

Pasan los días y las cartas vienen y van del pueblo a la finca y de la finca al pueblo. El peón mercadero, para ganar tiempo y doble propina, ha resuelto suprimir los intermediarios y se entiende directamente con el capitán. No hay peligro de que se entere de nada don Miguel, quien se pasa todo el día domingo embebido en sus negocios. Las cartas del capitán son encendidas al rojo sombra; las de Elisa llegan al rojo blanco. Y el peón agrega de su caletre todo lo que juzga puede agradar al novio y aumentar la paga: Que la niña Elisa ta quiniún látigo; que no pasa boca ni pega los ojos en toita la noche, asegún amanece con ellos de brotaos, mesmamente un tronco de carne; que lo que parece es qu'hubiera tao llorando; que los domingos por la tarde se viene a topalo al camino, y apenas lo ve, se le avienta quini perro bravo, y l'iarrebata la carta y pega a leela; que la carta será muy larga y dicidora, pues por toítico el camino se va leyéndola y dándole picos, y cada rato se trompieza y hasta se cae, pero ni por esas alevanta los ojos pa ver ónde pisa; que vive llorándole al taita pa que se la traiga breve pal pueblo, pero él no l'ihace caso ni le cree, manque ella le diga que le ta haciendo daño el frío y ta muy enjerma.

Con estas noticias del peón y las encendidas cartas de Elisa, el capitán se desespera. Necesita volver a verla pronto. Tampoco él la ha olvidado ni ha podido resignarse a la separación. En vano las Cáceres y las Valdeses de un lado, y Venturita del otro, creyendo la plaza abandonada por Elisa, han vuelto a emplazar contra ella sus baterías, pues Sepúlveda no parece siquiera darse cuenta de que de una y otra parte lo asedian a sonrisas, miradas, contemplaciones y fingidos consuelos. Elisa triunfa de todas sus rivales, aun a la distancia. Y Sepúlveda busca impaciente el modo de volver a entrevistarse con ella.

Por fortuna, Berta, para hacer méritos con su novio, ayudándole a su íntimo amigo el capitán, solucionó fácilmente el problema. Para ello le escribió una boleta a Elisa, en la cual le avisaba que tal día iría con otras dos amigas a la finca, para que todas juntas le hicieran una visita a la tribu de los indios, adonde llegarían por otro camino Rufo y Sepúlveda.

Era la tal tribu un reducido número de familias indígenas que, sin saberse cómo ni por qué, se habían quedado enclavadas entre dos poblaciones florecientes, y tenían sus tambos en terreno de su propiedad, cercano a la finca donde estaba Elisa. Conservaban gran parte de sus costumbres primitivas, si bien atemperadas por la civilización, que por doquiera íbalas invadiendo. Ya convenían en llevar algunos vestidos, al menos para salir a los pueblos, pues en sus casas seguía imperando la paruma y aun el traje edénico, sobre todo en los más pobres o menos crecidos. Consentían también en casarse en el templo, ante el sacerdote, pero no en mezclarse con los de otras razas, pues sólo se casaban con los de su misma tribu. Sin embargo, aunque no contrajeran matrimonio legal con "racionales", nombre que ellos daban a todos los individuos no indios, resultaban por allí, de vez en cuando, algunos indiecitos de cabellos casi rubios, de ángulo facial que tiraba al recto, y con otros detalles en sus facciones, que indicaban claramente que por allí habían pasado rachas de la decantada civilización, haciendo tropezar y caer a varias indias.

Tenía la diminuta tribu su dialecto propio para entenderse entre sí; pero poseía también del castellano un reducido número de palabras, que les permitía hacerse comprender de los racionales. Un santo sacerdote y una noble matro-na, llevados de verdadero espíritu apostólico, habían luchado hasta fundar en el lugar una capilla-escuela, donde a diario se daba a los indios que acudían instrucción cristiana, y, de vez en cuando, el sacerdote, párroco de otra población, venía a decirles misa, celebrar matrimonios y bautizar a los recién nacidos.

Sin embargo, no todos los matrimonios los bendecía el cura ni a todos los recién nacidos bautizábanlos. Muchos, reacios por instinto o aconsejados por individuos perversos, que en toda parte abundan, y que les decían no fueran majaderos, ni se dejaran sonsacar por el cura y esa vieja, pues a ellos (los indios) en su calidad de tales, no les obligaban las leyes civiles y eclesiásticas, seguían casándose a su modo y, aunque aceptaban que el recién nacido debía ser *cristianado*, lo hacían de una manera especial. El padre del niño se dirigía con éste al río o arroyo vecino, acompañado del indio que había elegido por compadre. El papá preguntaba: "¿Vo queré se critiano?" Y el padrino respondía: "El sí queré sí". Entre los dos sumergían en el agua al niño y ya quedaba "critiano".

Los indios conservaban su espíritu desconfiado, malicioso y taimado. No les placía enseñar a los "racionales" las palabras de su dialecto. A duras penas los más accesibles indicaban los nombres de algunas partes del cuerpo; pero si el "racional" insistía en seguir preguntando, mirábanlo con aire receloso, soltaban

una risa como de idiota, hablaban entre sí y guardaban silencio. Astutos y pillos redomados, estuvieron durante mucho tiempo destrozando impunemente los ganados de una finca vecina. El sistema era muy sencillo. Bien ocultos disparaban al animal que les gustaba una diminuta flecha envenenada. Luego, cuando el animal se hallaba postrado y ya próximo a morir, le proponían compra al dueño, el cual, ignorante de lo ocurrido, y creyéndolo víctima de una peste cualquiera, se los daba por lo que ellos quisieran ofrecer. Y como el dicho veneno tiene la propiedad de acumularse en ciertas partes, que se saben los indios, bastábales a éstos botar aquéllas, para luego hartarse a su gusto de carne sana y baratísima. Al fin, el sistema fue descubierto y, castigados los ladrones, cesó el daño.

Hasta hacía poco tiempo habían tenido su cacique, el cual era a la vez jefe civil y religioso. El último fue el elemento principal para la relativa civilización de la tribu. Decidido partidario y admirador de los "racionales", y queriendo hacer de los suyos gente *leída* como ellos, tomó a pecho el hacer que los niños y aun los adultos acudieran a la escuela, que funcionaba en el mismo local de la capilla y había sido creada exclusivamente para la tribu. Cuando ellos, llevados de su natural desidia, dejaban de asistir, bastábale a la maestra-apóstol avisárselo al cacique. Éste trasladábase a la casa del culpado, hacía valer su doble autoridad y amenazaba con maldecir al niño y a los padres si volvían a incurrir en la falta. Ante el temor de la maldición del jefe espiritual, cosa para los indios más temible que la misma muerte, pues, según sus arraigadas supersticiones, los entregaría irremisiblemente en manos del "uñas", todos obedecían.

Muerto el progresista cacique, no tuvo sucesor. Los indios, ya reducidos en número y un tanto civilizados, resolvieron quedarse sin jefe propio. "Indios no necesitan cacique", dijeron, "en el pueblo hay alcalde 'racional'". Sin duda pensaron que la autoridad del cacique no les reportaba ninguna utilidad, puesto que no había podido librar del presidio a los ladrones de ganado, ni a ninguno de los indios que cometía algún hecho punible. Por lo tanto, era mejor el alcalde "racional", más fácil de engañar y, sobre todo, que no tenía autoridad para maldecirlos.

La falta del cacique se hizo sentir principalmente en la escuela. El personal de niños empezó a escasear y los adultos tampoco volvieron a preocuparse mucho por asistir al catecismo y a las otras clases que se les daban los domingos y por la noche. A pesar de todo, la maestra-apóstol continuaba firme en su puesto.

Elisa solía ir a veces de paseo a la capillita de los indios. Era la única distracción que tenía en su destierro. Don Miguel veía con gusto aquellas excursiones, pues allá en su interior abrigaba el deseo de que si su hija había de casarse con quien a él no le agradase, era preferible que se hiciera religiosa. Y parecía que aquellas catequísticas visitas podían ser un principio de vocación.

El día de la visita anunciada por Berta, Elisa se puso en pie desde las cuatro de la mañana. Don Miguel, no enseñado a verla madrugar y creyendo que la había engañado la luz de la luna, trató de hacerla volver a la cama. Pero ella protestó:

—Papá, ¿no sabe, pues, que tengo visita anunciada para hoy? ¿Quiere que me cojan en la cama sin peinarme siquiera y arreglar la casa?

—De aquí a que lleguen... tiempo tenés. Ni se habrán levantado ellas y vos ya aquí de boba aguantando frío sin necesidad. Te puede hacer hasta daño...

—No crea, papá, si yo ya estoy mejor. ¿No ha visto qué tan bien he pasado esta semana? Y ellas son muy madrugadoras: ya estarán llegando.

—¿Y quiénes son, pues, las que vienen? —interrogó don Miguel con aire desconfiado, al ver los entusiasmos de Elisa.

—Pues Berta, Mariela y yo no sé cuáles otras.

—¿Y vendrán solas? Como no nos vayan a meter aquí el arrierito Rufo...

—No tenga cuidado, papá —dijo Elisa, volviéndose hacia otro lado, por temor de que su malicioso padre fuera a leerle en el rostro algo sospechoso—. Berta me dice que las trae el hermanito grande de ellas. No crea que, sabiendo como es usted de trabajoso, se aparecía aquí con el novio.

—¿Y por atenderles a esas muchachas no más son tantos afanes? ¿Que l'ihace que te encontraran sin hacer las vueltas de la casa? Mejor, pa que te ayudaran.

Como las visitantes mencionadas por Elisa eran pobres, a don Miguel parecía que no valía la pena de gastarles una madrugada.

—¿Pero no ve qu'es que pensamos irnos a comer el almuerzo al monte y después un ratico a enseñales la doctrina a los indios? Y si me coge el día, no salimos de aquí hasta quién sabe qué horas.

—Entonces la visita es a los indios y no a vos. Mejor, pa no tener que aguantar rochela aquí.

XXVIII

Desde antes de alborar, salen del pueblo las amigas de Elisa. Van vestidas sencillamente, calzadas con alpargatas amarradas, el pañolón atado a la cintura y en la cabeza un pañuelo que sujeta las opulentas cabelleras y las preserva del polvo del camino. Acompañalas solamente un hermano de Berta, muchacho de doce años, que lleva los dulces y golosinas, el naipe, y unos sombreros masculinos, por si acaso hace mucho sol y las muchachas necesitan cubrirse mejor la cabeza. A pesar de las súplicas y llantos de los demás

chiquillos parientes, Berta, que bien sabe el objeto principal de aquel paseo, no ha querido llevarlos, por temor de que luego vengan a contar todo lo que oigan o vean. En el hermano de doce años cree que ya haya suficiente discreción, sobre todo mediante un buen regalo que piensa prometerle.

Por el oriente rubios celajes preludian canciones de luz. Las estrellas palidecen, tiemblan e inician leve parpadeo, cual si después de aquella noche de insomnio quisiera adormecerse sobre el amplio lecho de los cielos. En occidente, el disco de la luna, deformado por la menguante, esparce argénticos rayos sobre las cumbres de los montes, parece mirar tristemente al orto y querer detenerse en su camino, cual si hundiérase con pena en el ocaso, antes de haber podido ver surgir a su adorado Apolo. De las casas del pueblo, de las chozas del camino, de los bohíos campesinos, elévase azulada nubecilla, preludio del hogareño sacrificio que ofrendan todos los mortales al diario yantar. Despiértanse en la umbría vagos y tenues rumores, que luego van creciendo y tomando formas varias, hasta convertirse en arrullos, trinos, arpegios, melopeas, canciones y murmullos. Flotan en el ambiente mañanero las notas del Ángelus, salmodias del coro, alertas de los sultanes del corral, mugidos de vacas que llaman al becerro para que les alivie las repletas ubres, gritos de gañanes, maldiciones de arrieros que recogen la recua, cantares lejanos de labriegos que marchan a la faena.

La tierra incienso con sus variados pebeteros y perfumes: rosales recién abiertos; gotas de rocío que evaporánse; vahos de prados, dehesas y maizales; olores indefinibles de surcos removidos; esencias acres y penetrantes de árboles resinosos y medicinales; gratos y tenues aromas de violetas, romeros y albahacas; enervante perfume de naranjos y limoneros. Dijérase que la Madre Tierra ataviase con femenil coquetería, hace derroche de gracias y perfumes, prepara el aromado lecho, donde dentro de poco ha de recibir la visita de su eterno amante y vivificador, el padre sol.

Las paseantes avanzan con juvenil soltura por el sendero embalsamado. A pesar de la fresca hora matutina sus mejillas están arboladas, sus ojos despiden brillo insólito, sus virginales pechos dilátanse ampliamente, más que por el cansancio, por la indefinible emoción que las embarga. En este amanecer de primavera, entre estos agrestes perfumes, adormecidas por el canto de las aves y el murmullo de las fuentes, escuchando este himno grandioso y sublime que toda la naturaleza eleva al amor, a la vida, no esquivarían sus manos y sus labios al amado... Pero van solas; apenas un niño de doce años acompáñalas. Y, sin confesárselo unas a otras, sienten en el alma hondas nostalgias, anhelos imprecisos e indefinibles, ansias de algo nuevo que apenas adivinan, deseos locos de entonar ellas también el himno eterno del amor y de la vida. Pero este himno sólo suena dulcemente al corazón y los oídos, si es entonado a dúo por almas que saben comprenderse. ¿Para qué la vida, las flores, los perfumes, los trinos de las aves, la lozania de los sembrados, el exuberante respirar de la naturaleza, la frescura de las frondas, las cálidas caricias del sol, el

ritmico arrullo de las fuentes, si todo ello no ha de servir sino para hacerles sentir más la soledad amorosa de sus almas juveniles y ardientes?

Y entre ellas, sólo Berta tiene novio; sólo ella, aunque siente también el vacío momentáneo de su corazón, sonríe complacida ante el pensamiento de que antes del mediodía se hallará en íntimo coloquio con Rufo, a la discreta sombra de algún florecido carbonero. Las otras, que a nadie esperan, sienten hervir la sangre en ímpetus incontenibles, acrecentarse sus íntimos anhelos. Y para ver de ahuyentar importunos y tristes pensamientos, echan a correr por el sendero.

Como ya el sol ha salido y les dispara de frente agudas flechas, han tenido que calarse los sombreros masculinos, que llevan listos. En aquellos tiempos no se conocían en Pedregales sombreros femeninos, ni aun para salir de paseo. *¡Oh tempora! ¡Oh mores!* que diría el latino. Además, para no quemarse mucho el cutis, las muchachas hacen de cuando en cuando alto, siéntanse en un barranco, sacan espejo diminuto y pastillas de coca de huevo, frotan éstas en la palma de la mano y aplicanse el polvo en el rostro.

Al fin sudorosas y jadeantes, llegan a la finca, donde hace mucho rato espera impaciente Elisa. Tras los saludos, abrazos, precipitadas preguntas y respuestas, Berta y Elisa retíranse a un rincón, donde secretean brevemente. Ya frescas y nuevamente *asentadas* y empolvadas, toman sendas *postreras* con bizcochuelo y plátano maduro asado, y empiezan los preparativos para irse a almorzar al monte. Elisa, que todo lo ha hecho febrilmente, ya tiene listo el magnífico fiambre y sólo falta envolverlo. Muy pronto, en hojas de plátano quebrantadas, quedan envueltas las presas de pollo, huevos cocidos duros, carne en polvo, tajadas de plátano y yuca, trozos de lomo y unos chicharrones de "siete bisagras", según expresión del muchacho, a quien, a pesar de haberse engullido también su buena *postrera*, la vista de todo aquello le vuelve la boca agua. Las arepas van aparte, lo mismo que las *tablas* de chocolate y la panela para hacer aquél en el monte.

Pero resultó que la leña no quiso arder tan aprisa como lo deseaban Berta y Elisa, que poco caso hicieron al almuerzo, con el ansia de dirigirse pronto a la escuela indígena. Elisa aventó lejos los tardos tizones, diciendo entre carcajadas:

—¡Se van pa la porra, si no quieren arder! Qué cuentos de chocolate. Allá lo hacemos pal algo. Ahora comemos dulces de sobremesa.

No estaban menos afanados Sepúlveda y el Secretario, pues llegaron a la cita antes que las muchachas. No hallando a éstas, inventaron, para justificar la inesperada visita, que iban comisionados por el general Troncoso, para ver las principales necesidades de la escuela, a fin de pedirle al gobierno algún auxilio para ella. Pero como las jóvenes no tardaron en llegar, ni aquéllos volvieron a acordarse de su importantísima misión, ni Berta y Elisa del chocolate para el algo; éste hubieron de prepararlo la maestra y las otras dos muchachas. Luego, mientras las dos felices parejas, convenientemente instaladas a la sombra de los árboles,

se entregaban a esas dulces y baladíes conversaciones de los enamorados, ellas, para matar su aburrición y no quedarse allí de bobas viendo gozar a las otras, se fueron con el muchacho escudero a los tambos de los indios. Se hallaban aglomerados en una escasa superficie de terreno y todos presentaban la misma forma, que les es tan característica, que basta haberlos visto una vez, para reconocerlos a la distancia, aunque se hallen rodeados de otras habitaciones pajizas de "rationales".

Al llegar la visita más de una docena de chiquillos, casi todos desnudos y sucios a más no poder, corrieron del patio donde jugaban a uno de los tambos vecinos. A poco salió de él una india de edad, sucia y desgreñada, medianamente vestida. Traía pendientes del cuello infinidad de medallas y escapularios, mezclados a collares de coral ordinario y de trozos de cierta madera, cortados en forma de dados. En el extremo de este último collar, traía prendida la punta de una cola de armadillo. Sus ojos oblicuos y pequeños miraban con aire receloso a las recién llegadas.

—Buenas tardes —dijeron éstas.

—Bona tarde —gruñó la vieja, en tanto que la chiquillería, apiñada a su alrededor y halando de su pobre vestido, prorrumplía en una especie de gruñido inarticulado.

Siguió un silencio penoso. Una de las visitantes lo rompió diciendo:

—Mi señora, venimos a hacerle una visita.

—Bueno. Siéntesen. "Rationales" visitar indios. Bueno.

Sentáronse en el rústico banco que la india les ofreció y empezaron a interrogarla sobre diversas cosas; pero ella a todo contestaba con evasivas o escasas palabras.

—¿Cómo se llama usted, mi señora?

—Dolores Yabará.

—¿Y su marido?

—José Tamanis.

—¿Tiene muchos hijos?

—Velos ai.

—¿Y su marido dónde está?

La india miró con aire desconfiado a la que preguntaba por su hombre.

—Tará trabajando —refunfuñó.

—¿Se casaron por la iglesia?

La india parece no haber oído la pregunta y apenas masculla algunas palabras ininteligibles. No sería aventurado pensar que en su dialecto está llamando soperá a la que la interroga.

—¿Y todos los muchachitos están bautizados?

La india la mira, huraña, y hace como si no entendiera la pregunta. La "racional" la repite en otra forma.

—¿Son cristianos los muchachitos?

—Cristianos son.

—¿Qué quiere decir cristiano? —interroga la improvisada catequista.

La india se encoge de hombros. A ella no le tocó estar en la escuela, fundada cuando ya era madre de familia. Se casó según sus costumbres, y aunque el cura ha insistido mucho en que deben hacerlo como cristianos, el compadre José Tamanís, sin negarse a ello, ha ido dando largas al asunto, con pretexto de pobreza y ocupaciones. A los nueve retoños sí los ha ido entrando a la escuela, a medida que han estado en edad y también los ha hecho bautizar por el compadre cura. Él y su mujer están casi totalmente a oscuras acerca de la religión y, en verdad, permanecen más aferrados a sus antiguas supersticiones. No obstante, aceptan toda medalla, escapulario o camándula que les regalan los "racionales" y los llevan en el cuello. Pero lo hacen más como si se tratara de un adorno cualquiera que de algo sagrado.

—¿Cómo se dice boca en su idioma?

—liii

—¿Y lengua?

—También iii.

—¿Y labios?

—También.

—¿Y corazón?

La india como que no quiere contestar más y se hace la desentendida. Una chicuela como de doce años, bastante alebrestada, responde por ella. Pero su madre la mira de tal modo y le dice en su jerga algo tan grave, que la chica se atemoriza y baja la cabeza. No por eso desisten las "racionales" de continuar su interrogatorio.

—¿Ese collar de qué es?

—De junco —dice la india levantando en la palma de la mano el sartal de trocitos de madera, que para ella es rica joya.

—¿De junco?

—No junco conocen "racionales". Otro.

—¿Y para qué sirve?

—¡Ah! ¡mucho virtú! Espanta malas visiones. Sirve remedio.

—¿Para qué es remedio?

—Muchas cosas... Dolor de muela, polvo junco revuelto sebo lo quita...

—¿Y ese hueso o cáscara que tiene el collar en la punta?

—¿Esto? Cola gurre, armadillo, mucho remedio.

—¿Para qué?

—Muchas cosas. “Racionales” casadas enfermas... Duele oído, mete punta cola y se quita.

Las visitantes quieren seguir interrogando, pero la india no parece dispuesta a hablar mucho. Sólo al ver que aquéllas sacan y encienden “viuditas”, vuelve a animarse.

—¡Comadres tienen tabaco!

—¿Le gusta? Tome, fume. ¿De cuáles quiere? ¿De mora, viuditas, de higo, o de los de astilla, que son más fuertes?

La india prefiere probar de todos, a ver cuál le agrada más. Y como para ello tiene que ir dejando los ya probados y no quiere botar el cabo, los apaga con saliva y los va aglomerando en el bolsillo. Y mientras los saborea uno a uno, se hace más expansiva.

Los chicuelos han perdido un tanto su timidez y ya se acercan a las jóvenes y contemplan ensimismados los vestidos y especialmente los collares, que, aunque ordinarios, a ellos les parecen esplendorosos. Entre la chiquillería se destaca una niña como de 7 años, casi rubia, de ojos claros y expresivos, de facciones delicadas. Estos detalles llaman la atención de las “racionales”.

—¿Cómo se llama esta niña tan viva y bonita?

—María Tamanís

—¿También es india?

—Hija mía —contesta un tanto seria la vieja.

—¿Pero tan mona y distinta de los otros? —arguye imprudentemente una de las muchachas.

La india se enciende por la indignación, murmura entre dientes algo para sí, mira con ojos azorados al camino, clávalos luego fríos y agudos en la “racional” y gruñe:

—Jue qu’heredó de pila... Mi compadre es racional...

Las muchachas guardan silencio, comprenden la imprudencia de insistir en el mismo tema, pero están seguras de que por allí ha pasado la civilización...

La conversación decae. La india se ha encerrado en un silencio hostil. Los chicos, apostrofados por ella, retíranse de las “racionales” y unos éntanse a la choza, mientras otros rodean a su madre. Las visitantes ya piensan en retirarse, cuando aparece en la puerta de la choza una indiecita como de quince años, medianamente bonita, con dibujos color de azafrán en rostro, brazos, pecho y espalda. Avanza sonriendo enigmáticamente y saluda con el dejo característico de la voz en los indios.

—Buena tarde, señoras.

Las “señoras” contestan complacidas y la invitan a sentarse a su lado. Pero un murmullo apagado de la india madre la detiene y la muchacha se sienta junto a ella. Pero no puede apartar los ojos de los anillos y collares de aquéllas. También a veces les mira el rostro, y no puede convenir con el mal gusto de esas “rationales”, que han de aplicarse en él espesa capa blanca, en vez de pintarse o hacerse pintar bonitos dibujos con achiote.

Desde que la mocita india salió, se ha esparcido por el ambiente un olor indefinible por el momento. Pero al fin una de las muchachas se le acerca con cualquier pretexto y comprueba que la indiecita se ha perfumado con esencia de canela, perfume predilecto de la tribu y para conseguir el cual no dudan aun en mermar el diario sustento.

Por la senda que parte de la choza hacia el sembrado, se oyen murmullos de voces y algunos confusos cantos. La india vieja se levanta, da algunos pasos por el sendero y luego regresa.

—Ya vienen los hombres del trabajo. Ta muy tarde —dice encarándose con la visita.

Las muchachas se hacen de la oreja mocha. Han comprendido que la india quiere despedirlas, pero se desentienen: desean ver también a los hombres. Éstos pronto llegan. Son el viejo José y su hijo mayor, mocetón de 18 años. El padre pone mala cara y saluda de pésimo humor; no así el hijo, que sonríe complacido ante aquellas bonitas “rationales”, saluda muy cortésmente y va a sentarse cerca de ellas. Es muchacho de aspecto simpático y jovial. Las líneas de su rostro, aunque netamente indígenas, pues no *heredó de pila*, como su hermanita, están atenuadas y corregidas, algo así como si en él cumpliérse la ley de la selección natural de especies e individuos. Si la tribu pensara en nuevo cacique, no cabe duda de que más o menos tarde éste lo sería.

Con la perfección de sus facciones, dentro del tipo racial, corren parejas las prendas de su espíritu. Fue de los primeros en entrar a la escuela cuando la fundaron. Y ninguno más constante, aplicado e inteligente que él. Muy pronto aprendió todo lo que la maestra podía enseñarle, si bien no le fue posible hacer muchos progresos, pues los condiscípulos eran testarudos y desaplicados y aquella tenía que acomodarse a las condiciones de la mayoría. La maestra resolvió darle por separado algunas clases nocturnas, y en poco tiempo el muchacho estuvo en capacidad de ayudarle a enseñar a los otros. Mostraba especial predilección por la mecánica, y en las horas de juego fabricaba, por propia iniciativa, algunos utensilios, que bien mostraban de lo que sería capaz si pudiera educar aquellas disposiciones naturales.

La maestra se hacía lenguas de las cualidades y talentos de su discípulo predilecto, exhortaba al cura, autoridades y gamonales, para que asistieran a los exámenes, segura de quedar lucida con Juan; escribía a los superiores respectivos cartas en que pedía un auxilio oficial para que no perdieran aquel talento y buenas

dotes. Los invitados del pueblo asistían a los exámenes, destrozaban gallina, corriense sus copas de vino, felicitaban a la maestra, aplaudían la ciencia del indiecito, le daban como premio alguna medalla o un librito anodino, preguntábanle qué desearía hacer él, a lo cual contestaba siempre:

—Estudiar como racionales, en escuelas grandes.

Pero todo quedaba allí. Las autoridades del pueblo y los gamonales volvían tranquilamente a sus casas y olvidaban del todo al portentoso indiecito. Y al finalizar el año siguiente repetíanse idénticas escenas. En cuanto a las cartas dirigidas por la maestra a la capital, iban a parar al cesto de basuras, muchas veces sin ser abiertas siquiera. ¡Qué importaba a todos los dirigentes un indio, por más que fuera un Juárez en embrión! Los auxilios oficiales se reservaban para los hijos de los gamonales, que ayudaban a sostener las instituciones y eran buenos reclutadores de votos en las elecciones. ¡Fuera al diablo el indio con todas sus maravillas!

En tanto pasaron los años y como ya el interesado habíase hecho un mocetón, hubo de salir de la escuela, para ayudar a su padre en las duras faenas del campo. A pesar de eso, no renunciaba a sus pobres estudios e ilusiones, y aprovechaba los domingos y las noches de la semana, para leer cuanto libro caía en sus manos y para consultar con la maestra o el cura todas sus científicas dudas.

La mayor parte de los de la tribu mirábanlo ya con malos ojos y tratábanlo de “arguloso” y metido a “racional”, porque no los acompañaba a sus semisalvajes diversiones, por estar engolfado en lecturas o hablando con aquéllos. Hasta muchas indiecitas casaderas, que habían puesto en él sus pensamientos, mirábanlo con despecho y amoroso resentimiento y daban por cierto que aspiraba a casarse con “racional”, cosa que de ningún modo le sería posible, pues a ello se opondría toda la tribu.

Ahora, al encontrar en su casa aquella visita de muchachas racionales, se había sentado muy a su gusto cerca de ellas y entablado animada conversación, haciendo caso omiso de las frecuentes y hasta iracundas voces de sus padres, que desde la cocina llamábanlo a comer. Pero por nada del mundo hubiera él dejado de conversar un rato con racionales bonitas y *sabidas*, por ir a meterse a la cocina a engullir la misérrima comida.

Los gritos de la maestra, que llamaba a las muchachas, vinieron a romper el encanto. Juan las acompañó un buen trecho, se despidió de ellas sombrero en mano y se excusó de darles ésta, por tenerla muy enterrada. Cuando se alejaron, permaneció un rato en su sitio, acariciándolas a la distancia, con esa mirada oblicua, triste y nostálgica de la raza vencida.

XXIX

La tarde declinaba. Ráfagas errantes llevaban a la altura magníficos efluvios arrancados a las florestas. Bandadas de palomas surcaban el espacio, para ir luego a posarse sobre el rústico techo de la capilla-escuela. En la vecina laguna iniciaban las ranas su croar monótono y sombrío. Poblábase el monte de misteriosos rumores, cual un himno que los seres noctámbulos elevaran a las ya cercanas sombras. Las aves de corral acercábanse al corpulento aguacate y no hallando puesta la cañabrava, para trepar a él, empezaban a rodearlo, estiraban el pescuezo, dejaban oír algo como sonidos angustiados y daban de pronto violentos vuelos, tratando de tomar el común lecho por asalto. Hasta que la cocinera acudió solícita a colocar la cañabrava, por la cual se precipitaron todas las gallinas, atropellándose y derribándose, ávidas de llegar pronto y ocupar puesto de honor al lado del sultán que, habiendo logrado con un empuje de sus potentes remos alcanzar la primera rama, miraba ahora con olímpico desdén los esfuerzos y afanes de sus muchas odaliscas.

En el ocaso, teñido de leve púrpura, acababa de reclinarse el sol en regias blondas, cual un sultán cansado y somnoliento que llega del harem. Al despedirse el sol, los farallones, antes rubicundos, ergúan ahora su oscura mole de granito, cual ferrados centinelas tétricos y graves. Sobre su cumbre, que semeja enorme espina dorsal de algún monstruo prehistórico, destacan su triste silueta algunos arbustos resecos y raquíuticos, que sólo por esa fuerza misteriosa que hace triunfar la vida por doquiera, han podido echar raíces y hallar alguna savia en aquellas peñas milenarias. Allá abajo, donde alguna capa de tierra ha logrado aposentarse, la vegetación es más tupida y lozana. No obstante, de trecho en trecho vense grandes claros formados por derrumbaderos, que, con su color más o menos rosado o amarillento, dan la impresión de sangrientas lacras hechas en la armazón costal de aquellos monstruos, por la eterna cabalgata de los siglos.

Desde la base de los farallones empieza a extenderse la gran región de tierra ubérrima, asombro de extraños por su incalculable riqueza y fuente de bienestar para los venturosos que la habitan y poseen. Allí, en aquellos tiempos, las inmensas frisoleras regadas al azar, sin más cultivo que derribar el rastrojo de modo que las ramas quedaran elevadas del suelo, para que en ellos pudieran abrazarse amplia y libremente los tallos de la gentil leguminosa. Allí, en terreno más templado ya, las plataneras extendían por doquiera su palio de verdura y producían racimos gigantes, sólo transportables a fuerza de muchos brazos. En la hondonada, donde los rayos del sol tropical fecundan y calcinan, alternaban los maizales de grandes y tupidas mazorcas, con las plantaciones de caña de azúcar que, aunque para molerla en trapiches primitivos con mazas de madera y hervir el guarapo en gigantescas ollas de barro, eran fuente de abundancia y bienestar para ricos y pecheros. Más abajo aún, a la derecha del pueblo, el río amodorrado por la calma de

la hora, se arrastra perezoso y som-noliento, hasta llegar a una roca donde, cual si despertara de improviso y recordase los briosos ímpetus de antaño, se precipita tumultuoso en pequeña cascada, sigue durante algún espacio espumante y borrascoso, para luego, lenta e inconscientemente, volver a adormecerse bajo la calma vespertina. En sus vegas, millares de cabezas de ganado vacuno pacían entonces mansamente el rico sustento que brotó Naturaleza, sin necesidad de que la mano del hombre plantara exóticas simientes. ¡Oh tiempos aquellos del viejo Pedregales, en que la arroba de panela, si bien un poco requemada, sólo valía una peseta; en que se soltaban piaras de cerdos a que se regalasen en las rozas en sazón, pues el precio del maíz era a veces tan exiguo que no pagaba los gastos de cogienda; en que en las casas de los ricos campesinos aparecían a cada momento cluecas con numerosa prole, sin que nadie las hubiera *echado* ni dándose cuenta de cuáles y cuántas gallinas faltaban en el corral, ni pensado en cazarles el salvaje y recóndito nido! Hoy ya no existen las inmensas frisoleras. Los platanares, que en un tiempo sirvieron siquiera para refrescar con sus amplias y esmeraldinas hojas al emperador café, que todo lo iba conquistando, han sido reemplazados por piscuines, guamos y otros árboles de más durable sombra.

Del maíz, símbolo de Antioquia, no se ven ya aquellas extensas rozas que inspiraron el inmortal canto de Gutiérrez González. Apenas aparecen aquí y allá pequeñas y diseminadas chocoleras, que, avergonzadas de su pequeñez y pobreza junto a la opulencia del rojo grano, ante quien todos se inclinan, parece querer ocultarse en pequeñas hondonadas, cual mendigo que no quiere que su humilde choza aparezca junto al palacio del potentado. La caña de azúcar, menos humilde y resignada, se yergue aún altiva en algunos lugares y osa a ve-ces disputarle la primacía al rey advenedizo. Ya no existen los trapiches de mazas de madera, movidos por yuntas de bestias, ni las gigantescas ollas de barro. Todo ha sido reemplazado por mazas de hierro, fondos de cobre, fuerza hidráulica, de motor de gasolina o eléctrico. Todo esto es obra del progreso y de la civilización. Paso a ellos y volvamos a la capilla-escuela del viejo Pedregales.

Las dos parejas de enamorados no se habían dado cuenta siquiera de que la noche se les venía encima. La maestra, no atreviéndose a interrumpir tan gratos idilios, había optado por llamar a las otras, para que ellas, que no tenían en los ojos la venda de Cupido, dieran la voz de partida. Pero antes de marcharse, invitaron a Elisa a que cantara algo. Ella se excusó al principio, alegó que ya se le habían olvidado todas las canciones, pero al fin, vencida más que todo por las súplicas de Sepúlveda, accedió, a condición de que Berta la acompañara. Ésta convino y conferenció en secreto con Elisa.

—¿Qué cantamos? —preguntó Elisa— *¿Iba la niña por la montaña?*

—No boba, esa no. *Llegué a pensar*, que es más propia.

—Sí, sí, cantemos esa.

Y después de ensayarse a media voz, cantaron:

Llegué a pensar que ausente de tu lado
Pudiera mi pasión desvanecer
Pero ¡ay! mi corazón, triste, ulcerado,
Hoy te ama más, proscrito y desolado
Hoy más que ayer.

Ausente de tu lado en noche oscura
Sufriendo el más horrible padecer,
Yo vivo del dolor y la tristura,
Se acrecienta en mi pecho la amargura
Hoy más que ayer.

Cuando terminó la canción, todos estaban emocionados. La voz de Elisa se había hecho al final casi sollozante y por poco no termina los últimos versos. Haciendo un violento esfuerzo logró concluir e inmediatamente tuvo que fingir un brusco resfriado, toser y sonarse estrepitosamente, para disimular el estado de su alma y las ardientes lágrimas que acudían a sus ojos.

No estaba menos emocionado el capitán, que había escuchado el canto con recogimiento, pareciéndole que cada palabra, cada sílaba, cada nota, eran otros tantos dardos amorosos que Elisa clavábale en el corazón. Jamás esa canción, entonces muy en moda, y que muchas veces había oído, tuvo para él ese mágico encanto que ahora le encontraba. Si parecía que el poeta hubiérala escrito exclusivamente para ellos y para que Elisa la cantara.

Como al canto siguió un triste silencio, una de las neutrales lo rompió diciendo:

—¿Piensan amanecer aquí? Vámonos que nos cogió la noche.

Y tomó la delantera, seguida inmediatamente del muchacho y la otra neutral. Los demás, como despertando de un sueño, se decidieron a marchar. Elisa no debía acompañarlos sino un corto trecho de camino, pues había de separarse del grupo, para dirigirse a la finca, acompañada de un muchacho que le había proporcionado la maestra, en vista de que, por lo avanzado de la hora, no era posible que las visitantes la llevaran hasta la casa. Ella y Sepúlveda iban atrás de todos, un poco retirados de Berta y el Secretario. Las otras dos jóvenes les llevaban mucha delantera y a cada momento se detenían, gritándoles que apuraran, dejaran ese paso de mojójoy, que ya estaba tardísimo; y aun amenazaban con seguirse adelante y dejarlas solas. Pero eran palabras al viento, pues las dos parejas de novios ni aun las oían, atentas sólo a sus mutuas confidencias y queriendo prolongar lo más posible aquellos últimos momentos de

dicha inefable. A pesar del paso de tortuga, parecios que habían llegado demasiado pronto a la puerta de la manga donde debía separarse Elisa.

—Por aquí es la entrada —dijo ella deteniéndose.

—¡Tan pronto! —exclamó Sepúlveda— ¿De modo que ya nos tenemos que separar?

Elisa reflexionó un momento y dijo:

—Más abajo hay otra puerta. Pero ya está tan tarde...

—Que importa —replicó Sepúlveda entusiasmado—. Hace muy bonita noche. Sigamos.

Y siguieron, cogidos de las manos, las cuales, a cada momento, sin ellos darse cuenta, estrechábanse estremecidas y acariciantes. Cuando menos lo esperaban llegaron a la otra puerta.

—Aquí sí —suspiró Elisa.

—¿Ya llegamos? —dijo el capitán con otro más hondo suspiro— ¿No hay más puertas?

—No... es decir...

—¿Sí hay otra? Sigamos.

—Es un portillo no más lo que hay...

—Qué l'ihace. Sigamos hasta allá.

Y como era natural, siguieron hasta el portillo, con gran disgusto del muchacho acompañante de Elisa y protestas de las amigas neutrales, que repitieron una vez más a Berta la amenaza de seguirse solas.

En el portillo se hizo ya inevitable la despedida. Y fue tan elocuente, que durante largo rato estuvieron flotando en el ambiente de la tarde algo así como notas cadenciosas de besos, de suspiros, de arrullos y de lágrimas.

XXX

Veinte de julio. Fecha gloriosa en la cual alboreó el sol de la libertad para el Nuevo Continente, en el cielo esplendoroso que iluminaban Acebedo, Caldas, Torres, Gutiérrez, Pey, Camacho, Rosillo y tantos otros astros de primera magnitud en la constelación de la república. Canto primero de aquella sublime epopeya, que había de finalizar en las alturas de Cundurcunca y que los héroes y los mártires escribieron con su sangre y con la espada. Alfa y omega para millones de almas: principio de la vida republicana, fin del despotismo ibero. Radiante luz entre dos sombras: las tinieblas coloniales y las guerras fratricidas, que muy pronto habían de oscurecer el cielo de la patria. Prólogo de aquel grandioso drama, que había de desarrollarse durante varios años, ya con cánticos triunfales en Boyacá, Junín y Ayacucho; ora con gritos de

tragedia en Cartagena, Bogotá, Pasto, Popayán y Socorro; cuando con tiernos e idílicos acordes del corazón de Pola, Antonia Santos, Mercedes Abrego, Simona Duque y tantas más almas femeninas; ya con arranques dignos de las antiguas gestas, como el “¡Lucharemos contra la Naturaleza!” de Bolívar; el “¡Firmes Cachirí!” de García Rovira; “¡Paso de vencedores!” de Córdoba; “¡Aún vive Piñango!” del heroico defensor del castigo de La Pola; ahora con portentos de heroísmo, como el sacrificio de Ricaurte, que improvisa un volcán en San Mateo...

En aquel año había de celebrarse en la república la fecha gloriosa de un modo inusitado. Los vencedores en la pasada contienda, ya firmemente asegurados en el poder, querían, como acontece siempre en tales casos, aprovechar la fiesta nacional como pretexto para celebrar su propio triunfo. Por su parte, los vencidos, resignados por el momento, pero incubando ya la nueva revuelta, querían ahora aparentar muy puro patriotismo, para dejar a los enemigos adormecerse sobre sus laureles.

En Pedregales la presencia del batallón contribuyó mucho a la solemnidad de las fiestas, especialmente con las maniobras militares verificadas en la plaza, a la vista de las embelesadas gentes. La banda del batallón recorrió el pueblo, despertando a todos los habitantes con las notas de guerra y de victoria, a tiempo que las descargas repetidas amedrentaban a los tímidos e ignorantes y traían a la mente de los militares trágicas y gloriosas evocaciones.

A las once empezó la procesión cívica, que debía recorrer la plaza y calles principales. No faltó en ella la nota discordante del fanatismo partidista. Don Remigio, completamente ebrio desde la víspera, era, en su calidad de jefe del partido en Pedregales, el encargado de llevar en alto el tricolor estandarte. Y obstinose en que no estaba bien que el rojo quedara debajo del azul. Eso eran cosas de los godos, cuando ellos mandaban, pero ahora estando los rojos por encima, dejarlo en la bandera debajo del azul era un insulto que no podía tolerar ningún buen liberal. Y, diciendo y haciendo, don Remigio sacó el cortaplumas y empezó a desprender los trapos gloriosos, con ánimo de cambiar la colocación de ellos. El Alcalde, el Secretario y otros trataron de contenerlo, y se formó la consiguiente trifulca, en la cual sobresalían los desaforados gritos de don Remigio, que apellidaba a sus mismos copartidarios “voltiaos, imbéciles, sinvergüenzas, canallas, cobardes, mugres” y otras lindezas por el estilo.

Acudió Troncoso e hizo valer su autoridad ante don Remigio, al cual manifestó que incurriría hasta en delito de lesa patria, profanando el glorioso pendón y queriendo cambiar la disposición que le habían dado los únicos que tenían derecho de hacerlo. Don Remigio se negó rotundamente a llevar el estandarte y se retiró mascullando improperios, entre los cuales se alcanzaban a distinguir las palabras de “godo, voltiao, tusa, traidor, indio infeliz”, etc.

Ahora sí no le quedaba duda de la traición de Troncoso. Hasta entonces, poco caso había hecho de las noticias que circulaban al respecto, atribuyéndolas a simples cuentos de beatas y godos y *culequeras* de don Jacinto y doña Juana. Pero ante la evidencia de los hechos, no se podía dudar: Troncoso estaba requetevoltiao... hundido hasta los ojos en la conserva... era un mugre, cochambre, Judas Iscariote. ¡Querer que él, Remigio Guerra, coronel de los ejércitos liberales, jefe infalible de los mismos en Pedregales, paseara por todo él una bandera con el azul encima del rojo... Porque ese gallina se había voltiao, dejándose sonsacar del viejo Jacinto y la vieja Juana, ¿creía que todos eran cobardes como él? ¡No conocía a los rojos de Pedregales! ¡Ellos sí tenían calzones!

Estas y otras peroratas echaba don Remigio, entre trago y trago, al auditorio compuesto de los hermanos Buendía y algunos liberales de los capitaneados por ellos. También los Buendías estaban descontentos. Seguían en todo ciegamente a don Remigio, el cual era para ellos un oráculo, jefe indiscutible, tipo único del verdadero liberal. Además, estaban enseñados a que en toda procesión cívica les dieran algún puesto, aunque fuera secundario, con lo cual solía halagarlos don Remigio, por ser ellos y la vereda Raizal, que capitaneaban, la falange principal en elecciones y la que más soldados daba en tiempo de guerra. Y ahora ni el Alcalde ni Troncoso se habían acordado para nada de ellos y del batallón raizaleño. ¡Traicioneros, voltiaos! ¡Qué pronto se había olvidao ese caricortao del recibimiento que le hicieron y de lo bien que le habían dicho los versos aquéllos! “¡Traicionero, voltiao!”, repetían los Buendías, haciendo dúo a don Remigio en el enojo y en las frecuentes libaciones.

La furia subió de punto cuando les trajeron la noticia de la última *cuera* de Troncoso. Éste, viendo que don Remigio se había retirado, y queriendo, por otra parte, darle al desfile todo el carácter de neutralidad, conciliación, fraternidad y patriotismo que exigía la fecha nacional que se estaba celebrando, mandó llamar a don Miguel para que llevara la bandera. Al saber esto, don Remigio y compañeros estallaron, y, después de echar pestes, convinieron en secreto conciliábulo en la urgente necesidad de avisar al gobierno lo que pasaba, antes de que Troncoso entregara el batallón a los conservadores, con armas y todo.

Pero la bravata fue sin objeto. Si el jefe de “La democracia” era fanático e intransigente, el de “El sanedrín” no le iba en zaga. Recibió la misiva de Troncoso con un gesto de altivez e indignación, en nada inferior al que acababa de mostrar don Remigio. ¿Por quién lo tomaban? ¿Qué se estaban creyendo el caricortao y todos esos rojos canallas? Él, Miguel Racines, jefe del conservatismo pedregalense, conservador hasta la médula de los huesos, católi-co, apostólico, romano, ¿a llevarles bandera en la procesión inventada por ellos, para festejar su triunfo? ¿Que era para celebrar el 20 de julio? ¡Mentira! Si estuviera mandando el gran partido conservador, entonces sí que pudieran todos alegrarse en la conmemoración de la fecha gloriosa, en la cual alboreó la libertad. Pero ahora, bajo la oligarquía roja, ¿qué libertad iban a celebrar? Si

estaban peor que en tiempos de los españoles, que siquiera no perseguían la religión... ¿Y creerían que él era tan sinvergüenza, que iría a ayudarles a celebrar el triunfo de los rojos herejes? ¡No conocían a los conservadores de Pedregales!

A pesar de todos estos arranques de valor y de altivez, don Miguel no se atrevió a darle un no seco y rotundo a Troncoso, pues temía las iras y posibles represalias de éste. Es cierto que nada le importaba, y hasta tuviera a mucha honra el padecer persecuciones por la *buena causa*, pero ¿qué sería de ésta en Pedregales, si a él, el único dirigente y hombre de carácter le ocurría algo? Y esos rojos infames eran muy capaces hasta de meterlo a un presidio o desterrarlo, por cualquier bobada. No convenía, por tanto, exasperarlos. En consecuencia, don Miguel se contentó con excusarse, buscando en su burdo vocabulario las palabras menos duras y alegando sus muchas enfermedades, especialmente el reumatismo, que no lo dejaba dar paso, como lo probaba el hecho de haber tenido que venirse antes de lo que pensaba de la finca, cuyo clima frío lo estaba matando.

Troncoso no insistió y al fin un oficial del ejército llevó la bandera.

Después de la procesión cívica, empezó para el pueblo la diversión predilecta: el cepo, que en todas las fiestas nacionales hacía las delicias de los pedregalenses. En mitad de la plaza clavábase un cepo de grandes dimensiones, hecho de tablones resistentes. La diversión consistía en llevar allí todo bulto viviente que pudieran atrapar, exceptuando únicamente a las mujeres. La persona cogida podía ir voluntariamente o presentar resistencia, caso en el cual la diversión era mayor. En uno u otro caso, metíanlo en el cepo, hasta que pagara una pequeña cantidad de dinero, que se destinaba para los gastos del aparato y para comprar pólvora y licor que se repartían entre todos. Y eran de verse las carreras por calles y plaza, los asaltos a las casas, las huidas precipitadas de los perseguidos, que saltaban cercos y tapias; las averiguaciones y denuncias, la batahola para llevar al cepo a los que se resistían. Todo en sana paz, sin que nadie se enojase, por más que lo arrastraran o le volvieran pedazos la ropa. Solamente a las personas de mucho respeto se les dispensaba de ir al cepo, pero no de dar la moneda. Al padre Contreras lo atraparon al salir de la iglesia y hubo de pagar su rescate, como todos. Al general, que desde un balcón presenciaba complacido el espectáculo, nuevo para él, tampoco lo llevaron; pero, en cambio, les dio un buen rescate. A todos los demás, oficiales, soldados y civiles, nada se les perdonó. Por fas o por nefas fueron a dar al cepo. Y si alguno se resistía, era lo más divertido, pues caían sobre el remiso ocho o diez conductores, luchaban, se estrujaban, rodaban por el suelo en confuso montón, desgarrábanse las ropas, apabullábanse los sombreros, llovían sobre los reclutadores los puños y patadas del conducido, el cual, al fin, iba a parar al cepo, hecha una miseria la indumentaria y casi asfixiado por los esfuerzos hechos. Ya bien asegurado entre los dos tablones, el encargado recibíale la moneda, corría a comprar licor, y traíale al prisionero un trago

bien acuerpado, para que se refocilase y se animara a seguir en compañía de sus reclutadores, persiguiendo a los que aún faltaban.

A don Miguel no lo llevaron al cepo, respetando sus años, dinero y, sobre todo, el reumatismo que decía lo tenía baldao. Y ni compensar quiso las consideraciones que le tuvieron, dando buen rescate. A regañadientes les entregó la más pequeña moneda que halló en el cajón del mostrador, y, apenas salieron, se quedó refunfuñando.

—¡Rejo les diera yo a estos sinvergüenzas! Ai vi a muchos dichos conservadores, ayudándoles a los rojos a hacer la parranda. ¡Que vuelvan a que les fie ropa o les dé trabajo, estos gallinas! El que está por debajo siempre vive muy fregao. No poder uno gritar con toda gana: ¡Viva Antioquia! ¡Viva el partido conservador!

Menos afortunados aún fueron los parrandistas con don Remigio. Éste, cuya *perra* monumental no le permitía ya ver ni comprender nada, apenas el tumulto de hombres se precipitó en su tienda, dio por cierto que venían a asesinarlo por orden de Troncoso y de los demás godos. Cogió el trabuco y se aprestó a la defensa, a tiempo que llamaba a gritos a los hermanos Buendía, que dormitaban la *mona* en un rincón:

—¡Compadres! ¡Amigos liberales! ¡No me dejen asesinar por toda esta godarria! ¡Asaltaron mi tienda! ¡Cobardes, asesinos! ¡Conserveros! ¡Sí, azuzados por Judas... por el traidor Iscariote... por el indio voltiao! ¡Pero el coronel Remigio Guerra no se deja asesinar cobardemente!... ¡Bandidos, bandidos!

—Pero, don Remigio —dijo uno de los asaltantes—, si es un juego, es pa llevarlo al cepo...

—¿Al cepo? ¿A mí? ¿Al coronel Remigio Guerra? Ese cepo es mío... yo lo mandé hacer con mi plata... pero pa meter a los godos... a los godos.

A todas estas, los Buendías se desperezaron y, en la penumbra del despertar de borrachos, veían sólo a medias el espectáculo. Pero al oír los gritos de don Remigio y verlo trabuco en mano, creyeron que se hallaban en uno de aquellos combates en que tantas veces habían hecho derroche de valor; y mientras el uno sacaba del guarniel una pistola de dos cañones, el otro, sin arma de fuego, desenvainó el cuchillo vaquero. Con este refuerzo, don Remigio aumentó sus improperios y desafíos. Ño Cancio, semidormido, gritó con su media voz:

—¡iva cacia, chachos!

—¡Viva! —replicó su hermano.

—¡iva artido iberál!

—¡Viva!

—¡iva oronel erra!

—¡Viva!

—¡iva atallón aizaleño!

—¡Viva!

Los asaltantes, viendo el giro que tomaban las cosas, optaron por retirarse. Pero como los gritos y el tumulto habían sido percibidos, el Alcalde acudió presuroso. Los hermanos Buendía, para no ir a la cárcel, hubieron de marcharse a su casa, en briosos caballos. A don Remigio el Alcalde le aconsejó, muy comedidamente, hiciera otro tanto. Don Jacinto se ofreció a acompañarlo a su casa, pero él lo rechazó gritando:

—¡No quiero cuentas con ningún mugroso conservero y con vos menos, viejo lambón!

Don Jacinto sonrió bonachonamente y se retiró en santa paz.

Al fin don Remigio, sintiendo que no podía tenerse en pie, convino en irse a dormir, pero apoyándose en el hombro del negro Calixto, que había sido su ordenanza en todas las campañas.

—Vos sos la única persona honrada qu'ihay en este pueblo —murmuraba don Remigio, mientras con pasos inseguros se dirigía a su casa—. Es decir —continuaba—, vos y yo: los demás son todos unos godos ladrones... no hay aquí más rojos que vos y yo... cuando hasta el caricortao se voltió ¿no sabía?... y nos quiere entregar a todos amarraos de pata y mano... y como sabe que yo no me dejo amarrar, me quiere hacer asesinar... ¿No vites cómo se aventaron esos bandidos a mi tienda? Pero apenas saqué mi trabuco salieron corriendo esos gallinas. Es qu'ellos saben que Remigio Guerra no es fruta que come mono... Ahora me atacarán mi casa, apenas me duerma... pero vos no me dejás asesinar ¿no cierto, negro? El único liberal de Pedregales.

Una vez en su aposento, a don Remigio le acometió otra crisis de furor. Como habían cerrado la puerta, para evitar que se saliera sin dormir, al punto pareció que era nueva traición de los conserveros, que lo habían encerrado en un calabozo cuando menos lo pensaba. Desde la plaza oíanse los terribles batacazos que daba en puertas y ventanas y los desaforados gritos que profería. Al fin enmudeció. Pasado el período de excitación vino la somnolencia y don Remigio se desplomó en el lecho. Reinó profundo silencio sólo interrumpido por estruendosos ronquidos. El jefe de "La democracia" dormía la *jala* fenomenal, lo cual le permitiría atrapar otra a la tarde, apenas despertara.

XXXI

El número principal de las fiestas era el baile organizado para esa noche. Troncoso, que estaba con todos los bríos y entusiasmos de los enamorados, había querido aprovechar la fiesta clásica para tratar de

reunir con espíritu de conciliación a todo lo principal de Pedregales, a fin de que desaparecieran los mutuos recelos y resentimientos partidistas. Ninguno mejor que él podía apreciar lo perjudiciales que eran estas exageraciones de partido, especialmente en un pueblo pequeño como Pedregales. Bien se había visto en el seudobaile de las Cáceres y las Valdeses, que resultó un fracaso, por la escasez de concurrencia. Y ahora que él, Troncoso, se hallaba en circunstancias especiales, quería esforzarse por apaciguar los ánimos y hacer que cesaran las banderías y aislamientos.

Bien comprendía que iba a tropezar con graves inconvenientes y dificultades. Por una parte, era jefe de un batallón al servicio del gobierno liberal, y esto, amén de todo lo que contra él se había dicho, bastaba para que los del otro bando lo miraran con recelo, a pesar de todo lo que había hecho para captarse su buena voluntad. Por otro lado, estas mismas actuaciones suyas y el hecho de haber resuelto casarse con una goda, le habían restado muchas simpatías de sus mismos copartidarios, que lo miraban con marcada desconfianza y aun quizá sospechaban que pudiera traicionarlos. Ya algunos, y especialmente las Cáceres, le habían lanzado, con esa astucia femenina, algunas indirectas, escudándose, como acontece siempre, con "la gente dice". Y así habíanle hecho alusión a su próximo cambio de vida... y de bandera. Y aunque él no podía tomar en serio tales tonterías, con todo mortificábalo que sus mismos copartidarios fueran los que parecían darles mayor crédito. ¿Su cambio de vida? ¿Quién podía dudar de él? Ya estaba más que iniciado. El amor lo había transformado. Ya no soñaba en nuevos triunfos y trofeos ni en ascender más en el escalafón. Toda su ambición se reducía ahora a poder vivir tranquilamente con Laurita, en algún predio propio que le produjera un modesto pasar. Ansiaba verdaderamente que llegara el día de conseguir su licencia, para dedicarse únicamente a preparar el nido a la chicuela que se había atravesado en el sendero de su accidentada existencia.

¿Su cambio de vida? ¿Quién podía dudarle? Ya, aprovechando los consejos, en parte egoístas, del cabo Raigosa, había enviado a Temilda para su pueblo natal, bien equipada y con recursos para algún tiempo. De modo que cuando Doña Juana, azuzada por sus propios escrúpulos y por las advertencias de amigas y beatas, volvió, después de mil rodeos, a tocar el delicadísimo punto, él pudo reírse muy a gusto y decirle:

—Cuando usted viene yo ya voy, señora. Nada me importaba esa mujer del cabo; pero, para acallar murmuraciones y complacerla a usted, ya hice que se marchara.

Esta grata noticia, que doña Juana se apresuró a llevarle al padre Contreras, quitó a éste de encima enorme peso. No había duda de que la gracia divina había tocado al general. Sin embargo, quedábale una espina: ¿Por qué no se confesaría? Ya había pasado el tiempo apto para cumplir con la Iglesia... y nada.

—Eh padre —dijo a su vez doña Juana, contrariada también—, y lo de la protesta tampoco ha resultao.

—¿Cuál protesta?

—Pues la del general. Yo no me he atrevido a volver a mentale nada, esperando que él será de palabra.

—Eso no es lo principal. Y, además, ¿cómo va a protestar, aunque lo piense, estando todavía sirviéndole al gobierno liberal?

—También es cierto. Hay que esperar. Yo siempre confío en que Nuestro Señor haga el milagro completo.

Troncoso, por su parte, no había pensado nunca en cambiar de partido. En cuanto a confesarse, sabía que necesitaba hacerlo, pero la víspera de casarse. Y eso estaba muy lejos. Ahora lo que importaba era hacer que cesara en Pedregales ese estado de tirantez y de más o menos ocultas hostilidades que reinaba en el pueblo, por causa de la intransigencia política. Y, para conseguirlo, no omitió gasto ni sacrificio alguno. De su propio bolsillo costó casi todo: sólo Sepúlveda y Pareja contribuyeron con algo. Una de las principales dificultades era hallar casa apropiada para el baile. La única relativamente aceptable era propiedad de un conservador, tan recalcitrante como don Miguel, y que la mantenía cerrada, pues se había recluso en el campo desde la derrota de su partido. Troncoso se entendió con él, al principio con mal resultado, pues inventó toda clase de evasivas. Pero el general, que les sabía el lado flaco, cambió de tono, y ofreciendo una buena paga y dejando comprender que, en caso de negativa, procedería de otro modo, logró vencer la resistencia del testarudo propietario. Y entonces empezó el ajetreo para asear la casa, arreglarla convenientemente, dotarla de bombas para la iluminación, etc.

Pero las necesidades materiales fueron tortas y pan pintado, en comparación de las de otra índole. Al hacer las invitaciones, fueron las de Dios es Cristo. El general invocó la ayuda de don Jacinto en esta peliaguda cuestión. Desde luego, no había discusión acerca de algunas familias. Claro que irían doña Juana, Ventura y Laurita; don Miguel y Elisa; las Cáceres, Valdeses, don Remigio (con su santa esposa no se podía contar para profanas fiestas), Berta, el Alcalde, el Secretario, don Jacinto, los oficiales del batallón, etc. Pero el punto difícil fue resolver si invitaban a doña Escolástica y a su hija Nieves, y a las Ocampos, familia conservadora muy numerosa, algo parienta de don Jacinto pero de poco dinero y campanillas. Don Jacinto lanzó la candidatura de éstas, sin decir, por su puesto, que le tocaban generales de la ley. Troncoso, por su parte, planteó el problema de la de aquellas, fundado en que, una vez que había estado en el baile de las Cáceres y seguían visitándolas, no había por qué no invitarlas a éste, tanto más cuanto si se las desairaba, podían éstas también negarse a concurrir y entonces perdiase la ocasión propicia para hacer la concordia entre los dos bandos.

No pudiendo Troncoso y don Jacinto resolverse a nada en este punto, decidieron aplazarlo y consultarlo mejor. Doña Juana, doña Segunda y Venturita hicieron cruces ante la idea de juntarse con doña Escolástica y su hija. ¡Ave María! ¡Ellas en semejante mezcolanza! ¿Estaban locos Troncoso y Jacinto? ¡Qué disparate! Más bien no iban ellas, si eso había de ser así con toda la *zurrapa*. Esa sí que sería una verdadera democracia. Las Ocampos... en fin, era distinto. Cierto que no tenían plata ni ocupaban la primera posición, pero eso eran cosas de la suerte o quién sabe de qué. En cambio, eran tan buenas muchachas, tan fundamentosas, de tan bonitas costumbres, tan amantes de la Iglesia y de la religión, que daba mucha lástima que, por pobres, se quedaran sin esa diversioncita siquiera.

Las Cáceres y las Valdeses, por su parte, rechazaron rotundamente a las Ocampo.

—¡Qué les parece! —gritaba Lola— ¡Dizque a convidar gentecita d'esa, que ni güele ni giede! Esas son cosas del viejo Jacinto que, como son de la familia del, y más godas que Satanás, quiere metelas onde no caben. Escolástica y Nieves... ¡pobrecitas!, no han sido hasta ahora muy bien relacionadas, porque les ha gustado más bien vivir trabajando, que andar de casa en casa hablando del prójimo y *plañendo* relaciones. Y, por otra parte, la godarria no les perdona su liberalismo. Pero son tan decenticas, tan queridas y tan patriotas, que muy bien podían convidarlas. Eso no tendría nada de particular. Aquí estuvieron en la diversioncita de nosotras y ningún pedazo nos quitaron. Y eso que las pobres, si van, no tendrán ni con quién conversar. Porque nosotras, tal vez no vamos. ¡Ah pereza! Por lo que se ve, allá como que va a dar la conserva más arriba de la cintura. ¡Gas, mijitas!

Al comunicarse Troncoso y don Jacinto el resultado de sus respectivas consultas, quedaron un momento pensativos. Al fin dijo el general:

—¿Qué diablos hacemos, don Jacinto?

Éste rió mefistofélicamente.

—Si usted quiere seguirme el consejo...

—¿Qué?

—Convidelas a todas.

—Bonito consejo. Y entonces no vienen las principales y buena la hacemos.

—Es que todas vendrán, verá.

—Todas sí... Vea —dijo Troncoso de mal humor, sacando del bolsillo un papel—. Don Miguel se excusa. No vendrán ni él ni la muchacha. Bueno se irá a poner Sepúlveda, con todos los castillos en el aire que estaba haciendo.

Don Jacinto leyó el papel, lo devolvió y dijo con acento convencido.

—No importa esto. También vendrán esos dos.

—Pero, ¿cómo hombre? ¿No ve que dice que les es imposible venir, porque ambos están muy enfermos?

—No l'ihace; yo me encargo de hacerlos venir. Sé muy bien cuál es la enfermedad que tienen. ¿Ibamos a dejar al capitán sin pasarse un rato bueno con ese trozo de Elisa? No me llamaba Jacinto. Y las otras también vendrán, aunque convidemos a las Ocampos y a Escolástica.

—No lo creo. Usted está viendo visiones.

—¡Eh, general! Es que usted no conoce a las mujeres. Las que ya tienen novio, vienen a cuidalo, pa que no se los vaya a quitar otra; las que no tienen, a ver si lo consiguen. Y todas, a estrenar el vestido y a poneles peros a los de las otras.

Troncoso rió de la ocurrencia, aunque no estaba muy de acuerdo con las opiniones de su amigo y consejero.

—Ahora —agregó éste—, si usted quiere, para mayor seguridad, tirémonos una volada.

—¿Cuál?

—Autoríceme para proceder y usted quédese quietecito. Yo hablo con las Ocampos y con Escolástica y les digo que se prevengan pa venir al baile, pero con mucho secreto. Ellas cavilarán y cavilarán, pero siempre se previenen. Nos quedamos callaos y no volvemos a consultar con nadie. Y la noche del baile, cuando ya estén aquí todas y las tengamos con uno o dos vinos en la cabeza, nos perdemos, y usted se trae a las Ocampos y yo a Escolástica y a la hija.

—No fuera mala jugada. ¿Pero si se calientan las otras y hasta se van?

—No crea. Ni las unas rechazan a las Ocampos ni las otras a Escolástica por blancura más o menos, sino por el partido. Llegando a un mismo tiempo con todas, partimos la diferencia y nadie dice nada.

—Tal vez. En fin, haga lo que quiera. Pero no me comprometo a ayudarle. Depende de como vea la cosa esa noche.

Sepúlveda había hablado a Elisa en el paseo a la escuela indígena del baile que proyectaban y de lo grato que le sería que ella estuviera en él. Y Elisa se había propuesto no quedarse sin asistir. ¡Tan frecuentes que eran en Pedregales estas diversiones, para ir a perderlo! Y estando allí Sepúlveda como uno de los principales anfitriones, ¡ah dicha! Y más que, pasado el 20, muy pronto se iría el batallón. Y con lo propicio que era el ambiente de un baile para las dul-ces confidencias y las resoluciones y arrestos supremos. Si en ese baile no se resolvía el capitán a hablar algo en serio, se iría sin quedar en nada firme. ¿Y perdería ella aquella última y magnífica ocasión de oír de labios del hombre amado siquiera alguna promesa de constancia y regreso? Ni riesgo. Ella inventaría.

E inventó. Sin decir palabra a don Miguel ni lamentar aburrición, ni dejar sospechar nada, tres semanas antes del 20 empezó a sentirse muy mal. Casi no comía, sobre todo en presencia de su padre; pasaba muchas horas en la cama, sin ánimo para nada; hablaba de fríos intensos que le penetraban hasta la médula y la hacían experimentar temblores y entrechocar los dientes, todo lo cual simulaba a maravilla delante de su alarmado padre. Pero ni una queja, ni un reproche, ni siquiera insinuar, como antes, que era el frío de la finca lo que le estaba haciendo daño.

Don Miguel la primera semana no hizo mucho caso del asunto, a pesar de lo cual consultó con el boticario del pueblo y llevó algunas drogas, las cuales Elisa recibió muy agradecida y botó a la primera oportunidad.

La enfermedad fue de mal en peor. Aquella semana Elisa no se levantó ni un solo día y cuantas veces don Miguel le hablaba, contestábale con apagada voz de moribunda. Don Miguel envió al pueblo un peón, con una boleta muy detallada acerca de los innumerables síntomas. Los nuevos medicamentos corrieron la misma suerte de los primeros.

El buen padre se alarmó de veras y dispuso el pronto regreso al pueblo, donde estarían en medio de los recursos. Elisa, con indiferencia de enferma, aparentó resignarse; pero sí se opuso a que la llevaran en silla. Creía que, haciendo un esfuerzo, le sería posible ir a caballo, en una bestia bien mansa y dócil.

Los aires pedregalenses le sentaron muy bien a la muchacha, pues desde el primer día empezó a alimentarse y a recobrar los ánimos y buen humor. Y si no se levantó, fue por no denunciarse.

El boticario se esponjaba con el triunfo de su ciencia. Claro que si los primeros medicamentos no le habían aprovechado a la enferma, era porque no supo don Miguel explicarle bien los síntomas del mal. Pero apenas pudo examinarla, tomarle el pulso, y verle la lengua, le había mandado remedios que fueron "como con la mano". También don Miguel estaba en sus glorias y se hacía lenguas de lo acertado del boticario. En cuanto a Elisa, siguió mejorando rápidamente. Al segundo día ya se sintió con fuerzas para sentarse en una silla y pidió un libro piadoso en qué leer. En esta santa labor estaba cuando llegó el enviado con la invitación de Troncoso para el baile, que celebrárase cinco días después. El portador, bien amaestrado por Sepúlveda, aprovechó un momento en que don Miguel no estuviera en la casa, a fin de que la invitación llegara primero a manos de Elisa, a la cual, además, entregó una carta del capitán.

Elisa no tuvo tiempo de contestarle sino de palabra, pues varias amigas, que habían sabido el regreso, acudieron a verla, bien que, para que ella no se debilitara mucho, limitaron la visita al tiempo estrictamente preciso para comentar el magno acontecimiento del proyectado baile.

Cuando llegó don Miguel, Elisa le alargó la invitación con gesto displicente. Él la miró, se encogió de hombros y dijo:

—Que vayan los sinvergüenzas, que no tienen calzones ni saben ser conservadores de verdad. Gracias a Dios que nosotros tenemos buena disculpa, con mi rematiz y tu enfermedad. Porque si no fuera por esto, hasta tendríamos que hacerles caso a estos bandidos, pa que no nos fueran hasta a colgar. Siempre es mucha desgracia estar bajo el mando de esta canalla roja, ¿no te parece?

Elisa asintió con la cabeza. No quería contrariar en nada a su padre ni mostrar deseo alguno del tal baile, a fin de que surtiera buen efecto el plan del cual la habían enterado Berta y la carta del capitán. En cambio, al día siguiente amaneció tan bien de salud que ya pudo abandonar cama y silla y dedicarse a las habituales ocupaciones. Don Miguel se alarmó con esa rápida mejoría más aún que con la enfermedad. Si Elisa se ponía del todo buena, desaparecería la excusa alegada. Aconsejole, por tanto, que no abusara de la mejoría y cogiera temprano la cama. Ella le atendió, pero al otro día madrugó a misa. Estaba totalmente curada: los medicamentos del boticario eran verdaderamente maravillosos. Elisa aprovechó la salida para darse una asomadita a casa de Berta que, en mucha reserva, iba a confeccionarle el traje que esperaba poder estrenar en el baile, si el plan de sus amigos no fallaba.

Ese mismo día llegó nueva misiva de Troncoso, en la cual decía que, en vista de que la salud de la señorita Elisa había mejorado un tanto, esperaba los honrarían con su presencia en el baile, aunque sólo fuera un ratico.

Don Miguel zapateó, echó sapos y culebras por esa boca y volvió parte de su ira contra Elisa.

—¡Atolondrada, cabeza de mula! ¿Quién te metió a salir desde hoy a misa? Si al que no puede no le obliga.

—Pero papá —protestó ella—, si mi Dios me hizo el milagro de curarme tan ligero, ¿como iba a ser mal agradecida? Qué le parece, tanto tiempo por allá metida en esa montaña, sin oír la santa misa...

—¿Acaso las misas se van a acabar? ¿Todos los días no hay? ¿Qué afán tenías de madrugar en semana, arriesgando una recaída? Es que las mujeres siempre son lo más calavera que hay. Tienen cabeza de macho.

—Yo había hecho una promesa a la Virgen, que si me curaba, apenas pudiera salir oiría una misa y comulgaría. Antes me demoré mucho en pagarla. ¿Y por eso me regaña?

—Es porque te puede hacer daño y además porque...

—¿Por qué?

—¿Pues no estás viendo que porque salites a misa ya esa gente está creyendo que también podés ir al dicho baile? ¡Maldita sea! ¿Por qué no dejates la promesa pa después? La Virgen no se había nojao.

—Yo no sabía —replicó Elisa, haciéndose la afligida e inocente.

—¿Y que disculpa les sacamos ahora? Decí a ver.

—Yo qué sé... Lo malo es que son tan bravos y si llegan a sospechar que les hacemos el desaire...

—En buenas nos metimos con tu madrugaita. En fin: a mí no me manda nadie. Ahora mismo les contesto que no podemos ir. Porque aunque vos estás mejor, te puede hacer daño el sereno y a mí me mata el frío de la noche.

—Vea, papá, no les diga así enteramente que no. Dígales que según siga yo de aquí a pasado mañana, puede suceder que los acompañemos siquiera un ratico, al principio de la noche... No es prudente despacharlos así del todo. Usted sabe cómo es esa gente. No conviene toriala...

—¡Maldita sea la desgracia d'estar por debajo! Tener uno que vivir tem-blándole a gente de esa calaña, no más que porque tienen el palo y el mando.

—Es mejor evitar, papá, es mejor evitar. En último caso, aunque tuviéramos que danos una asomadita, antes de que el sereno sea muy fuerte... una entrada por salida.

—¡Ni un minuto! ¡Más bien que me asesinen esos bandidos!

—Hay que ser tolerantes, papá. La necesidad tiene cara de perro, dicen. ¿No ve como el padre Contreras no se ha opuesto a que las conservadoras vayan? Todo por evitar. Y piensan ir todas. ¡Cuando hasta doña Segunda!

—¡Vieja embelequera! Como está segurita de que el tal Troncoso se va a voltiar, le parece que ya es un santo y puede decir hasta misa. ¡Vieja bruta! Yo creía que tenía talento y resulta que se le pegó la zoquetada del fundillón de Jacinto.

Ambos guardaron silencio. Don Miguel volvió a hablar:

—Bueno, y en caso de que por desgracia tuviéramos que asomarnos a la rochela, ¿vos si tenés vestido propio pa eso?

Elisa respiró aliviada y hubo de volver la cara a otro lado, para que don Miguel no le notara la alegría que la embargaba.

—Yo sí, papá.

—¿Díonde sacates? —interrogó el viejo un tanto sospechoso.

—Uno que había mandado hacer para Pascua y al fin no me lo estrené.

—¿Por qué?

—Porque no hubo tiempo de acabalo. Y que tampoco me afané mucho, porque como se supo que ese día iban a estrenar todas las negras y montañeras...

Don Miguel salió sin decir palabra. Pero pronto volvió.

—¿No será que vos también estás con gana de ir a esa rochela?

—¿Yo?

—Sí, vos. Como allá estará el cejjunto...

Elisa se echo a reír de buena gana.

—¿Todavía está pensando, papacito, en esa bobada?

—Claro que estoy pensando. Las mujeres son tan locas.

—Si eso no fue sino una charla, por pasar la Semana Santa. Después, usted me llevó a la finca... y asunto concluido.

—¿De veras? ¡Quién sabe! El carbón que ha sido brasa...

—Pues entonces no vamos, que ningún afán hay —replicó Elisa, cogiendo de nuevo el libro que leía.

Don Miguel salió un poco más tranquilo. Por el momento no pensaba ni aun en una asomadita. Sólo en último caso, si no había remedio, lo haría. Pero “una entrada por salida”. Y resolvió no contestar nada a la última invitación, por lo que pudiera ocurrir.

El 20 Elisa sintiose con mejor salud y bríos que nunca. Asistió a la misa de acción de gracias, presenció el desfile cívico y el juego del cepo. ¡Como estaba de cuadrado aquel día su Carlos! Qué dicha si pudiera aquella noche adormecerse con él al compás de la música, mientras los labios y los ojos decían esas mil sutilezas, tan antiguas y siempre nuevas, del lenguaje del amor. Pero esas uvas estaban verdes. Su papá no había vuelto a mencionar nada y aun se mostraba furioso porque ella se dejaba ver aquel día. A todos los regaños, ella contestaba sonriente:

—Pero, papacito, no sias tan injusto. Si ya estoy completamente buena ¿por qué me voy a estar encerrada en un día tan grande? ¿Todas divirtiéndose y yo como la más boba metida en la cama? ¿Por qué gracia?

Don Miguel no admitía razones. Hubiera preferido que su hija pasara aquel día en la cama, aunque fuera enferma de verdad. Maldecía la hora en que por economizar algunos reales, no había llevado al boticario a la finca, en vez de traerse a Elisa. Si eso hubiera hecho, aunque los remedios obraran maravillas, no se vería ahora entre la espada y la pared, por motivo del baile.

XXXII

A las ocho de la noche ya estaban en la casa del baile casi todos los invitados. Las Cáceres y Valdeses, aunque, según decían, les repugnaba estar revueltas con tanta conservera, no se habían resuelto a faltar. Eso había sido darse por vencidas y, según frase de Lola, “entregar la fortaleza al enemigo”. Y allí estaban, ostentando sobre los trajes cintas y moños rojos. Lola, muy campante, sin soltar a su teniente; las otras,

brindando sonrisas a los demás oficiales y aun a los solteros civiles. A las damas conservadoras apenas les dieron al entrar el obligado saludo, y luego fueron a formar grupo aparte.

A las conservadoras nada les importaba este proceder de las rojas. Por el momento, sentíanse dueñas de la situación. Las vencidas en los campos de batalla, eran ahora vencedoras por obra y gracia de Cupido. Laurita estaba resplandeciente de belleza y felicidad. Vestía espléndido traje, regalo de Troncoso. No llevaba divisa alguna, como las otras, pues, a pesar de que doña Juana se había obstinado en que ostentara siquiera un moñito azul, ella, con mejor comprensión de las cosas, se había convencido de que debía ser neutral, para secundar así la fraternizante labor de su novio. Y sólo llevaba sobre su traje algunas flores blancas. Este detalle entusiasmó a Troncoso y no dejó de agrandar a las rojas, que esperaban se presentaría azul desde la cabeza hasta los pies, para restregarles en el hocico su triunfo y su godarria. Llevaron su gratitud y benevolencia hasta reconocer que “esa langarutica estaba dando la vuelta y que tal vez ni muy fea iría a quedar”.

Ventura, que en un principio había pensado no asistir al baile, luego cambió de opinión. Habíase resignado ya a no ser más que la tía política de Troncoso; pero como el tal parentesco podía hacerla aparecer avejancada, no perdía ocasión de explicarles a él y demás oficiales que ella era la menor de la casa, que su hermana Tránsito le llevaba muchas edades y que se había casado muy muchachita. De lo cual cualquiera podía deducir, según lo deseaba Ventura, que eran pocos, poquitos, los años que le llevaba a la sobrina.

Aquella noche Ventura daba, por la centésima vez, dichas explicaciones a un grupo de oficiales de menor categoría, quienes, aunque aparentaban creerlas, juraban en su interior que aquella jamona, de formas opulentas y no poco tentadoras, podía muy bien ser suegra de su general. Ventura gozaba lo increíble viendo que todavía la cortejaban, y en su interior hacía sus cálculos acerca de a cuál de estos oficialitos se decidiría a hacer dueño de su amor y sus encantos. Ya que no había que pensar en generales ni capitanes, aunque fuera uno de éstos. Con esta ilusión de pescar lo que picara, se había reconciliado con Laurita y Troncoso, a ver si a la sombra de ellos algo atrapaba.

Doña Juana, muy correctamente vestida de negro, cual convenía a su viudez y edad, sonreía beatíficamente, contemplando la belleza de su nieta y las atenciones que todos le prodigaban, como a verdadera reina y señora de la fiesta. Además, saboreaba anticipadamente el triunfo que iba a obtener cuando empezara el baile. Los concurrentes, y sobre todo esas rojas envidiosas, estarían creyendo que Laurita no sabía dar ni una vuelta y que habría ido sólo a hacer acto de presencia y a lucir el vestido. ¡Qué equivocadas estaban esas moñicoloradas! Como el general había hablado a su novia con tanta anticipación del proyectado baile, ella arregló con Berta, excelente bailarina, para que le enseñara a bailar. Y en poco

tiempo se había puesto diestra. ¡Qué talento el de esa muchachita! Pero lo que le había enseñado Berta no era nada. Lo notable, lo fenomenal, lo que iba a dar golpe y a ser el acontecimiento de la fiesta, eran las tres piezas nuevas, desconocidas en Pedregales, que le había enseñado el general. Cómo se irían a morir de envidia esas rojas creídas y hasta las conservadoras, cuando la banda empezara a tocar esas piezas y, mientras ellas se quedaban boquiabiertas, su Laurita y el general las bailaban bien lindo. Claro que los oficiales también las sabrían, pero como no tenían pareja, se iban a quedar, como las otras, con un palmo de narices.

Aquí doña Juana sentía un pequeño remordimiento. Ella debía haber hecho que Ventura también aprendiera aquellos bailes tan nuevos y aristocráticos, y así su triunfo habría sido más completo. Pero como esa almártaga con sus bobadas y mala ley había estado tanto tiempo sin pisarle la casa a Tránsito, lugar de los ensayos, no se pudo hacer nada. Que chupara por rascapulgas.

Doña Segunda, que se hallaba al lado de doña Juana, le interrumpió el giro de sus pensamientos, para preguntarle, fija siempre en lo que para ella era lo esencial:

—Bueno Juana, ¿y cuándo piensa el general publicar la protesta?

Ella eludió la respuesta, llamando la atención de la amiga hacia el coloquio que mantenían Berta y el Secretario. Siguiendo el consejo del padre Contreras, había resuelto esperar y proceder con prudencia en eso de la protesta.

También por consejo y autorización del sacerdote, había venido al baile. Aunque en aquellos tiempos en Pedregales a nadie le parecían éstos pecaminosos y no estaba muy lejano el tiempo en que uno de los antecesores del padre Contreras asistía a ellos y aun bailaba, si bien sólo con su hermana; y en que otro, viudo y con hijas muchachas, no asistía él pero sí enviaba tranquilamente a éstas, no obstante, como el actual cura era más rígido, doña Juana quiso saber su opinión al respecto. El padre le aconsejó que asistiera, pues era peor que las muchachas se encontraran solas, sin señoras de respeto. Que no bailara ella, si no lo tenía a bien y, caso de hacerlo, que fuera vueltas y no *baille agarrao*.

Doña Segunda también tuvo sus escrúpulos y, a pesar de la autorización del padre, quizá no hubiera asistido, a no ser porque don Jacinto supo tocarle la fibra más sensible. No era prudente en aquellas circunstancias hacerle un desaire al general, que con tanto gusto los había invitado. En verdad, con el baile lo que Troncoso quería celebrar no era el 20 de julio, sino el magnífico acontecimiento de su "cambio de vida". Así se lo había manifestado en reserva. Y lo cierto era que, aunque en el baile fuera a haber algunos rojos, invitados por mera diplomacia, la fiesta era netamente conservadora y nadie amante de la *buena causa* podía abstenerse de concurrir.

El argumento fue decisivo. Puesto que se trataba de celebrar la conversión de Troncoso, doña Segunda sería la primera en asistir y quizá hasta se permitiría echar su cana al aire. El santo rey David también había bailado delante del Arca del Señor. Las cosas eran buenas o malas, según el fin con que se hicieran.

Don Jacinto había tenido su segunda intención al endilgarle a su costilla aquel discurso. Quería tenerla de aliada, para que, en caso de que don Miguel y Elisa no se presentaran, le ayudase en el plan que tenía fraguado para vencer la resistencia de aquél. A la verdad, ya la hora era avanzada y a todos tenía intranquilos la demora de aquéllos. Como don Miguel nada había contestado a la segunda invitación, se daba por aceptada. Lo inexplicable era la tardanza. Ya la banda había tocado varias piezas, sin que ninguna pareja se atreviera a salir. Troncoso intentó hacerlo, pero doña Juana se le acercó y le dijo algo al oído. No era prudente romper el baile sin llegar don Miguel. Era el gamonal más caracterizado, el jefe del conservatismo... y tan rascapulgas, que podía darse por ofendido. Que esperaran un ratico.

Las Cáceres y las Valdeses, que adivinaron lo que ocurría, estaban que se las llevaba Satanás. Sobre todo la que había puesto sus pensamientos en el capitán, diera de buena gana un ojo de la cara porque Elisa no viniera, a ver si ella lograba alguna ventaja.

El capitán, por su parte, estaba desesperado. Lejos de todos los grupos, paseábase nerviosamente y a cada momento asomábase a la puerta y clavaba la mirada en la casa de su novia. Don Jacinto, no menos inquieto, llamó aparte al general y le manifestó sus temores de que don Miguel los dejara esperando.

—Pero si él nada dijo a la segunda invitación, claro que vienen —arguyó Troncoso.

—Se me ocurre una idea, general. Tal vez está muy mal del rematiz y Elisita no ha tenido con quién venirse... Era bueno ir a ver...

—Bien puedan ir a traerla, si acaso es eso.

Don Jacinto se rascó la calva.

—Si usted nos hiciera el favor...

—¿De qué?

—Pues... de acompañarnos... o, mejor, de presidir la comisión... quedaba mejor así.

Troncoso quiso negarse. Pero una mirada suplicante de Sepúlveda, que se les había acercado, le hizo cambiar de opinión. Ya que él estaba tan feliz, no era del caso negarse a proporcionarle a su amigo y subalterno otro tanto. Doña Segunda y doña Juana acabaron de convencerlo. Ellas estaban aun más impacientes y contrariadas con esa demora de don Miguel. Era inadmisibile que el jefe no viniera a solemnizar con su presencia el baile que celebrábase por tan fausto acontecimiento para la causa.

—¿Quiénes vamos? —preguntó el general.

—Laurita, usted, Segunda y yo. ¿Le parece? Entre los cuatro nos traemos hasta al cura.

La comisión salió, con lo cual la furia y despecho de las Cáceres y Valdeses subieron de punto. Hasta hubo una que propuso se fueran ellas también, para que la godarria quedara más a sus anchas. Tal vez porque ellas estaban allí, no quería venir el viejo Miguel. Era mejor irse, para que se jartaran de conserva. Pero Lola, que no quería perderse aquellos buenos ratos con su teniente, ni dejarlo a merced de las godas, se opuso. ¡Qué les parece, irse ellas! Lo que se quería el sapo, que lo tirarán al agua. Si se iban, se volvía aquello hasta pronunciamiento. Porque con los dichos liberales no se podía contar. El viejo Remigio estaría durmiendo la perra o echándose otra. El Alcalde, apenas de cuando en cuando asomaba las narices, dizque porque tenía que andar guardando el orden en el pueblo. El Secretario sí estaba allí, pero en un rincón, bobo con la goda Berta. Y los militares... exceptuando a Pareja, todos voltiaban por donde les ordenara el caricortao. No, no podían desamparar el puesto; era deber de buenas liberales.

En tanto, la comisión llegó a casa de don Miguel. Elisa, que en espera del plan que se le había comunicado se hallaba en la ventana, sintió ensanchársele el pecho con una postrera esperanza. Don Miguel desde las ocho había cerrado la puerta de la calle y, sin decir palabra, encerrose en su alcoba. Antes de que los recién llegados saludaran siquiera, Elisa, sin reflexionar, corrió a abrirles la puerta:

—¿Y don Miguel? —preguntaron.

—Está en el cuarto acostándose. Siéntense mientras lo llamo.

—Yo voy —dijo resueltamente don Jacinto.

Y penetró confianzudamente en la casa. Don Miguel se enfureció y lo trató hasta de lambón, sonsacador y metido en lo que no le importaba. Doña Segunda que, oído alerta, escuchó algo del altercado, acudió en auxilio de su consorte, mientras Elisa, con el alma angustiada, tosiendo y hablando recio para ahogar los broncos gritos de su padre, entretenía en la sala a Laurita y a Troncoso.

Tantas y tan poderosas razones alegó doña Segunda; habló tan intensamente de los sacrificios que imponían la religión y la causa, de la prudencia que había que tener para todo acto en la vida, ofreciéndole a Nuestro Señor las cosas que nos repugnan, que al fin don Miguel, combatido por todos lados, guardó silencio. Indudablemente doña Segunda se había equivocado de sexo. A ser hombre, ¡qué tribuno, abogado o polemista tan irresistible! No en vano don Jacinto la había llevado, como vocero principal.

Don Miguel, exasperado, protestaba:

—Pero no sean injustos. ¿Cómo quieren que yo, con este rematiz que me tiene fregao, vaya a trasnocharme, pa que me mate el frío de la noche?

—Pues si está muy impedido —dijo don Jacinto— nosotros nos llevamos a Elisita y se la volvemos a traer a la hora que usted diga.

—No —protestó doña Segunda—, de ningún modo debe don Miguel dejar de ir, aunque sea un ratico. ¿Entonces qué gracia era? Si la presencia dél allá es lo principal... Sea complaciente, don Miguel, acompañenos siquiera media hora... ofrézcale ese sacrificio a Nuestro Señor, por la religión y el partido.

—Bueno pues —rugió más que dijo el gamonal—, será ir, pero una entrada por salida... Me mata el sereno... Díganle a Elisa que se vista.

No había acabado la frase cuando doña Segunda salía disparada a avisarle a Elisa. Don Jacinto se quedó ayudando a calzar y vestir al potentado.

Elisa pronto estuvo lista. En previsión de lo que pudiera ocurrir, se había calzado, peinado y arreglado bien, para no perder tiempo, si llegaba el caso. De modo que cuando doña Segunda le transmitió la orden, no tuvo más que cambiar la ropa de encima y darse unos cuantos retoques frente al espejo, todo lo cual fue obra de pocos minutos. Cuando don Miguel, apoyándose en don Jacinto y fingiendo dificultoso andar, llegó a la sala, ya estaban todos esperando. Después de saludar fríamente, volvióse a Elisa.

—¿Ya estás pronta? ¡Qué milagro! ¡Hay que hacer la raya! Primera vez que una mujer se demora menos que un hombre vistiéndose. Vamos, pues, pero un ratico: no puedo trasnochar, ni vos tampoco.

La llegada del grupo fue recibida con muestras de satisfacción por la mayor parte de la concurrencia. A la verdad, ya estaban impacientes por la demora en empezar el baile y de todos se iba apoderando el tedio. Huelga decir que el más entusiasmado era Sepúlveda, que se acercó a saludar de mano a don Miguel, luego hizo otro tanto con Elisa, y después, siguiendo el consejo de don Jacinto, se hizo el desentendido y se abstuvo por el momento de sentarse al lado de su novia, como era su deseo.

A don Miguel no dejó de agradarle el entusiasmo que despertó su llegada. Su orgullo halagado hacía considerarse como el centro y jefe de todo. No habían querido empezar el baile sin que él llegara. Ese Troncoso era, por lo menos, caballero... o marrullero. A pesar de hallarse los conservadores por debajo y el pueblo ocupado por un batallón de los rojos, él seguía siendo Miguel Racines, el jefe irremplazable, el dueño de la situación, el gamonal temible, ante cuyo dinero y voluntad plegábanse todos. Deslumbrado por su triunfo, no paró mientes en las amorosas miradas que se disparaban Sepúlveda y Elisa, ni en las burlonas sonrisas que asomaron a los labios de don Jacinto, ni en las miradas de odio que lanzábanle las Cáceres y Valdeses.

Y empezó el baile. Antes, don Miguel le aceptó a Troncoso una copa y luego fue a sentarse al lado de doña Juana, con la cual entabló palique, el cual se fue animando gradualmente, a medida que los humos del trago subíanle a la cabeza y soltábanle la lengua.

Muy pronto la alegría se hizo general, merced a la música, el baile y los tragos. Borráronse las muecas agresivas de algunos rostros, desaparecieron las distancias, y todo fue cordialidad, esa efímera cordialidad que reina entre los que escancian de una misma botella.

Cuando don Miguel, instado por todas partes, hubo completado tres copas, se olvidó de que estaba con “rematiz” y bailó primero con Laurita, luego con Berta, después con Lola Cáceres y, a continuación, con la que hallaba a mano, exceptuando únicamente a doña Segunda y doña Juana, cuyas flácidas y viejas humanidades no le atraían en manera alguna.

Las señoras y señoritas habían tomado también sus tragos de vino, por allá muy reservadamente, sin dar escándalo, después de excusarse varias veces y asegurar que sólo por complacer a los obsequiantes les aceptaban algo. Los más juiciosos eran los novios. Laurita se tomó solamente una copa de vino y se le subió tanto, que hubo de perder varias piezas. Troncoso, que tampoco era muy aficionado, se contentó con poco. Sepúlveda y Elisa, aprovechando lo avispado y complaciente que habían vuelto a don Miguel las copas, ya no temían nada, y bailaban, empinaban un poquitín el codo, y entregábanse a sus dulces confidencias. Berta y el Secretario, Pareja y Lola, hacían otro tanto. Los demás formaban también sus grupos improvisados y aun parecía a veces que estuvieran iniciándose nuevos *entables*. Ventura acabó por juntarse con las rojas sin novio. Nada tenía qué hacer con su madre y la vieja Segunda; y Laurita, Elisa y Berta, estaban embargadas.

A don Jacinto, ya bastante *chapolo*, teníanlo intranquilo dos cosas: la ausencia de don Remigio y el que, por estar en la tarea de ayudarle a Sepúlveda, no hubiera podido hacer nada en favor de las Ocampos y doña Escolástica e hija. Sabía que todas ellas, a la manera de Elisa, habían prevenido sus trajes “por si acaso”. Y no era justo que a la rica le hubieran proporcionado el “por si acaso”, y a las otras, por ser pobres, nadie les ayudara. Viendo la alegría y cordialidad que reinaban, se decidió a hacer otra tentativa. Llamó a Troncoso y le recordó lo que antes habían hablado respecto de aquéllas.

—¡Pobrecitas! —decía don Jacinto— ¡Estarán muertas de gana de venir! ¡Y tan buenas muchachas! ¿Porque sean pobres? El 20 de julio debe ser para todos. ¡Viva la libertad, la igualdad, la fraternidad!

Troncoso autorizó al intercesor para que hiciera lo que gustase, a condición, eso sí, de que no se fueran a disgustar los circunstantes. Don Jacinto recorrió los grupos, y, ayudado por el generoso alcohol, que más o menos invadía los cerebros, consiguió su objeto, bien que el voto decisivo, como era de suponerse, fue el de don Miguel.

—¿Qué es la cosa? —preguntó al oír los cuchicheos de las mujeres y los razonamientos de don Jacinto.

—Pues Jacinto que quiere ir a traerse a las Ocampos...

—Y a Escolástica y Nieves...

—¡Que vengan todas! —gritó don Miguel— ¡Viva el 20 de julio! ¡Viva la libertad!

No había más qué hablar. Don Miguel acababa, con un gesto digno de monarca poderoso, de ennoblecer repentinamente a las favorecidas de don Jacinto. Autorizando él que vinieran, ya ninguna sería osada a rechazarlas.

Y vinieron, pero no solas. Don Jacinto no gustaba de hacer las cosas a medias. Acompañado de Lola y Pareja, a quienes eligió por colaboradores, llegó primero a casa de don Remigio. Éste, dormidas unas buenas horas, había despertado con la cabeza un tanto despejada, y, después de comer, hallábase fumando en la puerta de su casa. Oyendo el bullicio y animación del baile, dábanle deseos de dirigirse a él, pues invitado estaba. Pero el recuerdo vago de los sucesos de aquel día y el hecho de que la fiesta se hallaba ya en su apogeo, lo retenían.

—¡Bonita gracia, don Remigio! —exclamó don Jacinto apenas llegaron— Dizque aquí muy tranquilo, fumando su tabaco y allá todo el mundo esperándolo. Venimos por usted ¡Viva el 20 de julio!

—¿Allá qué falta voy a hacer yo? —dijo don Remigio por contestar algo.

—Hace más falta que cualquiera. Imposible que usted, como es de patriota, se quedara sin celebrar el 20 de julio. ¡Nos fuimos! ¡Cójalo, muchachos! —terminó don Jacinto, dirigiéndose al teniente y a Lola.

Don Remigio, que no deseaba otra cosa, se dejó llevar. Pero, con gran sorpresa suya, en vez de dirigirse al baile, tomaron por una calle.

—¿Paónde me llevan por aquí? ¿Están borrachos?

—No, don Remigio. Es que la recluta es general.

Vamos a llevarnos también a Escolástica y Nieves.

—Muy bueno, muy bueno. Así sí me gusta.

Reclutadas madre e hija y cuando don Remigio creía que ahora sí se irían derecho al baile, la comitiva, capitaneada siempre por don Jacinto, se internó por otra calle.

—¿Paónde diablos vamos ahora? —interrogó don Remigio, empezando a impacientarse.

—¿No le dije que la recluta era general? Nos faltan las Ocampos.

—¿También van? —dijo don Remigio, sin los entusiasmos que mostrara antes, cuando se habló de doña Escolástica y la hija.

La llegada del grupo causó más entusiasmo en el baile que la de don Miguel, dados los humos de vino y alegría que embargaban los ánimos. Troncoso les salió al encuentro y, después de lamentar la demora, se llevó a don Remigio a la pieza donde tenían los licores y le ofreció una buena copa, a su elección.

Y siguió la fiesta. Don Remigio, cuando ya hubo hecho varias visitas a la pieza consabida, sintió renacer sus viejos bríos y bailó con godas y rojas, sin distinción.

—¡Que bailen vueltas don Remigio y doña Juana! —gritó de pronto don Jacinto.

—¡Sí, sí! ¡que las bailen! —aprobaron muchas voces.

Doña Juana sintió algún escrúpulo y sobresalto, pero se consoló con el pensamiento de que todo era en pro de la *buena causa* y de que, precisamente, el padre le había aconsejado que ojalá bailara solamente vueltas y no *baille agarrao*.

Después de las vueltas, aplaudidas frenéticamente por toda la concurrencia, Troncoso, que también quería lucirse y más que todo lucir a su novia, habló con los músicos, para que tocaran las piezas especiales que le había enseñado a ella. Los oficiales, al oírlos y ver salir a Laurita y al general, buscaron sus parejas. Pero las pedregalenses, que las oían por primera vez, temieron quedar deslucidas y se excusaron. Sin embargo, Lola y Anita, considerada esta última como la mejor bailarina de Pedregales, se resolvieron a salir, confiadas en sus habilidades y en que Pareja y Sepúlveda las llevarían. Pero después de dar algunas vueltas e intentar acomodar el paso a la música, hubieron de sentarse, confesando despechadas su derrota, mientras Troncoso y Laurita se lucían y doña Juana se inundaba en gozo inefable.

XXXIII

Se fue el batallón. En Pedregales han quedado algunas almas tristes y muchas alegres. “El sanedrín” ha vuelto a reunirse y en la primera sesión se ha tratado principalmente de la promesa aquella, hecha cuando se acercaron los días oscuros para la *buena causa*. Y como ya pasó el peligro, ya el pueblo se halla libre de la continua amenaza de aquel batallón de rojos, hay que pensar en la gran fiesta de acción de gracias, por tan señalado favor del cielo.

El padre Contreras, si bien se alegra con los otros de lo sucedido, no lleva su entusiasmo y patriotismo hasta prometer celebrar misa y demás funciones gratis, como deseáralo don Miguel. Éste, por su parte, se halla en sus glorias y tiene la generosidad de ofrecer una buena cuota, con la cual inicia la suscripción.

Hay que convenir en que el gamonal tenía más motivos que los otros para alegrarse, pues, aparte de que, por ser el jefe y rico principal, vivía temblando por los daños que pudiera causarle en sus bienes y haciendas el batallón, con la marcha de éste se le quitaba de encima el enorme peso que lo agobiaba, por los coqueteos de Elisa con Sepúlveda, cosa que él consideraba como la mayor desgracia que podía acontecerle, sobre todo si hubieran intentado llevar adelante el tal noviazgo.

Al día siguiente del baile, don Miguel, disipados ya los humos del alcohol y del contagioso entusiasmo, se sintió en ridículo, humillado y hasta criminal. ¿Cómo era posible que fuese tan bruto que no sólo asistió al

baile de los rojos, sino que les aceptó trago, estuvo con ellos uña y carne, bailó con esas rojas malucas y dejó que el zambo Sepúlveda se pasara toda la noche en fiestas y chicoleos con Elisa? ¡Viejo bruto! “T'embobates después de viejo”, se decía a sí mismo. Pero la culpa la tienen ese viejo Jacinto y la fafarachera Segunda, que vinieron a sonsacame, cuando yo ya tenía mi puerta cerrada y me iba a acostar. Y esta otra sinvergüenza mía, que se puso de acuerdo con ellos, pa jugame esa casi nada de picardía. Y la tal enfermedá, de seguro que también fue pura trama. Y yo tan inocente, que me dejé creer y gasté un poco de plata en remedios y cometí la bestialidá de traerla de la finca. Hombre Miguel, te dejates comer. Buena la hicites. Y ese diablo de caricortao que lo primero que hizo fue ofreceme trago. Quién sabe qué tendría ese maldito trago, que me hizo perder el juicio y hasta la vergüenza. Veneno sería y por un milagro no estoy ya bien enterrao. Gracias a Dios que ya siquiera se van esos demonios. Ahora se quedará esta sinvergüenzona lloriquiando por su dicho Carlos. Que llore hasta que se reviente. No hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista. Y que no vaya a intentar cartiase con él, porque a la primera malicia que tenga, la meto a una montaña y no la vuelvo a sacar aunque se muera. Otra picardía no me juega. No me llamara Miguel Racines...

Los otros miembros de “El sanedrín”, aunque no tenían los poderosos motivos del presidente para alegrarse de lo ocurrido, mostrábase tan entusiastas como él, para ser consecuentes con su conducta de seguir en todo al gamonal. Don Jacinto también asistió a la sesión y aunque aprobó lo de la fiesta, allá en su interior lamentaba la ausencia de los buenos amigos rojos, con quienes había simpatizado de veras.

De los liberales, don Remigio y los que lo seguían ciegamente hallábase también complacidos por la ida del batallón. Mientras éste ocupó el pueblo, no volvieron a verse aquellas borrascosas sesiones de “La democracia”, en las cuales tanto se insultaba a los vencidos, se derrochaba trago y se echaban peroratas, incendiarias unas y ridículas la mayor parte. Con la *voltiada* del caricortao Troncoso, había sufrido gran perjuicio el exaltado liberalismo predregalense. Ahora volverían los buenos tiempos que tanto echaban de menos los Buendías, el batallón raizaleño y muchos espíritus maleantes. Y ya se hablaba de organizar para muy pronto otro desfile cívico y otras fiestas netamente liberales, como una especie de desagravio a la causa, por aquellas otras celebradas el 20 de julio por los godos y el godificado Troncoso. Y aunque se sabía que éste pensaba regresar al pueblo, apenas obtenida la licencia, ya nadie le temía, pues vendría como simple particular. Muchos liberales exaltados deseaban aun que regresara a tiempo de presenciar las nuevas fiestas “pa enseñale a ser rojo de verdá”, como decían ellos, y a ver si se calentaba por los *vivas* al partido liberal y los *abajos* a la godarria, pa mostrale que los rojos de Pedregales no le tenían miedo a nadie...

Si los hombres hallábase en su mayoría satisfechos, no ocurría otro tanto con el bello sexo. Eran muchos los corazones lacerados y muchísimas las lágrimas vertidas por bellos ojos femeninos. Laurita, a

pesar de hallarse completamente segura del amor y pronto regreso de Troncoso, no por eso dejó de sentir la ausencia más o menos corta de aquél, a quien ya amaba de todo corazón.

Y si esto ocurría a Laurita, no hay palabras capaces de ponderar el dolor de Elisa y Lola Cáceres. Ésta al menos había podido despedirse y hacerse con él las mutuas promesas de constancia y fidelidad, aunque Pareja, a fuer de caballero, no pudo prometerle pronto regreso, pues todo dependía de lo que el gobierno dispusiera. Él, que no contaba con recursos pecuniarios como el general, no podía darse el lujo de renunciar al empleo para venir a dedicarse a cultivar sus amores y su finca.

La más afligida de las enamoradas pedregalenses era, indudablemente, Elisa. Después de la inolvidable noche del baile, no le había sido posible volver a hablar con el capitán. Su padre, como ya se dijo, disipados los humos del alcohol, sintió renacer el odio e intransigencia para con todo lo que fuera liberal y especialmente para aquel atrevido que osaba poner los ojos en su hija. Y, para lavar siquiera en parte la afrenta que a sí mismo se había irrogado, con sus condescendencias y cobardías de aquella malhadada noche, exageró a tal punto su rigidez con Elisa, que le prohibió rotundamente volver a salir, aun a misa, hasta que el batallón se marchara, lo cual se sabía estaba muy cercano. Además, decidió no alejarse de la casa ni un solo día y establecer una vigilancia y espionaje sostenidos, para evitar toda posible correspondencia. Pero esto último no le surtió del todo, pues aunque siempre que llegaba alguna amiga, especialmente Berta, él hacía lo posible para no dejarlas solas, ellas aprovechaban siquiera un pequeño descuido, para dar la carta o recado que traían. La carta de despedida del capitán fue desgarradora para la pobre muchacha. En ella le decía más o menos lo mismo que verbalmente le dijera Pareja a Lola. Pero así, con esa concisión de las palabras escritas, sin el consuelo de las mutuas lágrimas, sin la elocuencia del apretón de manos y de la última mirada, cada letra era una puñalada en pleno corazón de la enamorada Elisa.

También en el gremio de las sirvientas y campesinas hubo muchas almas laceradas, pues varios soldados habían conseguido novia y aun dejaron compromiso matrimonial. Pero del dolor de estas almas sencillas y humildes nadie se compadecía ni preocupaba, como si para Cupido hubiese diferencia de almas y de castas.

Doña Juana y los padres de Laurita estaban en sus glorias. Cornelio había dejado de jornalear y ya era hombre de tienda, que le surtió el futuro yerno. Sabían, para mayor gusto, que don Jacinto había sido comisionado por el general para comprarle casa en el pueblo y una finquita de regulares comodidades y dimensiones. Además, había hablado muy en serio de poner en educación a Chucho, el hermano de Laurita. Y a doña Juana le vivía diciendo que apenas él se casara debía dejar ese destino tan aburridor de fondista e irse a vivir con ellos. El único tropiezo para este sueño acariciado por doña Juana era Venturita, cuyo carácter

y antecedentes no parecían muy a propósito para vivir en casa extraña, por más que fuera la de su afortunada sobrina.

—Si mi Dios me deparara un maridito pa Ventura —clamaba doña Juana—, así podía yo irme a descansar y vivir tranquila con mi hija Laurita.

Quince días habían transcurrido desde que se fue el batallón y ni Elisa ni Lola sabían nada de sus novios respectivos. Cada una estaba ansiosa de enterarse con la otra de si algo había recibido, y buscaban la oportunidad de encontrarse, aunque al principio ninguna de las dos se resolvía a romper la valla de odios y fanatismos políticos que hasta entonces las habían dividido. Es cierto que en la noche del baile reinó, como se dijo, esa fugaz cordialidad que proporcionan el alcohol, la música y la alegría; pero luego, lo mismo que don Miguel, lo mismo que don Remigio, volvieron a sus antiguos odios, alejamientos e intransigencias. Pero el amor triunfó una vez más. Un domingo, al salir de misa, Elisa hizo el modo de encontrarse frente a frente con Lola. Miráronse en el primer momento con mirada indiferente, pero de pronto brilló en los ojos de ambas un destello de mutua simpatía.

—Adiós Lola.

—Adiós Elisa.

Ambas intentaron seguir su respectivo camino, pero volviéronse a un mismo tiempo, con rostro angustiado e interrogante. Sin saber cómo ni por qué, estrecháronse las manos y se preguntaron casi simultáneamente:

—¿Qué has sabido?

—Nada —contestó primero Lola—. ¿Y vos?

—Tampoco. Yo tenía la esperanza de que fuera que mi papá había atajado alguna carta o de que en la tuya me vinieran siquiera saludes —replicó Elisa, saltándosele las lágrimas.

—No, niña, nada he recibido. Yo también tenía la ilusión de que vos supieras algo por medio de Laurita y me lo pudieras contar. Hasta pensé ir a tu casa, pero no me atreví, por miedo de don Miguel, que es tan bravo.

—No creás, niña, él es trabajoso, pero no imprudente. Allá t'espero pronto, para que hablemos. Vos siquiera tenés más con quién conversar. Pero yo metida sola en esa casa... es que hasta me voy a morir. Andá, niña, andá.

—¿Y con Laurita no has sabido nada?

—Nada. A ella sí le escribió Troncoso, pero no mienta a los otros. Egoístas que son. O tal vez creyó que ellos también escribirían.

—Bueno, pues, quedamos en que la primera que sepa algo, va a comunicárselo a la otra, ¿no te parece?

—Sí, Lola, de mil amores. Adiós.

—Adiós Elisa.

Y las dos muchachas, hasta entonces distanciadas por los fanatismos políticos, unidas ahora por la común pena que las hería, estrecháronse las manos fraternalmente y cambiaron los odios ancestrales por mutuo cariño y simpatía.

Cuatro días después, Lola llegó a casa de Elisa hecha una Magdalena. Elisa, que adivinó la catástrofe, la recibió en sus brazos, llorando también.

—Lola querida.

—Elisa de mi alma, ¡qué desgraciadas somos!

Lloraron un buen rato abrazadas, sin decir palabra. Luego Lola sacó del seno la carta fatal de Pareja, dentro de la cual venía otra de Sepúlveda para Elisa. Ambas misivas decían más o menos lo mismo: el Gobierno había resuelto trasladar el batallón a la costa, no se sabía con qué objeto. Saldrían dentro de cuatro días (según la fecha de las cartas ya debían de ir en camino) y se les había negado licencia para volver a Pedregales a despedirse de ellas. Ambos hacían protestas de amor, más encendidas las del capitán, lamentaban la separación, y, lo peor de todo, no sabían adónde había de llevarlos su agitada vida y si les sería posible algún día volver a Pedregales. En cuanto a Troncoso, había obtenido su licencia definitiva y dentro de poco regresaría al pueblo. Era el único que iba a poder realizar sus sueños de amor y felicidad.

A la lectura de las cartas siguieron nuevas crisis de llanto y nuevos apretados abrazos. En tanto un niño ciego, carcaj al hombro y en la mano tenso el arco, trepado en una de las vigas del techo, reía con estridentes carcajadas.

XXXIV

Diciembre. Mes de ensoñaciones y recuerdos; de aguinaldos y nochebuena; de vacaciones, paseos, cabalgatas, noviazgos y pesquerías. ¡Cuán grato es para el alma, pasados ya los lindes de la juventud, evocar aquellos días de la infancia, cuando, después de los exámenes de la escuela, en los cuales se estrenaron vestido de calamaco y botines, comiéronse muchas empanadas dulces, sacáronse muchos cincos, dijose discurso o recitación, ganáronse uno o varios premios, llegan las ansiadas vacaciones. Desde la semana primera de diciembre empiezan las pesquerías en los caños y arroyos vecinos; los sartales de anguilas y capitanes pendientes de hilos de cabuya retuércense, desécense y ennegécense al contacto del humo y

calor de la cocina. Y, llegado el dieciséis, los aguinaldos pedidos a la noviecita y amigas, sorteados a las pajitas o aplazados al dar y no recibir y pagados con un pañuelito perfumado con agua de florida, una pastillita de jabón de olor, una vara de cinta o la imagen diminuta de algún santo.

Y, desde el veintitrés, olvidados ya los aguinaldos, novias y pesquerías, el bullicio en la cocina y el ajetreo de sirvientas, madres y hermanas, que, en confuso revoltijo y barahúnda, muelen maíz para la natilla, ciernen la harina para los buñuelos, preparan el dulce de papaya y brevas, el arequipe y las hojuelas. Y los hartazgos de todo esto, y la robada de buñuelos ensartándolos en puntiagudos chuzos de cañabrava, y las *jornadas* celebradas en la iglesia, con villancicos cantados a muchas voces, y la misa de gallo, oída solo a medias, pues el sueño abate los párpados y hace doblegar las cabezas sobre el materno regazo...

En aquellos tiempos celebrábanse en Pedregales los aguinaldos y nochebuena con entusiasmo desbordante, del cual ya no quedan sino rastros. En varias casas del pueblo y principalmente en las de los campos, hacíase nacimiento, con ranchito empajado a medias, buey y mula de barro o madera, y niño de lo mismo, que casi siempre era un esperpento, más digno de las llamas inquisitoriales que de recibir el homenaje y adoración de los fieles. En cada nacimiento eran parte esencial la pólvora, música, licor y baile. Bien es verdad que también rezábase la novena del Niño, pero con tan escaso recogimiento y devoción, que mejor sería suprimirla. Mas nadie pensaba en esto, pues sin rezarle la novena al Niño, ninguno habría osado a empezar el baile. Para que el Divino Niño no se enojase viendo éste y las frecuentes libaciones y desórdenes, en cada nacimiento apelaban a un procedimiento especial. Cuando la casa era un poco grande, terminada la novena trasladaban al Niño, con luces, animales y todo, a una pieza interior, con lo cual la sala quedaba más amplia y expedita. Si la casa era estrecha y no había adónde trasladar el nacimiento, volvíase la imagen del Niño hacia la pared, para que no viese lo que ocurría en la sala, o cubríanla con un paño, o, lo que es más gracioso, poníanle en una mano un trozo de natilla y en la otra un buñuelo, para que se entretuviera comiendo y no se disgustara por el baile.

Entre todos los nacimientos de Pedregales, gozaban de merecida fama el de los hermanos Buendía y el de don Arturo Escalante. Había entre uno y otro algunas diferencias. El primero era netamente popular y democrático y a él podía concurrir todo el que gustara, en la seguridad de ser bien recibido y de que le sobrarian nochebuena, aguardiente y baile. En él quemábase pólvora a montones, cantábanse *alabaos*, embriagábanse todos, matábase un cerdo bien gordo, para la Pascua del día siguiente, de la cual participaban todos los que quisieran, a condición, eso sí, de que debían tomar parte en la gran procesión que por la mañana salía de Raizal, llevaba el Niño hasta la iglesia del pueblo, donde se le cantaba la misa, y luego regresaba con él a la casa, a seguir el baile y comerse la Pascua.

El otro famoso nacimiento, el de don Arturo, era aristocrático y reservado solamente a algunos escogidos. Don Arturo era un rico de la Villa, que tenía en uno de los campos de Pedregales su finca para las temporadas. En la nochebuena reuníanse allí la familia y muchos amigos venidos de la Villa y algunos pocos de Pedregales. Traían música, licores, rancho y todo lo demás de la ciudad. Y como, por otra parte, abundaban las muchachas de allá, bonitas, salerosas, avispadas y con todos los atractivos, refinamientos y desparpajo de la gente ciudadana, se comprende que en Pedregales fuera ambicionado y tenido como altísimo honor el ser invitado por don Arturo a su nacimiento. Por lo demás, en él hacíase más o menos lo mismo que en el de los Buendías, con la diferencia de que empezaban el baile temprano, suspendíanlo a la media noche, durante el tiempo necesario para leer la novena, la cual casi nadie oía, pues, desde que empezaba, el sueño invadía a todos los concurrentes. Pero apenas terminaba, erguíanse como por encanto y la fiesta continuaba.

Con el Niño no se tenían las consideraciones de los Buendías. Relegado en un pieza retirada, sin más compañeros que los animales, los muñequitos que hacían de pastores y las luces que íbanse consumiendo sin que nadie pensara en renovarlas, no tenía siquiera el consuelo de entretenerse comiendo buñuelos y natilla. Por la mañana, en vez de la procesión y misa cantada de los Buendías, en casa de don Arturo todos echábanse a dormir la *rasca* y el trasnocho.

Troncoso, ya instalado en el pueblo, a punto de casarse y dedicado a montar la finca que don Jacinto le consiguió, había recibido invitación de don Arturo para que fuera a celebrar con ellos la nochebuena. Pero como doña Juana manifestó que de ningún modo permitiría que Laurita y Ventura fueran a juntarse con las desenvueltas y descocadas de la Villa, y mucho menos a rozarse y bailar con esos hombres tan corrompidos y descarados, ni a participar de los desórdenes y escándalos que allá se cometían cada año, según lo propalaban y comentaban en el pueblo, claro está que los no invitados, Troncoso, a quien nada importaba tanto como su amor y no habría gozado sin su novia, amén de que disgustaría a doña Juana, se excusó de ir. En cambio todas estuvieron acordes en que al nacimiento de los Buendías, que distaba poco de la población y se decía iba a estar aquel año mejor que siempre, sí podían ir un ratico, por mera curiosidad, para que Troncoso conociera dichas fiestas, y luego volverse tranquilamente al pueblo, a oír la misa de gallo.

Doña Juana sentía poco deseo de moverse de su casa; pero como a pesar de que el general y Laurita debían casarse dentro de pocos días, no era debido aún dejarlos ir, mucho menos de noche, sin más compañía que Ventura, que aunque de experiencia era muchacha soltera, hubo de resignarse a acompañarlos.

La llegada del grupo de placeños fue recibida con marcadas muestras de disgusto y aun con algunos murmullos hostiles, por parte de los Buendías y demás soldados del batallón raizaleño, todos los cuales

hallábanse completamente ebrios. Ninguno de ellos perdonaba a Troncoso los pretendidos desprecios que les había hecho cuando comandaba en el pueblo el batallón, especialmente el no haberlos tenido en cuenta ni dádoles puesto alguno en el desfile del 20 de julio, ni haber favorecido las borrascosas sesiones de “La democracia”. Además, aunque nada había vuelto a decirse del pretendido cambio de partido y de la protesta del general, el solo hecho de haberse retirado del servicio activo y hallarse enredado con gente tan ultragoda como doña Juana y familia, era para los ultrarojos raizaleños señal cierta de que el *caricortao* era un *traicionero*, un *voltiao*, un sinvergüenza que no merecía los calzones, puesto que se había dejado sonsacar de mujeres y vuéltose un godo más godo y más maluco que la vieja Juana y el viejo Miguel.

Éstos y otros desfavorables comentarios hacían los exaltados raizaleños, mientras daban al grupo que acababa de llegar miradas agresivas y poco tranquilizadoras.

Sin embargo las mujeres, más tolerantes y menos bebidas, los invitaron a entrar y les acercaron taburete a las señoras para que desmontasen. Sentáronse en el corredor, en tanto que en la sala el baile, los tragos y subidos comentarios se hallaban en su apogeo.

—¡S’ensució Raizal! —gritó de pronto un borracho.

Los placeños, que no entendieron la alusión, no pararon mientes en las risas, gritos y aplausos con que fue acogida la exclamación del borracho. Los raizaleños jactábanse de que en su vereda no había un solo conservador, de que estaban limpios de conserva. Y el borracho gritaba que Raizal se había ensuciado, por la llegada del grupo de godos placeños.

—¡Que mano Seferino diga la décima del entierro! —clamó otra voz aguardentosa.

—¡Sí, sí, que la diga! ¡Pa que l’oigan los placeños! —aprobaron varios en coro.

Los placeños, creyendo que se trataba de una atención que se les quería ha-cer, entraron muy sonrientes en la sala, en uno de cuyos rincones estaba el na-cimiento, profusamente iluminado. El Niño hallábase vestido con camisa encarnada y en la cabeza ostentaba cinta del mismo color. Doña Juana, al ver esta indumentaria, ardió de indignación y no pudo menos de protestar.

—¿Por qué le pusieron al Niño camisa colorada? Si siempre se le pone blanca... o azul.

—¿No le gusta, mi señora? —exclamó un borracho canteándose la ruana y mirando al grupo con mirada provocativa— Pues así es aquí... y como la vista engaña... vusté vera si s’iamaña.

—¡El señor era rojito! —grito otro— ¿No s’iacuerdan que siempre se ponía túnica colorada? La Virgen sí era godita, porque le gustaba manto azul... por eso no la tenemos aquí...

—Vámonos, vámonos —clamó doña Juana, roja de ira.

Troncoso trató de calmarla.

—¿Sin oír la décima no se va nadie! —gritaron varios, colocándose en las puertas de la sala.

Troncoso empezó a intranquilizarse, aunque esperaba que aquellos fueran brotes aislados, fruto del alcohol que a todos enardecía. En tanto, ya ño Seferino habíase trepado a una mesa y se disponía a recitar la décima. Su esposa, angustiada, haláballo de la ruana y decíale suplicante:

—No digás esos versos, Seferino, ve qu'es mucha imprudencia...

—¿Por qué no los voy a decir? —vociferó aquél, que hallábase completamente ebrio— Es una décima muy bonita... Y es que vamos a ver cuántos semos y cuántos quedamos...

Y empezó con voz balbuciente de borracho a recitar los versos, más o menos truncos y alterados.

Yo vi un entierro pasar
Y pregunté quién murió,
Un cura me contestó:
Ese que van a enterrar;
Pues no supo gobernar
Y por su loca ambición
Nos metió en revolución,
En la cual ya sucumbió,
Y otro gobierno mandó
Que lo fueran a enterrar.

Troncoso estaba sobre ascuas. Pero comprendía que en aquel berenjenal en que se había metido, lo mejor que podía hacer era obrar con prudencia y retirarse apenas terminara la tal décima. Como sus compañeras tuvieran paciencia...

Ño Seferino continuó:

Presidían la procesión
Don Cosmito y don Silverio,
Simón Rondón, don Valerio,
Y un tal cual conservador,
Juan Pablo, el gobernador,
Y don Cosme Marulanda,
Y entre otros de la parranda
Conocí a Demetrio Viana,
Quien de buena o mala gana
Se embozaba en la bufanda.
Allí junto con la cruz

Y en medio de los ciriales
Iban muchos liberales
Armados con arcabuz.
Uno de ellos hizo flux
En *los Chancos* con Botella;
Así lo quiso su estrella
Y todo el mundo lo sabe
Que Trujillo es la gran nave
Que a los godos atropella.

—¡Viva! —gritaron muchas voces.

Doña Juana rugió de ira. Ventura estaba como un tomate. Laurita, angustiada, estrechaba la mano del general, como buscando apoyo y defensa. Él, apretando los dientes, daba a doña Juana miradas suplicantes y hacía señas de que guardara silencio.

Seguían el carro mortuario
Cinco mil desconocidos,
Vencedores y vencidos
En este acto transitorio.
Y asistieron al velorio
todo el clero en general,
Uno que otro cardenal
Que al auditorio arengaba;
En suma, nada faltaba
En aqueste funeral.

Diez canónigos irían
Y uno que otro sacristán,
Que enjugaban con afán
Las lágrimas que vertían.
Ellos sin duda gemían
Por temores mal fundados
De que serían desterrados
Al concluir la función:

Lloraban, pues, con razón
Viéndose ya desarmados.

Al llegar al cementerio
Divisé allá en lontananza
Que entre toda la matanza
Fue féretro don Silverio.
Murió, pues, no hubo remedio,
El partido ultramontano,
Murió también Marceliano
Después de tantas bravatas,
Con su triunfo en Garrapatas,
En el Fresno y en El Guamo.

Doña Juana lloraba del despecho e indignación. Ventura y Laurita hacían también algunos *pucheros*. Troncoso estaba próximo a estallar, ante la cobardía de aquellos ebrios raizaleños, que a cada momento interrumpían a ño Seferino con *vivas* y estruendosos aplausos. Imposible pensar en retirarse. Las dos únicas puertas estaban obstruidas por los grupos vociferantes, que cada vez que el recitador decía algo más hiriente, mirábanlos a ellos con aire de burla y desafío. Ño Seferino, animado con los aplausos y con un nuevo trago doble que un amigo llevole hasta la tribuna, continuó:

Por las verjas al pasar
—Es una cosa espantosa—
Vi a los Guascas, vi a Espinosa,
Los Mochuelos, vi a Canal;
Vi al difunto Madriñán,
Vi a Cárdenas y vi a Holguín
Y entre otros de Medellín
Vi a los Gutiérrez hermanos,
Que repartían a dos manos
Mentiras del Boletín

Vi algo más: vi sin destino
Al comandante Muceta

Reclamando una peseta;
Vi a Joaquín, vi a Celestino,
Vi a Casabianca que vino
Rodeado de comandantes,
Vi clérigos, vi estudiantes,
Vi sotanas, vi viseras,
Vi letreros en banderas
Puestos por estos tunantes.
Vi caras en desaliño,
Vi generales mitrados,
Y vi a Ospina amilanado
Por su suerte, como un niño.
Ocultos entre el mortño
Vi a Cardoso y Valderrama
Y vi a Canal que, sin gana,
Lo hicieron comprometer
Como jefe en Santander,
En Motiscua y doña Juana.

La concurrencia estalló en una estruendosa carcajada, por la coincidencia de este nombre con el de la señora presente. Por fortuna, ella hacía rato habíase tapado los oídos, para no escuchar los insultos y las burlas que se hacían a su partido y a sus jefes. Troncoso, haciendo un esfuerzo supremo, logró dominarse una vez más, pero, con disimulo, buscó en sus bolsillos la pistola. En cuanto a Ventura y Laurita, habían seguido el ejemplo de doña Juana. Como ese viejo Seferino acabara ligero su maldita décima, para poderse ir más que a la carrera. Pero el viejo no parecía tener afán ninguno, y sólo después de gozarse un rato con los aplausos, felicitaciones y gritos de los amigos y con la humillación de los que consideraba enemigos, se resolvió a concluir, aclarando antes el pecho con otro trago doble.

Y se veían por doquiera
Tenientes y generales,
Y multitud de oficiales,
Soplados por bodoquera.
¡Que decepción, que quimera!
Ver frustrarse una ilusión

Que con tanta antelación
Se preparó en esta tierra,
Llevando gente a la guerra
En el nombre del Señor.

Cayó, pues, no hubo remedio,
Cayó el partido cristiano,
Cayó también Marceliano,
Cayó el patriarca Silverio.
Ya no hay extremos, no hay medio
Todo cayó a tutiplén.
Antioquia cayó también
Y el día de estos funerales,
Cayeron mil generales
Por siempre jamás amén.

Al terminar ño Seferino, la concurrencia estalló en gritos destemplados:

—¡Viva mano Sejeriiiiiiiiinoooo!

—¡Vivaaaaa!

—¡Viva el general Trujillo!

—¡Viva!

—¡Viva el partido liberaaaa!

—¡Vivaaaaa!

—¡Viva el batallón raizaleeeño!

—¡Vivaaaaa!

—¡Abajo goooooodos!

—¡Abaaajo!

Doña Juana no pudo más y estalló:

—¡Viva el partido conservador! ¡Viva la religión! —gritó con todas sus fuerzas.

Ante este brote de entusiasmo y valor, los borrachos raizaleños tuvieron un momento de sorpresa. Troncoso quiso aprovecharlo y empujó a sus compañeras hacia una de la puertas, mientras decía a media voz a doña Juana:

—Señora, por Dios, tenga un poquito de paciencia, que ya nos vamos.

Pero los que ocupaban la puerta, vueltos de su estupor, les cerraron el paso, y uno de ellos, de aspecto repulsivo, se adelantó y poniéndole a doña Juana una mano en el hombro, le gritó en pleno rostro:

—¿Cómo le parece el plátano, doña goda? ¿Conque viva el partido conservador? ¡Abajo gooooooos!

Troncoso estalló al fin.

—¡Cobarde! ¡Respeta a las señoras! —gritó con todas sus fuerzas.

—¡Cobarde ti, sinvergüenza, godo, voltiao! —vociferó el otro, desenvainando el puñal y dando un paso hacia Troncoso.

—¡Abajo voltiarepas, traicionero, Iscariote! —gritaron a un mismo tiempo muchas voces, mientras los puñales, machetes y garrotes asomaban por todas partes.

Las mujeres, presa del pánico, se precipitaron hacia la puerta. Pero en el mismo instante la multitud enfurecida las arrolló y se lanzó sobre el general. Laurita se abrazó a él, queriendo escudarlo con su cuerpo. Doña Juana y Ventura se desmayaron y rodaron por el suelo. Todas las luces se apagaron y en la sala reinó espantosa confusión. Resonaron disparos de pistola, chocar de armas, gritos, lamentos, alaridos, rodar de muebles y de cuerpos...

Cuando algunas horas después llegó la autoridad y volvieron a encenderse las luces, presentose a la vista un espectáculo aterrador. La sangre corría por la sala y salpicaba muebles y muros. Varios pedregalenses yacían por tierra, muertos o heridos. Doña Juana y Ventura, a quienes el desmayo salvó la vida, hallábanse en un rincón, privadas de sentido y llenas de magulladuras y contusiones. En medio de la sala, Troncoso y Laurita, cosidos a puñaladas, eran ya rígidos cadáveres. Cayeron juntos y yacían confundidos en estrecho abrazo. ¡Primero y último que diéronse en la tierra estos dos infortunados amantes, víctimas de los FANATISMOS PARTIDISTAS!

FIN

